

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO.

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ACATLÁN.

Título:

El uso personal del poder. De Gaulle y Ataturk y:
1) su influencia en el reposicionamiento de
Francia y Turquía en la correlación de fuerzas
internacional de la etapa post bélica y 2) su
influencia en la reorganización política interna de
sus respectivos países.

TESIS

que para obtener el título de:

LICENCIADO EN RELACIONES
INTERNACIONALES

PRESENTA:

JUAN RENÉ PALACIOS GAGUINE.

Asesor: Lic. Miguel Reinaldo Escobar Valenzuela.

NOVIEMBRE. 2006.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE.

| | Pg. |
|--|-----|
| Introducción..... | 4 |
| Marco teórico conceptual y referencial. | 6. |
| Planteamiento de las hipótesis..... | 13 |
| Estructura del trabajo. | 14 |
| Capítulo I.Turquía antes de Ataturk..... | 15 |
| Subcapítulo 1.1. El Imperio Otomano antes de 1914. Organización política y posición internacional. | 16 |
| Subcapítulo 1.2. El Imperio Otomano antes de la Primera Guerra Mundial. | 25 |
| Capítulo II. Francia antes de De Gaulle..... | 34 |
| Subcapítulo 2.1. Francia desde sus orígenes hasta la Primera Guerra Mundial. | 35 |
| Subcapítulo 2.2. Francia en la Primera Guerra Mundial y durante el periodo de entreguerras..... | 46 |
| Capítulo III. Ataturk y De Gaulle antes de entrar en la historia..... | 54 |
| Subcapítulo 3.1 Mustafá Kemal Ataturk antes de influir en la historia..... | 55 |
| Subcapítulo 3.2. Charles De Gaulle antes de influir en la historia..... | 63 |
| Capítulo IV. La acción militar y política de Ataturk y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político y social de Turquía..... | 74 |
| Subcapítulo 4.1. Ataturk y la Primera Guerra Mundial. Bases militares para un liderazgo político..... | 75 |
| Subcapítulo 4.2. La derrota militar y el desmembramiento. El Tratado de Sevres, la rebelión nacionalista de Ataturk y el desconocimiento del gobierno..... | 82 |
| Subcapítulo 4.3. La Guerra greco-turca de 1920 – 1922..... | 89 |

| | |
|---|-----|
| Subcapítulo 4.4. La conferencia de Lausana y el reposicionamiento de Turquía en el escenario internacional..... | 106 |
| Subcapítulo 4.5. La reforma política y la reforma social. Instauración de la República, “creación” de una nación y “occidentalización” de Turquía..... | 109 |
| Capítulo V. La acción militar y política de De Gaulle y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político en Francia. | 127 |
| Subcapítulo 5.1. La llamada del 18 de junio. De Gaulle asume el liderazgo de la resistencia..... | 128 |
| Subcapítulo 5.2. La Resistencia Francesa, las Fuerzas de la Francia Libre y las Fuerzas Francesas del Interior. Rispidez en la cumbre: la relación de De Gaulle y los tres grandes..... | 142 |
| Subcapítulo 5.3. La Segunda División Blindada y la liberación de París... .. | 159 |
| Subcapítulo. 5.4. Fin de la guerra. Francia en la etapa inmediata posterior... .. | 167 |
| Subcapítulo 5.5. La Cuarta República Francesa, Indochina, Suez y la crisis de Argelia..... | 173 |
| Subcapítulo 5.6. El llamado a De Gaulle y la reestructuración política en Francia. Nacimiento de la Quinta República Francesa..... | 182 |
| Conclusiones y confirmación o refutación de las hipótesis..... | 198 |
| Bibliografía..... | 216 |

INTRODUCCIÓN.

MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL
Y REFERENCIAL Y
PLANTEAMIENTO DE LAS
HIPÓTESIS.

Introducción.

Marco teórico, conceptual y referencial y planteamiento de las hipótesis.

Introducción.

En el esfuerzo por comprender los fenómenos políticos, sociales y económicos ya sea internos o internacionales, no han sido pocos los autores que han hecho estudios comparativos entre la acción y la obra de dos o más personalidades históricas. Dentro de este género encontramos por ejemplo la más reciente obra de Andrew Roberts titulada *Hitler y Churchill, Los secretos del liderazgo*, en la que el autor hace una aproximación a ambos líderes partiendo de un análisis del discurso, de la personalidad y del comportamiento en la toma de decisiones. Encontramos desde luego también *Hitler y Stalin* de Alan Bullock, obra en la que el autor hace una comparación entre las características liderales de estos dos personajes que en su momento dirigieron a dos de los regímenes más totalitarios que haya visto el Siglo XX. Otro ejemplo en definitiva es el libro *Los Liberadores de la Conciencia* de Juan María Alponete, en el que dicho autor aborda de manera comparativa, las acciones de cuatro importantes personajes de la historia universal, a saber: Abraham Lincoln, Mahatma Gandhi, Martin Luther King y Nelson Mandela, centrando su atención en la aportación que en su momento cada uno de ellos hizo a la lucha por la conquista de las libertades básicas. En un caso más cercano al interés de esta tesis y por lo tanto obra de constante referencia a lo largo de la misma, encontramos la investigación de Francois Kersaudy titulada *De Gaulle y Churchill* en la que el académico francés hace una aproximación a estos dos estadistas europeos analizando particularmente la naturaleza de sus relaciones durante los años en que se desarrolló la Segunda Guerra Mundial. En el terreno político podemos, desde luego mencionar como un ejemplo de aproximación comparativa hacia el pensamiento de dos importantes teóricos políticos el clásico de la literatura política moderna *Diálogo en el infierno* en el que Maurice Joly plantea una conversación imaginaria entre Nicolás Maquiavelo y Montesquieu, exponiendo a través de ella algunas reflexiones respecto de la evolución de las ideas políticas y su consecuencia en la realidad tangible.

Como vemos no son pocas las obras que han desarrollado una reflexión histórica y política partiendo de la comparación de dos o más personalidades. La más antigua de ellas, es tal vez el texto *Vidas paralelas*, escrito por el pensador griego Plutarco en los tiempos de los emperadores Vespasiano y Domiciano hacia el último tercio del primer siglo de nuestra era. En esta obra el autor desarrolla aproximaciones comparativas a las trayectorias vivenciales de personajes notables de la historia tales como Teseo y Rómulo, Solón y Publícola, Alejandro y César o Pirro y Mario, entre otros. Plutarco plantea primero las dos biografías de los personajes abordados de manera individual, y después la comparación entre ellos encontrando en casi todos los casos elementos suficientes de analogía. De ahí el nombre del texto *Vidas paralelas*. Para el caso de la comparación entre Pericles y Fabio Máximo, Plutarco expone que: “*En el orden político, para Pericles es un gran cargo la guerra, pues se dice que se arrojó con ímpetu a ella, no permitiendo por su indisposición con los lacedemonios que se cediese; más juzgo que tampoco Fabio habría cedido en nada a los cartagineses, sino que generosamente habría sostenido la contienda sobre el imperio*”.¹

¹ Plutarco, *Vidas paralelas*. Porrúa, México. 1999. 8va. Ed. p. 161.

En lo relativo a la comparación entre Demóstenes y Cicerón, el autor afirma que: “*La habilidad de hablar en público e influir por este medio fue igual en ambos, hasta el extremo de acudir a valerse de ellos los que eran árbitros en las armas y en los ejércitos: como de Demóstenes, Cares, Diopetes y Leóstenes; y de Cicerón, Pompeyo y César Octavio, como éste lo reconoció en sus comentarios a Agripa y Mecenas*”.²

En México por otra parte, también contamos con algunas obras de esta naturaleza. Ejemplo de ellas es desde luego el estudio comparativo que Enrique Krauze realizó respecto de las dos figuras opositoras al régimen más importantes del segundo cuarto del siglo pasado, a saber, el político izquierdista Vicente Lombardo Toledano y el conservador Manuel Gómez Morín. Líder del sindicalismo mexicano el primero, y fundador del derechista Partido Acción Nacional el segundo.

De esta manera y partiendo de los ejemplos anteriormente mencionados, nuestro objetivo en este trabajo es, en la más pura tradición plutarquiana y desde una perspectiva infinitamente más humilde, hacer una aproximación comparativa a la vida y obra de dos importantes personalidades políticas del Siglo XX a saber: Mustafá Kemal Atatürk y Charles de Gaulle. Haremos para tal efecto un análisis de las circunstancias que se les presentaron, de la manera en la que se comportaron ante tales circunstancias y de los resultados que de dicho comportamiento obtuvieron con objeto de demostrar, tal como se menciona en la quinta hipótesis de esta investigación, misma que se enunciará junto con las otras cuatro en este mismo apartado, que es posible establecer importantes analogías entre ambos.

Para ello es necesario iniciar con la precisión de algunos conceptos clave de este estudio.

Marco teórico, conceptual y referencial.

Conceptos básicos.

Dado que nuestra investigación gira en torno a dos personalidades liderales de primerísima importancia en la historia del Siglo XX, iniciaremos enunciando algunas perspectivas teóricas que con respecto a la figura del líder, al fenómeno del liderazgo, a la influencia y al poder, se han desarrollado con diferentes enfoques y matices.

En este sentido y como nos lo hacen saber Norberto Bobbio, Nicola Matteuci y Gianfranco Pasquino en su *Diccionario de Política*, mucho antes de que las ciencias sociales tomaran la forma con la que las conocemos hoy en día y se dotaran de un rigor científico más o menos consistente, surgieron iniciativas intelectuales encaminadas a teorizar el fenómeno del liderazgo. Así, por ejemplo, en relación a él, Platón sostenía en su obra *la República* que “*el líder es un individuo forjado para su papel de custodio del estado, no sólo por una cierta disposición natural sino sobre todo, por la educación*”. Por su parte Aristóteles reforzando la perspectiva platónica a este respecto manifestaba que “*Desde el nacimiento, algunos están destinados a obedecer y otros a mandar*”.³

Estas perspectivas teóricas que ponen el acento del fenómeno del liderazgo en las características individuales de la persona que lo ejerce continuaron hasta tiempos

² Ibidem. p.334.

³ Bobbio, Norberto, et al., *Diccionario de política*. Siglo XXI. México. 1981. XIV ed. 2005. p.915.

muy tardíos, como lo podemos constatar en el juicio que elaboraron McIver y Page hacia el año de 1937. En su obra conjunta intitulada *Sociología*, estos dos estudiosos establecían que “*El liderazgo es la capacidad de persuadir o dirigir a los hombres que se deriva de cualidades personales independientemente del oficio*”.⁴

Como podemos ver, las primeras aproximaciones al análisis de la figura del líder tendían a circunscribir la explicación de la capacidad de influencia que éste tenía respecto a un grupo determinado de individuos a características puramente individuales, ya sea biológicas – dotes particulares heredadas – o bien, sociales – una buena educación destinada a convertir al individuo en alguien capaz de dirigir las acciones de una comunidad con un objetivo determinado -. Sin embargo, en tiempos más recientes, han surgido planteamientos teóricos que incorporan como factor indispensable para la construcción de un liderazgo el contexto en el que este se desarrolla. Las circunstancias pues, resultan determinantes para que el fenómeno del liderazgo fructifique y se materialice a plenitud y son también las circunstancias las que determinarán la naturaleza misma del liderazgo, su intensidad y duración. Dentro de esta corriente de concepciones teóricas encontramos por ejemplo la de Ricardo Homs, para quien “*Los líderes nacen o se hacen, pero en cualquier caso se dan en coyunturas favorables. El fenómeno del liderazgo se relaciona en primer lugar con las capacidades del individuo y su potencial de desarrollo. Sin embargo, las circunstancias dan la oportunidad para que se consolide un líder con un perfil determinado, o con otro*”.⁵ En este mismo sentido, es decir, en el de reforzar el papel que el contexto tiene en el surgimiento del fenómeno lideral, Miguel Escobar Valenzuela, en su obra *Poder y Sociedad, política y gobierno*, sostiene que “*El líder surge junto a la situación lideral o situación problemática, porque es ella la que permite que su prestigio se actualice. Actualización que, en su aspecto de modelo puro depende de la situación y no necesariamente del líder*”.⁶

Como podemos ver, producto del cúmulo de reflexiones que dan importancia al contexto han surgido modelos teóricos más elaborados, como es el caso del llamado Paradigma del liderazgo por Contingencia, en el que encontramos una búsqueda de equilibrio entre los tres elementos fundamentales constituyentes del fenómeno del liderazgo, a saber, el individuo que dirige, los individuos que son dirigidos o liderados y el contexto en el que esta relación se da. Robert Lussier y Christopher Anghua en su obra *Liderazgo, Teoría, aplicación y desarrollo de habilidades* lo plantean con claridad y elocuencia del siguiente modo: “*Las teorías de liderazgo por contingencia tratan de explicar el estilo adecuado de liderazgo con base en el líder, los seguidores y la situación. En otras palabras, ¿Qué rasgos y/o conductas asegurarán el éxito del liderazgo a partir de las variables situacionales? El paradigma de la teoría del liderazgo por contingencia destaca la importancia de factores situacionales, como la índole del trabajo realizado, el ambiente externo y las características de los seguidores*”.⁷

⁴ R.M.McIver y C.H.Page. *Sociología*. Tecnos, 3era. Ed. Madrid. 1937. p.116.

⁵ Homs, Ricardo. *Marketing para el liderazgo político y social*. Random House Mondadori. México.2005.p.23.

⁶ Escobar Valenzuela, Miguel. *Poder y Sociedad, política y gobierno*. Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública. CIDEPROF, FES Acatlán. México. 2001. p.222

⁷ Lussier, Robert y Anghua, Christopher *Liderazgo. Teoría, aplicación y desarrollo de habilidades*. Thomson. México. 2005. 2da. Ed. p.16.

En esta misma línea de pensamiento, Norberto Bobbio, Nicola Matteuci y Gianfranco Pasquino consideran, respecto de las teorías que reducen el liderazgo a las características propias del líder, más realista, y científicamente más fructífero, “...considerar el liderazgo como un papel que: a) se desempeña en un contexto específico de interacción y refleja en sí mismo (y en su cometido) la situación de este contexto; b) manifiesta ciertas motivaciones del líder que requiere ciertos atributos de personalidad y habilidad, además de ciertos recursos en general, que son todos (motivaciones, atributos y recursos) variables del papel en función de su contexto y c) está ligado a las expectativas de sus seguidores con sus recursos, sus demandas y sus actitudes”.⁸ Surge aquí de manera más clara el papel que los objetivos buscados por la comunidad liderada tiene para la construcción misma del liderazgo.

Sobre los objetivos específicos que sin lugar a dudas constituyen una parte fundamental del fenómeno lideral, En su obra *Poder y Sociedad. Política y gobierno*, Miguel Escobar establece que, *La situación “lideral” se crea cada vez que surge y se identifica un nuevo problema vinculado a una meta, en cuya virtud se actualiza un prestigio diferente, el cual consiste en la presunción verdadera o falsa de que algún miembro del grupo se encuentra en posesión de ciertos conocimientos, habilidades, o destrezas, capaces de resolver el problema que enfrentan*”.⁹

Quizá quien sintetiza de mejor manera esta búsqueda del equilibrio entre los elementos involucrados en una situación de liderazgo es Cecil A Gibb quien a este respecto plantea que “... (los) tres principios más importantes (del liderazgo) son, primero, que el liderazgo siempre es relativo a la situación, es decir, relativo en dos sentidos: a) el liderazgo aparece sólo en una situación con problemas, y b) la naturaleza del papel del liderazgo es determinada por el objetivo del grupo, lo cual es, de hecho, el segundo principio del liderazgo en el sentido de que éste siempre se dirige hacia cierta meta objetiva. El tercer principio consiste en que el liderazgo es un proceso de estimulación mutua, un fenómeno de interacción social en el cual las actitudes, ideales y aspiraciones de los seguidores, desempeñan un papel tan importante como la individualidad y personalidad del líder”.¹⁰

Por otra parte, asumida ya la influencia del contexto y de los objetivos en el fenómeno del liderazgo como un hecho teórica y empíricamente respaldado, Jordi López Camps e Isaura Leal Fernández en su obra *Aprender liderazgo político* disertan sobre las modalidades que el liderazgo mismo puede tener. En este sentido los investigadores españoles señalan que:

Existen en la actualidad dos concepciones del liderazgo. Estos dos puntos de vista pueden resumirse del modo siguiente:

Visión normativa: el líder es una persona que influye sobre la comunidad para conseguir que le sigan en la dirección marcada por él. El valor del líder es su capacidad de influencia sobre los miembros de la comunidad. Según este punto de vista, el liderazgo político sería dirigir la comunidad política. Este

⁸ Bobbio, Norberto, Op. Cit. p.914.

⁹ Escobar Valenzuela, Miguel. Op. Cit. p.220.

¹⁰ Gibb, Cecil, citado en Escobar Valenzuela, Miguel. *Poder y Sociedad, política y gobierno*. Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública. CIDEPROF, FES Acatlán. México. 2001.

modo de entender el liderazgo, ha sido útil en los momentos de gran confusión y desorientación, especialmente cuando hacía falta clarificar los caminos ante la existencia de opiniones encontradas. En el caso del liderazgo político, este modelo ha sido muy empleado en momentos de gran inseguridad e inestabilidad.

Visión dinámica: el líder influye sobre la comunidad para que ésta se enfrente a sus problemas y desarrolle un nuevo sistema de valores superior al actual. En este caso, la finalidad del liderazgo es resolver el conflicto de valores que aparece cuando las personas afrontan un proceso de cambio y han de adaptarse a una nueva situación. En tales circunstancias, los líderes actúan de dinamizadores de la sociedad. Esta concepción del liderazgo es útil cuando hay numerosos problemas, no existe ninguna alternativa clara y es necesario debatir el camino a seguir. Este tipo de liderazgo busca, en lugar de dirigir, facilitar el consenso y promover un cambio cultural y social.¹¹

En pocas palabras el liderazgo normativo marca el camino para que todos lo sigan sin cuestionar, mientras que el liderazgo dinámico plantea un escenario en el que el líder impulsa a sus seguidores a construir ellos mismos las soluciones a los problemas que dieron origen a la propia situación lideral.

En la obra *Aprender liderazgo político*, además de interesantes aproximaciones teóricas al fenómeno del liderazgo en general y del liderazgo político en particular, encontramos una muy pertinente reflexión en torno a los numerosos esfuerzos que se han hecho para definir estos conceptos. A este respecto López Camps y Leal Fernández sostienen que:

El liderazgo es un fenómeno muy condicionado por los patrones culturales de cada época y sociedad. Esta cuestión ha sido analizada en varios estudios. Estos demuestran cómo la comprensión del liderazgo está muy influida por la cultura dominante e incluso su percepción varía según el entorno productivo. Esta apreciación sobre la influencia cultural en el desarrollo de las teorías del liderazgo es muy pertinente y necesaria frente al ingente consumo de literaturas vulgarizadoras sobre estos temas. Existen muchas obras sobre liderazgo que, con poco rigor, generalizan conceptos sin percatarse de su arraigo a un determinado contexto cultural, social o actividad productiva. El resultado final es la enorme confusión que existe actualmente en torno a lo que es el liderazgo y los líderes.¹²

Como hemos visto a lo largo de los párrafos anteriores, muy a pesar de que mucho se ha pensado y escrito al respecto de conceptos como líder o liderazgo, no podemos hablar en este momento de que los estudiosos de estos temas hayan ya alcanzado un consenso sobre qué es y qué no es un líder, qué es y qué no es liderazgo. De hecho, y como bien lo han señalado Jordi López Camps e Isaura Leal Fernández, lo que suele existir en torno a estos conceptos es ambigüedad y confusión en su comprensión. Partiendo de esta constatación y considerando que la investigación que nos ocupa requiere apoyarse en referentes más o menos sólidos, más o menos

¹¹ López Camps, Jordi y Leal Fernández, Isaura. *Aprender liderazgo político*. Paidós. Barcelona. 2005.p. 31.

¹² Ibidem. p. 26.

circunscritos, nos permitiremos desarrollar categorizaciones propias con objeto de que, en lo relativo a los principales conceptos concernientes a esta tesis, nos alejemos tanto como nos resulte posible de planteamientos nebulosos, ambiguos, poco claros que dificulten la comprensión y la enunciación objetiva y rigurosa de los juicios que las hipótesis de este trabajo exigen.

De esta suerte y como ya lo hemos mencionado, continuaremos este capítulo con la definición de los conceptos más importantes para la investigación. Dichos conceptos son desde luego aquellos que se mencionan en las cinco hipótesis de que se compone este trabajo.

- **Insubordinación militar.**

Para efectos de este trabajo se entenderá por insubordinación militar el acto de desconocer a la autoridad militar y civil constituida y reconocida internacionalmente. Esta acción se manifiesta en el no acatamiento de órdenes directas y en la realización de acciones militares y políticas no avaladas por la autoridad constituida, acciones que incluso en ocasiones resultan contrarias a las directrices que dicha autoridad ha establecido. Este no acatamiento no se da de manera caprichosa sino que responde a un posicionamiento ideológico de quienes lo protagonizan en el sentido de creer que la autoridad militar y civil constituida no esta actuando en el sentido de la defensa de los intereses de la nación a la que representa.

- **Correlación de fuerzas internacional.**

La correlación de fuerzas internacional es el balance existente entre la capacidad de los diferentes estados del escenario internacional de promover y defender sus intereses. Esta capacidad por lo demás descansa en diferentes factores, tales como el militar, el económico, el político, el ideológico, el demográfico, el social, etc. El conjunto de estos factores le permiten a un Estado una determinada capacidad de actuar en el escenario internacional para favorecer sus intereses o para evitar que estos se vean afectados negativamente por la acción de los demás Estados. El orden internacional está pues determinado - o al menos lo estaba en la época que a este estudio interesa- por el equilibrio o la asimetría existente entre la capacidad de los diferentes países para, haciendo uso de sus factores de poder, modificar en su favor la realidad presente. La correlación de fuerzas internacional no es pues otra cosa que la relación existente entre la capacidad de acción en favor de sus intereses de las naciones que integran el escenario internacional.

Asimismo es importante señalar que para efectos de esta investigación, la correlación de fuerzas internacional será tratada con el grado que a cada caso corresponde. Es decir, en el caso francés, la correlación de fuerzas internacional se ubicará en una escala global, mientras que en el caso turco, se ubicará en una escala más bien regional con ciertos elementos de índole global.

- **Reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional.**

Para efectos de este trabajo se entenderá por reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional al cambio que un país experimenta en su capacidad de acción sobre la realidad presente y por ende en su nivel de incidencia en el escenario

internacional para defender y promover sus intereses. En este trabajo, el reposicionamiento no será visto como un proceso gradual que resulta del cambio relativo y paulatino en algunos casos de los factores de poder en los que se basa la capacidad de un Estado de influir en el exterior, factores que han sido mencionados con anterioridad, sino como un hecho relativamente rápido, producto de la acción política y militar de un sólo hombre.

Un cambio relativo en alguno de los factores de poder en los que se basa la capacidad de un Estado de actuar en el exterior puede desde luego causar un reposicionamiento de dicho Estado en la correlación de fuerzas internacional. Por ejemplo el descubrimiento de grandes yacimientos de petróleo constituiría un enorme cambio relativo en el factor económico de la capacidad de acción del Estado. El desarrollo de armamento nuclear constituiría desde luego un importante cambio relativo en el factor militar, mismo que se traduciría sin duda en un aumento de la capacidad de acción del Estado en el exterior y por ende en un reposicionamiento de dicho Estado en la correlación de fuerzas internacional. El constituirse como líder de una organización internacional supranacional marcaría un cambio relativo en el factor político y un incremento sostenido del PIB *per capita* acompañado de un aumento generalizado del nivel de escolaridad de la población se traduciría en un fortalecimiento relativo del factor social. Ambos cambios derivarían necesariamente en un reposicionamiento a favor de dicho Estado en la correlación internacional de fuerzas. Pues bien, en este trabajo abordaremos el reposicionamiento internacional de los Estados estudiados partiendo de la premisa de que, en primer lugar, en los casos estudiados dicho reposicionamiento se dio, y en segundo lugar, de que éste se debió más a la acción individual de los personajes estudiados y menos a cambios relativos importantes en los factores en los que se sostenía la capacidad de acción de dichos Estados. Es la veracidad de este enfoque pues, lo que pretendemos demostrar a lo largo de la investigación que implica este trabajo.

- **Etapa post-bélica.**

Por definición, etapa post-bélica es todo aquel periodo de tiempo que se ubica inmediatamente después de una guerra o de un enfrentamiento militar. Sin embargo, considero necesario hacer algunas puntualizaciones en relación a lo que se entenderá por etapa post-bélica en esta investigación. Para efectos de este trabajo, por etapa post-bélica se entenderá en el caso turco, la etapa que siguió a la rendición otomana del sultán Mohamed VI al final de la Primera Guerra Mundial y que concluye con la consolidación de la República Turca a principios de la década de los treinta.

En el caso francés por etapa post-bélica se entenderá a cada uno de los siguientes periodos: el primero va de la rendición del ejército francés ante el ejército alemán invasor en 1941 hasta el Desembarco en Normandía, el segundo va del Desembarco en Normandía al nacimiento de la Quinta República Francesa y el fin de la crisis argelina en 1962.

- **Cambio político.**

Para efectos de esta tesis por cambio político se entenderá la modificación radical de la manera en la que se obtiene, se reparte y se ejerce el poder en un país

determinado. Cambio político será pues la reforma radical del sistema de poder, del andamiaje institucional de que se compone el sistema político de los países estudiados.

- **Cambio social.**

Por cambio social se entenderá la modificación igualmente radical de la conducta general de una sociedad determinada en relación a los asuntos cotidianos e inmediatos de la vida. Dentro de este campo desde luego se encuentran los usos y costumbres, los hábitos de consumo y de vestimenta, los credos religiosos y la manera de profesarlos, etc. Es en el cambio social en el terreno en el que podemos ubicar la transformación cultural. Transformación que sin lugar a dudas tuvo lugar en uno de los dos casos estudiados en este trabajo. Nos referimos desde luego al caso de Turquía y a su tránsito, de la mano de Atatürk, hacia una modernización laica. Un camino que desde luego no resultó sencillo y que no estuvo exento de enormes resistencias y obstáculos pero que al final derivó indudablemente en un perfil sociocultural sensiblemente distinto de aquel que prevaleció durante años en la historia turca previa al fin de la Primera Guerra Mundial.

- **Papel lideral.**

En una situación de ineficiencia e ineficacia institucional, la necesidad del papel lideral es la necesidad de una dirigencia unificada capaz de dar orden a una situación política caótica en la que la enorme segmentación del poder y la absoluta necesidad de consensos no permite que se materialice una acción gubernamental efectiva. Así, para efectos de este trabajo, el papel lideral no será otra cosa que la existencia de un liderazgo efectivo, es decir, de una dirigencia unificada capaz de aglutinar en torno a sí las voluntades de las diferentes fuerzas políticas existentes en una coyuntura dada para, así, establecer un gobierno efectivo y para, a través del mismo, realizar las reformas necesarias encaminadas a un nuevo arreglo institucional que le de funcionalidad al sistema político.

Una precisión más es que dentro de esta investigación, el papel lideral será abordado en su dimensión nacional, distinguiéndolo de las otras dimensiones que un liderazgo puede presentar tales como la local, la regional, etc. En los dos casos estudiados en este trabajo, el liderazgo encarnado en los dos personajes tratados es, sin lugar a dudas un liderazgo nacional, por lo cual será en este sentido en el que será utilizado el término.

- **Uso personal del poder.**

Por uso personal del poder y a la luz de las teorías del liderazgo de Cecil A. Gibb y de Miguel Escobar Valenzuela planteadas en la obra *Poder y Sociedad, política y gobierno*, entenderemos la capacidad de aglutinar en torno a la voluntad y la decisión del líder, las voluntades de los individuos integrantes de una comunidad determinada con el objeto de resolver un problema específico. En este sentido, la dimensión personal del poder es aquella que resulta del liderazgo que quien ejerce ese poder logra construir hacia sus simpatizantes o adherentes partiendo del prestigio que en ellos existe respecto de sus capacidades, destrezas o habilidades para resolver el problema que les es común. La dimensión personal del poder no está apoyada en posiciones institucionales de dirigencia o en un determinado estatus producto de la ley o de la costumbre, sino en

la confianza que los liderados depositan en el líder, misma que se materializa en lo que llamaremos prestigio

- **Uso institucional del poder.**

La dimensión institucional del poder, a diferencia de la dimensión personal no tiene su fuente en el prestigio, sino en la autoridad. En este sentido, por poder institucional, entenderemos para efectos de esta tesis el poder que emana no del prestigio de quien lo ejerce, no del carisma ni de la simpatía o empatía que despierta entre los dirigidos, sino de la posición institucional o nominal que el dirigente ocupa, del estatus establecido y sancionado por la ley o por la costumbre en el que el dirigente apoya sus decisiones y del que surge la legitimidad para tomarlas y para exigir que estas se verifiquen de manera efectiva. Un ejemplo de dirigente que ejerce un poder institucional es el actual presidente de Estados Unidos, George W. Bush, quien a pesar de contar con menos de 30% de popularidad entre sus gobernados, puede seguir tomando decisiones de gobierno y haciendo que estas se materialicen de manera efectiva en la realidad debido a que cuenta con el soporte institucional del estatus de ser Presidente de los Estados Unidos.

- **Planteamiento de las Hipótesis.**

A lo largo de esta investigación, buscaremos clarificar el panorama en torno a cinco hipótesis. Las cuatro primeras son de naturaleza descriptiva y la quinta, verdadera. De esta suerte en lo que a las primeras se refiere, pretendemos exponer todo lo relativo a las mismas en los capítulos y subcapítulos correspondientes con el detalle y profundidad suficientes. En lo que a la quinta hipótesis toca, en la última parte de este trabajo realizaremos una breve reflexión y recapitulación con base en lo expuesto a lo largo de la investigación toda, con objeto de determinar si dicha hipótesis verdadera se confirma o se refuta.

A continuación planteamos las cinco hipótesis mencionadas, mismas que serán el hilo conductor que guíe el curso de nuestra investigación:

- 1) La insubordinación militar de Ataturk como factor clave del reposicionamiento de Turquía en la correlación de fuerzas internacional en la etapa post bélica
- 2) La acción de Ataturk como causa del cambio político y social de Turquía.
- 3) La insubordinación militar de de Gaulle como factor clave del reposicionamiento de Francia en la correlación de fuerzas internacional en la etapa post bélica.
- 4) Necesidad del papel liberal en el tránsito de la Cuarta a la Quinta República francesa y la acción de de Gaulle como causa del cambio del sistema político en Francia.
- 5) Las circunstancias con las que se encontraron Ataturk y de Gaulle, la manera en la que afrontaron dichas circunstancias y la magnitud de los efectos que sus acciones tuvieron en la realidad interna y externa de sus respectivas naciones

permiten que entre ambos personajes pueda establecerse, de alguna manera y en alguna medida, una relación análoga.

Estructura del trabajo.

Dado que el objetivo primordial de esta investigación es verificar si existen elementos suficientes para sostener que las trayectorias de Mustafá Kemal Ataturk y Charles de Gaulle son en alguna medida análogas, la mayor parte del cuerpo de este trabajo se centra en un esfuerzo de aproximación a los acontecimientos que constituyeron las vidas de estos dos personajes tanto desde el punto de vista político como diplomático y militar. En este sentido hemos planteado cinco grandes capítulos dentro de los cuales analizamos los elementos constituyentes de la realidad tanto francesa como turca así como los antecedentes que determinaron las características de esta realidad en los tiempos de los personajes estudiados, a la par de, en un primer momento, los aspectos puramente particulares o privados de los primeros años de existencia tanto de de Gaulle como de Ataturk y , posteriormente, las acciones que llevadas a cabo por ellos, incuestionablemente incidieron en el presente y el futuro de sus respectivos países. En este orden de ideas, los cinco grande capítulos referidos son los siguientes: Capítulo I: Ataturk y De Gaulle antes de entrar en la historia, Capítulo II. Turquía antes de Ataturk, Capítulo III: La acción militar y política de Ataturk y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político y social de Turquía, Capítulo IV: Francia antes de De Gaulle y Capítulo V. La acción militar y política de de Gaulle y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político en Francia.

Como se puede ver, el criterio de distribución de los capítulos y por ende de la información, obedece a una búsqueda por apegarnos al orden cronológico en el que los hechos sucedieron. En este sentido hemos de puntualizar que la presencia política y militar de Ataturk en la historia, antecede a la de de Gaulle. Si bien el general francés, al igual que el turco participó en la Primera Guerra Mundial, la mayor parte de sus acciones que tuvieron repercusión para el presente y el futuro de su país se dieron durante la Segunda Guerra Mundial y en los años posteriores. De esta suerte el trabajo inicia con los acontecimientos relacionados con la infancia y primera juventud de Ataturk y concluye con la reestructuración política de Francia que de Gaulle llevó adelante a través de la instauración de la Quinta República.

Al respecto de la naturaleza de esta investigación podríamos decir que es eminentemente histórica. Partiendo de las hipótesis a corroborar o a refutar, nos hemos remitido a diversas fuentes con objeto de analizar con algún detalle las características de las acciones de estos personajes en los momentos importantes de sus respectivas historias personales para así, establecer si la relación de analogía es factible o no lo es. Esta aproximación histórica marca prácticamente la totalidad del cuerpo de la investigación. La parte final, correspondiente a las conclusiones, prácticamente se circunscribe al análisis crítico de los argumentos a favor y en contra de la analogía dirigido a establecer con un rigor aceptable si ésta existe o no.

CAPÍTULO I.

TURQUÍA ANTES DE ATATURK.

SUBCAPÍTULO 1.1. EL IMPERIO OTOMANO
ANTES DE 1914. ORGANIZACIÓN POLÍTICA
Y POSICIÓN INTERNACIONAL.

SUBCAPÍTULO 1.2. EL IMPERIO OTOMANO
ANTES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.

Capítulo I. Turquía antes de Ataturk.

Subcapítulo 1.1. El Imperio Otomano antes de 1914. Organización política y posición internacional.

El Imperio Otomano antes de la Primera Guerra Mundial había tenido ya una larga y turbulenta historia. El inicio de ésta, podemos ubicarlo en 1453, año en que los guerreros otomanos, liderados por el Sultán Mahomet II el Conquistador, se apoderarían de la hasta entonces llamada Constantinopla, capital del Imperio Bizantino. Ese hecho marcaría, sin duda alguna, el inicio de la creciente dominación turca sobre vastas extensiones de territorio y sobre gran número de naciones. Los turcos, que originariamente procedían de una región del norte de China llamada Sin Kiang, habían emigrado a lo largo de una línea claramente identificable en la parte sur de Asia - línea sobre la cual se ubican incluso hasta nuestros días poblaciones de origen turcomano hasta llegar a lo que se conocía como Asia Menor y que no es sino la península de Anatolia, que constituye el grueso del territorio de la Turquía actual. Una vez llegados, comenzaron a disputar el control sobre tierras y pueblos a quien dominaba esa zona en la época: el Imperio Romano de Oriente o Imperio Bizantino.

Primero con la dinastía de los selyúcidas y después con la de los osmanlíes, los turcos comenzaron a conquistarle poco a poco tierras al Imperio Bizantino, y poco a poco también, comenzaron a establecer consecuentemente un pequeño, vigoroso y creciente Imperio. Tiempo atrás, antes de convertirse en una fuerza conquistadora, los turcos habían adoptado la religión mahometana tomándola de los árabes. *“Aunque su religión provenía de los árabes, fueron los turcos los que se constituyeron en el pilar más fuerte del Islam. Luchando por su victoria en todo el Mundo y dando sus califas a la religión Mahometana”*.¹

En el siglo XI los Turcos Selyúcidas impondrían su dominio sobre casi todo lo que hoy es Turquía y que entonces era parte del Imperio Bizantino. En la Batalla del Lago Van, el emperador Bizantino Roman Diógenes se enfrentaría al jefe turco selyúcida Mohamed Alp Arslan. En esta ocasión, los turcos selyúcidas derrotarían al Imperio Bizantino y lograrían despojarlo de buena parte de sus tierras, entre las cuales se encontraban los santos lugares del Cristianismo en Palestina. A ellos era a quienes los cruzados llamaban los dueños infieles de los santos lugares. El Imperio Bizantino, no obstante lograría conservar buena parte de su territorio y obviamente la ciudad de Constantinopla. La conquista selyúcida sobre los santos lugares generaría más tarde las cruzadas.

En el año de 1095, a petición del emperador bizantino Alejo Comeno, el Papa Urbano II reuniría un concilio en Clermont para discutir sobre la liberación de los santos lugares, en ese momento en las manos de los turcos selyúcidas. Esto derivaría en la Primera Cruzada, a través de la cual los cristianos europeos lograrían recuperar Jerusalén y los santos lugares. La recuperación, sin embargo, no duraría mucho tiempo puesto que noventa años después de la Primera Cruzada, el sultán Saladino a la cabeza

¹ Lengyel, Emil. *Turquía y su pueblo*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1947. p. 192.

de sus tropas pondría sitio a la ciudad santa de Jerusalén, la cual, a consecuencia de ello, volvería a caer en manos de los musulmanes.

Después de esto, occidente intentaría en vano, recuperar los santos lugares organizando otras cinco cruzadas. En total serían ocho cruzadas que se desarrollarían a lo largo de dos siglos y cuyo resultado no sería la recuperación de los santos lugares por los cristianos europeos. A pesar de las Cruzadas, el Imperio de los turcos selyúcidas se mantendría bastante fuerte, mientras que el Imperio Bizantino se iría progresivamente debilitando. Para la época en la que el Imperio selyúcida lograba sobrevivir a las incursiones de las hordas de Gengis Khan, la dirección del mismo, comenzaba a trasladarse de la dinastía de los selyúcidas, a la dinastía de los osmanlíes u otomanos. Después de las incursiones de Gengis Kan, de la desaparición de los turcos selyúcidas y del debilitamiento del Imperio Bizantino, los turcos otomanos, herederos de los turcos selyúcidas conquistarían en menos de veinte años toda el Asia Menor y extenderían su reino hasta los estrechos. El historiador Ernst Görlich en su libro *Historia del Mundo* describe este proceso del siguiente modo “Desde 1354 los turcos se establecieron en la parte europea del estrecho de los Dardanelos (Península de Gallípoli). Desde esta base de partida sometieron en los decenios siguientes a los pequeños reyes cristianos que estaban en lucha entre sí en la Península de los Balcanes y, con el traslado de su capital a Adrianópolis, mostraron su voluntad de lanzar hacia Europa todo el peso de sus acciones políticas y militares.”²

Solamente Constantinopla resistiría salvada por un milagro y por sus fuertes murallas. Refiriéndose a la manera en la que los turcos otomanos organizaban la administración en las tierras que conquistaban, el historiador Emil Lengyel observa que:

“Los turcos no eran más que un puñado de unos cuantos miles contra los millones de los nativos. Los nuevos dueños necesitaban trabajadores, soldados, administradores. Casi desde el primer momento fue su política hacer que los nativos colaborasen con ellos. De esta suerte no hubo exterminio sino la integración de diferentes naciones dentro del Imperio Turco. Los turcos entonces se dedicarían a gobernar y a ser guerreros. La facilidad con que la Media Luna suplantó a la Cruz es otro misterio”.³

En el año de 1389, los otomanos, comandados por el Sultán Murad, conquistarían la Península de los Balcanes al derrotar al Rey Lázar de Servia en la Batalla de Kosovo: “El viejo reino servio de los Nemanyidas, que precisamente había alcanzado el punto culminante de su potencia bajo el Zar Esteban Buchan, se hundió en la Batalla de los Campos de Amsel (Kosovo Polje) junto al Río Vidovdan que posteriormente había de ser cantada en las epopeyas eslavas del sur. La derrota ocurrió el 28 de junio de 1389, día de San Vito, y en los años 1393 – 1394, Bulgaria y buena parte de la Península de los Balcanes pasaron a ser provincias turcas”.⁴ Esta conquista, haría de los osmanlíes una potencia militar temible. El Sultán Bayecid II, que sucedería a Murad, terminaría de conquistar los territorios circundantes a Constantinopla, ciudad que por lo demás, se habría atrincherado tras sus grandes

² Görlich, J. Ernst. *Historia del Mundo*. Ediciones Martínez Roca. Barcelona. 1972. p.296.

³ Lengyel, Emil. Op.Cit. p. 207.

⁴ Görlich, J. Ernst. Op.Cit. p.296.

murallas, siendo tan sólo una capital sin imperio. La caída de Constantinopla tardaría bastantes años más. Distráidos por las incursiones de Tamerlán, los otomanos no podrían dedicarse a terminar la obra de aniquilamiento del Imperio Bizantino sino hasta el año de 1453 en el que Mahomet II el Conquistador, se apoderaría finalmente de la ciudad, derrotando definitivamente al otrora glorioso Imperio Romano de Oriente y rebautizando a su ciudad capital, desechando el nombre de Constantinopla y substituyéndolo por el de Estambul. A este respecto, vale la pena retomar la descripción que de esos acontecimientos hace el historiador Ernst Görlich en su obra *Historia del Mundo*:

“Con la subida al trono de Mahomet II empezó la lucha a muerte por Constantinopla. Un poderoso ejército turco cercó la ciudad. El verdadero asedio se inició el 6 de abril de 1453. Un maestro artillero húngaro había puesto a disposición de los sitiadores un cañón gigantesco que era arrastrado por treinta carros, cada uno de ellos tirado por cincuenta parejas de bueyes. Frente al ejército sitiador, el defensor, emperador Constantino XI Paleólogo, cuyo carácter no puede ponerse bastante en claro, disponía únicamente de unas fuerzas de combate de ocho mil bizantinos y genoveses que ni siquiera podían cubrir debidamente toda la longitud de los muros de la ciudad. A pesar de eso, fueron rechazados todos los ataques de los turcos hasta que estos consiguieron pasar su flota transversalmente sobre una pista de madera y colocarla junto al promontorio en el brazo de mar del “Cuerno de Oro”, y de este modo Constantinopla quedó cercada también por el mar. El asalto decisivo empezó al amanecer del 29 de mayo. El general genovés Giustiniani, ligeramente herido, abandonó su puesto e hizo así posible una rápida penetración de las tropas turcas que a las diez de la mañana entraban ya en tromba en las calles de la ciudad. Constantino XI se defendió hasta el final con sus fieles junto a la Porta Kaligaria y cayó ahí, sin hijos y a la edad de 49 años luchando por su corona”.⁵

Así, los conquistadores turcos le cambiaron el nombre a la otrora gloriosa ciudad capital imperial de Constantinopla. Ahora bajo el control turco, la metrópoli se llamaría Estambul. Un nuevo nombre para la nueva capital del pujante Imperio Turco, respecto del cual Lengyel comenta: “*Los turcos se atrincheraron en los estrechos en una posición inexpugnable. Hicieron de Constantinopla su capital y la llamaron Estambul. Ahora nada podía impedirles el avance. La Europa cristiana se despertó sobresaltada. El enemigo estaba ahora en el mismo umbral de occidente. Con la velocidad del rayo los turcos llegaron hasta Anatolia, establecieron un país y se labraron un imperio para ellos mismos. El turco se había convertido en un problema mundial.*”⁶

Los otomanos terminarían por dominar a los búlgaros, a los servios, a los albaneses, a los griegos, a los macedonios, a los bosnios, a los herzegovinos, a los dálmatas, a los valaquios, a los rutenos, etc. “*Un albanés fue nombrado gobernador de los griegos y un griego fue el tirano de los rumanos. Los macedonios estaban designados para recaudar los impuestos a los servios y los valacos tenían que ahorcar a los búlgaros. Divide y reina era el lema de los turcos y ellos lo habían aprendido de los romanos*”.⁷ Bajo el reinado de Selim el Feroz a principios del siglo XVI, surgió la

⁵ Görlich, J. Ernst. Op.Cit. p.397.

⁶ Lengyel, Emil. Op.Cit. p. 211.

⁷ Lengyel, Emil. Op. Cit.p. 207.

audaz intención de construir un imperio de dimensiones globales. Turquía tenía que estar donde quiera que estuviese el Islam, y el Islam que llegaba hasta el territorio de Turquía pronto se extendería mucho más allá. El nombre de esta visión, de este sueño, sería Pan-islamismo. En el marco de esta perspectiva, los ejércitos de Selim el Feroz, encabezados por los aguerridos jenízaros, tropas de élite a menudo “... *formadas por muchachos cristianos a los que se había hecho prisioneros en la guerra o que tenían que ser entregados como “diezmos de jóvenes” por sus padres que vivían bajo el dominio turco y que eran educados como mahometanos y tenían acceso a los más altos cargos del reino, pues, el paso al islamismo, bastaba para que todo el mundo, sin tener en cuenta su procedencia pudiera formar parte de la capa rectora de los “osmanlíes”*”,⁸ conquistarían Egipto y lograrían, como consecuencia de ello, el título de califa para el sultán turco. A partir de ese momento, todos los siguientes sultanes otomanos ostentarían tal título, lo cual les convertiría en líderes religiosos de todos los musulmanes sobre el globo.

El Imperio Otomano alcanzaría su apogeo bajo el reinado del sultán Solimán el Magnífico quien conduciría a sus huestes victoriosas hasta Mesopotamia y Persia y extendería el dominio otomano por el oeste casi hasta llegar a la columna de Hércules. Solimán lograría también acercarse peligrosamente al centro mismo de Europa al derrotar a los húngaros en la Batalla de Mohacs en 1526. Görlich es bastante elocuente al mostrarnos los alcances que tuvo esta victoria:

“Solimán el Magnífico condujo un poderoso ejército hacia occidente y, aunque no logró apoderarse de Viena, consiguió sin embargo extender su dominio sobre las partes llanas y centrales de Hungría. El reino húngaro de los Habsburgo se contrajo a una pequeña faja de terreno en el oeste del país y a la zona montañosa eslovaca en el noroeste. Toda la Transilvania situada en el este, fue cedida por Solimán II a su aliado Sapolya como principado vasallo obligado a entregar tributo a los turcos. La frontera austriaco turca, cuyo recorrido exacto cambiaba por lo demás según los resultados de las Campañas fue durante ciento cincuenta años una fuente de inseguridad y de peligro amenazador”.⁹

Fue pues de esta manera en que los turcos terminaron apoderándose de Budapest, ciudad que estaría bajo el dominio turco ciento cincuenta años, a lo largo de los cuales, los otomanos de Solimán mantendrían bajo una constante amenaza de conquista a la ciudad imperial de Viena. “*En la época de su mayor esplendor, el Imperio turco era más amplio que el romano de oriente. La organización social de la vieja época turca seguía subsistiendo en sus partes esenciales aunque cambiada en diversos aspectos. El ejército había crecido por el número cada vez mayor de las tropas auxiliares que tenían que entregar los países aliados o tributarios como Moldavia, Valaquia, la Tartaria crimeana, Georgia y Kurdistán.*”¹⁰ Respecto de la consolidación de la dominación turca en la zona referida, el biógrafo Harold Lamb en su libro *Solimán el Magnífico, sultán del Este* comenta que “*La estabilidad y firmeza del régimen de Solimán iría adquiriendo fama en occidente. Los cronistas hablarían más de la Pax Turcica que del “terror turco”; de aquella paz turca que contrastaba con los males*

⁸ Görlich, J. Ernst. Op.Cit. p.296.

⁹ Ibidem. p.330.

¹⁰ Görlich, J. Ernst. Historia del Mundo. Ediciones Martínez Roca. Barcelona. 1972. p.330.

endémicos de la Europa central".¹¹ La época del esplendor turco encabezado por Solimán sería también la época de pleno dominio naval de los turcos en el Mediterráneo. Con la ayuda del famoso almirante y pirata turco Kair Eddin Barbarroja, los navíos otomanos del sultán de Estambul controlarían las principales rutas marítimas.

Como hemos podido ver, para este momento, el Imperio era ya vastísimo. Para llevar a cabo su gobierno, la casa otomana tenía que llegar a ciertos acuerdos con sus gobernados garantizándose así contar con su colaboración. Como Lengyel nos indica:

“Las partes limítrofes del imperio gozaban de varios grados de autonomía alcanzando algunas veces una semi-independencia. El Reino de Hungría reconocía al sultán como supremo regidor. Transilvania gozaba del privilegio de arreglarse sus asuntos domésticos. Los príncipes de Moldavia y Rumanía eran nombrados por el sultán quien ejercía los derechos del control supremo. El sultán nombraba al Kan de Crimea y al Sharif de Hedjaz a quien se suponía descendiente del profeta. Los estados Berberiscos gozaban de una gran parte de gobierno propio y más tarde se les autorizó para que concluyesen pactos particulares. Algunas de estas nacionalidades eran tratadas como estados dentro del estado sometidas desde luego al control del sultán”.¹²

Por su estructura y organización política, al Imperio Otomano se le puede comparar con la monarquía austro-húngara regida por los Habsburgo. En ella también existían muchas nacionalidades y credos. Sus dos principales componentes eran prácticamente independientes y las minorías, en la parte austriaca por lo menos gozaban de amplios derechos de gobierno propio. Aunque de origen suizo-germano y de idioma alemán, la dinastía reinante no tenía nacionalidad propia. De haberla poseído las otras nacionalidades se hubieran sentido menospreciadas. Esta misma situación se daba en el caso de la dinastía otomana, la cual era turca de origen y casi toda de idioma turco, pero supranacional de hecho, a fin de representar a las naciones de gobierno propio del Imperio.

Solimán el Magnífico sería sucedido por su hijo, quien reinaría bajo el nombre de Selim II. Fue durante su reinado cuando los cristianos europeos pudieron ponerle un coto al poder naval otomano en la Batalla naval de Lepanto. En ella, una flota integrada por fuerzas del Papa, de España y de Venecia, derrotaría a la otrora invencible flota turca. Al respecto de este importante enfrentamiento de la historia naval del Mediterráneo, el historiador Harold Lamb expone que:

“El duelo en los mares entre Solimán el Magnífico y Carlos V, continuó todavía por mucho tiempo después de que ambos murieron. (...) Así, en 1568 se produjo la batalla naval de Lepanto, la cual se halla pintada en las paredes del Vaticano y del Palacio Ducal de Venecia. El triunfo de los cristianos fue completo y la derrota de los turcos decisiva. Estos perdieron casi todas sus galeras. Los peritos navales opinan que la enorme cantidad de naves acumuladas en la estrecha entrada del golfo, frente a la ciudad de Lepanto, impidió que los

¹¹ Lamb, Harold. *Solimán, sultán del este*. Gandesa. México.1952.p124.

¹² Lengyel, Emil.Op. Cit. p.222.

ligeros navíos osmanlíes maniobraran y la ventaja fue para las galeras mayores y para las armas más perfeccionadas de los europeos”.¹³

La derrota en Lepanto, marcaría el inicio de un largo camino que llevaría al Imperio Otomano de la decadencia a la aniquilación. El segundo capítulo de ese camino, sin duda sería el representado por los Tratados de Karlowitz que resultaron del infructuoso segundo intento turco de apoderarse de Viena en el año de 1683. Dichos Tratados despojarían a los turcos de antiguas posesiones europeas: Hungría pasaría a poder de los Habsburgo, Ucrania pasaría a poder de Polonia y la costa de Dalmacia así como el sur de Grecia, terminarían en las manos de Venecia. Los Habsburgo tomarían entonces la ofensiva frente a las fuerzas musulmanas. A partir de ese momento, el Imperio Otomano se iría viendo progresiva e inevitablemente reducido. Con los Habsburgo amenazándolos por el norte y los rusos - cuyo creciente poder cada vez se hacía sentir más - por el noreste, el Imperio Otomano iniciaría la que sería una larga, muy larga espiral descendente que haría que fuese durante mucho tiempo conocido como “El hombre enfermo de Europa”.

Poco a poco sus antiguas posesiones se irían sublevando e independizando. A veces, la mayoría, con el apoyo de algunas potencias extranjeras, a veces, producto genuino de un sentimiento nacionalista-independentista. El caso es que parte por parte, el Imperio Otomano se iría desintegrando.

Así, a principios del siglo XIX, Servia y Grecia protagonizarían movimientos independentistas que se traducirían en mayores grados de autonomía para sus países. “...el movimiento de resistencia entre las minorías cristianas de los Balcanes – notablemente entre los serbios – adquiría fuerza y apelaba al auxilio ruso”.¹⁴ Finalmente Grecia, sería el primer país en independizarse del dominio turco cuando en 1829 y gracias al apoyo ruso del Zar Alejandro I, lograría, después de una guerra de diez años, derrotar a las fuerzas otomanas. Así, también sus posesiones al noroeste de África se perderían en favor de Francia y Egipto pasaría a control británico.

Para mediados del siglo XIX la debilidad del Imperio Otomano había hecho que éste dejara de ser una amenaza para las potencias europeas occidentales, las cuales se mostraban cada vez más preocupadas por el creciente poder ruso. Cuando Rusia se apoderó de Ucrania y logró con ello, aprovechando su salida al Mar Negro, acercarse a las aguas cálidas y amenazar los estrechos turcos, Inglaterra notó que la amenaza hacía mucho que se había dejado de llamar Turquía para llamarse ahora Rusia.

“Uno de los sueños rusos, ha sido la captura de Constantinopla, situada estratégicamente a la entrada del Mediterráneo, y el de liberar de paso a los hermanos eslavos de los Balcanes. Todo ello entraña, como decía Sumner, “proyectos y sueños, pero preñados de presagios para lo futuro”. Durante el fabuloso siglo XIX, la Rusia zarista, con un pie en el punto extremo del Cáucaso y el otro en los Balcanes, arguyó mucho acerca de los estrechos de los Dardanelos, la salida al mar. “Son las puertas de nuestra casa”, sostenían”.¹⁵

¹³ Lamb, Harold. Op. Cit. p 124.

¹⁴ Lamb, Harold. Op. Cit. p. 354.

¹⁵ Lamb, Harold. Op. Cit. p.357.

De pronto el Imperio Otomano se veía apoyado por sus antiguos rivales ingleses que ahora estaban interesados en garantizar que la posesión de los estrechos correspondiera a una potencia débil, a saber: Turquía. Justamente para garantizar que estos no cayeran en manos de una potencia fuerte: particularmente Rusia. A este respecto Henry Kissinger en su obra *La Diplomacia* refiere que: “*En los foros europeos Rusia escuchaba los argumentos a favor del equilibrio del poder, pero no siempre se atenía a sus máximas. Mientras que las naciones de Europa siempre habían sostenido que los destinos de Turquía y de los Balcanes debían ser decididos por el Concierto de Europa, Rusia, por su parte, invariablemente trató de resolver esta cuestión en forma unilateral y por la fuerza*”.¹⁶

En relación al enorme interés que los rusos manifestaban respecto de la posible posesión de los estrechos turcos, y respecto de la opinión que las potencias europeas tenían de Rusia, Lengyel observa que:

“Aunque Rusia observase la religión cristiana, permanecía fuera del comité de las naciones occidentales. Ella estaba demasiado lejos de las principales corrientes de la vida, aislada de la civilización por pantanos y estepas, ignorancia y miseria. Ella nunca se benefició con la cultura romana. Durante tres siglos estuvo aplastada bajo los cascos de la horda dorada tártara. Las grandes potencias miraban a Rusia con desdén. El inmenso cuerpo de Rusia tenía que alimentarse, pero ella no tenía más canales alimenticios, como ya lo vimos antes, que los estrechos turcos. Sin ellos, el Imperio de los zares debía estremecerse y morir. Por eso la historia de Turquía, hasta la Primera Guerra Mundial, fue la Historia de las relaciones turco-rusas, bajo diferentes disfraces”.¹⁷

Mientras tanto, como ya lo hemos mencionado, en la Península de los Balcanes y por instigación de Rusia, las pequeñas naciones que todavía estaban bajo dominio otomano, comenzaron a sublevarse y a reivindicar su independencia. Desde los montenegrinos hasta los búlgaros, desde los rumanos hasta los bosnios, los enfrentamientos harían de esta península el polvorín de Europa. En 75 años, Turquía habría perdido las tres cuartas partes de sus territorios en la península. Después de que Austria-Hungría se hubiera anexo Bosnia-Herzegovina, provincia nominalmente turca que ya ocupaban militarmente los austriacos desde 1778, al Imperio Otomano solo le quedaban Albania, Macedonia y Tracia. Turquía, como consecuencia de las dos guerras de los Balcanes, iniciaría la segunda década del Siglo XX con apenas una pequeña porción del que habría sido su vasto territorio en Europa.

Por otra parte, en el último cuarto del Siglo XIX, la política de Gran Bretaña hacia Turquía experimentaría un cambio. Su preocupación que, originalmente dirigida a Turquía, se había desviado hacia Rusia, provocándose con ello una repentina alianza anglo-turca, ahora se volvía hacia la pujante Alemania, provocándose con ello una igualmente repentina alianza anglo-rusa, la cual echaría por tierra la alianza anglo-turca preexistente. Inglaterra, para asegurarse la amistad rusa, tenía que renunciar a la turca. “El Hombre Enfermo de Europa” se encontraría de pronto abandonado en medio de las

¹⁶ Kissinger, Henry. *La Diplomacia*. Fondo de Cultura Económica. México. 1994. p.168.

¹⁷ Lengyel, Emil. *Op. Cit.* p. 237.

pugnas entre las grandes potencias. Tendría, desde luego, porque no le quedaría de otra, que buscarse un lugar en el reparto del pastel del poder europeo. Esta intención iría empujando al Imperio Otomano, poco a poco a los brazos de la Alemania guillermina y a su consecuente participación, al lado de las potencias centrales en la Primera Guerra Mundial. Para llegar a ese punto tendrían que conjuntarse algunos factores tanto internos como externos en la realidad política turca.

Mientras tanto, desde el inicio del siglo XX, Alemania buscaba utilizar a Turquía como puerta de entrada a los inagotables recursos de Asia. El Kaiser Guillermo I haría una visita oficial a Estambul y manifestaría públicamente que se consideraba un amigo y protector del Islam en Europa. Alemania buscaba lograr, a través de una alianza con Turquía, lo que no había podido lograr en la repartición de colonias del Congreso de Berlín de 1885: contar con algo que se aproximara lo más posible a una posesión colonial económicamente explotable en condiciones de rentabilidad. Fue así que surgiría el proyecto de ferrocarril “Berlín-Bagdad”. A través de este ambicioso plan, Alemania reforzaría su alianza con Turquía y comenzaría a aprovechar los recursos naturales de ésta última. *“La concesión hecha a los alemanes, les otorgaba permiso para explotar minas, bosques, fuerzas hidráulicas, dentro de las doce millas y media a lo largo de ambos lados de los rieles. Adquirieron los derechos de navegación sobre el Tigris, el Éufrates, y también para efectuar trabajos portuarios en Bagdad y en el Golfo Pérsico”*.¹⁸

Así, en los momentos previos a la Primera Guerra Mundial, la posición de Turquía en el escenario internacional de la época, era poco más o menos la siguiente: el ya resquebrajado Imperio Otomano era visto como una potencia menor, a la que era conveniente preservar como entidad débil en cuya custodia se pudiesen poner los estratégicos estrechos de Dardanelos y Bósforo. Inglaterra quería justamente conservar a Turquía como débil custodio de los estrechos, para evitar a toda costa que Rusia se hiciese con ellos. Mientras tanto, Alemania había comenzado a preocupar seriamente tanto a Inglaterra como a Rusia. Este hecho provocó que entre éstas dos últimas se estableciese una alianza preventiva. Esto dejaba a Turquía sin su tradicional alianza con Inglaterra, ya que ésta, para poder construir su alianza con Rusia, tenía necesariamente que renunciar a la que había venido teniendo con Turquía. Alemania, mientras tanto, además de prepararse para la guerra que ya veía venir, construyó y consolidó, a través del proyecto de ferrocarril Berlín-Bagdad, una alianza con el Imperio Otomano. Alianza que no sólo tendría consecuencias económicas en el corto plazo, sino que terminaría por comprometer a Turquía en la gran conflagración que se preparaba. Al respecto del acercamiento económico y especialmente político que implicó el proyecto de la construcción de la vía férrea, el reconocido estudioso Paul Kennedy en su obra *Auge y caída de las grandes potencias* observa que: *“Los intentos de crear el ferrocarril de Bagdad alarmaron tanto a Londres como a San Petersburgo”*.¹⁹

Mientras tanto, en el horizonte político interno, Turquía viviría igualmente años turbulentos. Después del breve reinado del sultán Murat V, ascendería el ultra conservador Abdul Hamid II quien encabezaría uno de los periodos más negros en la historia del Imperio Otomano en lo que se refiere a la manera de gobernarlo.

¹⁸ Lengyel, Emil. Op. Cit. p. 246.

¹⁹ Kennedy, Paul. *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza y Janés Editores. Barcelona 1994. p.343.

Profundamente cruel y desconfiado, Abdul Hamid II no tenía más proyecto que su perpetuación y consolidación en el poder. Todo lo demás podía muy bien quedar subordinado a esa, su única prioridad. En esos años, en Turquía y especialmente en los círculos intelectuales, estudiantiles y militares, comenzaba a respirarse aires de renovación. Las ideas de la Revolución Francesa y los principios de la civilización occidental parecían cautivar cada vez más profundamente a la juventud ilustrada turca, que ya veía con desprecio la naturaleza francamente medieval de la organización política, económica y social del Imperio Otomano.

Estos deseos de renovación y cambio, se traducirían en lo que más tarde sería conocido por la historia como la Revolución de los Jóvenes Turcos a través de la cual, una organización juvenil llamada “Comité de los Jóvenes Turcos de la Unión y del Progreso”, liderada por Enver Pashá, obligaría al Sultán Abdul Hamid II a proclamar una nueva Constitución otorgándoles de esta manera una importante cuota de poder con la cual podrían impulsar -un tanto infructuosamente- su viraje hacia un régimen más liberal. De tal suerte, Enver Pashá y sus jóvenes turcos ejercerían el poder en Turquía por un lapso de diez años. Desafortunadamente todos los grandes planes que movían a los llamados Jóvenes Turcos, no pudieron llevarse a cabo. Su implementación parecía pues, mucho más fácil que lo que realmente era. La estructura burocrática del Estado no estaba preparada para un cambio de tal magnitud. El sistema seguía dependiendo demasiado de un sólo hombre: el sultán, al fin de cuentas. Además, Abdul Hamid II buscaría en todo momento boicotear los esfuerzos reformistas de Enver Pashá y sus jóvenes turcos. Finalmente, los jóvenes turcos se darían cuenta de que el derrocamiento de Abdul Hamid II era una condición indispensable para poder visualizar la posibilidad de que los cambios pudiesen darse y funcionar adecuadamente. Sería así que en el año de 1909, y ante los reiterados intentos del sultán destinados a boicotear el ejercicio del poder por parte de los Jóvenes Turcos, estos decidirían finalmente derrocarlo y poner en su lugar a su hermano, el ya entonces anciano, Mohamed V Resad.

De esta manera, Turquía caminaría los últimos pasos que la separaban de la guerra. Con la conducción política de Enver Pashá y la jefatura del Estado ejercida cosméticamente por el sultán Resad, el Imperio Otomano se acercaría a la Primera Guerra Mundial viendo sus territorios en la Europa seriamente disminuidos como consecuencia de las dos guerras de los Balcanes, y viendo también, su posesión territorial de Tripolitania, invadida por los italianos en 1911, sin posibilidad de oponerles mayor resistencia.

Capítulo I. Turquía antes de Ataturk.

Subcapítulo 1.2. El Imperio Otomano y la Primera Guerra Mundial.

Al inicio de la segunda década del Siglo XX, Turquía era uno de los escenarios en los que tenían lugar las luchas hegemónicas entre las potencias del momento. Si para entonces su vastísimo imperio seguía existiendo al menos en el papel, ello era debido a que los principales centros de poder de la época no podían ponerse de acuerdo en lo referente a la repartición de los despojos que quedarían del derrumbe del otrora poderosísimo Imperio Osmanlí. Para la época y como ya lo hemos mencionado, el término "Sublime Puerta", nombre con el que tradicionalmente se había hecho referencia al gobierno de Estambul, había dejado paso al, para ese momento, más preciso sobrenombre de "hombre enfermo de Europa".

En lo que al mundo musulmán concernía, mundo sobre el cual al menos nominalmente, el Sultán-califa de Estambul ejercía un liderazgo espiritual, éste se encontraba, casi en su totalidad y a excepción de los territorios otomanos, dominado bajo diferentes banderas metropolitanas europeas. Persia se encontraba dividida en dos partes, una bajo la dominación británica, y la otra, bajo la rusa; la India y sus cientos de millones de musulmanes se encontraban gobernados por Inglaterra mientras que los mahometanos del Asia central estaban bajo el poder del zar. Egipto, aunque nominalmente seguía perteneciendo al Imperio Otomano, era en los hechos un protectorado inglés, mientras que, Argelia Túnez, Marruecos y Libia habían pasado, las primeras tres a poder de Francia y, la cuarta, a raíz de la Guerra Italo-Turca de 1911, al de Italia.

En lo relativo a la política interna, en aquellas épocas, el absoluto y cruel ejercicio del poder por parte del sultán Abdul Hamid II permitiría, como vimos en el subcapítulo anterior, la gestación de un movimiento que al menos en sus inicios pretendería impulsar reformas liberales al interior del entramado institucional turco. Dicho movimiento sería conocido como la "Revolución de los Jóvenes Turcos" y tendría como eje fundamental a la organización denominada Comité de los Jóvenes Turcos de la Unión y del Progreso. La historia identificaría a esta revolución, a este movimiento reformista fallido pues, con la figura de uno de sus líderes, sin duda el más prominente: Enver Pashá. El académico Lord Kinross en su libro *Ataturk* describe la manera en la que en el año de 1909 este movimiento lograría del sultán la restauración de la Constitución de 1876:

“Un joven comandante llamado Enver, uno de los miembros menos antiguos del Comité, fue invitado, junto con otros, a visitar Constantinopla bajo la promesa de un ascenso y de otros premios. Ignoró la invitación y se lanzó a las montañas donde empezó a organizar un movimiento de resistencia. Días más tarde, otro oficial, el comandante Ahmed Niyazi, ducho guerrillero de origen albanés, siguió su ejemplo y logró bastantes seguidores entre los miembros de la Guarnición de Monastir. El Comité dejó de actuar secretamente y pidió la restauración de la Constitución de 1876. El sultán envió inmediatamente refuerzos desde Anatolia pero los oficiales enseguida confraternizaron con los rebeldes. Abdul Hamid se dio cuenta de que estaba derrotado. Después de dos

días de dudas, durante los cuales dijo haber consultado con su astrólogo, aceptó un ultimátum del Comité y se mostró dispuesto a restaurar la Constitución que él mismo derogó bastantes años antes”.²⁰

Con la restauración de la Constitución de 1876 y con el repliegue que el sultán Abdul Hamid II haría dejando los verdaderos hilos del poder en manos del Comité, quedaría garantizado el que Enver Pashá estuviese al frente de la conducción de los destinos de Turquía a partir de ese momento y, consecuentemente, durante los años en que tendría lugar la Primera Guerra Mundial. Este cambio haría creer a muchos que la Sublime Puerta viraría finalmente hacia un escenario de apertura tanto en lo político como en lo económico. Prueba de ello es la descripción que de ésta revolución se haría en diferentes círculos. Ernst Görlich, por mencionar a un autor, menciona en su obra *Historia del Mundo* que: “... en Turquía cayó el régimen absolutista de Abdul Hamid II y el Imperio Otomano recibió una Constitución parlamentaria”.²¹ La realidad de las cosas es que el absolutismo no terminaría con la pérdida del poder real por parte de Abdul Hamid sino que continuaría y de forma reforzada con Enver y, por otro lado, como consecuencia de lo anterior, el régimen estaría muy lejos de poder ser categorizado como parlamentario.

Por otra parte y como ya lo hemos mencionado, la Península de los Balcanes, territorio en otras épocas firmemente controlado por Estambul, se había convertido, como consecuencia del gradual debilitamiento del dominio otomano, en un verdadero polvorín. Las minorías nacionales, impulsadas por diferentes potencias del escenario europeo, se habían enfrentado al dominio turco desencadenando dos guerras que, como ya lo hemos señalado, constituirían un capítulo más del desmembramiento del Imperio de Osmán y preludiarían la terriblemente sangrienta Primera Guerra Mundial. El enfrentamiento en los Balcanes entre las fuerzas de la otrora llamada “Sublime Puerta” y los insurgentes locales produciría un enrarecimiento, una creciente hostilidad en las relaciones entre los pueblos constituyentes del decadente Imperio Otomano. Esta situación sería notoria en la mismísima capital imperial. A ese respecto el investigador Laurence Evans, en su libro *United States Policy and the partition of Turkey 1914-1924*, observa que: “En febrero de 1913 durante las Guerras de los Balcanes, muy poco después de que el Comité de la Unión y el Progreso hubiese reanudado la lucha entre Turquía y los pueblos de la penínsulas, Morgenthau, embajador estadounidense en Turquía, reportó a Washington que actos de violencia contra cristianos y extranjeros estaban teniendo lugar en Constantinopla”.²² Como vemos, el disminuido poder otomano había ya alcanzado un punto tal de debilidad que no podía hacerse plenamente efectivo ya no digamos en los Balcanes, sino en las propias calles de Estambul.

Así las cosas, para 1914 la situación de Turquía en el ámbito internacional era bastante precaria. La idea de un liderazgo efectivo ejercido por el sultán-califa de Estambul sobre las masas mahometanas era poco menos que una quimera. Sin embargo, en el escenario doméstico, el régimen de los *Jóvenes Turcos*, que para ese momento dirigía ya los destinos del Imperio, recurriría nuevamente al Pan-islamismo para, enarbolando su bandera, encarar los desafíos que los nuevos tiempos presentaban al

²⁰ Kinross, Lord. *Ataturk*. Grijalbo. México – Barcelona. 1974. p.29.

²¹ Görlich, J. Ernst. *Historia del Mundo*. Ediciones Martínez Roca. Barcelona. 1972. p.535.

²² Evans, Laurence. *United States policy and the partition of Turkey 1914-1924*. The John Hopkins University Studies in Historical and Political Science. Baltimore. 1964. p.22.

agonizante Imperio Otomano. Los intentos reformadores y modernizadores que el régimen de los aparentemente revolucionarios *Jóvenes Turcos* había emprendido se encontraron con la fuerte resistencia de lo arraigado de ciertas costumbres y con el gran obstáculo que implicaba la ya muy vieja maquinaria burocrática. La modernización no podría darse y diez años después de que los *Jóvenes Turcos* accedieran al poder en Estambul, el régimen habría alcanzado los mismos grados de despotismo que durante el reinado del temible Sultán Abdul Hamid II. Este autoritarismo inicialmente disfrazado de liberalismo y que tardíamente intentaría revivir al Pan-islamismo para apoyándose en él, perseguir sus intereses sería, como hemos dicho, ejercido por un nuevo autócrata: Enver Pasha quien buscaría utilizar al sultán-títere Reshad como foco de atracción que pusiera bajo el mando turco a las masas mahometanas. Como veremos mas adelante, no lo lograría.

La participación de Turquía en la Primera Guerra Mundial ocurriría de manera casi casual. La opinión de la sociedad turca al respecto estaba dividida. Por una parte, tanto Francia como Inglaterra gozaban de gran prestigio, especialmente en los círculos académicos. La primera era lo que podríamos llamar la patria espiritual de los Jóvenes Turcos quienes en ese momento, en la persona de Enver Pashá ostentaban el poder. La segunda era sin lugar a dudas la potencia europea que más simpatías despertaba en el seno de la población otomana. Además, en un pasado no muy lejano, Inglaterra había honrado una alianza con Turquía que implicaba la defensa de ésta última contra la amenaza rusa que apuntaba a los estrechos. Al fin de cuentas juntas, Turquía e Inglaterra, además de Francia y Cerdeña habían librado, a mediados del Siglo XIX la Guerra de Crimea contra la Rusia Zarista. Sin embargo, el crecimiento alemán había empujado a Inglaterra a acercarse diplomáticamente cada vez más a Moscú. *“Hacia la primera década del siglo XX, cierto número de británicos, especialmente los relacionados con la embajada en San Petersburgo, decían a sus jefes políticos que “Rusia se está convirtiendo rápidamente en tan poderosa que debemos conservar su amistad casi a toda costa”.*²³ Este acercamiento implicaba necesariamente un enfriamiento de las otrora cálidas relaciones anglo-otomanas. Lo impreciso de la opinión y el sentir que las elites turcas tenían aquellos días respecto de la guerra queda de manifiesto a través de lo que Laurence Evans expone en su obra *United States policy and the partition of Turkey 1914-1924*. El académico norteamericano señala que: *“...el 7 de agosto de 1914, Morgenthau, embajador estadounidense ante el gobierno turco, reportó que el gabinete estaba dividido en lo que a la guerra se refería. El diplomático dijo en su reporte que el ministro de la guerra, influido por la misión militar alemana, favorecía una alianza con Alemania, los ministros de marina y finanzas favorecían a Francia mientras que el ministro del interior aconsejaba moderación y neutralidad”.*²⁴ En cualquier caso, Inglaterra, la antigua aliada de Turquía, se estaba aliando ahora con Rusia, su eterna amenaza. A la *Sublime Puerta* no le quedaba otra opción que aliarse con la pujante Alemania que, por lo demás estaba más que dispuesta a ofrecerle la amistad que en esos momentos tanto necesitaba.

Así, se fueron conformando los bloques en los que se dividirían los bandos beligerantes de la Gran Guerra próxima a iniciar. Sobre la política inglesa hacia Rusia y Turquía, Lengyel observa que *“En la perspectiva de los años, casi parece que Gran*

²³ Kennedy, Paul. *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza y Janés Editores. Barcelona 1994. P.373.

²⁴ Evans, Laurence. Op. Cit. p.25

*Bretaña hubiera hecho un esfuerzo conciente para llevar a los turcos dentro del campo enemigo. Puede ser que sintiera que Turquía era un cuerpo muerto para Alemania. Pero lo que sí reconoció fue que Gran Bretaña no podía ser la aliada de Rusia y Turquía al mismo tiempo. La lealtad rusa solamente podía asegurarse a costa de sacrificar a Turquía".*²⁵

De esta suerte, cuando la guerra estalló después del asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, Inglaterra requisó dos barcos turcos que viajaban con rumbo a Clydeside a pesar de que Turquía se había declarado en ese momento neutral. Los alemanes aprovecharon rápidamente la oportunidad que la ocasión les ofrecía y enviaron dos barcos de guerra, el Bresalu y el Weven, a los turcos. Esta acción fue tomada por los turcos como un gesto amistoso de los alemanes. Las tripulaciones alemanas continuaron operando los barcos. Zarparon desde Turquía y se adentraron en las aguas del Mar Negro y a pesar de que aún siendo barcos alemanes, viajaban con el pabellón neutral turco, iniciaron una serie de ataques contra poblados y embarcaciones rusas. Consecuentemente Rusia declaró de inmediato la guerra a Turquía y poco tiempo después Gran Bretaña haría lo propio. Así, el 5 de noviembre de 1914 Turquía entraría, al lado de Alemania y Austria-Hungría en la primera Guerra Mundial.

Turquía se encontraba así en una paradójica situación. Estaba peleando una guerra en el bando de Austria-Hungría, enemiga histórica desde tiempos de Solimán el Magnífico cuando los otomanos conquistaran Hungría y sitiaron Viena y en contra de los ingleses, sus tradicionales aliados y protectores al lado de los cuales los turcos se habían batido contra Rusia en la Guerra de Crimea. Las potencias aliadas pronto invadirían Turquía. Por el este las tropas británicas entraron en Mesopotamia para proteger el Golfo Pérsico y los pozos de petróleo anglo-persas. Al interior de Turquía, los alemanes pronto se harían con el control de las fuerzas armadas tratando a los oficiales turcos con desprecio y estableciendo, en muchos de los casos, las directrices tácticas a seguir en batalla.

El papel que Turquía estaba jugando en la guerra pronto demostró alcanzar dimensiones epopéyicas de resistencia y valor. La oficialidad alemana y las tropas turcas tenían que batirse muchas veces en condiciones de franca inferioridad. No obstante, la visión de los aliados era la de que Asia Menor era al fin de cuentas un escenario secundario de la guerra y que ésta se ganaría o se perdería definitivamente por lo que ocurriera en Europa misma. Sin embargo, Rusia y sus aliadas Inglaterra y Francia, no podían unir sus fuerzas debido a que los turcos continuaban controlando los estrechos Dardanelos y Bósforo. Winston Churchill, para entonces Primer Lord del Almirantazgo británico comenzó a idear una operación militar que pondría por un momento al teatro otomano en el centro de los acontecimientos de la Gran Guerra. La posesión de los estrechos le significaría a Gran Bretaña la protección de su vital ruta a la India y del imprescindible Canal de Suez. No obstante, si bien ingleses y rusos peleaban del mismo lado, sus relaciones no estaban exentas de rivalidad y recelo. Los rusos habían ambicionado durante siglos la posesión de los estratégicos estrechos ya que con ella tendrían asegurada una salida a mares cálidos. Los británicos por su parte, deseaban despojar a Turquía del estratégico paso, pero les preocupaba profundamente que estos cayesen en manos de los rusos.

²⁵ Lengyel, Emil. *Turquía y su pueblo*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1947. p.260.

No obstante lo anterior, en ese momento el interés estratégico de la lucha aliada indicaba que había que montar una operación destinada a conquistar los estrechos, llegar a Estambul derrotando definitivamente a Turquía y lograr como consecuencia de ello restablecer las líneas de aprovisionamiento y comunicación entre las fuerzas rusas del este y británicas del oeste para, una vez logrado estos objetivos, subir por la península de los Balcanes hacia el norte y atacar así a Austria-Hungría y a Alemania. Esta intención se materializaría en una operación militar que sería recordada por la historia como Batalla de los Dardanelos. Por ser ésta, una batalla en la que Atatürk participara muy directamente, le daremos un tratamiento detallado en el capítulo correspondiente, aunque diremos que, como seguramente el lector sabrá, terminó con una estrepitosa derrota de los aliados. Al respecto de la situación que para esos momentos imperaba en los diferentes teatros de operaciones, el reconocido estudioso Paul Kennedy en su obra *Auge y caída de las grandes potencias* comenta que: “*Nada de lo que intentaron los aliados occidentales en 1915 – desde la mal llevada campaña de Gallípoli hasta el inútil desembarco en Salónica y hasta inducir a Italia a entrar en la guerra – ayudó realmente a los rusos o pareció desafiar al bloque consolidado de las potencias centrales*”.²⁶

Por otra parte, a lo largo de las últimas décadas, los árabes que estaban para entonces bajo el dominio de los otomanos, habían venido adquiriendo una mayor estatura política y una creciente magnitud demográfica. Poblaban además de su originaria Península de Arabia, las zonas contiguas. Se ubicaban en Mesopotamia y Siria, en Palestina y Egipto y, en general, a todo lo largo de la costa mediterránea africana la cual se encontraba, al menos nominalmente, bajo el dominio otomano. Si bien los árabes compartían con sus amos la religión musulmana, tenían sus propias y bien arraigadas tradiciones y lengua ancestrales mismas que los diferenciaban claramente de los dominantes turcos. Estos rasgos de diferencia podían muy bien ser aprovechados en favor de los intereses aliados en la guerra. Inglaterra no perdería tiempo y a través de su Ministerio de Asuntos Exteriores decidiría impulsar una revuelta árabe en contra de su opresor otomano. Sobre los árabes, Lengyel observa que:

“Fueron los súbditos involuntarios de Turquía durante cerca de siete siglos. La rebelión del desierto puso fin al dominio otomano. Eran mahometanos, lo mismo que sus dueños los turcos, pero contrariamente a ellos hablaban un idioma semítico y no turaniano. En el siglo VII marcharon adelante hacia la realidad. Ningún pueblo oriental penetró tan lejos como ellos ni permaneció tan largo tiempo. Se originaron en la península arábiga. Son por lo tanto de origen semítico y se fueron extendiendo hasta ocupar prácticamente la totalidad del Norte de África”.²⁷

Hacia muchos siglos, los árabes habían vivido su época de auge conquistador cuando, después del surgimiento del mahometanismo, se apoderaron de vastas extensiones del mundo conocido. En 718 atacaron sin aniquilarlo al Imperio Bizantino y gobernaron territorios que se extendían desde la Mesopotamia ancestral hasta España y

²⁶ Kennedy, Paul. Op. Cit. p.416.

²⁷ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.264.

parte del sur de Francia donde en 737 fueron derrotados en la Batalla de Tours-Poitiers por Carlos Martell lo que impidió que dominaran también ese país como lo hicieron por siete siglos a España.

El momento de mayor auge de poder árabe fue el de la dinastía de los Abbásidas establecida en Bagdad que, así como se había impuesto, terminaría por colapsarse dos siglos antes de que en 1492, el último bastión árabe en la España europea fuese reconquistado por los cristianos. El resto de las posesiones árabes sería tomada por el creciente poder de los turcos. Así, la casa de Osmán fue conquistando una después de la otra las antiguas posesiones árabes de Egipto, Libia, Túnez, Argel y la propia Península Arábiga teniendo esto como consecuencia que los turcos estableciesen su dominio sobre los árabes durante siete largos siglos. Había pues llegado la ocasión de una rebelión árabe. El gobierno de su majestad británica instruyó a Lord Kitchener, héroe inglés vencedor de Jartum en Sudán y de la guerra contra los boers y quien había concebido la idea de la revuelta árabe, que llevara a cabo su plan. El investigador Benoist-Mechin, en su obra *Lawrence d'Arabie ou le rêve fracassé* nos muestra elocuentemente cuan importante esta revuelta podía ser para la promoción de los intereses militares ingleses en la guerra: “El dos de agosto la Primera Guerra mundial estalló. Tres meses más tarde, Turquía, aliada de Alemania, tomó las armas contra Inglaterra. De esta suerte, todo el territorio comprendido entre Suez y el Bósforo y entre el Mediterráneo y el Golfo Pérsico se encontraba englobado dentro de la zona de operaciones y la Revuelta Árabe, que en algún momento pareció una quimera irrealizable, se convirtió en un factor importante de la estrategia británica”.²⁸

Así y considerando lo anterior, desde su posición de Jefe de la Oficina de Guerra Británica en El Cairo. Kitchener comenzó a establecer los contactos necesarios para echar a andar el plan. El historiador Emil Lengyel describe del siguiente modo la situación imperante en ese momento en la península de Arabia.

“La Península Arábiga estaba dividida en varias regiones. Algunas reconocían al sultán turco como jefe, otras no. El impenetrable corazón de la península era independiente del dominio turco, aún cuando en los mapas turcos apareciese como formando parte del Imperio Otomano. No existía medio alguno para que los sultanes afirmasen su autoridad contra las feroces tribus del desierto. Pero ellos eran los dueños de los pueblos sagrados: La Meca y Medina. El Gran Sharif de La Meca era Husain-Ibn-Ali, barón de la línea de Fátima, la hija del profeta. Él tenía una ilimitada admiración por los ingleses, como la tienen muchos árabes cultos y servía a los turcos con una medida de lealtad estrictamente indispensable para mantenerlos quietos”.²⁹

En este marco, el Gran Sharif de la Meca, Husein Ibn Ali, recibiría de los ingleses la propuesta de iniciar con el apoyo británico, una revuelta contra los turcos. A pesar de que en Estambul el sultán califa Reshad había convocado a una guerra santa que unificara a todos los musulmanes del mundo en torno a su liderazgo para llevar a cabo una guerra santa en contra de los infieles ingleses, franceses y rusos, Husein Ibn Alí decidiría aceptar la propuesta de los ingleses y, designando para ello a sus hijos

²⁸ Méchin, Benoist. *Lawrence d'Arabie ou le rêve fracassé*. Editions Clairefontaine. Lausanne.1961.p.84.

²⁹ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.270.

Faisal y Abdullah apoyaría la insurrección. Husein consideraba que para que la convocatoria a la guerra santa que había hecho el sultán Reshad tuviese peso real, tendría que estar acompañada del beneplácito del Gran Sharif de la Meca, custodio de los sitios más sagrados de la fe musulmana, o sea él. Y que, en vista de que sin su beneplácito la jihat convocada por el sultán no tendría verificativo real, esa era una estupenda oportunidad para impulsar la causa árabe y sacudirse la dominación turca.

Así, para el 14 de julio de 1915 Husain Ibn Ali, y los británicos cerrarían un trato en el que Gran Bretaña se comprometía, de darse la insurrección, a reconocer la independencia de los países árabes y a mostrarse de acuerdo en que se proclamara un califato árabe para todo el Islam. En las negociaciones conducidas por Sir Henry McMahon, Alto Comisionado Inglés en Egipto, los británicos prometieron reconocer la independencia árabe por los aliados al sur de los 37 grados de latitud excepto en las provincias de Bagdad y Basora y allí donde Gran Bretaña no era libre de actuar sin detrimento de los intereses de Francia.

Así, el 9 de julio de 1916, Husain-Ibn-Ali, Gran Sharif de la Meca, durante la oración matutina, y ordenando fuese desarmada la guarnición militar turca de La Meca, declararí su independencia del Imperio Otomano. Este hecho constituiría el inicio de la rebelión del desierto. Ibn Ali convocaría entonces, con más éxito que el sultán turco, a una guerra santa, a una jihat contra el opresor otomano.

Para conducir la rebelión del desierto los británicos echaron mano del elemento más destacado con que contaban. Se trataba de Thomas Edward Lawrence, quien más tarde sería recordado por la historia bajo el nombre de Lawrence de Arabia. Lawrence era un arqueólogo de 27 años, que por su trabajo había estado durante algún tiempo en el valle del Éufrates, en Siria y en el Sinaí; conocía bien la lengua y cultura árabes, y amaba profundamente a ese pueblo. Era en una palabra, el hombre ideal para asesorar o incluso liderar a los árabes en la insurrección que llevaban a cabo contra los turcos y en favor de los ingleses. Lawrence lo haría y con bastante éxito. Lograría arengar a los árabes y despertar en ellos el odio contra sus gobernantes otomanos. La rebelión árabe causaría no pocos dolores de cabeza al gobierno de Estambul.

Inicialmente las fuerzas turcas lograrían, aprovechando la rapidez de movimiento que les permitía la existencia del ferrocarril Damasco – Hedjaz, derrotar en Medina a las fuerzas de Faisal, uno de los hijos de Hussein Ibn Alí. Lawrence entonces decidiría acertadamente boicotear la vía férrea. Sería la primera de varias victorias de que se compondría la historia de su rebelión árabe, la cual culminaría con la toma de Damasco por sus fuerzas y las de Faisal. La rebelión del desierto amenazaría seriamente el frente sur de Turquía ya para entonces roto y abierto, y cerraría el camino de Turquía hacia el Canal de Suez comprometiéndose con ello dramáticamente la deseada ruta de Alemania hacia la India.

A mediados de 1917, los beduinos de Lawrence adoptarían una estrategia defensiva frente a los turcos. Después pasarían al ataque entrando en la región costera y apuntando sus fuerzas hacia Palestina y Transjordania y culminarían más tarde su avance con la ya mencionada toma de Damasco. Para ese momento, las fuerzas británicas de Sir Edmund Allenby se encontrarían ya a las afueras de Egipto, cerca de la costa oriental mediterránea, disponiéndose a la toma de Jerusalén que ocurriría poco después y que sellaría la derrota otomana en Levante frente a las fuerzas anglo-árabes.

Así pues, “... fuera de Europa, los ingleses estaban haciendo importantes avances contra Turquía en el próximo oriente. Algunos de estos fueron la captura de Jerusalén y de Damasco”.³⁰ En relación con la toma de la ciudad santa de Jerusalén por parte del británico Sir Edmund Allenby, Benoist-Mechin en su biografía de Thomas Edward Lawrence comenta que: “Por primera vez desde hacía siglos, tropas cristianas se movían libremente en torno a la tumba de Jesucristo y los periódicos de Londres celebraban la victoria de Allenby diciendo de él que era el último paladín de occidente”.³¹

Mientras tanto en Europa, después de la Batalla del Marne que frenó el avance alemán y de la Batalla de Verdún que puso a Alemania contra la pared; después de que la revolución de 1917 derrocará al zar Nicolás II provocándose con ello la salida de Rusia de la guerra a través de los Tratados de Brest-Litovsk que el nuevo gobierno bolchevique ruso firmó con Alemania; después de que los Estados Unidos de Woodrow Wilson entraran en la conflagración del lado aliado, la guerra llegaba a su fin con el triunfo de las fuerzas aliadas y la derrota de las potencias centrales al lado de las cuales había luchado la Turquía otomana.

Tan pronto como las conquistas territoriales se consolidaron, Husain Ibn Ali, Gran Sharif de La Meca y padre de Faisal y Abdullah que habían junto a Thomas Lawrence liderado la rebelión árabe, se proclamaría rey de los árabes. Sin embargo los ingleses no cumplirían sus promesas y no les otorgarían la independencia prometida tratándoles en París más como vencidos que como aliados en la victoria. Más allá de la palabra empeñada, “... los ingleses y franceses se habían comprometido a través de un acuerdo firmado por Sir Myke Sykes y Georges Picot el 16 de mayo de 1916 a repartirse el pastel del siguiente modo: Francia recibiría Siria y el Líbano, mientras que Inglaterra se atribuiría Mesopotamia, Jordania y Palestina. Además, el 2 de noviembre de 1917, Lord Balfour había prometido a Lord Rothchild crear un hogar nacional judío en Palestina. Este conjunto de disposiciones reducía a nada las promesas hechas anteriormente a los jefes de la revuelta árabe”.³² Todo lo anterior constituiría una gran decepción para el propio Lawrence. No podría, en lo que le quedaría de vida, superar el coraje y la humillación de ver a su país no honrar la palabra que le había dado al pueblo que tanto amaba y que se había batido en favor de los intereses británicos. Finalmente y después de muchos reclamos, los británicos otorgarían a la familia hachemita, es decir, a la familia del Gran Sharif de La Meca la soberanía nominal sobre tres de los antiguos territorios otomanos.

Tras el fin de la guerra era evidente que las antiguas posesiones de Turquía en Medio Oriente no regresarían a sus manos. Husein Ibn Ali sería reconocido como Rey de Hedjaz, territorio que gobernaría por bastante poco tiempo pues sería expulsado del trono por el líder beduino Abdelazzis Ibn Saud; Faisal sería reconocido como Rey de Iraq y, para su otro hijo, Churchill crearía de un trazo sobre el mapa un territorio sobre el cual reinar. Abdullah sería pues reconocido como rey de Transjordania. En cuanto al resto de territorios perdidos por Turquía en la guerra, Libia pasaría a ser temporalmente administrada por Francia y Gran Bretaña para después alcanzar su independencia bajo el

³⁰ Kennedy, Paul. Op. Cit. p.416.

³¹ Méchin, Benoist. Op. Cit.p.135.

³² Ibidem. p.145.

régimen del Rey Idriss. Palestina e Iraq se convertirían en protectorados británicos con base en un mandato emanado de la recién nacida Sociedad de Naciones. Siria y Líbano, a través del mismo mecanismo, se convertirían en protectorados franceses.

CAPÍTULO II.

FRANCIA ANTES DE DE GAULLE.

SUBCAPÍTULO 2.1. FRANCIA DESDE SUS
ORÍGENES HASTA LA PRIMERA GUERRA
MUNDIAL.

SUBCAPÍTULO 2.2. FRANCIA EN LA
PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y DURANTE
EL PERIODO DE ENTREGUERRAS.

Capítulo II. Francia antes de de Gaulle.

Subcapítulo 2.1. Francia desde sus orígenes hasta la Primera Guerra Mundial.

En el origen de lo que hoy conocemos como Francia encontramos la Galia o las Galias, región poblada fundamentalmente por los galos, individuos que constituían un pueblo de origen indoeuropeo. Esta región, limitada por el Canal de la Mancha al Norte, el Océano Atlántico al oeste, los Montes Pirineos y el Mar Mediterráneo al sur y el Río Rhin y los Alpes al Este se caracterizaría por la coexistencia más o menos equilibrada en su interior de distintas tribus o grupos con su propia organización política sin que entre ellos se diera una centralización del poder sino hasta la aparición de Vercingetorix, el líder galo más prominente de la historia. Los galos, ocasionalmente incursionaban al interior de los territorios limítrofes del Imperio Romano con distintos grados de hostilidad, poniendo en duda la capacidad de Roma de mantener el orden en las provincias imperiales más alejadas de la capital, lo cual ocasionaría que las legiones romanas partieran a la conquista de los galos. *“La sociedad gala no era sino medio civilizada. Conquistar la Galia podía por lo tanto parecer una empresa legítima e incluso loable. En el año 58 antes de Cristo, las querellas de los galos entre ellos y las amenazas de invasión germánica, dieron a Julio César, gobernante de la Galia Cisalpina, político de 42 años que tenía tanta ambición como genio, el pretexto para una intervención. Cesar vino, vio y venció y detuvo a los invasores bárbaros. Su ejército de veteranos bien entrenados le permitió conquistar en algunos años todo el país”*.¹

De esta manera sería Julio César quien derrotaría a Vercingetorix y sometería a su pueblo y su territorio al dominio del que sin lugar a dudas era el más poderoso imperio de la historia antigua europea. Mucho antes de la llegada de las fuerzas conquistadoras romanas, los griegos habían establecido ya en esta región localidades comerciales importantes, ejemplo de las cuales es sin duda la más destacada de ellas, Massalia, hoy Marsella, puerto mediterráneo fundado por los jonios hacia el Siglo VI antes de Cristo. La herencia griega, sumada a la presencia imperial romana y a la mezcla que estas dos tendrían con las características socioculturales propias del pueblo galo, irían perfilando lo que mucho más tarde sería la conciencia nacional francesa. Los galos se latinizarían tanto lingüística como religiosamente, convirtiéndose paulatinamente al cristianismo y creando a través de los años una lengua distinta, producto de la combinación entre el latín romano y su lengua indoeuropea originaria bosquejando lo que al cabo de muchos siglos terminaría siendo el francés. Con respecto a la adopción del Cristianismo como religión oficial del Imperio Romano y sus provincias, entre ellas desde luego, la Galia, el reconocido intelectual francés, André Maurois en su *Histoire de la France* expone que:

“La Galia permanecería cinco siglos siendo provincia romana. Al principio de la conquista la prosperidad sería grande dado que el país debía adoptar la infraestructura y nivel de organización del imperio. Sin embargo, la plebe de las ciudades y los campesinos permanecieron mucho tiempo fieles a las tradiciones célticas. Muy pronto aparecería una religión nueva que comenzaría a

¹ Maurois, André. *Histoire de la France*. Hachette. París. 1957. p.7.

expandirse en el mundo Mediterráneo. A partir del reinado de Trajano, la sangre de los mártires fecundaría al Cristianismo. Bajo Constantino, en el siglo IV, el rol de los obispos adquiriría importancia y cuando el imperio se debilitaría, la Iglesia, permanecería como la única fuerza organizada símbolo de poder y de cultura.”²

Durante este tiempo y como producto de lo mencionado con anterioridad, la Galia experimentaría un importante desarrollo sociocultural que la dotaría de una solidez que le permitiría resistir en lo que a éste ámbito respecta, las incursiones que los pueblos bárbaros harían en la región hacia las épocas de la decadencia del otrora gran Imperio Romano.

Con la caída de Roma y el inicio de la Edad Media, comenzaría una etapa fundamental en la formación de la Francia actual tanto en lo que respecta a lo social, como a lo económico, lo político y lo cultural. Después de que en el año de 476, Roma cayera de manera definitiva, los francos, un pueblo de origen germánico, lograría a través de la conversión al cristianismo católico de su Rey Clodoveo, apoderarse de la parte principal del territorio de que se componía la Galia. En su *Historia del Mundo*, Ernst. J. Görlich sostiene que, “*Clodoveo I fue el que realizó la transición inmediata no al Cristianismo arriano, sino al católico. De esta manera, los reyes francos aparecieron ante los romanos vencidos en la provincia como los campeones de la verdadera fe ante las demás tribus germánicas arrianas. De este modo la masa de los sometidos no se mostró hostil desde el principio como había pasado con los godos y con los vándalos, sino que se comportó amistosamente respecto a los nuevos señores*”.³ Sería pues de esta manera que hacia 498, los merovingios, dinastía iniciada por Clodoveo y continuada por sus descendientes, iniciarían un periodo a lo largo del cual encabezarían a la todavía incipiente nación francesa. La época merovingia estaría caracterizada por una notoria disgregación del poder político, producto de la emergencia de un nuevo sistema de organización político-social que en Europa sucedería a la caída de Roma, a saber, el feudalismo.

Bajo este esquema, los señores feudales ejercían un poder absoluto al interior de sus feudos o tierras y quienes las habitaban les debían absoluta obediencia a cambio de su protección. Hacia el final de la época merovingia, los reyes habían perdido el poder político real, que era ejercido por los llamados “mayordomos de palacio”, aristócratas y notables que sin contar con el título nominal que les otorgase autoridad política alguna, decidían en los hechos sobre los destinos de la corona. El más célebre de los mayordomos de palacio, sin lugar a dudas sería Carlos Martell, quien vencería a los árabes invasores en la Batalla de Poitiers – Tours impidiendo que, a diferencia de lo sucedido en el territorio de lo que hoy es España, en la tierra de los francos, los árabes musulmanes instauraran su dominación y la ejercieran durante siglos. La época de Martell marcaría el inicio de una nueva dinastía de gobernantes franceses que se apoyaría fundamentalmente en la cercanía que tendrían con el Papado. A este respecto Ernst Görlich refiere que: “*En el año 732, Carlos el Martillo (Martell), contuvo el asalto de los sarracenos, que venían de España, en la Gran Batalla entre Tours y Poitiers. Sus antecesores ya habían entablado relaciones con el Papa en Roma, las cuales fueron profundizadas por su hijo y heredero, Pipino el Breve y llevaron a una*

² Ibidem. p.8.

³ Görlich, J. Ernst. *Historia del Mundo*. Ediciones Martínez Roca. Barcelona. 1972. p.198.

sólida alianza entre Francia y la sede Romana".⁴ La dinastía que de esta manera surgiría, sería pues conocida como de los carolingios o descendientes de Carlomagno. A la muerte de Carlos Martell, su hijo, Pipino el Breve lo sucedería como "mayordomo de Palacio" y se haría coronar por el Papa convirtiéndose en el primer rey de la nueva dinastía, misma que más tarde y como ya hemos mencionado, sería conocida por el nombre de su hijo Carlomagno quien alcanzaría gran celebridad y un lugar importante en la historia occidental al haber protagonizado el intento más fuerte hasta ese momento de unificación europea desde tiempos del Imperio Romano. En cualquier caso, a cambio de su coronación, Pipino el Breve le concedería al Papa la creación de los llamados Estados Pontificios o "Patrimonio de San Pedro" bajo la autoridad directa del Pontífice y la protección militar del Rey de Francia. A la muerte de Pipino el Breve, se instalaría en el trono su hijo Carlomagno quien, como ya hemos mencionado, conquistaría territorios suficientes y ejercería sobre ellos un control tal que la historia le concedería el título de Imperio a las vastas tierras que gobernaría. De Carlomagno el estudioso André Maurois diría:

"En Carlos, hijo de Pipino (más tarde apodado Carolus Magnus o Carlomagno, la familia produciría al más ilustre de sus jefes. Carlo tuvo la ocasión de reinar cuarenta y tres años y él sólo. En aquella época durar era toda una virtud. Su carácter estuvo sin lugar a dudas a la altura de su oportunidad. A lo largo de su largo reinado, Carlomagno hizo la guerra; pero tuvo un objetivo constante: la defensa contra los paganos, del antiguo Imperio Romano. Con él era "el Cristianismo o la muerte". Del Rin al Vístula extendió de esta manera su reino. Para recompensar a este defensor de la fe, el Papa León III, en el año 800 tuvo un gesto genial: el día de navidad, en la Basílica de San Pedro en Roma coronó a Carlomagno, emperador de los romanos bajo el nombre de Carlo Augusto".⁵

Durante los años de existencia del imperio de Carlomagno, Europa viviría un resurgimiento de las actividades artísticas e intelectuales que sería conocido como renacimiento carolingio o primer renacimiento. Sin lugar a dudas lo acontecido durante el reinado de Carlomagno tanto en los terrenos de la organización política como en los de las artes, las ciencias, la filosofía, y la economía dejarían una profunda huella y constituirían bases importantes de lo que en el futuro terminaría por ser la nación francesa tal y como la conocemos hoy en día. A la muerte de Carlomagno, su imperio se dividiría entre sus descendientes quedándose Luís el Germánico con la parte oriental, Lotario con la parte central y Carlos el Calvo con la parte occidental que correspondía al territorio que compone de manera principal a la Francia actual, territorio cuya población para esos momentos había evolucionado para convertirse en una amalgama que sumaba a los galos, francos y quienes resultaban de la mezcla de estos y de estos con los griegos primero y los romanos después, a burgundios o borgoñones, vikingos o normandos, y britanos o bretones.

Después de la decadencia de la dinastía carolingia, originada en gran medida por un renovado fortalecimiento del esquema feudal de división territorial del poder, ascendería la dinastía de los Capeto o Dinastía Capetana formada por los descendientes

⁴ Ibidem. p.200.

⁵ Maurois, André. Op. Cit. p.9.

de Hugo Capeto quienes gobernarían Francia con las dificultades propias del “Feudalismo Clásico” que como ya hemos mencionado se encontraba en su etapa de mayor fuerza. Respecto al establecimiento de la dinastía Capetana y a las condiciones políticas que imponía el feudalismo, el estudioso de la Universidad de Gales, Roger Price en su obra *Historia de Francia* expone que:

“En el año 987, cuando falleció el último de los carolingios, Luís V, las asambleas de nobles y obispos celebradas en Compiègne y Senlis ofrecieron la corona a Hugo Capeto, poderoso magnate bajo cuya autoridad se encontraban los condados de París, Senlis, Breux y Orleáns. Cuando Hugo persuadió a sus pares a que aceptasen a su hijo como heredero, convirtió la dignidad real, hasta entonces electiva, en monarquía hereditaria. Pese a ello, sólo se reconoció a los Capeto una autoridad simbólica. El declive del poder monárquico continuó. Los señores feudales de Bretaña, macizo central y sur de Francia prácticamente ignoraron la existencia del rey”.⁶

Como hemos visto, los reyes tenían un poder bastante limitado y se veían frecuentemente enfrentados a los señores feudales, nobles que aunque en teoría eran sus vasallos, en la realidad se conducían con entera libertad. La era de los Capeto sería la era en la que tendrían lugar la Cruzadas - expediciones militares convocadas por el Papa y apoyadas por los reyes europeos cuyo objetivo sería la recuperación de los santos lugares del cristianismo en Levante que se encontraban en poder de los musulmanes árabes -, la era en la que se llevaría a cabo la Guerra de los Cien Años y tendría lugar la emergencia de Juana de Arco con todo el simbolismo que su leyenda significaría para la formación de la conciencia nacional francesa, la era en la que florecería el arte gótico francés tanto en el campo de la pintura como, muy especialmente, en el de la arquitectura, y en la que la llamada peste negra o peste bubónica cobraría millones de vidas en todo el viejo continente. Hacia el final de esta época en Francia florecería también el Humanismo, movimiento intelectual, filosófico y artístico cuyos ejes fundamentales constituirían las bases de la ideología que más tarde llevaría al estallido de la Revolución Francesa.

Llegado el Siglo XVI Francia experimentaría su consolidación como nación siendo sin lugar a dudas una de las primeras en cubrir los elementos constitutivos del concepto tal y como lo entendemos hoy. Las guerras de religión que habían vuelto altamente convulsa la realidad cotidiana francesa, habían llegado a su fin a través del Edicto de Nantes y la paz hacia el exterior se alcanzaría más tarde mediante los acuerdos constituyentes de lo que los historiadores llamarían Paz de Westfalia. La Edad Media había terminado y para estos momentos Francia, ya como una nación plenamente constituida, transitaba por la Edad Moderna. En el marco de esta categoría temporal se daría el reinado de Francisco I y el enfrentamiento que éste tendría con el emperador Carlos I de España y V de Alemania en lo que sería la pugna entre la casa de Borbón a la que pertenecía el primero y la casa de Austria a la que encabezaba el segundo. Como dato curioso, dados los objetivos que este trabajo persigue, en la rivalidad referida, Francisco I y su sucesor Enrique II de Francia no dudarían en aliarse con el sultán turco para socavar el interés de Carlos, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y de sus sucesores, principalmente de Felipe II de España. En cualquier caso, las diferencias

⁶ Price, Roger. *Historia de Francia*. Cambridge University Press. Madrid. 1998. p.39.

entre ambas casas reales trascenderían la vida de sus iniciadores y continuarían por muchos años más. Sería el Rey Luís XIII de Francia y quien ejercía el poder tras el trono durante su reinado, a saber, el Cardenal Richelieu quienes a través de la participación de Francia en la Guerra de los Treinta Años, reducirían el poder e influencia de la Casa de Austria en la Europa de su tiempo. Por lo demás Richelieu sería recordado como uno de los grandes estadistas de la historia europea. Al tiempo que René Descartes imprimiría con su obra una huella indeleble en la orientación del pensamiento occidental, el cardenal Mazarino ejercería la regencia de Francia y después sería sucedido en la conducción efectiva de los destinos de la nación por el Rey que alcanzaría el pináculo del absolutismo en la historia de la monarquía francesa: Luís XIV, el Rey Sol. Esta época, conocida también como la del Siglo de Oro Francés, estaría marcada por el esplendor de Francia que desde sus aposentos en el Palacio de Versalles, Luís XIV contemplaría con agrado e impulsaría con entusiasmo provocando la admiración de todo el continente y también la animadversión de las otras casas reales europeas. Sería de esta manera que tanto el Rey Sol como sus sucesores, Luís XV y Luís XVI se verían enfrascados en enfrentamientos con otras potencias europeas en pugna por la supremacía. Sin embargo:

“...el reinado del Rey Sol concluiría con una profunda crisis social. El principal motivo sería el peso de la carga fiscal que, además, recaería sobre una población muy afectada por los devastadores efectos meteorológicos sobre la cosecha – como en 1694 – o por la suma de desastres militares y naturales como en el periodo entre 1708 y 1710. Al cabo de casi 25 años de enfrentamiento, la guerra concluiría con el agotamiento de los beligerantes y la firma de los Tratados de Utrecht y Rastadt de 1713 y 1714. En contraste con esas décadas de calamidades, el resto del Siglo XVIII, en particular entre los años 1745 y 1770, se caracterizaría por la recuperación económica y demográfica y por una larga etapa de paz y orden interno”.⁷

En ésta época surgiría el movimiento intelectual artístico y filosófico conocido como la Ilustración que resultaba heredero del Humanismo y predecesor de las ideas que impulsarían poco, muy poco más tarde, el inicio de la Revolución Francesa. La obra de los enciclopedistas entre los que se encontraban Diderot y D’Alambert sería fundamental para el desarrollo político – social no sólo de Francia sino incluso de occidente. Las ideas de Rousseau y Voltaire alcanzarían una fuerza tal que lograrían mantenerse vigentes hasta nuestros días. Sería pues en este contexto que el 14 de julio de 1789 estallaría la Revolución Francesa.

En un panorama de hartazgo generalizado de la gente y especialmente de la burguesía hacia el régimen monárquico imperante y ante serias dificultades económicas que entre otras cosas implicaban una excesiva deuda del estado, una situación de escandalosa desigualdad social, altos impuestos y privilegios inauditos para sectores muy reducidos de la sociedad, la Toma de la Bastilla que tendría lugar en esa fatídica fecha, se convertiría en el símbolo de uno de los movimientos que mayor alcance tuvieron en lo relativo a las dimensiones de los cambios económicos, políticos y sociales que produjeron. Al respecto de la naturaleza del movimiento revolucionario francés y del papel que en su estallido jugaron las ideas desarrolladas por los

⁷ Ibidem. p.68.

enciclopedistas y los intelectuales de la ilustración, el reconocido historiador francés Max Gallo en su obra *Histoire du Monde. Les clés de l'histoire contemporaine*, señala que:

La imposibilidad del estado monárquico de reformarse y de resolver los problemas - financieros, de movilidad social – que se le imponían, no se hubiera sentido como inaceptable sin el movimiento intelectual, el movimiento de las ideas, que había venido teniendo lugar desde hacía decenios y sin el apoyo físico aportado por los más humildes a los reformadores. En pocas palabras, sin una dinámica que llevase a todo el pueblo permitiéndole trazar las vías para instaurar un día una democracia parlamentaria y hacer una revolución de la que no se hubiese supuesto la medida ni la posibilidad ni la necesidad al inicio del año de 1789”.⁸

La revolución tendría como consecuencias inmediatas la abolición de la Monarquía con la ejecución del Rey Luís XVI y de su familia en la guillotina, la instauración de la República y el inicio de una etapa de inestabilidad política en el país que no terminaría sino hasta muchos años después. Muy al inicio de este proceso, el Tercer Estado, es decir, el que correspondía a la gente común y corriente se había erigido en Asamblea Nacional, esgrimiendo el argumento de que ostentaba la auténtica representación del pueblo, y había proclamado la *Carta de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* dejando al margen al Primer y Segundo estados, correspondientes al clero y a la nobleza respectivamente, ambos integrantes junto con el ya mencionado Tercer Estado de los llamados Estados Generales, órgano colegiado tripartito que formaba parte del telarañoso entramado institucional de la monarquía francesa y que por lo demás no se había reunido desde 1614.

La proclamación de la “*Carta de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*”, pondría en franca oposición a los miembros de la autoerigida Asamblea Nacional frente al Rey y a la institución monárquica. Esto se traduciría en enfrentamientos que a su vez derivarían en una polarización de las posiciones. De esta suerte, el 9 de julio de 1789 la Asamblea Nacional añadiría a su nombre el calificativo de constituyente, manifestando su deseo de reformar, de revolucionar pues el sistema político e incluso la estructura social hasta entonces imperantes. Sería en este contexto en el que la célebre Toma de la Bastilla tendría lugar y con ella, el inicio de una ola de revueltas que poco a poco se iría extendiendo hasta alcanzar todos los rincones de París y muchas regiones de Francia. Mientras tanto la Asamblea Nacional Constituyente reconocía ayuntamientos espontáneamente instalados por los campesinos en distintos sectores del país y declaraba legalmente suprimidas las “servidumbres personales” con lo cual se daba por terminada la era feudal en la historia de Francia.

Otras instituciones que la Asamblea aboliría serían los diezmos y las justicias señoriales e instauraría la igualdad en torno a la obligatoriedad del pago de impuestos y del cumplimiento de penas, Eliminaría también los derechos señoriales del Segundo Estado con lo que la nobleza quedaba formalmente suprimida y las prebendas de que gozaba el Primer Estado, es decir, el clero al que le impediría cobrar impuestos sobre las cosechas y cuyas propiedades declarararía confiscadas. Luís XVI se vería obligado a

⁸ Gallo, Max. *Histoire du Monde. Les clés de l'histoire contemporaine*. Fayard. París. 2001. p.18.

intentar contemporizar con la nueva situación impuesta por la Asamblea Nacional. De esta manera, en un primer momento, durante el breve periodo que sucedió a la primera constitución promulgada por ésta, seguiría siendo reconocido como Rey pero sus facultades se verían seriamente limitadas. El sistema sería en los hechos una monarquía constitucional en la que el rey desempeñaría un papel meramente decorativo aunque conservaría cierta capacidad de influencia política.

Con la instalación de la nueva Asamblea Legislativa, los integrantes del ala más radical del movimiento revolucionario, también conocidos como Jacobinos liderados por Maximilian Robespierre se harían con el control de los destinos de la revolución. De esta suerte mientras que el rey empleaba sus modestas facultades para vetar leyes que amenazaban con la instauración de la pena de muerte a los nobles que hubiesen emigrado temerosos de los acontecimientos al interior de Francia, el resto de Europa, que desde hacía varios años había tenido sus ojos puestos en el país galo, reaccionaría con una alianza de las casas reales de las diferentes monarquías con la intención de invadir a la Francia revolucionaria para que el fenómeno republicano y antimonárquico no terminara por extenderse a todo el continente. Así, Austria y Prusia se dispondrían a atacar Francia, situación que indudablemente contribuiría a aumentar la polarización ya existente al interior del espectro ideológico francés.

El pueblo, al verse amenazado por poderosas potencias extranjeras identificaría a la nobleza y al rey con la traición y reaccionaría tomando el Palacio de las Tullerías del que Luís XVI tendría que huir. La Asamblea declarararía las facultades constitucionales del rey nuevamente suspendidas en tanto no se realizaran elecciones y se formase un nuevo órgano colegiado representante del pueblo. De esta manera, tendría lugar un proceso electoral que daría como resultado la instauración el 20 de septiembre de 1792 de la Convención, institución central del gobierno francés en esta etapa y dominada de manera contundente por el ala radical del movimiento revolucionario. La oposición exterior a las reformas en Francia, la amenaza por parte de Austria y Prusia en el sentido de que si Francia no volvía al *statu quo* previo sería atacada, decantarían las simpatías de los franceses hacia el lado de los jacobinos con lo cual se crearían las condiciones para que la Convención finalmente aboliera la monarquía y condenara a muerte a Luís XVI y a su esposa Maria Antonieta bajo cargos de traición.

Estando así las cosas, se darían los primeros enfrentamientos militares entre el improvisado ejército francés, formado fundamentalmente por campesinos sin ningún tipo de capacitación y las fuerzas regulares de las monarquías hostiles a la revolución. En este contexto, y en lo que se conocería como las Guerras Revolucionarias Francesas, el ejército republicano derrotaría en Valmy a las fuerzas Prusianas. “*La victoria sobre el duque de Brunswick en Valmy el 20 de septiembre de 1792, salvó a la revolución y liberó la orilla izquierda del Rin. La siguiente victoria de Jemappes, permitió la ocupación de los Países Bajos austriacos, en el territorio de la Bélgica moderna*”.⁹ En adelante y durante muchos años, la Francia revolucionaria y republicana estaría en una constante lucha contra los diferentes opositores europeos que se empeñarían en hacer todo cuanto en sus manos estuviese para hacer fracasar el proceso francés. El desgaste que esta lucha implicaría no carecería de consecuencias. Una de ellas, tal vez la más sensible, sería la imposibilidad de normalización de la actividad económica, lo cual

⁹ Price, Roger. *Historia de Francia*. Cambridge University Press. Madrid. 1998.p.113.

contribuiría a enrarecer todavía más el panorama político. Las clases más pobres integradas por los individuos más vulnerables a la debilidad económica del país llamados en aquellos tiempos “sans –culottes”, se revelarían como muestra de hartazgo ante la miserable situación que vivían y le darían con ellos a los jacobinos, de manera directa o indirecta, el apoyo que necesitaban para eliminar a los girondinos de la escena revolucionaria.

Esto marcaría el inicio de una etapa conocida como *El Terror* en la que la revolución alcanzaría sus extremos más radicales. Sería pues durante *El Terror*, que Maximilian Robespierre a la cabeza del llamado Comité de Salud Pública eliminaría guillotinando a todos los opositores que encontraba acusándolos de actividades antirrevolucionarias. “*La ley de los sospechosos del 27 de septiembre de 1793 estableció una vigilancia sobre todos los enemigos interiores, todos aquellos que, nobles o sacerdotes, podían potencialmente convertirse en adversarios de la Revolución. En aquellos días, Robespierre escribió que “Los recursos del gobierno popular en revolución es la virtud y el terror: la virtud sin la que el terror es funesto, el terror sin el que la virtud es impotente. El gobierno de la revolución es el despotismo de la libertad contra la tiranía”*.”¹⁰

Así, entre 1793 y 1794 cerca de dos mil personas serían ejecutadas en la entonces llamada Plaza de la Revolución, hoy Plaza de la Concordia. La situación persecutoria llegaría a un punto tal que una nueva revuelta iniciaría, ahora en contra de los excesos cometidos por el régimen de Robespierre quien, como consecuencia de ésta sería, junto con sus más cercanos seguidores, también guillotinado, con lo cual la era del terror llegaría a su fin y sería sucedida por una nueva etapa cuyo inicio estaría marcado por la promulgación de la Constitución de agosto de 1795 a través de la cual se instauraría un sistema de Parlamento Bicameral en el que el poder ejecutivo recaería en un directorio formado por cinco directores, elegidos cada año por el propio Parlamento. Esta nueva situación no contaría sin embargo con la simpatía de importantes sectores del espectro político francés. Los monarquistas y los jacobinos en una situación irónica y – dados los acontecimientos previos – macabramente insólita, coincidirían en su rechazo al nuevo ordenamiento legal.

Esto produciría nuevamente una gran inestabilidad que allanaría el camino para que Napoleón Bonaparte, exitoso militar que había cosechado no pocos logros durante las llamadas Guerras Revolucionarias contra diferentes monarquías europeas, al volver de Egipto se hiciera con el poder a través de un golpe de Estado que llevaría a cabo el 9 de noviembre de 1799, fecha mejor recordada como 18 brumario, de acuerdo a la nueva calendarización que hacía tiempo el proceso revolucionario francés había instituido para suplir al calendario convencional. Napoleón instauraría el Consulado y con él iniciaría la gestación de la época que más tarde sería conocida por los historiadores como el Primer Imperio Francés.

Napoleón como Cónsul lograría finalmente aterrizar la revolución posibilitando la emergencia de un periodo de estabilidad política y logrando hacer coincidir ésta con mejoras en la situación general de los integrantes del otrora tercer estamento. Sin embargo, hacia el exterior Francia seguiría siendo el blanco de los ataques de las

¹⁰ Gallo, Max.Op. Cit. p.37.

monarquías europeas que se sentirían cada vez más amenazadas por el fenómeno político – social francés, situación que se mantendría vigente hasta la caída definitiva de Napoleón. Mientras tanto, Bonaparte se haría nombrar primero cónsul, después cónsul vitalicio y finalmente emperador. Sin lugar a dudas sería en extremo paradójica la situación de Francia que veía en el pequeño gran estratega, adalid y soldado de la causa revolucionaria republicana francesa, a una reproducción aumentada de Luís XIV en su momento de mayor absolutismo en el ejercicio del poder. Napoleón pondría en pocas palabras a Europa de cabeza. Sus ejércitos conquistarían grandes territorios y en ellos ciertamente sembraría las concepciones de la Revolución Francesa. Desde el respeto a los derechos del hombre y el ciudadano hasta el código civil. Desde la eliminación de privilegios de sangre hasta la igualdad ante la ley. Desde la reforma educativa hasta la concepción liberal de la economía e incluso, si cabe, de la política, las fuerzas napoleónicas llevaron tras de sí a todos los lugares en los que mediante la espada pudieron imponer su imperio, los ideales que maduraron en el proceso revolucionario francés.

España, Holanda, Bélgica, Dinamarca, parte de la actual Italia, de Alemania e incluso de Austria serían dominadas por el pequeño genio militar. En estos territorios pondría a algunos de sus más cercanos familiares a gobernar de acuerdo - siempre que fuese conveniente, claro está – a los principios de la revolución de la que él había sido producto. Napoleón pretendía crear una nueva dinastía en Francia y por ésta, entre otras razones, se había hecho coronar emperador por el propio Papa. *“Napoleón había recibido del Papa la corona de Carlomagno. ¿Soñaba con reconstruir su imperio? Bonaparte quería tener una corte. Creó ducados, principados, condados, no obstante, en última instancia Napoleón no creía sino en la fuerza. Su única debilidad era una imaginación demasiado viva. Sobre los campos de batalla y en el consejo de Estado era admirable, sin embargo, se dejó llevar por proyectos demasiado ambiciosos. Los problemas terminarían por rebasarlo. En cualquier caso los ingleses habían jurado su caída”*.¹¹ Así, las monarquías europeas nunca lo aceptarían y por ende se le enfrentarían hasta el cansancio. Siete coaliciones serían necesarias para acabar con Napoleón y su régimen.

A lo largo de los enfrentamientos que constituyen lo que los historiadores hoy conocen como “Guerras Napoleónicas” tuvieron lugar célebres batallas tanto terrestres como navales, dos de cuyos ejemplos son sin lugar a dudas, la Batalla de Austerlitz en la que las fuerzas francesas derrotaron a rusos y austriacos y la Batalla de Trafalgar en la que el almirante Horace Nelson derrotó a la flota napoleónica franco – española comandada por el almirante Villeneuve. Célebre también sería el intento de Bonaparte de derrotar a Rusia llegando incluso hasta Moscú, como también célebre resultó el lastimoso regreso de su ejército a Francia. Finalmente, viendo poco a poco su poder menguar, Napoleón, después de haber tenido una interrupción de su supremacía viéndose prisionero en la isla de Elba, sería derrotado definitivamente en la Batalla de Waterloo en el actual territorio belga, en la que las fuerzas anglo-prusianas del Duque de Wellington vencerían a Bonaparte en la última batalla en la que participaría.

Las consecuencias inmediatas de la victoria prusiano-británica en esta batalla serían la abdicación de Napoleón el 22 de junio de 1815 y su internamiento en la

¹¹ Maurois, André. Op. Cit. p.124.

lejanísima isla de Santa Elena en algún punto del Atlántico Sur en donde pocos años más tarde moriría. La derrota y posterior muerte de Napoleón sin embargo no podrían borrar el legado que dejó su paso por la historia europea. A pesar de las reticencias de las monarquías a aceptarlo, los regímenes no pudieron en adelante volver a ser los mismos. Los ideales de la Revolución Francesa habían sido llevados a todos los rincones del viejo continente y en cada lugar habían logrado echar de una u otra forma raíces sólidas. Napoleón sería pues un personaje central no sólo de la historia de Francia, sino de la de toda la civilización occidental.

En la era post napoleónica, Europa se organizaría de acuerdo a las conclusiones emanadas del Congreso de Viena que fundamentalmente había sido una reunión en la que las monarquías del viejo continente establecieron políticas comunes, destinadas a velar por la primacía de los principios sobre los que se sostenían. En lo que a la situación de Francia respecta, al Imperio Napoleónico sucedió la restauración monárquica. Una restauración que sin embargo derivaría en una monarquía muy distinta a aquella ejercida por Luís XVI.

La herencia de la Revolución Francesa, en Francia como en Europa misma, sería imborrable. Así se entronizaría a Luís XVIII a Carlos X y a Luís Felipe de Orleáns sucesivamente, hasta que en el año de 1848, una revolución antimonárquica posibilitaría la instauración de la Segunda República Francesa y el ascenso a la Presidencia de la misma de Carlos Luís Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón I quien poco tiempo después de asumir la jefatura del estado francés, se haría coronar emperador inaugurando el periodo histórico que hoy es conocido como Segundo Imperio Francés o Segundo Imperio Napoleónico. Con relación a la relativa facilidad con la que Luís Napoleón se haría con el control absoluto de Francia abandonando su carácter de presidente para asumir el de emperador, Max Gallo refiere que: “... *con Luís Napoleón Bonaparte, un poder personal se instaló en el Eliseo. Las elecciones mostraron en mayo de 1849 la fuerza del partido del orden (orden, propiedad, religión), que se llevó el 53 por ciento de los escaños. Tocqueville juzga lúcidamente este consenso: “la mayoría está en las manos de los enemigos de la República”, escribió. En todos los ámbitos se desarrollaba una política de reacción”*.¹²

Así, Luís Napoleón, ya como emperador reinaría bajo el nombre de Napoleón III. Durante su permanencia en el poder y bajo la dirección del Barón Haussmann, prefecto del Sena, se rediseñaría y embellecería París, la ciudad capital del Imperio, se desarrollaría la red ferroviaria que todavía hoy constituye una de los pilares de la economía del país galo y en general se modernizaría en todos los sentidos a la sociedad francesa. En aquella época Francia, al lado de Gran Bretaña, Cerdeña y el Imperio Otomano, derrotaría a Rusia en la Guerra de Crimea y aprovechando la circunstancia de inestabilidad política que imperaba en Estados Unidos emprendería una fallida aventura imperial en México que terminaría con la ejecución de Maximiliano de Habsburgo, emperador de aquel país, apoyado por la corona francesa de Napoleón.

El ocaso de este Segundo Imperio Francés iniciaría con las guerras de unificación alemana encabezadas por el canciller Otto Von Bismarck que después de enfrentarse con éxito a Dinamarca y a Austria por los territorios de Sleswig-Holstein, terminaría derrotando a la Francia de Napoleón III en la Guerra Franco-Prusiana de

¹² Gallo, Max. Op. Cit. p.212.

1870 generándose la caída del emperador y la pérdida por parte de Francia de los conflictivos territorios de Alsacia y Lorena. Sobre la naturaleza de Napoleón III y del legado que dejaría a su paso por la historia francesa y europea, Henry Kissinger en su obra *La Diplomacia* sostiene que:

“Napoleón III odiaba el sistema de Viena porque había sido expresamente planeado para contener a Francia. (...) Aunque Napoleón III no tuviese las ambiciones megalómanas de su tío, éste enigmático gobernante consideró que Francia tenía derecho a una ocasional ganancia territorial, y no deseaba que una Europa unida lo obstaculizara. (...) Napoleón logró lo contrario de lo que se había propuesto. Imaginando ser el destructor del acuerdo de Viena y el inspirador del nacionalismo europeo, puso a la diplomacia europea en una situación tan confusa que, a la larga, Francia no obtuvo nada y otras naciones sí se beneficiaron. Napoleón hizo posible la unificación de Italia e involuntariamente favoreció la unificación de Alemania: dos acontecimientos que debilitaron geopolíticamente a Francia y destruyeron la base histórica de la predominante influencia francesa en la Europa central. Napoleón trató de sabotear el sistema de Viena porque consideró que aislaba a Francia – lo que hasta cierto punto era verdad –, y sin embargo, cuando terminó su reinado en 1870, Francia estaba mucho más aislada de lo que estuviera durante el periodo de Metternich”.¹³

Tras la abdicación de Napoleón III y de la efímera experiencia de la Comuna de París, en Francia se daría el advenimiento de la Tercera República, la cual tendría vigencia hasta los inicios del Siglo XX con el comienzo de la Primera Guerra Mundial. La época de la Tercera República francesa se caracterizaría por un sistema político fundamentalmente parlamentario que en aquellos años estaría ocupado en la reconstrucción del prestigio y del poderío francés después de la ignominiosa derrota ante los prusianos de Bismarck. Esta sería también la época del expansionismo colonial francés y europeo en general. El país galo, desde el punto de vista de la dominación colonial, se haría de vastos territorios tanto en Asia como en África. Desde la Indochina Francesa hasta el Senegal pasando por Siria, Líbano, Túnez, Argelia, Marruecos, Madagascar, Djibouti, Somalia, Gabón, Benin, Guinea, el Congo y otros muchos más, Francia consolidaría sus posesiones de ultramar en las que terminaría dejando una huella indeleble.

De la presencia colonial en el exterior los franceses obtendrían no pocos beneficios. Sin embargo y como veremos más tarde, los problemas que esto acarrearía, a la larga no serían sencillos de resolver y llegarían a convulsionar incluso la situación política al interior de la metrópoli. En cualquier caso la historia colonial francesa terminaría por constituir un elemento central de la problemática que el país viviría a lo largo de la segunda mitad del Siglo XX e incluso hasta nuestros días. Después de la Conferencia de Berlín de 1885 en la que los gigantes europeos a instancias del Rey Leopoldo de Bélgica se pondrían de acuerdo en torno a qué territorios le corresponderían a cada país, Europa se iría deslizando en una fatal pendiente que la conduciría a la primera gran confrontación militar de alcances mundiales. La Primera Guerra Mundial, La Gran Guerra, estaría por comenzar.

¹³ Kissinger, Henry. *La Diplomacia*. Fondo de Cultura Económica. México. 1994. p.99.

Capítulo II. Francia antes de de Gaulle.

Subcapítulo 2.2. Francia en la Primera Guerra Mundial y durante el período de entreguerras.

Dado que en este trabajo se expondrá con detalle la participación que tanto Charles de Gaulle como Mustafá Kemal tendrían en la Primera Guerra Mundial, creemos que, si bien es necesario hacer una descripción de los principales aspectos de este conflicto con objeto de darle más cuerpo a la investigación y de plantear puntos importantes, sobre todo en lo referente al comportamiento de Francia durante la guerra y especialmente en los años posteriores a su finalización, resultaría sin embargo reiterativo e innecesario ahondar mayormente en los detalles de los acontecimientos correspondientes a esta etapa histórica. Es por lo anterior que hemos decidido limitarnos en este subcapítulo, a hacer solamente una somera descripción de los aspectos más destacados de este conflicto así como de sus causas, consecuencias y significación.

En los primeros años del Siglo XX, Europa, aunque aparentemente tranquila y próspera, experimentaría el crecimiento claro de las tendencias hacia una confrontación militar. Las diferentes potencias habían construido alianzas en el afán de proteger sus intereses e impulsar sus objetivos. Por un lado había surgido la denominada Triple Entente formada por Francia, Gran Bretaña y Rusia, y por el otro la Triple Alianza, formada por Alemania, Austria-Hungría e Italia. Respecto a la realidad que Francia vivía en los años previos al estallido de la guerra, el investigador Michael Howard señala en su libro *La Primera Guerra Mundial* que:

“Mientras que en 1801 la población total de Francia alcanzaba los 27 millones y era la mayor de Europa, en 1910 era constituida tan sólo por 35 millones, mientras que en el mismo periodo la población de Gran Bretaña había ascendido de once millones a cuarenta. Asimismo, la de la recién unificada Alemania superaba los sesenta y cinco millones y seguía aumentando. La forma de vida en Francia no fomentaba pues ni el crecimiento de la población ni la acumulación de capital necesarios para el desarrollo económico”.¹⁴

En el continente existían además, cuentas por pagar y por cobrar en torno a conflictos, diferendos y guerras anteriores. Había pues, animadversión en no pocos aspectos entre los principales actores del escenario político y diplomático europeo. Francia por ejemplo, deseaba recuperar las provincias de Alsacia y Lorena de las que había sido despojada por la naciente Alemania como resultado de la victoria germana en la Guerra Franco – prusiana de 1870.

Alemania por su parte, envidiaba de Gran Bretaña y Francia sus vastos imperios coloniales y deseaba, como lo manifestó al reclamar derechos sobre Marruecos, tener ella también sus propias posesiones coloniales de importancia. Con relación a las pretensiones alemanas en la época Michael Howard observa que: “... *el propio Bismarck, tras crear el Imperio Alemán, simplemente se había contentado con*

¹⁴ Howard, Michael. *La Primera Guerra Mundial*. Crítica.Barcelona. 2003. p.13.

preservarlo, pero la generación que le sucedió no se conformaba así de fácil. Tenía todos los motivos para ser ambiciosa. Era una nación de más de sesenta millones de habitantes, fuerte y con una fantástica herencia en lo relativo a música, poesía y filosofía, y cuyos científicos, técnicos y eruditos, (por no hablar de los soldados), eran la envidia del mundo entero".¹⁵ Italia por otro lado, tenía la esperanza de tener bajo su soberanía la región del Trentino que teniendo una importante población italo hablante, pertenecía al Imperio Austro – Húngaro. Rusia, interesada en garantizar para sí una salida a mares cálidos de la que carecía, pretendía, a través de una tutela tácita sobre sus parientes eslavos de los Balcanes, impulsar acciones para crear en un futuro las condiciones para despojar al Imperio Otomano del control que ejercía sobre los estrechos que separaban al Mar Negro del Mediterráneo.

La Sublime Puerta por su parte había visto menguar su poder a lo largo de todo el Siglo XIX al punto de que para esos momentos, sus posesiones Europeas se reducían a Estambul y Tracia después de que en la Península de los Balcanes, en otras épocas férreamente controlada por el sultán turco, hubiesen surgido estados independientes como Grecia, Bulgaria, Serbia, Albania y Montenegro que en sus primeros momentos de vida independiente o semi independiente, dedicaban buena parte de sus energías a diseñar y ejecutar estrategias destinadas a ganar territorios y recursos a costa de sus vecinos. Estando así las cosas, lo único que hacía falta para el estallido de la confrontación militar era un pretexto. Este se daría durante una visita que el archiduque Francisco Fernando de Austria haría a la ciudad de Sarajevo en el territorio de Bosnia – Herzegovina en plena Península Balcánica.

El 14 de junio de 1914, Francisco Fernando sería asesinado en Sarajevo a manos de un joven nacionalista serbio de nombre Gavrilo Princip. *"En cuatro sombrías semanas se desarrolló la tragedia de la humanidad para decidir si la guerra debía pasar una vez más por el mundo. Pero entonces se puso de manifiesto que los dos sistemas de alianzas empezaron a funcionar casi por sí mismos, ya que no hubo ningún gran estadista capaz de desenredar oportunamente los hilos. Europa se deslizó sencillamente hacia la guerra, según frase del Primer Ministro inglés Lloyd George*".¹⁶ Austria Hungría reaccionaría ante esta afrenta pidiendo explicaciones a Serbia e imponiéndole un ultimátum en el que le exigía acciones que hubiesen resultado inaceptables para cualquier país independiente.

La estrategia parecía ser la de pedir lo imposible y responder a la negativa con la guerra. Así sucedería y Austria – Hungría le declararían la guerra a Serbia. Rusia, que era aliada y en cierta forma tutora, de los países eslavos de la Península de los Balcanes con quienes compartía origen y religión, le declararían entonces la guerra a Austria-Hungría con objeto de proteger a Serbia. En este momento los acuerdos signados en el marco de la formación de las alianzas antes mencionadas entrarían en acción con la consecuencia de que un país tras otro iría declarando la guerra e incorporándose a los bandos beligerantes. Así, Alemania, aliada de Austria, declararían a su vez la guerra a Rusia y poco más tarde a Francia. Gran Bretaña por su parte, respondería declarándole la guerra a Alemania e incorporándose al lado de Francia a esta confrontación militar que prácticamente incluía ya a la casi totalidad de las grandes potencias europeas. En los

¹⁵ Ibidem. p.20.

¹⁶ Görlich, J. Ernst. *Historia del Mundo*. Ediciones Martínez Roca. Barcelona. 1972. p.537.

primeros momentos sólo Italia se mantendría neutral aunque finalmente en el año de 1915, entraría en la guerra del lado franco-británico.

Alemania intentaría con éxito invadir Francia a través de la neutral Bélgica derrotando a los franceses en la Batalla de Charleroi. Sin embargo, los galos lograrían detener el avance alemán en la Primera Batalla del Marne. Con relación a este episodio, el investigador Roger Price de la Universidad de Gales observa en su obra *Historia de Francia* que: “*La superioridad militar y táctica del ejército alemán no dejó de producir su efecto. Los franceses se vieron obligados a retroceder hasta que Joffre, logró organizar el contraataque y lanzarse en septiembre contra el flanco más expuesto del enemigo, el del Marne, obligándolo a adoptar una posición defensiva y dando lugar a la creación de una línea continua de trincheras desde Suiza hasta el mar*”.¹⁷ En este momento emergería un punto que en el plano militar caracterizaría a la Primera Guerra Mundial. Dados los desarrollos tecnológicos que para esa época se habían alcanzado, la guerra defensiva resultaba mucho más atractiva y menos onerosa en municiones y bajas que la guerra ofensiva. Para los ejércitos era relativamente fácil atrincherarse y fortificar sus posiciones y muy difícil intentar romper las del enemigo. De esta suerte los dos bandos adoptaron una posición marcada por la preferencia a ejercer la defensa antes que a emprender el ataque. Esto convertiría a la Primera Guerra Mundial en una “guerra de trincheras”, poco dinámica, en la que los ejércitos se moverían relativamente poco y en la que cualquier iniciativa de avance produciría logros muy limitados y numerosas pérdidas humanas. La Gran Guerra sería pues una guerra de desgaste en la que la paciencia, la resistencia pues, tendría una gran importancia.

En este contexto, Alemania intentaría romper las fortificaciones francesas atacando Verdún. Si bien tendría éxito en un primer momento, las fuerzas galas, comandadas por el entonces todavía general Phillippe Pétain lograría con una serie de contraataques, hacerla retroceder. Por su parte Gran Bretaña iniciaría una ofensiva contra los alemanes en el Somme a través de la cual alcanzaría el objetivo de dividir a las fuerzas alemanas debilitando así su poderío. En lo que al frente oriental respecta, los germanos al mando de Paul Von Hindenburg lograrían derrotar a las fuerzas rusas en las Batallas de Tannenberg y Mazure y ganarían posiciones en su avance hacia el este. En el frente sur los británicos intentarían apoderarse de los estrechos turcos con objeto de crear un canal de comunicación con sus aliados rusos. Sin embargo sufrirían en la Península de Gallípoli en lo que la historia ha conocido como “Batalla de los Dardanelos” una estrepitosa derrota. El intento de abrir el paso a través de los estrechos terminaría pues en un rotundo fracaso. No obstante, en esta zona no todo serían malas noticias para los aliados.

La rebelión que los ingleses habían promovido entre las masas árabes vasallas de Estambul estaba teniendo mucho éxito y las fuerzas comandadas por Lawrence, Faisal y Abdulla tomarían Damasco y posibilitarían que el general británico Sir Edmund Allenby entrara triunfante en Jerusalén sin que las fuerzas otomanas pudiesen oponer mayor resistencia. Por otro lado tropas francesas y británicas se apoderarían de las escasas posesiones coloniales alemanas en África. Togo, Camerún y la actual Namibia estarían muy pronto en poder aliado. Sólo Tanganica, la actual Tanzania, resistiría bajo el mando de Paul Von Lettow-Vorbeck hasta el final de la contienda. Japón, habiendo

¹⁷ Price, Roger. *Historia de Francia*. Cambridge University Press. Madrid. 1998.p.92.

entrado en la guerra del lado de los aliados, también contribuiría a la desarticulación del pequeño imperio colonial alemán al apoderarse de las posesiones germanas en las islas Marshall, Carolinas y Marianas.

La guerra en el mar sería también muy intensa y se caracterizaría por la enorme importancia que adquirirían los submarinos. Sería el hundimiento de un torpedero norteamericano, el RMS Lusitania, por parte de un submarino alemán que intentaba contribuir al bloqueo que los germanos pretendían imponer a los británicos impidiéndoles recibir productos procedentes de América, lo que terminaría de crear la condición para la entrada de Estados Unidos en la guerra del lado de los aliados. Mientras tanto, en Rusia, el Zar Nicolás II sería derrocado por los movimientos revolucionarios de febrero y octubre de 1917 produciéndose con ello la salida del gigante eslavo de la guerra a través de los Tratados de Brest-Litovsk que el recientemente instaurado gobierno bolchevique de Lenin, firmaría con los alemanes. En Berlín se aprovecharía esta circunstancia para trasladar efectivos del este al frente occidental. Sin embargo, a pesar de ello, los alemanes no podrían derrotar a los aliados ya que fuerzas francesas e inglesas comandadas por el general Ferdinand Foch, apoyadas por las tropas de Estados Unidos, país recientemente incorporado al bando aliado, lograrían resistir el embate alemán en la segunda ofensiva del Somme. La falta de movilidad que caracterizaría a la Gran Guerra haría de la capacidad industrial de mantener el esfuerzo bélico por mayor tiempo, el factor decisivo. De esta suerte y después de revueltas obreras al interior del país causadas en gran medida por la precariedad económica producida por la guerra, Alemania terminaría por firmar un armisticio el 11 de noviembre de 1918 con lo que la Primera Guerra Mundial llegaría a su fin. Austria-Hungría y el Imperio Otomano harían lo propio.

“La guerra había terminado. La victoria parecía representar el triunfo de las instituciones republicanas. Al menos en apariencia, Francia era la principal potencia continental europea. Se había reparado la humillación de 1870 y recuperado los territorios perdidos de Alsacia y Lorena. Pero la desilusión campeó de nuevo al adquirirse conciencia de las implicaciones que a largo plazo tenía la participación en un conflicto tan cruel y sangriento. Era, en efecto, una victoria pírrica. Los costes humanos eran escalofriantes”.¹⁸

Después todo sería reconstruir. La Gran Guerra había dejado tras de sí más de ocho millones de muertos y seis de inválidos. Francia había sido el país más afectado proporcionalmente al perder millón y medio de soldados en las batallas que entre 1914 y 1918 se habían librado contra las potencias centrales, viendo su población productiva disminuir en un diez por ciento. Europa había quedado devastada, su economía debilitada y su configuración política totalmente modificada. “*Los tratados de paz a través de los cuales se dio fin a la conflagración, bautizados con nombres de suburbios de París (de Versalles, con Alemania; de Saint Germain-en-Laye, con Austria; de Trianón, con Hungría, de Sevres, con Turquía; y de Neully, con Bulgaria) , ratificaron en 1919 – 1920 el nuevo orden europeo*”.¹⁹ Mediante estos tratados el Imperio Austro-Húngaro dejaba de existir para dar paso a la existencia de dos muy reducidas territorialmente Austria y Hungría, de Yugoslavia, país cuyo territorio se extendía a lo

¹⁸ Ibidem.p.198.

¹⁹ Görlich, J. Ernst. *Op. Cit.* p.542.

largo de los Balcanes aglutinando a prácticamente todos los pueblos eslavos de la península, de Checoslovaquia, y de una Polonia aumentada en lo que al territorio se refiere. Austria por su parte perdería la región de Transilvania en favor de Rumania.

En lo relativo al Imperio alemán de Guillermo II, mediante el Tratado de Versalles, las fuerzas aliadas triunfantes en la Guerra la habían hecho responsable de ésta y de sus consecuencias, habían reducido sensiblemente su territorio quitándole Alsacia y Lorena que como ya se ha mencionado, pasaban nuevamente a control francés y creando el llamado corredor polaco que separaba a Prusia Oriental del resto del territorio germano. Versalles había establecido también la obligación alemana de pagar por los daños causados por la conflagración así como su imposibilidad de, en adelante, tener un ejército. En pocas palabras Versalles humillaba a Alemania hasta extremos difíciles de concebir, situación que en no poca medida contribuiría a que en territorio germano renaciera poco más tarde un nacionalismo revanchista y el deseo de recuperar el honor perdido. Como ya hemos visto, al Imperio Otomano le estaba deparada una suerte similar a través del Tratado de Sevres. Sin embargo, el triunfo en la guerra Greco-Turca de 1920-1922 y la labor político – diplomática de Mustafá Kemal lograrían que su situación final fuese muy distinta a la que en un principio, los aliados le tendrían reservada. Al respecto del sistema de tratados encabezados por el de Versalles, el reconocido historiador francés Max Gallo, en su libro *Histoire du Monde. Les clés de l'histoire contemporaine* observa que:

“La dureza de este tratado (condenado por el economista Keynes) se justificaba por la afirmación de que Alemania era moralmente responsable de la guerra, pero el tratado era tan pesado que despertó de inmediato una fuerte oposición por parte de la opinión alemana, principalmente de los sectores nacionalistas, con la consecuencia de que no fuese aceptado por la recién instalada Asamblea de Weimar. El Tratado en cualquier caso se firmaría en la Galería de Cristales de Versalles el 28 de junio de 1919. Estos tratados eran la revancha de 1871, pero desde su firma fue evidente que no satisfacían a nadie. Ni a Italia, ni a Alemania que declaró “no poder pagar”, ni a Francia que consideró que debió abandonar exigencias esenciales (la anexión de la margen izquierda del Rin), ni a Gran Bretaña que temía el retorno de una hegemonía francesa en el continente, ni incluso a Estados Unidos al punto de que el Senado americano desautorizó al Presidente Wilson y deseoso de desvincularse, se negó a ratificar el tratado. Este tratado, inadecuado para restablecer un equilibrio, fue además signado mientras que en Europa tomaba fuerza una ola revolucionaria. Huelgas y violencia se multiplicaban en Italia. La revolución y la contrarrevolución surgían en Alemania. Lejos de estabilizar una situación, el tratado creó nuevas tensiones y vivos rencores nacionales. En 1919 son fundados en Alemania el Partido de los Trabajadores Alemanes (futuro partido nazi) y en Italia el Fascio di combattimento (Futuro partido fascista)”.²⁰

Por otra parte, con Stalin a la cabeza, el régimen comunista se consolidaría en la joven Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En los territorios coloniales europeos iría germinando la semilla de la independencia política. Las mujeres se verían incorporadas en una mayor medida a las economías nacionales debido a que durante la

²⁰ Gallo, Max. *Histoire du Monde. Les clés de l'histoire contemporaine*. Fayard. París. 2001. p.438.

guerra se habían visto obligadas a sustituir en las labores que desempeñaban, a los hombres que habían partido al frente. Estados Unidos por su parte había encontrado en el fin de la Primera Guerra Mundial el acontecimiento simbólico del inicio de su ascenso como gran potencia, mismo que continuaría en los años siguientes hasta alcanzar la primacía en el orbe al terminar la Segunda Guerra Mundial. De la mano del Presidente Woodrow Wilson, muchos países se unirían en el objetivo de crear un organismo internacional capaz de evitar las guerras fungiendo como foro en el seno del cual las naciones con conflictos pudiesen resolver sus diferencias privilegiando la vía diplomática y política sobre la militar. De esta manera surgiría la Sociedad de Naciones que, sin embargo, tendría en el periodo de entreguerras, resultados muy decepcionantes.

En Alemania, mientras tanto, los políticos de la llamada República de Weimar se afanaban por sobrellevar la endémica debilidad institucional que caracterizaría a este régimen político desde su nacimiento hasta su terminación. Dedicados por un lado a la reconstrucción de la economía nacional destrozada por la guerra y por otro a cubrir el pago de los daños causados por la misma a lo que la obligaba el Tratado de Versalles, los dirigentes alemanes harían no pocos esfuerzos para proteger la supervivencia de su nación. Estas exigencias sobrecargadas a Alemania, se volverían con el tiempo en contra de sus impulsores. Como ya lo hemos mencionado, la precariedad económica y la sensación de humillación constante posibilitarían que en el pueblo teutón germinara nuevamente la semilla del nacionalismo exacerbado y el deseo de reposicionar el nombre de su país en la historia del Siglo XX ahora sí como potencia vencedora. De esta manera y aprovechando los factores mencionados, Adolf Hitler, líder del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores alemanes se haría con el poder en el año de 1933 y en adelante no haría sino, por un lado consolidar su control al interior de Alemania y por el otro dedicar todas sus energías al trazado de estrategias que permitieran a su país la expansión territorial que en aquellos momentos pensaba era necesaria para la supervivencia alemana. Francia, con sus enérgicas y en ocasiones exageradas exigencias de pago por los daños causados en la Gran Guerra a un pueblo cuya economía no terminaba de marchar y cuyo orgullo nacional se había reducido a cero, contribuiría en no poca medida al regreso del autoritarismo en el seno del pueblo germano. La reocupación militar de la región industrial del Ruhr sería sin duda un ejemplo de esto. Al respecto de las reacciones que los europeos de occidente tuvieron ante el encumbramiento de Hitler, Henry Kissinger en su obra *La Diplomacia* llama la atención sobre el hecho de que:

“La reacción inicial de las democracias occidentales al ascenso de Hitler consistió en acelerar el desarme. Ahora el gobierno de Alemania estaba en manos de un canciller que había proclamado su intención de anular el acuerdo de Versalles, rearmarse y luego emprender una política de expansión. Aún así, las democracias no vieron ninguna necesidad de tomar precauciones especiales. Algunos diplomáticos británicos llegaron a pensar que Hitler representaba una mejor esperanza de paz que los gobiernos menos estables que lo habían precedido. “La firma de Hitler obligará a Alemania como la de ningún otro alemán del pasado”, escribió, optimista el embajador británico Eric Clare Edmund Phipps al Ministerio del Exterior”.²¹

²¹ Kissinger, Henry. *La Diplomacia*. Fondo de Cultura Económica. México. 1994. p.288.

Sin embargo, a lo largo de la década de los treinta, Alemania encabezada por Adolf Hitler terminaría por convertirse en todo aquello que los aliados querían evitar. Al cabo de algunos años el resurgimiento de la economía alemana sería una inobjetable realidad que se traduciría en un renovado impulso expansionista. Lejos habría quedado la disposición alemana de cumplir con la obligación de no rearmarse impuesta por el Tratado de Versalles. Ahora el régimen teutón no sólo reconstruía su otrora poderoso ejército sino que, además, apoyado en una tesis, el Darwinismo Social, cuyo eje central era una interpretación perversa de la teoría de la Evolución de las Especies de Darwin, achacaba los grandes males que Alemania había sufrido a lo largo de su historia y especialmente en los tiempos recientes, a la población judía, misma que de acuerdo a esta visión, debía ser proscrita o incluso eliminada de la vida económica, política y social del país.

De esta manera, desde el asunto de los Sudetes Checoslovacos, - región reclamada por Alemania en virtud de la población germanohablante existente en ella, que se resolvió con el Tratado de Munich en el que Gran Bretaña, Francia e Italia convinieron en permitir al Reich hacerse con estos territorios – hasta el Anschluss, la unión de Alemania y Austria; desde el Pacto de Hierro signado con la Italia Mussoliniana hasta el de No Agresión firmado con la Unión Soviética Staliniana; desde el abierto apoyo brindado a los nacionalistas españoles de Franco durante la Guerra Civil hasta la manifestación de sus pretensiones territoriales en Polonia, Adolf Hitler encaminaría a Alemania y a Europa entera hacia una nueva y sangrienta guerra, la Segunda Guerra Mundial. Sería pues de esta manera que, finalmente, el primero de septiembre de 1939 con la invasión de Polonia por parte de los alemanes iniciaría esta segunda gran confrontación militar europea en el siglo XX.

En lo que a Francia respecta, el inicio de la Segunda Guerra Mundial se daría en un contexto de crisis que con contundente elocuencia, Max Gallo refiere del siguiente modo:

“La crisis que golpea una nación es un proceso progresivo cuyos signos pueden detectarse a lo largo de, en ocasiones, muchos decenios. Las causas de estas crisis son múltiples: dudas sobre el destino nacional, decepciones en relación a las esperanzas generadas por los medios políticos, disfuncionalidad de las instituciones que no son aptas para permitir decisiones, crisis de las élites, fascinación por ideologías exteriores, nacimiento de un clima de guerra “religiosa”, crisis económica y social, pérdida de la vitalidad demográfica. Todos estos elementos juegan. Además, dado que las naciones son interdependientes y que pertenecen a sistemas geopolíticos, todo acontecimiento exterior, toda ruptura de equilibrio pesa sobre la vida de la nación. Francia en los años treinta vive de esta manera un periodo difícil que tiene todos los signos de una crisis nacional.”²²

Es pues de esta manera, que viviendo estos problemas, Francia se vería inmersa en el vertiginoso caudal de acontecimientos que significarían los primeros momentos de la segunda gran guerra europea. Después de que las tropas teutonas cruzaran la frontera polaca y se enseñorearan en ese territorio, los rusos atacarían Finlandia sin que Francia

²² Gallo, Max. Op. Cit. p.485.

y su aliada Inglaterra tuviesen tiempo de hacer algo al respecto. Hitler por su parte desencadenaría un ataque sorpresa contra Dinamarca y Noruega y poco tiempo después, pasando por Holanda y Bélgica, arrollaría las líneas defensivas francesas y penetraría en territorio galo hasta lograr que sus ejércitos desfilaran triunfantes sobre los Campos Elíseos en pleno corazón de París. Esta rápida sucesión de victorias alemanas sería sin lugar a dudas sorpresiva dado que: *“Durante el invierno de 1939 a 1940, numerosos franceses tuvieron su confianza puesta en la Línea Maginot, complejo de obras defensivas de hormigón que se extendía a lo largo de la frontera del este. Pero esta línea fue fácil de neutralizar penetrando en Francia a través de Bélgica y Luxemburgo, áreas que la línea no cubría”*.²³

En cualquier caso, de estos acontecimientos, y especialmente del papel desempeñado en ellos tanto por Francia en general como por el general de Gaulle en particular, hablaremos con más detalle, en los diferentes subcapítulos de que se compone esta investigación.

²³ Maurois, André. *Histoire de la France*. Hachette. París. 1957. p.184.

CAPÍTULO III.

ATATURK Y DE GAULLE ANTES DE ENTRAR EN LA HISTORIA.

SUBCAPÍTULO 3.1 MUSTAFÁ KEMAL ATATURK ANTES DE INFLUIR EN LA HISTORIA.

SUBCAPÍTULO 3.2. CHARLES DE GAULLE ANTES DE INFLUIR EN LA HISTORIA.

Capítulo III.

Ataturk y De Gaulle antes de entrar en la historia.

Subcapítulo 3.1. Mustafá Kemal Ataturk antes de influir en la historia.

En el año de 1881 en la ciudad entonces otomana de Salónica, nacería quien sería después conocido por la historia como Mustafá Kemal Ataturk. En ese momento, el niño, producto del matrimonio de Ali Riza, funcionario gubernamental menor y Zubeyde Hanim, sencilla campesina mahometana, recibiría, según la tradición turca, simplemente el nombre de Mustafá. *“Sus padres pertenecían a la baja clase media, eran de sangre turca y mahometanos de religión. Mustafá heredó los cabellos rubios y los ojos azules de su madre, quien ejerció una gran influencia sobre él, pues, aunque era una mujer pueblerina y sin aspiraciones, estaba dotada de una fuerte voluntad y poseía una inteligencia natural, ya que no cultivada pues apenas si sabía leer y escribir”*.¹

Desde temprana edad, Mustafá, a pesar de ser anémico y enfermizo, demostraría su gran impulsividad y vigoroso temperamento. De padre albanés y madre macedonia, este joven nacido en la griega Salónica representaba fielmente lo que el Imperio Otomano había sido: un poder político familiar turco ejercido por el clan de los osmanlíes, sobre una multiplicidad de nacionalidades, entre las cuales la turca propiamente dicha no ocupaba un lugar superior.

A muy temprana edad, Mustafá perdería a su padre. Ali Riza, quien había trabajado como empleado en una biblioteca pública, como funcionario de aduanas y más tarde como comerciante de madera, moriría cuando Mustafá apenas habría iniciado su formación escolar. Georges Daniel en su obra *Atatürk, una cierta idea de Turquía* se refiere al acontecimiento dejándonos ver una posible explicación de la fuerte tendencia a alcoholizarse que Ataturk tendría años más tarde. Respecto al fin de la vida del padre de Kemal, Daniel escribe: *“Después de fracasar en los negocios e imposibilitado para volver a la función pública. Alí Riza, busca consuelo en el alcohol, termina por caer gravemente enfermo y muere en 1889 a los 49 años dejando esposa e hijos en el desamparo. A los 8 años Mustafá tiene dos hermanas, Makbule y Nasiye, de un año y 40 días de edad respectivamente”*.²

Mustafá realizó sus primeros estudios en la Escuela Primaria de Semsí, colegio laico y que empleaba las técnicas pedagógicas más modernas, que su padre, poco antes de morir, eligió para él oponiéndose a la voluntad de su madre que, siendo analfabeta y profundamente devota, prefería un colegio religioso, pues quería hacer de Mustafá un joven dedicado al estudio del Corán.

Después de la muerte de su padre, Mustafá se iría con su madre y su hermana Makbule, a vivir a la casa de uno de sus tíos maternos que se ubicaba lejos de la ciudad, en el campo. Ahí, Mustafá pasaría felices días cazando cuervos y ayudando en las labores de la granja. Participaba en el cuidado de los campos de habas, en la limpieza de los establos y en la alimentación del ganado. Cuando tuvo edad, ingresó al Liceo

¹ Kinross, Lord. *Ataturk*. Grijalbo. México – Barcelona. 1974. p.11.

² Daniel, Georges, *Atatürk, un certaine idée de la Turquie*. L'Harmattan. París. 2000.p.23.

público Multkiye Idadisi en donde su temperamento fuerte le ocasionaría no pocos problemas. Un día en que Mustafá volvió a casa con la cara ensangrentada por haberse liado a golpes con un compañero, su madre decidió sacarlo de la escuela definitivamente. Zubeyde persistía en su añeja intención de hacer de su hijo un estudioso del Corán. Sin embargo:

“... si bien Mustafá no tenía concretamente nada que objetar a la escuela, en su espíritu, empezaba ya a germinar una cierta aversión por las viejas costumbres y prácticas musulmanas, las cuales eran aún de ritual entre todos los turcos. No es de extrañar, por consiguiente que le disgustaran las lecciones de caligrafía arábiga y la postura en que estaban obligados a permanecer los alumnos durante las mismas. Se sentaban en el suelo, con las piernas cruzadas y escribían sobre sus rodillas. Pero Mustafá sabía que los niños extranjeros no escribían ni se sentaban así.”³

Los planes del joven Mustafá serían pues, diferentes de los que su madre tenía para él. Impresionado por los uniformes militares que había visto, decidió dedicarse a la carrera de las armas. Fue así que, sin decirle nada a Zubeyda, se presentaría a los exámenes de admisión de la Escuela Secundaria Militar Askeri Rusiye de Salónica, y una vez aceptado, le plantearía a su madre un hecho consumado.

Ya en el colegio, Mustafá, aunque con problemas en francés, mismos que le hicieron tomar - también secretamente - cursos especiales en la “Ecole des Frères” de Salónica, se destacaría por ser un alumno inteligente, muy especialmente en la materia de matemáticas. Sería el profesor de dicha materia, un capitán también llamado Mustafá, quien para hacer una distinción entre ellos, le pondría el mote de “Kemal”, palabra que significa perfección. Georges Daniel narra así este episodio: “*¡Escucha! Dos Mustafá en la misma clase es demasiado. Para diferenciarnos te daré un segundo nombre. Uno que refleje la perfección de tus cualidades. De ahora en adelante te llamarás Mustafá Kemal. (el perfecto)*”. Este capitán se habría sorprendido si ese día se le hubiese predicho que este chico veinte años más tarde se volvería mundialmente célebre con sus dos apellidos “adquiridos” yuxtapuestos”.⁴

Por otra parte, la precocidad de Mustafá Kemal se dejaría ver no sólo en lo referente a su desempeño escolar sino también en lo tocante a otros aspectos de la vida. De esta suerte, a la temprana edad de catorce años, siendo apenas un adolescente, se convertiría en padre. En el año de 1895, una vez terminados sus estudios en la Escuela Secundaria Militar Askeri Rusiye de Salónica, Mustafá Kemal ingresaría al Liceo militar Askeri Idadi de Monastir. En esta etapa, Atatürk además de seguir siendo un brillante estudiante, especialmente de matemáticas, comenzaría, influido por su compañero Omer Naci, a desarrollar el gusto por la poesía y la literatura que tan presente estaría en el resto de su vida.

Después de haber concluido sus estudios en Monastir, Kemal se trasladaría a Estambul e ingresaría ahí a la Escuela de Guerra donde iniciaría su preparación en el área de infantería. Para ese entonces, en la península de los Balcanes, sobre buena parte

³ Kinross, Lord. Op. Cit. p.12.

⁴ Daniel, Georges, Op. Cit. p.23.

de la cual el Imperio Otomano seguía ejerciendo control político directo, comenzarían a mostrarse ciertos signos de rebeldía hacia el gobierno turco por parte de las naciones que bajo su dominación se encontraban. Eran los terribles años del sultán Abdul Hamid II, años turbulentos que ya presagiaban el muy próximo colapso de un tan longevo imperio.

Mientras tanto, Mustafá comenzaría a desarrollar ciertas ideas políticas críticas partiendo del conocimiento que adquiriría de las obras del patriota nacionalista Namik Kemal. Respecto a las nacientes inquietudes de Kemal y de su pertenencia a un grupo de discusión, el historiador Emil Lengyel comenta que *“Mustafá Kemal tenía veinte años a principios del Siglo XX. Para entonces ya formaba parte de la sociedad secreta Vatan. En la última pieza del café Gogno, de Salónica, hablaba interminablemente sobre la próxima revolución con unos jóvenes conspiradores tan animosos y elocuentes como él”*.⁵ Estas incipientes inquietudes políticas encontrarían un impulso más intenso cuando, habiendo entrado Mustafá a la Academia Superior de Guerra de Estambul, fundara con algunos compañeros un periódico manuscrito, destinado a ser leído por los propios alumnos de la academia. En dicho periódico, se trataban de manera crítica los temas que, a juicio de los jóvenes oficiales, resultaban más importantes en el horizonte político y administrativo del imperio.

Mientras tanto, un nuevo matrimonio uniría a su madre viuda con un hombre pudiente.”*Esto perturbó a Kemal. Sabía que Zubeyda aceptó a un nuevo marido únicamente para salir de la pobreza y eso lo hería en su amor propio”*.⁶ Sin embargo, gracias a esa unión, Mustafá tuvo en esos tiempos dinero suficiente para contribuir al sostenimiento de la sociedad secreta a la que pertenecía. Mientras le daba de esta manera, salida a sus inquietudes políticas, en el año de 1905 Kemal terminaría sus estudios en la Academia Superior de Guerra egresando de la misma con el grado de capitán. Ataturk ocupó el décimo tercer lugar de su promoción, de entre trescientos veinte oficiales egresados. Este destacado desempeño en la Academia le valdría al joven militar la distinción de formar parte del pequeño grupo de oficiales egresados que serían admitidos directamente en el Estado Mayor.

Permaneciendo en Estambul, en esos años Mustafá rentaría, junto con algunos otros de sus camaradas, un departamento en donde vivir. Ya como joven oficial, Ataturk continuaría con su actividad política reuniéndose con sus compañeros para discutir los asuntos del país y fundando en el año de 1906 una nueva sociedad secreta, ahora llamada “Patria y Libertad”. Pronto, los servicios de información del régimen encabezado por el sultán Abdul Hamid II infiltrarían su grupo logrando arrestar a Ataturk y al resto de integrantes de la sociedad por actividades conspirativas. Siendo liberado pocos días después, Ataturk ya comenzaba a hacerse, entre la alta oficialidad, una fama de rebeldía, la cual le acarrearía en el futuro no pocos problemas.

Después de su arresto, Kemal sería enviado como castigo a formar parte del quinto ejército estacionado en Damasco. Desde esta posición, tendría que participar en la represión que frente a ciertos actos menores de insurrección el ejército turco se vería obligado a llevar a cabo contra los rebeldes drusos. Con respecto a esta etapa, el

⁵ Ibidem.p.23.

⁶ Ibidem.p.25.

historiador René Giraud comenta que *"La vida de guarnición de Mustafá Kemal en Siria le dio experiencias preciosas para su trayectoria ulterior. Vio de muy cerca el muy mal funcionamiento de la administración, la insuficiencia de la instrucción y del entrenamiento del ejército y los sufrimientos que soportaba el pueblo debidos a la mala administración."*⁷ Corrían entonces los días agitados que enmarcaron el movimiento revolucionario de los Jóvenes Turcos, Atatürk no quería quedarse al margen de la acción. Desesperado al verse arrinconado en Damasco, decidiría desertar yéndose de Siria regresando a Macedonia pasando por Palestina y Egipto y, después de cruzar el Mediterráneo, por Grecia alcanzando finalmente su destino en Salónica. Ahí, Kemal se enteraría que la noticia de su desertación se había expandido y que para ese momento ya lo buscaban para arrestarlo. Kemal, oportunamente informado del estado de las cosas, regresaría a toda prisa a Siria y, gracias al encubrimiento de algunos de sus oficiales superiores que comulgaban con sus ideas políticas, lograría establecer una coartada que le permitiría evadir el arresto. Con la ayuda de ciertos contactos que Mustafá tenía al interior del ejército, finalmente lograría ser transferido oficialmente de Siria a Salónica estando como consecuencia de ello, finalmente en el centro de la ebullición política que en ese momento envolvía al Imperio. Era el año de 1907 y Mustafá acababa de ser nombrado miembro del Estado Mayor del Tercer Ejército estacionado en Salónica. Habiéndosele encargado la inspección de la vía ferroviaria que unía Salónica con Uskup, Kemal podría en esos días, apoyar la acción de su sociedad secreta "Patria y Libertad", a la cual poco más adelante terminaría por fusionar con el más importante y representativo Comité de los Jóvenes Turcos de la Unión y del Progreso, liderado por el carismático Enver Pasha. Sería Enver, con quien Atatürk tenía serias diferencias de opinión, quien lograría finalmente capitalizar el descontento de las elites académicas y militares juveniles turcas logrando arrancarle al sultán un espacio propio de poder. Emil Lengyel, refiriéndose a la llegada de Atatürk al Estado Mayor del Tercer Ejército de Salónica y a la posterior entronización de Enver Pasha comenta que:

"Ahora (Atatürk) estaba donde quería estar. Turquía se hallaba carcomida hasta el corazón y su misión era reformarla. Pero ya otros marchaban adelante con esa misma ansia de salvar al país y conquistar el poder. El Comité de los Jóvenes Turcos de la Unión y del Progreso dirigía la revolución y obligó al Sultán a restablecer la antigua Constitución. Una nueva Turquía iba a ocupar su puesto en el concierto de las naciones, e iba a convertirse en la grande y respetada potencia del cercano oriente. Kemal abismóse en el trabajo con renovada energía, pero los otros presuntos salvadores de Turquía coaligáronse y lo echaron fuera del camino. Enver Pasha, con su carácter inescrupuloso y pintoresco, llegaba más a la imaginación popular que el taciturno Kemal. Él fue quien despachó al sultán convirtiéndose en el ídolo de las masas."⁸

De esta suerte, sería el 23 de julio de 1908 cuando Abdul Hamid II se vería obligado, por la presión del descontento de los jóvenes oficiales y estudiantes turcos, a proclamar nuevamente la Constitución. *"Mustafa Kemal creía que con el nuevo régimen, una revolución profunda y radical era necesaria en el país, pero sus puntos de vista y sus ideas no coincidirían con las convicciones de los otros dirigentes de la sociedad. Mustafa Kemal consideraba sobre todo, como peligrosa la intervención del*

⁷ Giraud, René. *Atatürk*. Comisión Nacional Turca para la UNESCO. Ankara.1963.p.14.

⁸ Lengyel, Emil. *Turquía y su pueblo*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1947. p.109.

ejército en la política".⁹ Así, al margen de la toma directa de decisiones y de la influencia en la dirección de los destinos del imperio, Mustafá se retiraría sin resignarse. Su hora no habría llegado todavía. Sin embargo, seguiría participando enérgicamente en el debate dedicándose además a estudiar la vida y obra de sus dos héroes favoritos: Napoleón y Moltke.

En el año de 1909 Ataturk traduciría la obra *"Instrucción sobre el combate de la compañía"* del general alemán Litzmann. En el prefacio, Kemal manifestaría algunas ideas sobre la naturaleza y necesidades del ejército turco exponiendo como argumento central que a su juicio resultaba necesaria la adopción de un nuevo reglamento. Ataturk creía que era un error no haberlo perfeccionado progresivamente de acuerdo a las lecciones recibidas por la experiencia militar previa.

En esos días y en su calidad de militar en activo, Kemal participaría en la represión del movimiento reaccionario del 31 de marzo esforzándose para organizar rápidamente un ejército en Roumelie capaz de apagar la insurrección. Más adelante, Ataturk sería nombrado Jefe de la Escuela de Oficiales de Salónica. Ahí, en las maniobras que se realizaban y en las que participaban buena parte de los oficiales en activo del ejército otomano, Kemal tendría oportunidad de distinguirse como un hábil estratega. Su talento pronto despertaría los celos de no pocos oficiales superiores. Por esa causa y por las divergencias que tenía con relación a las posiciones políticas de algunos funcionarios y militares que ocupaban altos cargos en la administración, Kemal sería enviado al 38 regimiento de infantería con la esperanza de que una responsabilidad que implicara mando de tropas lo hiciera fracasar. No sería así.

En 1909 Mustafá Kemal tomaría parte con éxito en las acciones destinadas a reprimir el movimiento revolucionario que había estallado en Albania. Un año después, sería enviado junto con otros tres oficiales a Francia en calidad de representante del ejército otomano en las maniobras militares que se desarrollarían en Picardía. *"Era su primera visita a la Europa occidental. En Salónica se compró un traje y un sombrero que él creía occidental, para ponérselos una vez cruzada la frontera. El oficial que le acompañaba llevaba el fez tradicional, considerándolo como símbolo del prestigio de Turquía en el Mundo. Sin embargo el traje occidental de Kemal no fue ningún éxito. Al llegar a París, Fethi, agregado militar en aquella capital se puso a reír"*.¹⁰ Ataturk aprovecharía enormemente las experiencias obtenidas de éste, su primer contacto directo con occidente. En los meses que permanecería en Francia observaría y aprendería muchas cosas que, aunque en ese momento él no lo sabía, resultarían torales en la formación de su concepción de sociedad modelo.

A su regreso de Francia, Kemal sería destinado a la Oficina del Jefe de Estado Mayor en Estambul. Estando en esa posición, recibiría la noticia del inicio de la invasión italiana a Tripolitania, territorio sobre el cual el Imperio Otomano ejercía todavía un control político nominal. Este hecho marcaría el inicio de la guerra italo-turca de 1911 y representaría para Ataturk, militar al fin, una oportunidad de hacerse un nombre en el campo de batalla. Con relación a la experiencia de Kemal en Tripolitania y

⁹ Giraud, René. Op. Cit. p.15.

¹⁰ Kinross, Lord. Op. Cit. p.38.

a su relación con el hombre fuerte turco del momento, Enver Pasha, Lengyel observa que:

“Hasta entonces (Mustafá) había estado trepando; en adelante quería remontarse. Él esperaba que su oportunidad llegaría junto con una gran crisis. La suerte lo favoreció cuando los italianos desembarcaron sus tropas en Libia, que nominalmente era turca, en el año de 1911. Pensó conquistar sus laureles en el campo de batalla porque ahí podía manifestar su fuerza. No obstante, llegar hasta el teatro de la guerra no era cosa fácil. La escuadra turca no tenía más que dos barcos de guerra abollados, y media docena de enfermizos cruceros. La escuadra italiana dominaba sobre las rutas del mar. Kemal tuvo que emprender un largo camino por tierra, cruzando Egipto, que estaba bajo el protectorado inglés. Los británicos secundaron el juego de Italia y cerraron la frontera a las tropas turcas. Al mismo tiempo dieron órdenes para que un oficial turco de cabellos rubios y ojos azules fuese detenido. Kemal se disfrazó como árabe del desierto, aunque su acento arábigo fuese fatal. Volvió a cruzar Siria y Palestina y llegó a la frontera con Egipto. El oficial de guardia lo reconoció en seguida, pero afortunadamente para Mustafá aquel egipcio odiaba a los ingleses tanto como a los italianos y lo dejó pasar (...) Esta fue la oportunidad para que Kemal recobrase su nombre; la confianza que tenía en sí mismo era inmensa. En Libia iba a demostrar al Mundo quién era Kemal Pasha, y cuál era la vitalidad de esa nueva Turquía, la suya. Rebosante de energía llegó detrás del frente. La primera cosa que noto ahí fue la deslumbrante tienda de Enver Pasha, el ídolo de los jóvenes turcos. Ante él se inclinaban las tribus del desierto y Turquía lo veía con admiración. La gloria de Kemal no iba a encontrarse en la profunda sombra de la tienda de Enver. Ambos hombres estaban decididos a salvar a Turquía y cada uno de ellos era irreconciliable en cuanto a sus métodos y fines”.¹¹

En la actual Libia, Kemal tomaría parte en la Batalla de Tobruk en enero de 1912 y después se trasladaría a Derna en donde asumiría la jefatura de las fuerzas que se encontraban ahí. Estaría en total un año en Tripolitania.

El año de 1912 vería también el inicio de los dos enfrentamientos bélicos que preludiarían a la Primera Guerra Mundial. Estos tendrían lugar en la ya desde entonces explosiva península de los Balcanes y enfrentarían, en un primer momento, a algunas naciones súbditas del gobierno otomano contra el ejército turco y en un segundo momento, a las mismas naciones contra su antigua aliada Bulgaria. Estos dos enfrentamientos serían conocidos por la historia como la primera y segunda guerras de los Balcanes y representarían el principio del fin del otrora glorioso Imperio Otomano. En este marco, Atatürk sería nombrado jefe de estado mayor del ejército encargado de proteger la Península de Gallípoli. Cumpliría valiente y eficazmente con su misión.

Sobre el papel de Atatürk en la guerra italo-turca y en las guerras de los Balcanes, Lengyel observa que:

"La carrera de Kemal en África fue de corta duración. El gobierno turco abandonó Libia a los italianos. Los pequeños países de los Balcanes,

¹¹ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.110.

aprovechando esta debilidad de Turquía, le declararon la guerra. Kemal fue nombrado jefe de división de las tropas que operaban en Bulair, el punto más estratégico por ser el cuello de la península de Gallípoli. El ejército de los Balcanes atacó, Kemal se mantuvo en su puesto mientras que en otras partes las tropas turcas se replegaron. Las pusilánimes articulaciones del gobierno de Constantinopla solicitaron la paz. Enver retornó de Libia con carácter dramático. Mató a varios miembros del gobierno apoderándose del control. Él siempre se las arreglaba para estar un buen salto más arriba de Kemal. Mustafá lo odiaba profunda e implacablemente, pero al mismo tiempo aprendía de él. Vio como a Turquía la arrojaban fuera de Europa. El desastre sorprendió al Imperio pero el prestigio de Enver no se empañaba porque él sabía como aprovechar las desgracias de Turquía.”¹²

Kemal se veía nuevamente relegado al fondo; Enver continuaría siendo el ídolo de las masas. Para volver a quitarlo de en medio lo mandarían en esta ocasión a Bulgaria como agregado militar. Ahí aprendería a bailar, gastaría su tiempo en las mesas de juego, importunaría a las mujeres con atenciones impúdicas y sería rechazado, buscaría alivio en el amor comprado y contraería finalmente una enfermedad venérea. Mientras tanto, en marzo de 1914 sería promovido al grado de teniente coronel. Mustafá permanecería en este cargo en la embajada otomana en Bulgaria, hasta bien entrados los primeros meses de la Gran Guerra. que habría estallado el 28 de julio de 1914.

“La Primera Guerra Mundial sacó a Kemal de su oscuridad. Esta calamidad hubiérale sido una ocasión favorable para lanzarse a lo alto si Enver no se hubiera encontrado de nuevo en su camino. Turquía tenía que ser salvada únicamente por Enver, y éste ordenó a Kemal que permaneciera en su puesto. Kemal volteó el procedimiento usual y desertó, yéndose a las trincheras del frente bien detrás de las líneas. Enver tomó el mando de las tropas del Cáucaso donde estaba enfocada toda la atención del país. El General de la capital era el alegre Haki Pashá el Cojo. Tomó simpatía a Kemal y lo recomendó al general alemán Liman Von Sanders que era, detrás del trono, el verdadero mantenedor del poder”. Kemal recibió un puesto de mando en Rodosto, sobre el Mar de Mármara, el eslabón central de los Estrechos.”¹³

Sería así que gracias a la intervención de un alto oficial alemán, Ataturk regresaría al teatro de operaciones. En aquellos días, Turquía y Alemania junto con el Imperio Austro-Húngaro eran aliados en la guerra luchando contra Inglaterra, Francia y Rusia. Ello permitía que los más altos puestos en el ejército otomano estuvieran ocupados por los mejor preparados y más disciplinados oficiales alemanes. Sería en este contexto en el que el General alemán Liman Von Sanders podría darle a Ataturk un puesto de responsabilidad de mando de tropa. Kemal en su desempeño, estaría sin duda a la altura de la confianza depositada en él.

En relación con la actitud y las opiniones que Ataturk, desde su posición diplomática en Sofía, tenía sobre la guerra, el historiador René Giraud observa que

¹² Ibidem. p.111.

¹³ Ibidem. p.111.

"Mustafá Kemal estaba convencido de que Turquía se había apresurado demasiado a entrar en la guerra. Desde Sofía, seguía con atención las operaciones en todos los frentes y conjeturaba los resultados de esa guerra que apenas acababa de comenzar."

¹⁴

"Rusia, aliada de Inglaterra, había concentrado en los estrechos, y en febrero de 1915 decidió a tratar de romper ese bloqueo que habían formado. También se decidió que las tropas de tierra apoyasen las operaciones navales. Las fuerzas aliadas estaban bajo el mando del inglés Sir Ian Hamilton, el cual contaba con cinco divisiones a su disposición, compuestas de franceses coloniales, ingleses, australianos y neo zelandeses. En el lado turco, el general Liman Von Sanders mandaba sobre seis divisiones. Kemal estaba propuesto para ser el segundo en el mando. Enver Pasha, siempre celoso de su adversario, ordenó al general alemán que se deshiciera del brillante turco, y Kemal recibió el cargo de la División Diecinueve, formada por un buen regimiento turco y dos pobres regimientos árabes." ¹⁵

Así, como podemos ver, un poco con el deseo de dejarlo fuera de la acción, de impedirle cosechar laureles, en el año de 1915 Mustafá Kemal recibiría la jefatura de la decimonovena división. Enver Pasha pensaba que en ese cargo, Ataturk no podría hacer gran cosa por aumentar su prestigio. Se equivocaba. Kemal, después de haber hecho de su decimonovena división, a base de entrenamiento, un cuerpo de elite, se encontraría de manera fortuita, una vez los aliados desembarcados en la Península de Gallípoli, en el centro de los acontecimientos.

Winston Churchill, en ese entonces Primer Lord del Almirantazgo, había decidido emprender una operación naval y terrestre destinada a lograr la toma de Estambul y el control de los Estrechos que unían al Mediterráneo con el Mar Negro. De tener éxito, esta operación permitiría a los británicos y franceses, abrir un paso que permitiese, a través del Mar de Mármara, la salida de los soldados rusos que luchaban en el este para, de esta manera, empujar hacia el norte atacando con el apoyo de Italia a las potencias centrales europeas, Alemania y Austria-Hungría. Esta operación militar sería conocida por la historia como Batalla de los Dardanelos. En ella Churchill encontraría la más estrepitosa derrota de su carrera y Ataturk, la victoria que lo ubicaría en los primeros niveles del horizonte militar y político de su país.

¹⁴ Giraud, René. Op. Cit. p.21.

¹⁵ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.112.

Capítulo III.

Ataturk y De Gaulle antes de entrar en la historia.

Subcapítulo 3.2. Charles De Gaulle antes de influir en la historia.

El 22 de noviembre de 1890, en la ciudad de Lille, al norte de Francia, nació Charles de Gaulle. Hijo de Henri de Gaulle y Jeanne Millot, Charles era su segundo hijo habiendo bautizado al primero con el nombre de Xavier. La familia de Gaulle había gozado dentro de la larga historia de Francia de una posición aristocrática, situación que no carecería de consecuencias en la personalidad del joven Charles. Algunos de sus antepasados como Richard de Gaulle, quien había recibido en 1210 una propiedad feudal del Rey Felipe Augusto; o Jehan de Gaulle quien en 1415, cuando los ingleses ocuparon Normandía, rechazó servir al rey inglés perdiendo como consecuencia de ello sus propiedades; o, incluso, su propio padre, Henri de Gaulle quien había luchado valerosamente en la guerra franco-prusiana, le habían dado lustre a su apellido. Este noble pasado, sumado a su origen norteño y a la consecuente orientación católica y nacionalista de su educación influirían de manera importante en lo que sería Charles de Gaulle en el futuro. Respecto a su región de origen, Nikolai Molchanov observa que *"El Norte de Francia, de donde procede la familia de Charles de Gaulle, se consideró siempre el centro del nacionalismo en combinación con el catolicismo"*.¹⁶ Dicho nacionalismo, se explica, en palabras del propio Molchanov por el hecho de que *"a lo largo de muchos siglos, esta región de Francia fue campo de batallas y vía de invasiones."*¹⁷ De esta manera, tanto por factores familiares como geográficos, la formación de la personalidad política de de Gaulle estaría marcada por dos ejes fundamentales: el nacionalismo y el catolicismo, situación que se vería reflejada en el hecho de que las dos instituciones más respetadas en el seno de la conservadora familia de Gaulle fueran precisamente la Iglesia y el ejército. El reconocido historiador Jean Lacouture nos plasma en su obra *De Gaulle*, con bastante claridad el entorno social y familiar en el que el joven Charles vería la luz:

“Charles – André – Marie – Joseph de Gaulle nace en el crepúsculo de un siglo desbordante de nobles ardores y sabias languideces, en el seno de una familia de la pequeña aristocracia parlamentaria en la que se mezclan lo normando, lo flamenco y lo borgoñón. Procede de un linaje burgués – medio arruinado – cuyo oficio otrora fue la fabricación de tabacos y en el que se habla de abuelas irlandesas y primos de Baden. Ve la luz en un medio monárquico, traicionado por Chambord y que ha dejado de exaltar a los Orleáns, justo en el momento en que la Exposición Universal acaba de proclamar el triunfo, en apariencia definitivo de la República laica e industrial. Nace a contracorriente de la historia”.¹⁸

En este contexto familiar resulta absolutamente natural que Charles, llegado el momento, hubiera escogido la carrera de las armas. Así, después de haber concluido

¹⁶ Molchanov, Nicolai. *General De Gaulle*. Editorial Progreso. Moscú, 1990. p.7.

¹⁷ Ibidem. p.7.

¹⁸ Lacouture, Jean. *De Gaulle*. Salvat. Barcelona.1985.p.18.

sus primeros estudios en el Colegio de jesuitas del que su padre era profesor, el joven Charles ingresaría en la famosa academia militar de Saint-Cyr.

Durante este periodo, además de la instrucción militar, de Gaulle recibiría de los libros elementos no menos importantes para su formación intelectual. Elementos que resultarían torales en la concepción de su país, del papel de éste en el mundo y de su propio papel en la historia de Francia. Papel, este último, que de Gaulle ya presentía central. La lectura en esos años de filósofos y literatos como Edmond Rostand, Emile Boutroux, Bergson, Charles Peguy, Maurice Barres y Charles Maurras terminarían de delinear, junto con la propia experiencia vital de de Gaulle, su posición ideológica, la cual lo ubicaba, en tiempos ciertamente turbulentos, como un hombre conservador sin llegar al radicalismo de extrema derecha o al franco monarquismo sino más bien posicionado en un republicanismo moderado para el cual tanto el ejército como la iglesia debían de seguir siendo los pilares de la sociedad.

Dentro del pensamiento de de Gaulle, la grandeza de Francia y su propio papel dentro de esa grandeza ocupaban ya un lugar preponderante. El propio de Gaulle lo confesaría así en sus Memorias de guerra:

"Durante los años de mi vida, he formado mi propia imagen de Francia, originada tanto por la razón como por los sentimientos. En mi imaginación, Francia aparece como un país que, como una princesa de los cuentos o una virgen en los antiguos frescos, tiene un destino extraordinario. Instintivamente, tengo la impresión de que la Providencia ha destinado a Francia para grandes hechos o graves desdichas. Y si sucede, sin embargo, que hay un sello de mediocridad sobre sus actos, veo en ello algo antinatural, de lo que son culpables unos franceses equivocados y no el genio de la nación".¹⁹

En el año de 1912 de Gaulle egresa de Saint-Cyr con el grado de subteniente y es destinado al 33 regimiento dirigido por el coronel Philippe Pétain hacia quien de Gaulle siente en ese momento una gran admiración. En sus Memorias de Guerra de Gaulle escribiría: *"Mi primer jefe de regimiento fue Pétain, quien reveló para mi todo el significado del talento y del arte de un jefe militar."*²⁰

En 1913 mientras Poincaré accedía a la Presidencia de Francia de Gaulle sería ascendido al grado de teniente. Un año más tarde, iniciaría la Primera Guerra Mundial que enfrentaría en un primer momento a las llamadas potencias centrales, Alemania y Austria-Hungría contra Francia e Inglaterra. En esa guerra de Gaulle serviría con valentía a la causa de su país, primero como miembro de la segunda división de infantería, posición en la que sería herido cerca del Río Mosa, viéndose por ello obligado a retirarse del frente. Después de que los alemanes se hubieran acercado dramáticamente a París, de que el gobierno francés hubiese huido a Burdeos y de que las tropas teutonas fueran finalmente detenidas por las tropas francesas en la Batalla del Marne, de Gaulle regresaría al servicio incorporándose al esfuerzo de guerra en la región de Champaña ahora como capitán y jefe de la décima compañía. En esta etapa,

¹⁹ De Gaulle, Charles. *Memoires de guerre. L'appel*. Plon. París. 1959. p.112.

²⁰ Ibidem. p.172.

de Gaulle recibiría la segunda de las tres heridas que sufriría en la guerra. La tercera tendría lugar precisamente en la famosa Batalla de Verdún, en la que de Gaulle serviría con heroísmo y sería herido y hecho prisionero por los alemanes. *“Según el código personal de honor de de Gaulle, era deber de un soldado capturado tratar de escapar. De Gaulle efectuó cinco intentos de fuga que demostraron osadía e ingenio. En una ocasión se hizo transferir a un hospital del que en su opinión podría escapar más fácilmente, ingiriendo suficiente bicarbonato de sodio para ponerse amarillo y convencer al médico de la prisión de que tenía ictericia. Sus tentativas de escape fracasaron principalmente porque era tan alto que no le era posible disfrazarse una vez afuera”*²¹

Mientras de Gaulle permanecería prisionero durante el resto de la guerra, en Francia, creyéndolo muerto, lo condecorarían póstumamente con la Cruz de la Legión de Honor. El Mariscal Pétain firmaría personalmente el documento que confirmaba la condecoración. El texto es elocuente en torno a la percepción que en ese momento el famoso mariscal tenía del joven oficial:

"El capitán de Gaulle, jefe de compañía, conocido por sus elevadas cualidades intelectuales y morales, en el momento en que su batallón, sometido a un interminable bombardeo, estaba diezmado, y los enemigos atacaban a su compañía por todas partes, levantó a sus hombres y los condujo a una furiosa lucha cuerpo a cuerpo, la única solución que él consideró compatible con su sentimiento de honor militar. Cayó en el combate. Fue un oficial fuera de lo común, desde todos los puntos de vista."²²

Una vez terminada la guerra con la derrota alemana, de Gaulle, después de haber pasado tres años recluido como prisionero de guerra y después de haber llevado acabo los infructuosos intentos de fuga mencionados con anterioridad, regresaría a Francia. El haber pasado buena parte de la guerra prisionero le deja al joven oficial una sensación de insatisfacción. De esta suerte, lo primero que hace a su regreso es alistarse como voluntario para ir a Polonia para luchar con el ejército polaco en contra de los bolcheviques rusos. De Gaulle tomó esta decisión buscando dos objetivos. El primero era tener acción sobre el terreno y adquirir como consecuencia de ello, mayor experiencia militar. El segundo era enfrentarse a los bolcheviques rusos a quienes en ese momento se relacionaba muy estrechamente con los alemanes, enemigos en la guerra.

A su regreso de Polonia, de Gaulle se casaría con Yvonne Vendroux y entraría a la Academia de Saint-Cyr, su antigua escuela, ahora como profesor de Historia Militar. Más tarde, en 1922, ingresaría, ahora nuevamente como alumno, a la Escuela Superior de Guerra. Sobre esta etapa, el biógrafo Nicolai Molchanov comenta que:

"... aunque de Gaulle era indudablemente conservador en sus ideas políticas, sin embargo, no era conformista. Precisamente durante sus estudios en la Escuela Superior de Guerra se manifestó por primera vez con toda evidencia su deseo de hablar y actuar siempre de acuerdo con sus convicciones. Tal vez pudiéramos calificarlo como firmeza de principios, y le costaría bastante cara a

²¹ Banfield, Susan. Charles de Gaulle. Editora Cinco. Bogotá. 1987. p.23.

²² Orden firmada por el General Pétain imponiéndole póstumamente la condecoración citada en Gallo,Max, De *Gaulle, L'appel du destin*. Robert Laffont. Paris 1998. p. 137

de Gaulle. No fue casual el hecho de que durante doce años permaneciera con el grado de capitán. En la escuela reinaba incondicionalmente una doctrina táctica que de Gaulle calificó inmediatamente como dogmática".²³

Al terminar sus estudios, de Gaulle no sería destinado al Estado Mayor del Ejército como correspondía a los egresados destacados, - y él lo era - sino que sería enviado a un destino bastante menos importante, todo desde luego, debido a su rebeldía.

En 1923 Poincaré nuevamente en la dirigencia de la política francesa, invade la región industrial alemana de el Ruhr. Esta invasión, que obedecía al hecho de que los alemanes se habían retrasado en el pago de reparaciones de guerra consignadas en el Tratado de Versalles, no fue apoyada ni por Inglaterra ni por Estados Unidos. Para estos Estados, Alemania era una especie de baluarte frente al Bolchevismo y por lo tanto no había que afectar negativamente sus intereses.

En el año de 1924 de Gaulle publicaría su primer libro bajo el título de *La Discorde chez l'ennemi*. (La discordia en el enemigo) . En la obra, de Gaulle "rechazaba el dogmatismo, el estancamiento y la rutina en la táctica militar y, a la vez, subrayaba la importancia del empirismo, de la intuición, y la flexibilidad del intelecto".²⁴ De Gaulle en pocas palabras sostenía que: "Con la excepción de algunos principios fundamentales, para la guerra no existe un sistema universal; sólo existen circunstancias e individuos." ²⁵

En 1925 el Mariscal Pétain accedería al cargo de Vicepresidente del Consejo Superior de Defensa Nacional, el más alto cargo militar en Francia. El "héroe de Verdún" como era conocido, invitaría a de Gaulle, hasta entonces su protegido, a trabajar con él. Durante esa etapa, de Gaulle tendría que defender públicamente, aunque sin dejar de manifestar serias reservas, ideas con las que no comulgaba. Tales ideas tenían que ver con su insistencia sobre la necesidad de fortificar las fronteras francesas. Más tarde, en 1929 el Parlamento francés aprobaría la construcción de lo que más tarde sería conocida como la Línea Maginot. Mientras tanto, en 1927 de Gaulle sería ascendido a comandante y nombrado jefe del 19 batallón de infantería motorizada que ocupaba en Alemania la región del Rhin. "Y era así que después de once años de no comandar tropas (desde el 2 de marzo de 1916) que de Gaulle va a poder actuar y no solamente pensar y escribir. Pero comandar es para empezar, darle a los hombres que se tienen bajo la propia responsabilidad, la conciencia del rol que deben cumplir. La tendencia de una unidad hacia la victoria o la derrota es un asunto de moral".²⁶ Sería en esta estancia en Alemania cuando tendría lugar el episodio en el que de Gaulle guardaría luto por un soldado francés que había muerto víctima de una repentina epidemia y que no tenía familia que lo guardara por él. Esta acción le significó al Comandante de Gaulle un reconocimiento del Parlamento. Reconocimiento que no debe ser leído como producto de una estrategia sensiblera destinada a aumentar el prestigio público del entonces comandante ya que el hecho salió a la luz de manera incuestionablemente involuntaria al recibir el batallón de de Gaulle una fortuita visita

²³ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.54.

²⁴ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.58.

²⁵ De Gaulle, Charles. *La discorde chez l'ennemi*. Plon. París. 1959. p.2.

²⁶ Gallo, Max. *De Gaulle, L'appel du destin*. Robert Laffont. Paris.1998.p.233.

de inspección de una comisión parlamentaria. Respecto a este acontecimiento, Molchanov observa que:

"De Gaulle, a lo largo de toda su vida, entraba en contacto con el pueblo únicamente en el ejército. El pueblo se lo representaba siempre en la figura de un soldado, obligado a servir incondicionalmente y, por lo tanto merecedor de atención y de respeto. Esta posición psicológica, adquirida merced a su propia experiencia vital, la conservaría de Gaulle a lo largo de toda su vida, no ya solamente respecto a los soldados, sino respecto a todos los franceses."²⁷

A lo largo de estos años, en Europa se extendían con enorme fuerza las ideas pacifistas producto del nacimiento de la Sociedad de Naciones y de la creencia de la creciente imposibilidad de la ocurrencia de una guerra. En 1925 el Mariscal Hindenburg accedería a la Presidencia de la alemana República de Weimar. En ese mismo año tendrían lugar los Acuerdos de Locarno a través de los cuales Alemania sería reincorporada al orden europeo. Sería en esta época pues cuando Aristide Briand, Ministro de Asuntos Exteriores francés impulsaría su política pacifista dentro de la cual quedaría encuadrado el Pacto Briand-Kellog de 1928 a través del cual la guerra era declarada ilegal.

De Gaulle estaba lejos de coincidir con semejante visión. Para él, el entusiasmo pacifista equivalía a cerrar los ojos ante lo evidente. En este sentido Susan Banfield nos ilustra con bastante claridad sobre las verdaderas convicciones del joven e irreverente militar:

"... la visión de Charles de Gaulle no estaba nublada por un deseo desesperado de paz. Podía ver que los tanques iban a ser el principal apoyo de los ejércitos del futuro. Y era claro, por lo menos para él, que no había otra defensa para contener a un ejército alemán de tanques que grandes divisiones francesas de tanques, tan bien entrenadas como las de Alemania. Durante los años veinte y treinta de Gaulle emprendió una campaña personal para que otros reconocieran la verdad que él veía. Dio conferencias, escribió libros y artículos, todo con el propósito de que sus compañeros oficiales y conciudadanos vieran que solamente un ejército eficiente, basado en tanques, podría mantener segura a Francia".²⁸

Así, como podemos ver, de Gaulle observó antes que muchos que Europa caminaba sobre un volcán. Dedicaría en los años siguientes, como bien lo mencionó Susan Banfield, buena parte de su energía a advertir a quien quisiera escucharlo y a quien no, también, de la tormenta que se avecinaba.

En 1928, el matrimonio de Gaulle recibiría su segundo hijo. Habiendo bautizado al primero con el nombre de Philippe, darían a su segundo, una niña enferma de un serio retraso mental a la que por cierto de Gaulle quiso enormemente, el nombre de Anne. Un año más tarde, de Gaulle pediría y le sería concedido su envío al Estado Mayor en Siria y Líbano, territorios cuya administración había sido otorgada a Francia

²⁷ Molchanov, Nicolai. *General De Gaulle*. Editorial Progreso. Moscú, 1990. p.63.

²⁸ Banfield, Susan. Op. Cit. p.28.

por la Sociedad de Naciones al final de la Primera Guerra Mundial. En su estancia en Levante, de Gaulle, además del territorio sobre el cual el ejército francés tenía jurisdicción, pudo estar en El Cairo, Bagdad, Damasco, Alepo y Jerusalén. De ese período, de Gaulle sacaría conclusiones que más tarde resultarían trascendentales respecto de la política de ocupación francesa.

El Mundo concluyó la década de los veinte con el terrible crack financiero del lunes negro en Nueva York, el cual marcaría el inicio de una etapa de precariedad económica global que más tarde se conocería como la Gran Depresión. Mientras tanto, en Europa los remanentes del Tratado de Versalles, el Pacto Briand-Kellog y los Acuerdos de Locarno, parecían empezar a dejar de cumplir su objetivo. La hostilidad alemana comenzaba a despertar. Iniciaba pues, la década de los treinta, década que resultaría ser la antesala de la tragedia para Europa y para el Mundo.

Al inicio de esta década de Gaulle publicaría su segundo libro, *Le fil de l'épée* (*El filo de la Espada*). Esta obra resultaría profundamente crítica con los defensores de la política de apaciguamiento europeo. De Gaulle exponía en su libro que abrigar esperanzas de que ya no habría más guerra solamente porque era un fenómeno terrible, equivalía a forjarse vanas ilusiones. De Gaulle escribía con sarcasmo sobre el surgimiento de una mística fe en la imposibilidad de la guerra, explicable exclusivamente por un ardiente deseo de evitarla. Según su opinión, esta mística fe adolecía de una falta absoluta de fundamentos lógicos y, en general, reales. El reconocido historiador Jean Lacouture opina al respecto de *El filo de la espada* que: “*Le fil de l'épée es un ensayo brillante y con estilo que desvela a un personaje y confirma a un escritor. Resulta evidente que su autor se toma por otra persona – o por varias a la vez -, pero también que lo hace a sabiendas, con el fin de convertir en punto de mira a esa formidable silueta que ha proyectado sobre la pared.*”²⁹

En *El Filo de la Espada*, se endiosaba a la fuerza y se defendía la importancia histórica de los ejércitos. Para su autor, la fuerza, la violencia, la guerra y en última instancia los ejércitos que la protagonizan, eran los motores de la historia y aún aceptando todas las calamidades que las guerras entrañaban, de Gaulle defendía que los cambios positivos, el avance de las culturas, la civilización y las libertades eran debidas igualmente a la acción de los ejércitos. Por otra parte no deja de llamar la atención que en *El filo de la Espada*, al hablar del líder militar ideal, de Gaulle trazara un retrato que resulta casi autobiográfico. En esta obra sin duda se manifiesta la frustración que le produce el no sentirse suficientemente reconocido por sus colegas militares así como la gran estatura que ya anticipaba para su propia personalidad. En palabras del propio De Gaulle, “*el hombre de acción, lejos de temer las dificultades, se siente atraído por ellas, ya que se realiza precisamente en la lucha contra ellas; pero, en cuanto a si las vence o no, es algo que sólo les concierne a ellas y a él... Comoquiera que sea el resultado, sólo a él le toca la áspera alegría de la responsabilidad.*”³⁰

Más adelante De Gaulle añadiría que el líder ideal resultaba molesto para sus colegas y superiores en tiempo de paz por las características propias de su personalidad, pero, proseguía:

²⁹ Lacouture, Jean. Op. Cit. p.43.

³⁰ Banfield, Susan.Op. Cit. p.20.

“... en cuanto los acontecimientos se vuelven graves, el peligro se acerca, y la causa de la salvación general exige de pronto iniciativa, disposición para el riesgo y firmeza, inmediatamente cambia el panorama y se hace la justicia. Una especie de poderosa ola saca a la superficie al hombre de carácter. Se le pide consejo, se elogia su talento, se le reconoce todo su valor. Es a él, naturalmente, a quien le toca la tarea más difícil, el esfuerzo principal, la misión decisiva. Todo cuanto él propone se toma en consideración, todo cuanto exige, se hace. Por lo demás, desde el momento en que ha sido llamado, no abusa y se muestra como un buen príncipe. Apenas disfruta del sabor de la revancha, ya que la acción lo absorbe por completo”.³¹

Las palabras de de Gaulle sin duda adquieren renovado interés cuando se les contrasta con lo que ocurriría después, tanto durante la Segunda Guerra Mundial como cuando al final de los cincuentas, asumiría nuevamente la jefatura del Estado francés en medio de la terrible crisis de Argelia. Al respecto del libro, el reconocido historiador Alexander Werth menciona que:

"el ensayo pone de manifiesto con toda evidencia la enorme erudición de de Gaulle, su raro estilo literario clásico y su elevada inteligencia. Pero este ensayo refleja, asimismo, su firme conciencia de la propia superioridad y su inquebrantable fe en sí mismo como un hombre enviado por la providencia. Y se explica muy claramente, a todo el mundo, con ocho años de antelación, por que de Gaulle "se revelaría" en 1940. El carácter fuerte, la autoridad y la fe son, según la opinión de de Gaulle, los tres elementos fundamentales que forman al gran líder, al gran jefe militar." ³²

En el año de 1932. Charles De Gaulle sería trasladado de Beirut a París y nombrado secretario del Consejo Superior de Defensa Nacional, órgano permanente adjunto a la oficina del Primer Ministro que se ocupaba de la preparación del país para la guerra. Ocuparía ese cargo de 1932 a 1937, años en los que simultáneamente cursaría estudios de alto mando en el Centro de Investigaciones Militares Superiores, también conocida como Escuela de Mariscales. A partir de 1933, después de haber sido ascendido al grado de teniente coronel, trabajaría fuertemente en la Ley sobre la Organización del País en Tiempo de Guerra. Después de muchas correcciones, largas dilaciones y sin haber logrado incorporar sus ideas plenamente a la política militar francesa, de Gaulle vería al Parlamento francés aprobar dicha ley hasta bien entrado el año de 1938, apenas un año antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial.

El Ejército francés estaba dirigido en ese momento por los viejos generales de la Primera Guerra Mundial: Pétain, Weygand, Gamelin. Estos mariscales tenían una concepción absolutamente defensiva de la estrategia militar. Concepción que resultaba producto de la experiencia – mal asimilada a juicio de de Gaulle – de lo ocurrido en la Primera Guerra Mundial y que se traducía en centrar el esfuerzo militar francés en la construcción de fortificaciones defensivas a lo largo de la frontera franco-alemana. Estas fortificaciones que serían más tarde conocidas con el nombre de Línea Maginot,

³¹ De Gaulle, Charles. *El filo de la Espada*. citado en: Molchanov, Nicolai. *General De Gaulle*. Editorial Progreso. Moscú, 1990. p.75.

³² Werth, Alexander. *De Gaulle*. Bruguera. Barcelona. 1972. p.82.

se encontraban construidas a todo lo largo de la frontera franco-germana deteniéndose en la frontera con Bélgica ya que para los jefes militares franceses, las colinas de las Árdenas, ubicadas en la frontera franco-belga serían infranqueables para los blindados alemanes. La inexpugnabilidad de las Árdenas y la idoneidad de la estrategia se verían dramáticamente refutadas por los hechos no mucho tiempo después. Para entonces sería ya demasiado tarde.

De Gaulle, que en absoluto comulgaba con estas ideas, y que veía con desazón su imposibilidad de sensibilizar a los dirigentes militares franceses sobre la necesidad de incorporar los adelantos tecnológicos del momento al ejército francés, mecanizándolo, dotándolo de unidades blindadas y dándole mayor importancia a la aviación, decide apelar directamente a la opinión pública y publica en el año de 1934 su tercer libro bajo el título de *Vers l'armée de métier (Hacia un ejército profesional.)* En esta obra de Gaulle habla sobre la necesidad de crear un ejército de choque capaz de movilizarse rápidamente y advierte de las terribles consecuencias que resultarían de no hacerlo. Cabe añadir que en esta obra, de Gaulle va más allá de la simple estrategia militar y sin concretizar cambios específicos, sugiere que el cambio de la concepción estratégica militar francesa debía ser tan sólo el inicio de una serie de reformas que llevarían a la nación a modificarse y renovarse en todos los demás aspectos. Es pues en éste libro en donde de Gaulle plantearía por primera vez la necesidad de reformas serias de la estructura y funcionamiento del sistema político francés.

En 1936, los comunistas, los socialistas y los radicales que conformaron la coalición del Frente Popular, obtenían la mayoría absoluta de escaños en las elecciones parlamentarias. De esta manera, un gobierno del Frente Popular, encabezado por León Blum, llegaría al poder. De Gaulle, desde su trinchera, continuaba intentando convencer a los políticos de la seriedad y veracidad de su advertencia. Para ello se acercaría tanto a los de la derecha como a los de la izquierda. Sin embargo no tendría mayor éxito en su empeño. A este respecto Max Gallo, en su libro *De Gaulle, L'appel du destin* nos comparte un poco del drama que en aquellos momentos el entonces teniente coronel vivía:

“De Gaulle tenía la sensación de que en adelante, el país marcharía hacia el fracaso militar sin importar las buenas intenciones y el patriotismo de Blum ni tampoco los cuantiosos recursos que el gobierno del Frente Nacional se disponía a consagrar a la defensa nacional. ¿Cómo podría ser de otra manera? Desde que de Gaulle entró a la secretaría general de la defensa nacional vio sucederse once gobiernos en cuatro años. ¿Qué podían hacer estos dirigentes que apenas tenían tiempo de acomodarse en su oficina, que eran acosados por los teléfonos con problemas de mayorías parlamentarias y que debían, después de algunos meses tomar sus expedientes y dejar la oficina a otro?”³³

En cualquier caso, mientras hacía esto, comenzaba igualmente a delinear algunas ideas propias sobre aspectos varios de la realidad francesa e internacional. Ideas que si bien serían más fácilmente ubicables en el lado derecho del espectro político, ciertamente no concordaban plenamente con la plataforma tradicional de la derecha en ese momento y estaban, desde luego, mucho más lejos de concordar con el ideario de

³³ Gallo, Max. Op. Cit. p.312.

la izquierda. Este conjunto de ideas iría tomando un cuerpo propio e iría constituyendo paulatinamente el centro de gravedad de la corriente de pensamiento político que más tarde se conocería como Gaullismo.

Hacia un ejército profesional no generaría gran interés en los círculos militares franceses en los que la obra sería denostada y ridiculizado su autor. “*Si (de Gaulle) decía: ¡La frontera de Francia es frágil!*”, ellos le respondían *¿Y la Línea Maginot? Si hablaba de la vía abierta de invasión por Bélgica, ellos le respondían: ¡Las Árdnas son infranqueables y Bélgica es nuestra aliada! Si el introducía la idea de una profesionalización y modernización del ejército, ellos lo veían perplejos. ¿Cómo este comandante osa proponer una transformación que los políticos condenan y que los grandes jefes militares denuncian?*”.³⁴ Sin embargo, no ocurriría lo mismo en los círculos militares alemanes en donde, según se tiene noticias, la obra fue conocida por Keitel, por Heinz Guderian, general que lideraría la blitzkrieg sobre Francia en 1940 y que había postulado ideas parecidas en un libro llamado *¡Atención, tanques!*, y por el propio Adolfo Hitler.

Como ya hemos mencionado, de Gaulle y su libro serían refutados por los más altos jerarcas militares y políticos de Francia. Desde el Ministro de la Guerra Edouard Daladier, quien después sería Primer Ministro al inicio de la Segunda Guerra Mundial, hasta el propio Mariscal Pétain pasando por los generales Weygand y Gamelin, en diferentes oportunidades y con distintas intensidades, rechazarían las ideas de de Gaulle y defenderían fieramente su estrategia defensiva basada en las fortificaciones y en la casi renuncia a la mecanización. De Gaulle, no obstante, continuaría perteneciendo al alto círculo militar del país. Su aislamiento no se materializaría plenamente sino hasta 1938 cuando se negaría a incluir como coautor al Mariscal Pétain en la publicación de su cuarto libro en el cual, a diferencia de los anteriores, no hablaba de sus ideas sobre la estrategia militar idónea, sino sobre el papel que el ejército había jugado en la historia de Francia. Pétain, quien ya coqueteaba con los círculos fascistas franceses, rompería con él a partir de esta negativa. De Gaulle publicaría en todo caso su cuarto libro con el nombre de *La France et son armée. (Francia y su ejército)*.

Como consecuencia de su poco éxito en la promoción de sus ideas y de la escasa comprensión que tanto de políticos como de militares encontró para con ellas, de Gaulle experimentaba desprecio hacia instituciones de la vida política francesa tales como el Parlamento y los diputados, el gobierno y los ministros, desde luego la prensa y los periodistas. Entretanto, en el escenario Europeo, los acontecimientos comenzaban a perfilar la situación límite que derivaría irremediablemente en la guerra. En 1933 Hitler ascendería al poder en Alemania, la cual abandonaría ostentosamente la Sociedad de Naciones. En 1934 el canciller Dolfuss de Austria sería asesinado por los nazis como paso previo a la anexión, y en Marsella, serían asesinados en un atentado el Ministro de Asuntos Exteriores francés y el Rey Alejandro de Yugoslavia. Pierre Laval, sucesor en Exteriores iniciaría su abierta ayuda a los líderes fascistas alemanes e italianos. En 1935 se le entregaría a Alemania la región industrial del Sarre, la cual, de acuerdo al Tratado de Versalles debería ser administrada por Francia, y en 1935 Mussolini invadiría Etiopía. Un año más tarde, en 1936, Alemania ocuparía la zona desmilitarizada de la Renania y al otro lado de Europa, en España, iniciaría la guerra civil con la sublevación militar de Franco. El estallido de la guerra en España

³⁴ Gallo, Max. Op. Cit. p.278.

enmarcaría la traición francesa a la república española a la que le daría la espalda en los momentos más críticos. En 1938 se concretaría la anexión de Austria por Alemania y, a través de los Acuerdos de Munich, se cumpliría el capricho de Hitler de desmembrar Checoslovaquia con la anuencia, enmarcada en la llamada política de apaciguamiento, de Francia y Gran Bretaña.

En su esfuerzo por advertir a los dirigentes políticos de la enorme fragilidad que a Francia le significaba la adopción de una estrategia militar defensiva, de Gaulle se entrevistaría en 1936 con el entonces Primer Ministro izquierdista León Blum. En dicha entrevista Blum le manifestaría a de Gaulle que aún encontrando razón en sus argumentos, no estaría en condiciones de apoyar las reformas propuestas por él. En pocas palabras, Blum diplomáticamente rechazaría las advertencias de de Gaulle.

Aislado ya de las altas esferas de la dirigencia militar francesa, en 1937 de Gaulle sería nombrado jefe del 507 regimiento de tanques, un año después de lo cual recibiría finalmente su dificultoso y retardado ascenso a Coronel. Para septiembre de 1939, fecha en que con la invasión alemana de Polonia iniciaría la Segunda Guerra Mundial, de Gaulle sería destinado a la jefatura de tropas blindadas del Quinto Ejército de Alsacia, posición desde la que vería y protagonizaría el inicio de la conflagración mundial.

La conducción de la política militar y exterior francesa durante la guerra ruso-finlandesa que siguió a la invasión alemana de Polonia tendría consecuencias políticas internas de gran alcance. El Primer Ministro Edouard Daladier dirigió todos los esfuerzos del gobierno a alistar una fuerza expedicionaria francesa destinada a socorrer a los finlandeses. Para los políticos franceses de la época y especialmente para el gobierno Daladier el enemigo principal era Stalin antes que Hitler. La incapacidad, debida al rápido final de la guerra ruso-finlandesa, de llevar a cabo acción concreta alguna en apoyo de los finlandeses dejó al gobierno francés en un descrédito tal que le fue imposible evitar la caída. Se formaría entonces un nuevo gobierno encabezado por Paul Reynaud. Este nuevo gobierno, típico de la tercera república francesa entonces vigente, adolecería como muchos que lo precedieron o incluso aún más, de una enorme debilidad. Reynaud, para formar gobierno, tendría que incorporar al gabinete a miembros de todas las fuerzas políticas y representantes de todas las visiones.

Las posturas más contradictorias se encontrarían así, coexistiendo y anulándose mutuamente dentro del gabinete. Por su parte de Gaulle se sentía profundamente asqueado por el Parlamentarismo francés y por su endémica parálisis. Este sería el contexto político del país en el momento en que hacia el 10 de mayo de 1940 iniciaba la guerra relámpago que llevaría a los blindados alemanes del General Heinz Guderian a infligirle a Francia una vergonzosa y rápida derrota. El Coronel de Gaulle sería, por su parte designado comandante de la Cuarta División Blindada, al mando de la cual, pelearía valerosamente haciendo incluso retroceder a los alemanes 14 kilómetros. *"El general Guderian en sus "Memorias de un soldado" , escribió. "Nos informaron sobre la presencia de la Cuarta División blindada del coronel de Gaulle, que se hacía notar desde el 16 de mayo... De Gaulle fue fiel a la cita y, con unos cuantos tanques aislados, el 19 de mayo, se aproximó a una distancia de dos kilómetros de mi puesto de mando... Viví varias horas de inseguridad".*³⁵ Así, en los momentos más críticos de la

(1) ³⁵ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.111.

Batalla de Francia y, en parte debido a los buenos resultados demostrados en combate, de Gaulle sería ascendido a General de Brigada el 28 de mayo de 1940.

En la capital, una visión parecía extenderse, cada vez con más fuerza, en las cúpulas políticas y militares. Dicha visión prefería entregar Francia a los alemanes para que estos se encargaran del mantenimiento del orden que arriesgarse a un levantamiento popular producto del caos causado por la guerra que llevase a los comunistas al control del país. Ésta era la visión de no pocos miembros del gobierno y ostensiblemente también la de algunos prominentes militares. Entre ellos, el General Weygand, comandante en jefe de las fuerzas militares francesas. Lo secundaba el Mariscal Pétain que se había recientemente incorporado al gobierno. El Primer Ministro Reynaud parecía al menos compartir este mayor temor a los comunistas que a los alemanes que demostraban en sus actos y acciones los jefes militares de Francia.

Eran los últimos días de la campaña de Francia, los días que sucedieron a la huida de las fuerzas inglesas de Dunkerque, los días en los que habiendo huido el gobierno francés a Burdeos, París había sido declarada ciudad abierta y puesta por el gobernador militar, en manos de los alemanes para que se encargaran de imponer el orden, los días en los que de Gaulle, recién nombrado para un alto cargo del ministerio de guerra intentaba convencer a Reynaud de aprovechar el apoyo inglés para trasladar el gobierno a África del Norte y continuar la lucha desde ahí, y de destituir a los oficiales partidarios de la capitulación. No obstante sus esfuerzos, el derrotismo francés podría más que él y en cuestión de días, el Primer Ministro Reynaud dimitiría encargándole a Pétain formar gobierno. Era el 16 de junio de 1940. Desde el aeropuerto de Burdeos y temiendo ser detenido en el último momento por el recién constituido gobierno de Pétain, de Gaulle tomaría un avión y huiría a Inglaterra. El General de Brigada Charles de Gaulle estaría en ese momento a escasas horas de entrar en la historia.

CAPÍTULO IV.

LA ACCIÓN MILITAR Y POLÍTICA DE ATATURK Y SUS EFECTOS EN EL REPOSICIONAMIENTO EN LA CORRELACIÓN DE FUERZAS INTERNACIONAL Y EN EL CAMBIO POLÍTICO Y SOCIAL DE TURQUÍA.

SUBCAPÍTULO 4.1. ATATURK Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL. BASES MILITARES PARA UN LIDERAZGO POLÍTICO.

SUBCAPÍTULO 4.2. LA DERROTA MILITAR Y EL DESMEMBRAMIENTO. EL TRATADO DE SEVRES, LA REBELIÓN NACIONALISTA DE ATATURK Y EL DESCONOCIMIENTO DEL GOBIERNO.

SUBCAPÍTULO 4.3. LA GUERRA GRECO-TURCA DE 1920 – 1922.

SUBCAPÍTULO 4.4. LA CONFERENCIA DE LAUSANA Y EL REPOSICIONAMIENTO DE TURQUÍA EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL.

SUBCAPÍTULO 4.5. LA REFORMA POLÍTICA Y LA REFORMA SOCIAL. INSTAURACIÓN DE LA REPÚBLICA, “CREACIÓN” DE UNA NACIÓN Y “OCCIDENTALIZACIÓN” DE TURQUÍA.

La acción militar y política de Atatürk y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político y social de Turquía.

Subcapítulo 4.1. Atatürk y la Primera Guerra Mundial. Bases militares para un liderazgo político.

El inicio de la Primera Guerra Mundial, podría haber sacado a Kemal de la oscuridad política en la que se encontraba. La conflagración parecía desde luego una estupenda oportunidad para demostrar su valor y lanzarse a los primeros planos de la política turca. Sin embargo, un obstáculo se interponía entre él y la historia: el celoso autócrata Enver Pasha.

“A medida que la guerra proseguía, aumentaba la impaciencia de Kemal. Ahora era teniente – coronel y tenía, por lo tanto, el rango suficiente para mandar una división. Escribió a Enver en demanda de un destino de acuerdo con su grado. La respuesta de aquel fue: “Habrá siempre un puesto para usted en el ejército, pero como su estancia en Sofía, como agregado militar, parece especialmente indicada, le mantendremos en la capital búlgara”. A esto replicó Kemal que un deber más sagrado le llamaba al frente, y añadió: “Si usted considera que no soy un buen oficial, le ruego que me lo diga francamente”. Enver no contestó”.¹

Como ya lo hemos mencionado en subcapítulos anteriores, Enver deseaba neutralizar a Atatürk a quien entonces ya veía como un rival fuerte y un militar capaz. Al inicio de la guerra y como nos lo ha ilustrado Lord Kinross, Enver ordenaría a Kemal permanecer en su puesto en la embajada turca en Bulgaria. Atatürk no le obedecería y se trasladaría a la primera línea del frente.

Enver, tomaría directamente bajo su control a las tropas que luchaban contra los rusos en el Cáucaso. En ese momento era en ésta zona donde se concentraba toda la atención del país y donde, parecía, se decidirían muchas cosas. Mientras tanto en la capital, el general responsable era Hakid Pasha "el cojo". Pronto conocería a Kemal y éste le despertaría simpatía, lo que provocaría que Hakid Pasha recomendase al joven oficial al entonces comandante en jefe de las tropas turcas en la zona, el general alemán Liman Von Sanders.

De esta manera, gracias a la intervención del general Sanders, quien por lo demás parecía ser el poder tras el trono en Turquía, Atatürk recibiría un puesto de mando en Rodosto sobre el Mar de Mármara, en una zona estratégica para el control de los estrechos. Así, a pesar de no haber sido destinado al Cáucaso donde en ese momento parecía estar la acción, Kemal no protestaría y se instalaría conforme en su nuevo puesto. Probablemente intuía que tarde o temprano el centro de gravedad del conflicto tendría que trasladarse hacia la zona de los estrechos.

En febrero de 1915 Rusia e Inglaterra intentarían romper el bloqueo de los estrechos que separaban a sus respectivas fuerzas. Las cinco divisiones de Sir Ian Hamilton, compuestas de franceses, ingleses, australianos y neozelandeses se

¹ Kinross, Lord. *Atatürk*. Grijalbo. México – Barcelona. 1974. p.58.

enfrentarían a las seis divisiones que peleaban bajo el mando alemán del general Liman Von Sanders. Atatürk tenía reservado un lugar destacado en esta operación defensiva. Incluso, Sanders deseaba que Kemal ocupase el puesto de segundo al mando y si finalmente, no podría llegar a dicha posición, ello se debería a la negativa de Enver Pasha a aceptar un tal nombramiento. Los celos y el temor del autócrata turco serían lo suficientemente fuertes como para ordenarle a Sanders, deshacerse de Atatürk relegándolo a una posición menor. Kemal, como ya lo hemos dicho, recibiría entonces el encargo de liderar la débil décimo novena división que se componía apenas de un buen regimiento turco y de dos pobres regimientos árabes.

En la madrugada del 25 de abril, cuando las exiguas tropas de Atatürk realizaban maniobras de práctica en las montañas de Conuk Bayr, un destacamento turco que escalaba el escarpado relieve con inusual rapidez les avisó que los aliados habían desembarcado en la Península de Gallípoli, a unos veinte kilómetros del cabo. Los aliados aparentemente tenían la intención de imposibilitar las operaciones turcas junto al cabo, apoderarse de las colinas que se alzaban frente a los Dardanelos, caer por sorpresa sobre las tropas turcas y, una vez aniquiladas éstas, marchar tranquilamente hasta la capital, Estambul. Respecto a este episodio de lo que más tarde conocería la historia bajo el nombre de Batalla de los Dardanelos, el historiador Emil Lengyel observa que: *“efectivamente (los aliados) cayeron de improviso sobre los turcos (de Kemal) los cuales no tenían la menor idea de que los aliados intentasen abordar por ahí. En realidad, los aliados se habían propuesto un desembarco en otro sitio y fue por equivocación que cayeron ahí. Les hubiera podido resultar un error feliz puesto que los turcos no estaban preparados para recibirlos. Kemal hallábase pues, sin saberlo, en el punto crucial de la batalla”*.²

Atatürk, como hemos visto, se encontraría pues en el ojo del huracán. Evitar la toma de Estambul por los ingleses y la consecuente avalancha rusa que dicha conquista generaría dependería en ese momento enteramente de él. Si bien Atatürk era consciente de la enorme debilidad de sus tropas, esto no le impediría lanzarlas enérgicamente al ataque, incluso cuando la imposibilidad de obtener información respecto de la magnitud y fuerza de los efectivos atacantes, le habría impedido hacer un pronóstico mínimamente exacto de cuál podría ser el resultado final de la batalla.

Resulta innegable que en aquella ocasión Kemal actuaría con gran temeridad y osadía. Tomaría decisiones muy arriesgadas en situaciones extremas. Al inicio del ataque no sabría si las tropas aliadas contra las que se enfrentaba eran el grueso de las fuerzas o sólo una avanzada. En caso de que hubiesen resultado sólo una pequeña parte, la decisión de Atatürk de atacar con todo lo que tenía hubiese tenido consecuencias catastróficas. Por el contrario, como ocurriría finalmente, si fuesen el grueso de las fuerzas atacantes, lanzarse contra ellas con todo el poder disponible sería desde luego la mejor opción. *“La decisión de Kemal fue muy audaz. Dispuso de buena parte de las fuerzas de reserva de Von Sanders para repeler un ataque que él creía crucial. Si se hubiese equivocado, si el enemigo hubiese planeado otro desembarco importante en cualquier otro lugar, los turcos habrían dispuesto de un solo regimiento para resistirlo. Pero, por suerte suya y de Turquía, no se equivocó.”*³ En esos minutos, Kemal tomaría

² Lengyel, Emil. *Turquía y su pueblo*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1947. pp.112.

³ Kinross, Lord. Op. Cit. p.63.

las que tal vez serían las más importantes decisiones de su vida militar. Decisiones que demostrarían ser afortunadas y sobre cuyos resultados Atatürk construiría la legitimidad militar que sustentaría su futuro liderazgo político.

Los soldados de Kemal se enfrentarían pues, valerosamente a las fuerzas francesas y británicas desembarcadas en Gallípoli.

“La situación es más que crítica en el sector que él comanda a causa del número muy reducido de combatientes de que dispone. Kemal los exhorta a oponerse con todas sus fuerzas al avance del enemigo: “¡No les ordeno atacar. Les ordeno morir. Si peleamos hasta morir, los refuerzos comandados por otros oficiales podrán llegar hasta aquí y mantener nuestras posiciones”. Efectivamente, todos sus soldados, un regimiento entero son abatidos por los invasores. Mustafá Kemal que se bate a su lado escapa casi milagrosamente a la muerte. ¡No será la última vez!”⁴

Lo accidentado del terreno jugaría en favor de las fuerzas defensivas que estaban acostumbradas a vivir en ese tipo de escenarios. Después de algunos días de encarnizada lucha, se establecería una tregua que ambos bandos aprovecharían para enterrar a sus muertos. Atatürk no dudaría en participar directamente en este tipo de actividades. Trabajaría como sargento en uno de los grupos de enterradores y aprovecharía esta anónima ocupación para evaluar la posición y fuerza de los contingentes enemigos. Una vez reanudadas las acciones, la presencia de Kemal en la primera línea del frente le ocasionaría ser alcanzado por una bala de los fusiles ingleses. Sufriría una peligrosa herida en el pecho, de la cual sobreviviría gracias a que el impacto de la bala sería amortiguado por el reloj metálico que portaba en la bolsa izquierda de la camisa. “*Los refuerzos terminarían por llegar justo a tiempo para tomar el relevo. El enemigo termina por retroceder.*”⁵ Las fuerzas aliadas atacantes se verían forzadas a evacuar la península y a retirarse derrotadas.

Los Dardanelos continuarían en poder de Turquía y Rusia seguiría aislada de sus aliados. La noticia de la victoria de las tropas de Atatürk pronto se extendería y el prestigio militar de Kemal aumentaría vertiginosamente. Sin embargo, este hecho no entusiasmaría mayormente al ya para entonces conocido como el "salvador de Estambul". Kemal tenía su propia opinión sobre la situación reinante y ella no le auguraba nada promisorio a Turquía en la guerra. De hecho, por esos días Atatürk declararía que “*Turquía estaba segura de perder aunque Alemania perdiese o ganase. Si ganaba, los turcos serían sus esclavos.*”⁶ Tenía la firme convicción de que era imperativo deshacerse de los alemanes, que para entonces ejercían gran influencia en el ejército y la administración turcas, y desde luego también de su títere, el autócrata turco, Enver Pasha. “*Seguro de sí mismo hasta el borde de la imprudencia, estaba persuadido de que solamente existía un hombre capaz de salvar a Turquía, y de que ese hombre era Kemal Pasha.*”⁷

⁴ Daniel, Georges, *Atatürk, un certaine idée de la Turquie*. L'Harmattan. París. 2000.p.59.

⁵ Daniel, Georges, Op. Cit. p.59.

⁶ Lengyel, Emil. Op Cit. p.112.

⁷ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.113.

En este marco, tendrían lugar en Turquía varios atentados destinados a eliminar a Enver. Algunos conspiradores serían apresados y las sospechas de no pocos apuntarían hacia Kemal. Sin embargo no le sería posible al régimen encontrar pruebas que vincularan a Atatürk con los atentados y además, la popularidad que había alcanzado para ese momento hacían difícil, si no imposible, apresarle. En este sentido, Georges Daniel en su obra *Atatürk, una cierta idea de Turquía*, nos plantea con bastante elocuencia, la opinión que en aquellos días Enver Pashá tenía del futuro fundador de la República Turca y la forma con la que respecto a él, solía actuar:

“Enver no negaba que la derrota (de los aliados en el Estrecho Dardanelos) se explicaba por la presencia sobre el terreno de Mustafá Kemal quien pudo dar ahí la fulgurante prueba de sus excepcionales cualidades de estrategia y de comandante. Este éxito militar lo dejó satisfecho, desde luego, pero la inmensa popularidad, finalmente adquirida por este hombre al que siempre se esforzó por dejar en la sombra, lo enojaba. Enver no dudó en prohibir la publicación en la prensa de las entrevistas que Mustafá Kemal le dio a los periodistas interesados en recoger su testimonio de los combates que ya habían entrado gloriosamente a las páginas de la historia. Y no fue por distracción que retardó su promoción justificada dados sus logros en el campo de batalla”.⁸

No obstante los esfuerzos de Enver por opacar la luz propia que Kemal comenzaba a generar producto de sus éxitos militares, su fama se iría extendiendo por todo el territorio turco aun cuando la prensa estaba impedida por el propio Enver para hablar sobre el brillante militar en que se había convertido Atatürk. Lord Kinross nos plantea con gran elocuencia la importancia que el pueblo turco le dio a la victoria en la Península de Gallípoli y la estatura que Kemal estaba alcanzando como figura pública entre las masas de Anatolia: “*La derrota británica en Los Dardanelos, dio una inyección de moral al pueblo turco. Por vez primera en los tiempos modernos, habían logrado una victoria sobre una potencia europea. Quizás eran pocos los que creían que aquello significaría la resurrección del Imperio, pero, por lo menos, la luz de la esperanza volvía a iluminar el oscuro horizonte. Los turcos necesitaban tener siempre un héroe. En esta ocasión era Kemal. Sus hazañas, a pesar de no haber tenido mucho eco en la prensa, eran conocidas por todos*”.⁹

La fama pública de Kemal impediría pues a Enver actuar en su contra acusándolo de participar en conspiraciones contra su régimen. Sin embargo, había otros mecanismos para intentar deshacerse de él. Enver le nombraría comandante en jefe de las tropas que combatían a los rusos en el Cáucaso. El autócrata turco esperaba que algo le ocurriera a Kemal en el trayecto que debía tomar para llegar hasta su puesto. Podía por ejemplo ser asaltado por bandoleros, ser atacado por una avanzada rusa, o podría contraer una de las muchas enfermedades que estaban extendiéndose por la zona a causa de la escasez de alimentos. En el caso de que nada de esto ocurriera y Mustafá llegara sano y salvo a asumir el mando, quedaba la seguridad de que su gran prestigio iría disminuyendo a medida que se enfrentase contra las tropas rusas puesto que éstas, habían demostrado enorme ferocidad y eficacia en las operaciones en el Cáucaso. Enver lo había podido comprobar por su propia experiencia. Sería pues por ello que le

⁸ Daniel, Georges, Op. Cit. p.64.

⁹ Kinross, Lord. *Ataturk*. Grijalbo. México – Barcelona. 1974. p.76.

ordenaría a Kemal asumir el tan importante, pero al mismo tiempo tan potencialmente ingrato cargo. Quería que un fracaso militar frente a las fuerzas del Zar sepultase su para ese momento tan prominente nombre.

Tan pronto como Ataturk llegara al lugar donde se encontraban las tropas cuyo liderazgo debía asumir, empezaría a reorganizarlas. En esta ocasión Kemal estaría acompañado de dos brillantes oficiales: el coronel Ismet, quien más tarde sería recordado por la historia bajo el nombre de Ismet Inonu por su brillante victoria frente a los griegos en la población de Inonu durante la guerra greco-turca de 1920-1922, y por haberse convertido, después de la muerte de Ataturk en el segundo presidente de la República Turca; y Yassin Karabekir Pasha destacado oficial con quien Kemal había tenido una relación cercana durante bastante tiempo. Con la ayuda de ambos, Ataturk se dedicaría a restaurar la disciplina entre sus tropas y a asegurar las líneas de abastecimiento. A pesar de que las medidas llevadas a cabo darían buenos resultados en el mejor funcionamiento de sus fuerzas, en lo concerniente a la posición de éstas en el campo de batalla, Kemal, Ismet y Karabekir no podían hacer gran cosa sin la ayuda de Enver Pasha. Ataturk enviaría varias comunicaciones urgentes a quien, durante la guerra, se habría convertido en dictador en Estambul. No obtendría respuesta. Los apoyos necesarios para fortalecer la situación otomana en la zona no llegarían. Enver quería salvar a Turquía sólo si su salvación pudiese ser atribuida a él mismo.

Estando así las cosas, la suerte volvería a favorecer a Kemal. Es difícil pensar que, de haberse desatado una ofensiva rusa, los turcos hubieran podido repelerla con éxito. Sin embargo, ello no ocurriría. En San Petesburgo, una revolución derrocaría al gobierno del Zar Nicolás II provocándose con ello, la salida de Rusia de la guerra. Tiempo después, en octubre de 1917 cuando los bolcheviques de Lenin ascenderían a la cabeza del Estado, Rusia saldría de la guerra firmando con su enemiga Alemania los célebres Tratados de Brest-Litovsk. Consecuentemente el prestigio de Kemal se mantendría incólume y la ira se manifestaría en el alma de Enver Pasha.

Ataturk y sus colaboradores, serían entonces enviados al frente meridional donde la situación se tornaba cada vez más difícil para la “Sublime Puerta”. Como consecuencia de la rebelión árabe de Lawrence y del avance de los efectivos británicos, el control otomano sobre la región ubicada al sur de Antioquía estaba seriamente comprometido y la seguridad de la Península de Anatolia, núcleo del Imperio y columna vertebral de la futura Turquía moderna, estaba fuertemente amenazada. Había que hacer algo y Kemal lo haría. Para ello, tendría que superar no pocos obstáculos. Uno de ellos, sería la difícil relación que tendría con el general alemán Von Falkenhayn con quien le resultaría casi imposible contemporizar. Ataturk reforzaría entonces su convicción de que la presencia prusiana en Turquía era más un problema que una solución y reiteraría sus exhortos al gobierno de Estambul para que se deshiciese de ellos.

Estambul no solo respondería negativamente a estas sugerencias, sino que lo retiraría temporalmente de la zona de operaciones asignándole una misión absurda, dadas las circunstancias reinantes en el frente de batalla. Kemal debería acompañar al príncipe heredero otomano Vahideddin Efendi, a una visita que haría a la Alemania del Kaiser Guillermo II. *“Mustafá Kemal, el republicano, el rebelde, había despreciado siempre el palacio y todo lo que representaba. Sin embargo, estaba decidido a utilizarlo para sus fines. El contacto que iba a tener con el futuro sultán le sería muy provechoso.*

Enver evidentemente, no lo creía así.”¹⁰ Ataturk conocería a Vahideddin en Estambul y lo encontraría ensimismado y melancólico.

Una vez que la comitiva real hubo atravesado la frontera del Imperio, el príncipe mostraría una faceta totalmente distinta de su personalidad demostrando en su comportamiento una notoria inteligencia y vivacidad. Este cambio se explicaba por el hecho de que en Turquía, la mejor estrategia que un príncipe heredero podía adoptar era la de asumir un bajo perfil que no hiciese sentirse amenazado al sultán en turno. Esta ocasión no sería la excepción. Vahideddin respetaría la tradición y escondería sus verdaderas capacidades. En la entrevista que el Kaiser sostendría con el príncipe heredero otomano, hablaría de una victoria inminente e inevitable. El Mariscal Hindenburg y el General Ludendorff secundarían estas optimistas predicciones. Hindenburg informaría al príncipe que la situación en el frente meridional turco estaba absolutamente controlada y que la conclusión de las acciones en esa zona no podía ser otra que la victoria. Kemal, quien tenía desde luego algo que decir al respecto, le manifestaría al mariscal que, en su opinión, las cosas iban empeorando rápida y peligrosamente en la zona en cuestión. El altivo mariscal, ante este señalamiento se limitaría a dirigirle una mirada desdeñosa al atrevido general turco.

Al regreso a Turquía, Ataturk enfermaría y se vería obligado a guardar cama durante un mes. Cuando por fin se reincorporó, sería informado apenas llegando a Estambul de que el sultán Reshad había muerto y que el príncipe heredero Vahideddin había asumido el trono adoptando el nombre de Mohamed VI. Kemal sentiría entonces que había por fin llegado su momento. El sultán lo llamaría a su palacio y en la entrevista que sostendría con el vigoroso general, le encendería cortésmente el cigarro como señal de respeto. Ataturk insistiría al sultán que debía deshacerse de Enver Pasha y de la colaboración alemana. Al escuchar la negativa del soberano, Kemal se daría cuenta de que Mohamed VI, al igual que su antecesor Reshad, no era sino un títere en manos del dictador Enver. Kemal sería entonces nombrado comandante del séptimo cuerpo de ejército cuyas operaciones se ubicaban en el frente sur. En esa zona, las tropas británicas, apoyadas por los rebeldes árabes de Lawrence, avanzaban firmemente por los territorios otomanos de Levante, penetraban en Palestina y abrumaban a las fuerzas de defensa turcas de las que muchos desertaban. La zona estaba sumida en la anarquía. No había líneas de frente claramente definidas.

En medio del caos era difícil determinar qué zonas controlaba qué bando. Ataturk decidiría entonces adoptar una acción drástica y abandonaría cientos de kilómetros dejándolos a merced del enemigo siguiendo una estrategia defensiva que se basaba en establecer una línea de defensa, fuertemente sostenible, a los pies de las montañas de Anatolia, la entrada de la antigua Asia Menor. Lengyel observa refiriéndose a esta decisión militar que: *“Al sur de él extendíase el país de los árabes. Al norte estaba la tierra de los turcos. Futuro profeta del nacionalismo turco, había tomado la gran decisión: Turquía había de ser o turca o nada.”*¹¹ El final de la guerra encontraría a Ataturk ubicado en esta posición. Lo que vendría después terminaría de construir su leyenda.

¹⁰ Ibidem. p.85.

¹¹ Lengyel, Emil. Op.Cit. p.115.

Sobre la participación de Kemal en la conflagración y la forma en la que esta participación constituiría la base de prestigio sobre la cual apoyaría las acciones futuras que a favor de su país Atatürk emprendería, el historiador René Giraud comenta: *“El heroísmo que mostró Mustafá Kemal en Canakale y los grandes servicios que dio al país fueron conocidos en poco tiempo no solamente al interior del ejército sino en cada rincón del país y su renombre alcanzó un punto digno de dejar celosos incluso a los más grandes. Es esta reputación y esta confianza que iría expandiéndose detrás de él por todo el país hasta su muerte. Este prestigio sería la base de la guerra de Independencia y los periodos siguientes”*.¹²

Capítulo IV.

La acción militar y política de Atatürk y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político y social de Turquía.

¹² Giraud, René. *Atatürk*. Comisión Nacional Turca para la UNESCO. Ankara.1963. p.27.

Subcapítulo: 4.2. La derrota militar y el desmembramiento. El Tratado de Sevres. La rebelión nacionalista de Ataturk y el desconocimiento del gobierno.

Al concluir la guerra con la derrota de Alemania, Austria-Hungría y el Imperio Otomano, las potencias aliadas triunfantes ocuparían Estambul y buena parte de la península de Anatolia. Para tener un más fácil control sobre el territorio, británicos, franceses y norteamericanos - especialmente los primeros - decidirían respetar al gobierno constituido del sultán. Evidentemente desde la finalización de las hostilidades Mohamed VI sería un Sultán de pacotilla, una marioneta de los nuevos amos de la situación. Los planes que las potencias triunfantes tenían para la derrotada "Sublime Puerta" augurarían una situación catastrófica para la nación turca. *"Turquía fue vencida, y los victoriosos aliados estaban dispuestos a convertir al "hombre enfermo" en el "hombre muerto". El Imperio Otomano iba a ser desmembrado"*.¹³

En esos difíciles momentos para Turquía, Kemal corroboraría una vez más la sospecha de que el patriotismo de Enver no era sino una charlatanería temporal y oportunista. Su dictadura de facto habría llegado a su fin con la derrota. Los aliados necesitaban sólo al sultán para servirles de intermediario entre su dominación militar y las masas turcas. A pesar de que tanto el sultán Mohamed VI como el Gran Visir Daman Feriz, estimaban a Kemal, no podrían resistirse mucho tiempo a las presiones que los ingleses les hacían en el sentido de dejarlo al margen. Llegaron a solicitar incluso que fuese deportado a Malta. El gobierno, temeroso de que una acción así pudiese originar una reacción popular de rechazo, preferiría finalmente asignarle una misión lejos de la capital, a cualquier punto del interior donde no pudiese causar daño. Ataturk, sería entonces enviado al Este con el ostentoso título de Inspector General del sector norte y gobernador general de las provincias del este. Considerando que las fuerzas militares del norte se encontraban en medio de una casi absoluta anarquía y que las provincias orientales tarde o temprano caerían en manos de los líderes armenios y kurdos, el tan rimbombante cargo carecía absolutamente de toda sustancia. En cualquier caso, Mustafa Kemal se embarcaría en Estambul y navegaría con dirección este, cruzando las aguas del Mar Negro. Lo rápido y secreto de la partida de Kemal despertaría sospechas entre la población. Ciertamente, los ingleses enviarían un buque con la misión de torpedear y hundir el barco de Ataturk. Sin embargo, el futuro padre de la Turquía moderna, lograría llegar al puerto de Samsun bastante antes que sus perseguidores.

En relación a las circunstancias y motivos tanto personales de Kemal como del gobierno del sultán para que se diera la condición de su traslado al interior del país, el propio Ataturk en una visión retrospectiva contenida en la obra *Atatürk* de René Giraud manifestó:

“El pueblo patriota de Estambul buscaba los medios para procurar su liberación elaborando programas y creando partidos bajo diversos nombres. Yo los examiné uno por uno. Ninguno se apoyaba en una fuerza real. Por lo tanto no podía esperar ningún resultado de la colaboración con cualquier de ellos. Yo tenía la convicción muy firme de que la fuerza en la que debíamos apoyarnos era directamente en la nación toda. Gran parte de ella, la que vivía en el este del país, no tenía ninguna noticia de los asuntos que se desarrollaban en Estambul,

¹³ Lengyel, Emil. *Turquía y su pueblo*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1947. p.115

de las tentativas hechas y sobre todo de la trágica gravedad de la situación. No era posible informar al pueblo permaneciendo en Estambul. Por lo tanto decidí que lo único que debía hacer era dejar la ciudad e ir al seno del pueblo y ahí, trabajar. Fue el momento en el que comencé a pensar en los medios de ejecución y a consultar con algunos camaradas la proposición que me hizo el gobierno de enviarme a Anatolia como inspector. Finalmente considerando todo lo anterior, acepté con alegría”.¹⁴

Por otro lado Georges Daniel nos comparte en su libro, *Atatürk, una cierta idea de Turquía*, un reflexión en la que deja ver tanto la simpatía que siempre había despertado Kemal entre muchos altos dirigentes de la política turca incluido el propio sultán y el rumbo que los acontecimientos, siguiendo la inercia que empujaba a cada actor a pugnar por su interés, terminarían tomando.

“El 16 de mayo (Kemal) se encuentra por última vez con el sultán quien le dice: “¡Mi general, usted hasta el día de hoy ha hecho inestimables servicios al Estado. Eso incuestionablemente es ya parte de la historia. Lo que hará en adelante será más importante que todo el resto. Usted puede si lo desea, salvar al país mi general!”. Después le estrechó la mano largamente antes de ofrecerle como recuerdo un reloj de oro en el que estaban grabadas sus iniciales. ¿Qué esperaba exactamente el sultán de Mustafá Kemal? Ciertamente no que organizara en Anatolia una resistencia nacional contra los invasores extranjeros. Eso lo probaría excluyéndolo del ejército dos meses más tarde y aprobando su condena a muerte el año siguiente así como enviando fuerzas al este para aplastar al movimiento nacionalista”.¹⁵

Una vez desembarcado, Kemal pashá se refugiaría tierra adentro hasta llegar al pueblo de Amasiya, a orillas del río Yesi Irmak, que se ubicaba cerca del estratégico camino que unía a Samsun con Sivas. En dicha población, Atatürk se instalaría en un antiguo castillo de roca que había, hacia mucho tiempo, resistido los embates de las incontenibles hordas de Tamerlán. Sería en este pequeño pueblo en donde iniciaría propiamente el vertiginoso ascenso de quien sería recordado por la historia como Atatürk, el padre de la Turquía moderna. Sería pues en este pueblo en donde iniciaría la larga trayectoria que lo llevaría a lograr reposicionar a su país en el escenario internacional y reformarlo políticamente desde sus cimientos, puntos centrales de esta investigación. A partir de este momento, la historia personal de Kemal Pasha y la historia de Turquía se identificarían hasta fundirse en una sola.

"Kemal recibió la orden de volver al Palacio del sultán. Arguía con el gobernante para que se colocase a la cabeza de las fuerzas liberadoras de Turquía, pero el sultán no tenía ni la fuerza física ni la resistencia moral para dirigir a su pueblo en la lucha por la independencia. Había sido un muñeco demasiado tiempo y ahora el muy supino acababa de aceptar como maestros a los ingleses. Kemal volvió a recibir la orden de retornar pero él contestó con

¹⁴ Giraud, René. *Atatürk*. Comisión Nacional Turca para la UNESCO. Ankara. 1963. p.47.

¹⁵ Daniel, Georges, *Atatürk, un certaine idée de la Turquie*. L'Harmattan. París. 2000.p.92.

altanero desafío "me quedaré en Anatolia hasta que la nación gane su independencia". El sultán destituyó a Kemal de sus atribuciones".¹⁶

Ataturk celebraría entonces la pérdida de su puesto pues ella le colocaba en la situación de obrar libremente. El hecho de que el sultán le hubiese en un principio nombrado, le había asegurado la solidez de su posición. La revocación del nombramiento significaba para Kemal la pérdida - al menos oficial - del mando de su ejército, pero al mismo tiempo, la adquisición de una fama y una legitimidad moral de dimensiones inconmensurables. En aquellos días Kemal se expresaría de la siguiente manera respecto del gobierno de Estambul y de la situación:

“El bando del que formaba parte el Imperio Otomano ha sido vencido. El ejército otomano ha sido barrido por todas partes. Un oneroso armisticio ha sido firmado. Mientras que la nación está fatigada y empobrecida por largos años de lucha, aquellos que la llevaron a la guerra mundial, sin pensar más que en su propio beneficio han huido del país. Vahdedin, que concentra las funciones de sultán y de califa, busca nuevas medidas para poder consolidar su personalidad degenerada y su trono”¹⁷

Los aliados mientras tanto ya tenían preparada la repartición de los despojos del imperio. Una parte sería conservada directamente por ellos, otra sería otorgada a las pequeñas naciones que habían peleado en su bando en la guerra, una tercera sería destinada a constituir nuevos Estados para las naciones minoritarias que habían sido súbditas de la "Sublime Puerta" y una cuarta, sin duda la más pequeña y pobre, sería destinada a albergar al nuevo Estado turco. *“Las tropas de los ejércitos aliados ocupaban Estambul, los franceses controlaban la provincia de Adana, los ingleses las de Urfa, de Maras y de Ayintap, las fuerzas armadas italianas se encontraban en Antalya y en Konya, unidades inglesas ocupaban también Merzifon y Samsun. Por todas partes, oficiales y funcionarios extranjeros así como sus simpatizantes hacían su voluntad”*.¹⁸ En realidad, en esos momentos, a los triunfadores de la guerra, poco o nada les inquietaba la posibilidad de que la nación turca se quedase sin Estado. Todas estas determinaciones habrían quedado asentadas en uno más de los tratados firmados en París y a los que se les había dado nombres de suburbios de la capital francesa. En este caso se trataría del Tratado de Sevres, el cual haría parecer benévolo al mucho más famoso Tratado de Versalles que selló la suerte de la Alemania del período de entre guerras.

Para enfrentarse a esto, Kemal utilizaría la enorme influencia de otro muy importante profeta en la historia de la nación turca y de muchas otras naciones: Mahoma. Sin revelar que más tarde se volvería contra la herencia del padre del Islam, en ese momento, Ataturk capitalizaría la fe musulmana en favor de su causa.

En el mes de septiembre del año de 1919, Mustafá Kemal convocaría en el pueblo de Sivas a un Congreso de patriotas. En él Kemal se vería enfrentado al caos y al fanatismo. Tendría pues que tantear el terreno antes de iniciar cualquier acción

¹⁶ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.116.

¹⁷ Giraud, René. Op.Cit. p.50.

¹⁸ Ibidem. p.51.

importante. Entre los asistentes al congreso se encontraban muchos para quienes el sultán de Turquía era la autoridad suprema del Islam, independientemente de si actuase o no con apego a los intereses de sus súbditos. Muchos otros pensaban en una Turquía que englobase a todos los países de fe islámica desde la península de los Balcanes hasta Irán. Algunos otros tenían por objetivo la reconstrucción del otrora glorioso Imperio Otomano, y otros más pugnaban por una fusión con la nación árabe. En cualquier caso, Kemal buscaría darle al Congreso y a sus resoluciones el sentido que el deseaba: un sentido de reivindicación nacionalista, un sentido incluso épico, heroico de salvación de la patria vencida. Por aquellos días Kemal declararía ante los asistentes al Congreso: *“Es posible que nos falten cañones y fusiles. No importa. Nos batiremos con picos y uñas”*.¹⁹

Mientras tanto en Estambul, Mohamed VI emitiría una disposición a través de la cual todos los participantes del Congreso caían en anatema e incurrían en insubordinación. Esto desde luego haría a muchos asistentes vacilar en su decisión. De hecho los resultados del congreso al menos en un principio estarían lejos de ser los ideales para Kemal. *“De los doscientos delegados convocados, acudieron sólo treinta y nueve. Algunas provincias como Tracia, no tuvieron representante alguno. De la costa del Mar Negro y zonas montañosas cercanas no llegaron tampoco delegados. Constantinopla, plaza fuerte de la reacción y ciudadela de los aliados, tuvo un solo representante”*.²⁰ En el momento de mayor tensión, Atatürk mostraría a la Asamblea una supuesta orden del gobierno de Constantinopla mediante la cual se instruía a los líderes de las tribus kurdas que detuvieran a los miembros del Congreso. Esto devolvería el vigor a quienes habían dudado. Históricamente resulta imposible determinar si el documento del que Kemal se valió era auténtico. Kinross sostiene que viéndose acorralado por los efectivos leales a Kemal, Alí Galib, el comandante que había sido encargado por el sultán para reunir a los kurdos que participarían en el ataque a los integrantes del Congreso y su detención, huyó y al hacerlo, abandonó una serie de documentos incriminatorios y una gran cantidad de dinero. Uno de los documentos era *“...un recibo firmado que decía que aquel dinero debería destinarse a la “supresión” de Mustafá Kemal y sus seguidores”*.²¹ En cualquier caso su publicación decantaría en favor de Kemal los temores de los delegados. Asumiendo que la orden era falsa, esta sería una ocasión más en la que Atatürk demostraría su carencia de escrúpulos en lo tocante a la persecución de sus objetivos.

Lo que vino después fue una serie de acontecimientos que terminarían por sellar la ruptura entre el Congreso y el gobierno de Estambul. Kemal, enfurecido ante la timorata y esquiva acción del sultán, quemó sus naves y se confrontó abiertamente con Mohamed VI y su régimen colaboracionista con las fuerzas ocupantes, el cual quedaría, producto de ello, arrinconado en un bloqueo virtual. A partir de ese momento Atatürk dispondría que ningún turco debía pagar sus impuestos a Estambul ni obedecer órdenes procedentes de la capital, organizaría un Comité Ejecutivo que hiciese las veces de gobierno provisional y se haría elegir Presidente. Después formularía un Pacto Nacional que incluiría los términos de una paz justa y aceptable con los aliados.

¹⁹ Daniel, Georges, *Atatürk, un certaine idée de la Turquie*. L'Harmattan. París. 2000.p.92.

²⁰ Kinross, Lord. *Atatürk*. Grijalbo. México – Barcelona. 1974. p.141.

²¹ Kinross, Lord. *Ibidem*. p.141.

Así, en la Turquía de fines de 1919 y principios de 1920 existirían dos gobiernos en funciones. Uno, encabezado por el sultán Mohamed VI en Estambul y el otro, encabezado por Mustafa Kemal en Sivas. Sobre desde luego aclarar que las potencias extranjeras reconocían al primero, ante el cual tenían destacados a sus embajadores y desconocían al segundo, que para entonces no contaba con el apoyo de un solo país de importancia. Sin embargo, en los hechos, el gobierno del sultán era poco más que una simple autoridad municipal ya que no podía ejercer su poder más allá de algunos cientos de metros de los límites de la antigua Constantinopla. En lo tocante a la opinión de la población turca, ésta parecía preferir el gobierno de personajes que habían sobradamente demostrado su ineptitud y deshonestidad. No había pues, en los primeros momentos, un abrumador apoyo a la opción kemalista. Este se iría generando paulatina e inevitablemente con el tiempo. En esos momentos, en palabras de Emil Lengyel *"la contienda estaba entre la fuerza amontonada del pasado y el poder hipnótico de un hombre"*.²²

Ataturk se lanzó finalmente a la aventura en el momento en el que estuvo seguro de que el gobierno de Constantinopla había perdido totalmente su capacidad de iniciativa. Estando Estambul en manos del ocupante extranjero, Ataturk erigiría la nueva Turquía estableciendo su capital en Ankara. Corría entonces el mes de abril de 1920. Ahora Turquía tenía dos gobiernos y dos capitales. Varias fueron las razones que tuvo Kemal para establecer la capitalidad de su incipiente Estado en Ankara. La primera de ellas era que ésta pequeña ciudad era típicamente turca, tanto desde el punto de vista étnico como lingüístico. La segunda razón es que su ubicación cerca del centro de la península de Anatolia, rodeada de montañas, la hacía fácilmente defendible en el plano militar e invulnerable a la influencia extranjera en el plano cultural además de que, a pesar de todo lo anterior, estaba bien comunicada. Georges Daniel nos comparte un relato en el que podemos encontrar entre líneas algunas otras razones que Kemal tuvo para elegir esta localidad para establecer en ella la capitalidad del nuevo orden político turco que pretendía instaurar:

“Mustafá Kemal no podrá olvidar jamás la calurosa acogida que le reservaron los ankarianos en sus ciudad en la que nunca había puesto los pies. Se dejaron venir en masa hasta las calles de la localidad para aclamarlo con alegría y admiración. Se dio cuenta una vez más cuan popular era en su patria a causa de los logros militares obtenidos durante la Gran Guerra. Ankara, esta pequeña ciudad situada en pleno corazón de Anatolia, y que presentaba la ventaja de estar unida por ferrocarril tanto a Estambul como a la Anatolia occidental, se convertirá por largo tiempo en el corazón de la resistencia nacional”.²³

Estando así las cosas, Mohamed VI, afrentado, daría el siguiente paso declarando, en su calidad de autoridad suprema del Islam, una Jihad - guerra santa - en contra de los kemalistas ateos. Sin embargo, en ese momento nadie podía sospechar lo que más adelante Ataturk haría con la fe islámica en Turquía y por lo tanto, el calificativo de ateo no sería fácilmente atribuible a su movimiento entre al menos una parte importante de la población. De hecho, en esa época y como ya lo hemos mencionado, Ataturk también utilizaría la bandera verde del profeta en favor de sus

²² Lengyel, Emil. Op. Cit. p.117.

²³ Daniel, Georges, Op. Cit.p.92.

objetivos. No revelaría sino hasta mucho más tarde sus verdaderas opiniones respecto del Islam.

De esta manera se constituyeron dos bloques en conflicto. El kemalista y el del sultán. Gran cantidad de turcos se unirían al segundo para combatir al líder del primero, Atatürk, al que veían como una suerte de versión islámica del anticristo. La jihad se extendería por buena parte del territorio turco. En la ciudad de Bursa, en donde se encuentra la tumba de los dos primeros sultanes otomanos, Osmán y Orkhan importantes enfrentamientos tendrían lugar. La rebelión antikemalista, que encarnaba el más acabado ejemplo de lucha entre el pasado y el futuro, se extendería hasta la milenaria ciudad de Konya, cuna de artistas, poetas y derviches.

Durante la encarnizada lucha, Atatürk dormiría todas las noches vestido con su traje de montar para estar listo para cualquier contingencia. Si bien, contaba con el apoyo de buena parte de la población, cierto era también que para otra buena parte, el llamado a la guerra santa y la acusación de ateísmo surtiría el efecto deseado por el sultán. Los kemalistas encontrarían enemigos por todas partes. Incluso en los pueblos ubicados en las cercanías de Ankara la oposición leal al sultán sería fuerte.

Sin embargo, a pesar de los mayores recursos con los que contaban las fuerzas de Mohamed VI, los kemalistas sobrevivirían lo suficiente como para revertir en su favor el curso de los acontecimientos. El punto de inflexión de la historia de la rebelión lo marcaría la publicación de los términos del tratado de paz que las potencias triunfantes de la Primera Guerra Mundial le habían hecho firmar al sultán quien, para esos momentos, no podía ocultar más el papel de marioneta que los aliados lo habían destinado a jugar.

"El más simple de los turcos comprendió lo que aquello quería decir. Solamente el desierto rocoso de Anatolia central restaba a su país. Aquella gloriosa puerta del comercio, la hermosa Esmirna, iba a ser para los despreciables griegos. La costa entera del mar iba a ser dividida en esferas de influencia extraña. Los odiados armenios iban a tener su propio país y también los kurdos. El ejército tenía que dispersarse, y los impuestos habían de ser recaudados por los hombres del oeste. Los griegos tenían que ser los policías. Los aliados ocupaban ahora Constantinopla y un gobierno independiente era poco menos que una ficción".²⁴

Estando a mitad de la rebelión que lo oponía a las fuerzas del sultán y habiéndose enterado de las ominosas e inaceptables condiciones del tratado de paz, Atatürk proclamaría: "*Estando Estambul, el sultán y el gobierno entre las manos de enemigos, todas sus leyes pierden su valor. Los derechos de la nación han sido violados*".²⁵ Cualquier turco sabía que era precisamente a los griegos a quienes los turcos habían conquistado Constantinopla. Todo turco era sensible a la rivalidad que enfrentaba a su nación con la griega. Todo turco se sentía orgulloso de la supremacía militar sobre Grecia que inundaba las páginas de la historia de su pueblo. Además, un componente religioso vendría a reforzar esta convicción: era voluntad de Alá que el

²⁴ Lengyel, Emil. *Turquía y su pueblo*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1947. p.119.

²⁵ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.119.

turco mandase y el griego obedeciese y ahora resultaba que los griegos llegaban a apoderarse de los hasta entonces territorios turcos en plan de conquistador.

Sobre la manera en la que, durante esas críticas jornadas, Ataturk emplearía este componente religioso Lengyel observa que:

"A Kemal, Alá le importaba un bledo; lo que le interesaba era su persona y Turquía. Odiaba a Alá y lo hacía responsable de las desgracias de Turquía. Era el tiránico dominio de Alá lo que paralizaba las manos del turco. Pero sabía que Alá era la realidad para el campesino turco mientras que el nacionalismo no significaba absolutamente nada para él. Decidió, por lo tanto, arrastrar a Alá dentro de su servicio como director publico de su causa nacional. Con la ayuda de Alá, su gente tenía que dejar de ser mahometana y convertirse en turca. Luego, después de que Alá hubiese servido para los planes de Kemal, podía descartarlo".²⁶

La Gran Asamblea Nacional realizaría esos días sus sesiones en los locales de la escuela de agricultura de Ankara. Ataturk emplearía toda la fuerza hipnótica que de su personalidad emanaba para conducir a los diputados miembros de la Asamblea que se caracterizaban por su enorme indisciplina. Kemal haría las veces de maestro y los diputados de discípulos. No le resultaría fácil dirigir la situación. Para ese momento sus efectivos estaban cansados, mal equipados y hambrientos.

Mientras tanto, los planes de las potencias occidentales para la desintegración del derrotado Imperio Osmanlí y para la dominación de sus antiguos territorios continuaban su marcha. Con el tiempo, Libia terminaría siendo administrada por Inglaterra y Francia, ocupándose la primera, de las provincias mediterráneas de Tripolitania y Cirenaica y, la segunda, de El Fezzán, región de Libia meridional colindante con Tchad. En cuanto a Iraq, Arabia, Transjordania y Palestina, éstas pasarían a constituir temporalmente protectorados británicos bajo la figura jurídica del mandato, instaurada por la recién nacida Sociedad de Naciones, antes de convertirse en Estados semi independientes pertenecientes a la esfera de influencia inglesa. En lo tocante a Siria y Líbano, éstos, bajo la misma figura jurídica del mandato, se constituirían como protectorados integrados a la esfera de influencia francesa en la región.

Era la época inmediatamente posterior al fin de la Gran Guerra, la etapa en la que estos planes se iban bosquejando cada vez con más claridad. Eran pues, los días previos al verano del año de 1920, fecha en la que iniciaría la guerra greco-turca con la penetración de las fuerzas griegas en el otrora territorio otomano.

Capítulo IV.

La acción militar y política de Ataturk y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político y social de Turquía.

²⁶ Lengyel, Emil. *Op. Cit.* p.119.

Subcapítulo 4.3. La Guerra Greco-Turca de 1920-1922.

En junio de 1920 el ejército griego, impulsado por la marcada posición pro-griega del primer ministro de Gran Bretaña Lloyd George, que estaba empeñado en convertir a Grecia en la potencia regional en Asia Menor, comenzaría las operaciones destinadas a derrotar a los turcos en Anatolia y eventualmente expulsarlos de la vieja Europa. *“Lloyd George era entonces el héroe de Gran Bretaña y el héroe de la guerra; por lo tanto se le creía infalible por el momento. Estaba muy interesado en Turquía, cosa natural en un Primer Ministro de Gran Bretaña. Ninguna potencia en el mundo podía mostrarse indiferente hacia un país tan estratégicamente situado como Turquía”*.²⁷ De esta suerte, con la venia y apoyo de los británicos, partiendo de la estratégica ciudad de Esmirna, los griegos penetrarían en la Turquía asiática con dirección noreste llegando hasta el poblado de Afyonkarahisar a poco más de 220 kilómetros, en donde se ubicaba un importante cruce de vías férreas.

La bandera blanquiazul de la Hélade era empuñada firmemente por las tropas griegas quienes atacaban a las débiles y desorganizadas fuerzas turcas escenificando lo que para los primeros era una versión tardía de las antiguas cruzadas. En lo que respecta a la importancia que para los griegos tenía esta campaña y lo que significaba para ellos el control sobre la región de Esmirna, Emil Lengyel nos comparte en su obra *Turquía y su pueblo*, una elocuente reflexión:

“Los griegos también vieron afirmado altamente su mayor derecho a los despojos. Ningún otro país tenía tanto derecho sobre Turquía como los griegos. De esas mismas orillas habían salido sus antecesores en aventuras para conquistar al mundo. Ahí el Imperio Bizantino había proclamado la supremacía de Cristo sobre las religiones paganas de Oriente. Constantinopla había sido suya. Su reclamación manteníase ininterrumpida por más de un millón de griegos que habían permanecido fieles a su país, incluso durante el apogeo de la gloria turca. Esta era la ocasión para pagar amablemente las humillaciones de tantos siglos”.²⁸

Las tempranas victorias griegas darían a Lloyd George la firme confianza de que los helenos triunfarían apabulladoramente. Mientras tanto, el ejército de Atatürk, formado tanto por patriotas como por criminales oportunistas, se encontraría ante la imperiosa necesidad de reorganizarse y de buscar una alianza con los turcos islamistas leales al sultán que habían estado combatiéndolo durante la guerra civil.

En lo que al gobierno de Estambul respecta, Damad Ferid, Gran Visir del sultán Mohamed VI había estampado su firma en el Tratado de Sevres, documento que contenía los términos en los que Turquía firmaba la paz con sus victoriosos oponentes en la Primera Guerra Mundial. Dichos términos estaban lejos de ser benignos con Turquía. De hecho, el Tratado de Versalles, en el que había quedado plasmada la suerte de Alemania, palidecía al compararse con el correspondiente a la suerte de Turquía quien se veía en él, profundamente desfavorecida.

²⁷ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.298.

²⁸ Lengyel, Emil. Op.Cit.. p.298.

Las fuerzas nacionalistas se dividían principalmente en dos grupos: el ejército semi regular controlado directamente por Kemal y por su lugarteniente Ismet, y las fuerzas irregulares pertenecientes al llamado Ejército Verde, lideradas por Edjem el Circasiano. Éste, en la lucha contra las fuerzas leales al sultán, permitía a hombres cometer saqueos y abusos contra la población de los sitios a donde llegaban y se valía de los métodos más crueles y sanguinarios para deshacerse de sus enemigos. *“Sus numerosos éxitos militares fueron vivamente apreciados por el gobierno de la Asamblea Nacional Turca, pero la voluntad de Mustafa Kemal de unir a todas las fuerzas patrióticas para formar un ejército regular que fuese colocado bajo un comando único, se encontró con la oposición de Edjem con quien hasta ese momento había tenido excelentes relaciones al punto de permitirle llevar a cabo todas las iniciativas que se le ocurrían, lo que había provocado una creciente arrogancia en la actitud del Circasiano”*.²⁹ El número de seguidores de Kemal se había visto paulatinamente disminuido por el hecho de que Edjem, además de pagarles bien, permitía a sus hombres hacerse con una generosa porción del botín producto de los saqueos que en las diferentes aldeas su ejército hacía. Atatürk no estaba pues en las mejores condiciones para intentar subordinar plenamente al prominente bandido. La precaria situación en que se encontraba la nación, con los griegos avanzando en medio de una guerra civil, hacía necesario dejar los escrúpulos a un lado y llevar a cabo la lucha dejando al margen las reservas que se pudiesen tener respecto de la manera de actuar de Edjem.

Con la ayuda de su leal colaborador Ismet, Atatürk emprendería una reorganización radical de las fuerzas que controlaba directamente, buscando convertirlas en un ejército regular. Si bien éstas habían disminuido en número a causa de las ventajas que representaba pasarse al ejército de Edjem, la fuerza hipnótica de la mirada de Kemal estaba siendo suficientemente grande como para mantener a un buen número de efectivos a su lado. En este marco, Atatürk intentaría negociar con Edjem el Circasiano proponiéndole integrarlo a él y a sus fuerzas dentro de su ejército regular para así, fortalecidos, combatir más eficazmente al griego invasor y, en su caso, a los turcos leales al sultán. La respuesta de Edjem no podría haber sido más desalentadora. El bandido le contestó con un mensaje en el que le decía que podía, en el momento en el que quisiese, presentarse con sus fuerzas en Ankara y ahorcar a Kemal en la mismísima puerta de la Asamblea Nacional.

La importancia de Edjem el Circasiano no era poca y el origen de ésta se remontaba a una acción político diplomática que Atatürk había emprendido poco después del inicio del avance griego, a saber: la firma de un acuerdo entre la Turquía Nacionalista que él representaba y Rusia, la enemiga histórica de los turcos. La coyuntura determinaba que a ambas partes les resultase atractivo aproximarse una a la otra. Kemal había sido el único líder lo suficientemente audaz como para levantar una revolución contra el sistema de Versalles en los días posteriores a la finalización de la Primera Guerra Mundial. La paupérrima y cuasi medieval Turquía sería el único país derrotado que, de la mano de Atatürk, se opondría enérgicamente al nuevo régimen de París. Moscú vería pues en Turquía, una potencial mecha que hiciese estallar desde oriente, la revolución socialista que no había podido todavía surgir en el occidente

²⁹ Daniel, Georges, Op. Cit. .p.143.

Europeo. Turquía podía ser el detonador de la tan esperada gran revolución comunista. Kemal, por su parte, veía en Rusia el contrapeso que tan necesario le resultaba para aumentar su capacidad de negociación frente a sus enemigos occidentales.

El ligero viraje hacia la izquierda que el movimiento kemalista tendría al acercarse a Rusia, se traduciría en un aumento relativo de la fuerza de los elementos marxistas de su organización y de la influencia del discurso socialista entre sus seguidores. Esto, como veremos más adelante derivaría en el surgimiento del llamado Ejército Verde y el encumbramiento momentáneo de Edjem.

Por lo pronto nos concentraremos en el acuerdo con la Unión Soviética firmado por Atatürk. Esta acción había sido llevada a cabo por Kemal con la intención de emplear todas las cartas de que disponía para posicionar sólidamente a su movimiento en el tablero constituido por los distintos actores de la escena internacional. La carta soviética podía, si se le empleaba inteligentemente, darle a los kemalistas importantes dividendos no sólo políticos y diplomáticos sino también, militares. Así ocurriría. Kemal, a raíz de la publicación del Tratado de Sevres y de la consecuente invasión griega, había decidido aproximarse más a la joven Rusia bolchevique. La rebelión nacionalista de Kemal era al fin de cuentas una lucha contra el imperialismo de las metrópolis vencedoras de la Gran Guerra y esta condición, facilitaba una eventual aproximación hacia las posiciones que en materia internacional tenía el recién instaurado gobierno de los soviets. Así, Rusia y el gobierno de Atatürk firmarían un acuerdo a través del cual ambos países definirían la situación en la que quedaría la frontera oriental turca. Turquía aceptaría las pretensiones rusas sobre Azerbaiján, Georgia y parte de Armenia, a cambio de que Moscú reconociera los derechos del gobierno de Ankara sobre Armenia occidental y le otorgara a los nacionalistas turcos importantes apoyos en dinero, armas y demás pertrechos militares. De esta suerte, la Rusia soviética sería la primera potencia internacional en reconocer plenamente al gobierno de Ankara y para Kemal, esta situación serviría enormemente para contrapesar el poder de las potencias occidentales triunfantes de la Gran Guerra, a saber: Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.

Con relación al acercamiento ocurrido entre Turquía y Rusia en aquellos días y materializado en el acuerdo del que hemos hablado, el historiador británico Emil Lengyel en su obra *Turquía y su pueblo* comenta que:

“Turquía era la más débil de todas sus vecinas, tan débil que no hubiera podido resistir una invasión rusa por las montañas. Según la política del tiempo de los zares hubiera estado bien aprovechar la situación de Turquía. Pero ahora, finalmente Rusia podía, por lo menos, tratar de romper el bloque de hielo y aventurarse afuera. Lenin sorprendió al mundo no haciendo nada de aquello. Participando del principio de fraternidad de las naciones y de los derechos de los pueblos para sus propias determinaciones – decía el Tratado entre Rusia y Turquía – y confirmando la solidaridad que los une en la lucha contra el imperialismo”, ambas partes acordaron facilitar las relaciones entre los dos países y no permitir a fuerzas hostiles a ambas, introducirse en su territorio”.³⁰

³⁰ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.296.

Como veremos, otro punto de coincidencia entre de Gaulle y Atatürk sería, la opinión negativa que el comunismo les merecía y la manera en la que en su momento, cada uno empleó la carta soviética para apuntalar el movimiento que lideraban en el escenario internacional. En este sentido, es bastante ilustrativo lo que el historiador Lord Kinross señala respecto de la posición kemalista frente al Bolchevismo:

“Kemal no era bolchevique. Su oposición al comunismo era categórica. – Para nuestra nación – dijo, mientras la misión turca negociaba en Moscú-, no existe el problema de pasarse o no al Bolchevismo... Como nación tenemos unos principios y costumbres a los que permaneceremos fieles... Los soviets poseen riquezas y recursos y son los enemigos de nuestros enemigos. Pero no hay ni que soñar en abandonar nuestra meta para convertirnos en esclavos de los soviets”. Por el momento, no obstante, las conveniencias políticas hicieron necesario el convertirse en amigos suyos. La tarea de Kemal consistía en ganarse al oso (a Rusia) aunque procurando mantenerse libre de sus codiciosos abrazos. Ello llevaba aparejado una serie de problemas, no sólo con Moscú, sino con su propio país también. Tenía que arreglárselas para manejar con cuidado y habilidad a las diversas tendencias de la opinión nacionalista, movilizar, por una parte, a sus elementos pro soviéticos, mientras que, por la otra, debía procurar que no fueran demasiado lejos.”³¹

Por otra parte, con la penetración de las fuerzas griegas en Anatolia, el componente religioso de la lucha, que tan importante había sido durante la guerra civil que había enfrentado a los sultanistas con los nacionalistas, cambió de bando en favor de Atatürk. Si antes, en plena rebelión antikemalista, había sido combatido por ateo por las fuerzas de Constantinopla, ahora era Estambul quien tácitamente actuaba en favor de los intereses de los cristianos griegos y consecuentemente dejaba a Atatürk como nuevo depositario del liderazgo de la Jihad. Para las grandes masas musulmanas del este, la guerra que se libraba era un enfrentamiento entre Mahoma y Cristo y, por lo tanto, era deber de todo musulmán, luchar en ella en el bando del profeta. Sería así que Kemal recibiría el apoyo voluntario de importantes contingentes de persas y afganos.

A raíz del acuerdo con la Unión Soviética, como ya hemos mencionado, el movimiento nacionalista turco transitó ligeramente tanto en su discurso como en su acción hacia el lado izquierdo del espectro político. Esto fue especialmente notable entre los jefes de los irregulares que dependían de Edjem el Circasiano. Éstos, para granjearse el apoyo de un mayor número de gente, esgrimían cada vez con más energía los postulados soviético marxistas, empleando para ello al llamado Ejército Verde, institución creada con la aprobación de Kemal en los primeros momentos de la revuelta interna. Los líderes irregulares leales a Edjem, en pocas palabras se habían apoderado del Ejército Verde y, a través de él propugnaban por una opción política de corte socialista.

Si bien el Ejército Verde había demostrado en el pasado su eficacia como fuerza de choque, su utilidad, más allá de las situaciones de emergencia, había disminuido para los planes de Kemal. Así, considerando el factor político que comenzaba a privar en él, habiéndose convertido en un instrumento de presión y acción militar de los comunistas, y sobre todo en la base de fuerza del rebelde Edjem cuya lealtad, en repetidas ocasiones

³¹ Kinross, Lord. Op. Cit. p.183.

había quedado en entredicho, Atatürk decidiría desaparecer al Ejército Verde y sustituirlo por un Partido Comunista propiamente dicho que estuviese, este sí, bajo su directo control político.

Sin embargo el conflicto entre las fuerzas regulares de Kemal y las irregulares de Edjem no terminaría ahí. Edjem, al ver que con la desaparición del Ejército Verde se pretendía menguar su poder, buscaría con éxito pactar una paz por separado con los griegos argumentando que los turcos estaban fatigados ya por tantos años de guerra. El Circasiano uniría entonces sus fuerzas a las del invasor para atacar a las menguadas y cansadas fuerzas del obstinado general de Ankara. Sería pues un destacamento combinado de griegos y bandidos de Edjem, el que terminaría conquistando el estratégico poblado de Afyonkarahisar, conquista a la que hacemos referencia al inicio de este subcapítulo.

Estando así las cosas, las tropas kemalistas marcharían sobre Kutaya, plaza que conquistarían sin encontrar mucha resistencia. Después emprenderían una persecución contra las fuerzas de Edjem, mismas que parecerían preocuparse más por salvar el propio pellejo que por derrotar a los nacionalistas. *“En Ankara se termino por comprender que ya no seria posible colaborar con Edjem quien no solamente se negó a someterse en adelante a ninguna directiva emanada del Gobierno de la Asamblea Nacional Turca sino que se presentaba incluso como su adversario habiendo firmado con los griegos, al inicio de 1921 un acuerdo por escrito en el que se comprometía a batirse en adelante a su lado contra los turcos.”*³²

Para estos momentos, importantes cambios tendrían lugar en los liderazgos políticos en Estambul y Atenas. Durante todo este periodo, quienes habían ostentado el poder en dichas capitales habían sido, por una parte, Damad Ferid, Gran Visir del Sultán Mohamed VI y, por la otra, Eleuterios Venizelos, Primer Ministro del Rey Alejandro de Grecia. El primero se vería obligado a dimitir por el gran desprestigio que, entre la población, le había acarreado el haber estampado su firma en el vergonzoso y humillante Tratado de Sevres. El segundo, perdería el poder tras la repentina muerte del rey griego provocada por la mordida de un simio domesticado que tenía en su palacio en Atenas. Este acontecimiento orillaría a Venizelos a convocar a elecciones generales. Sería grande la sorpresa para el primer ministro, que confiaba casi ciegamente en su prestigio popular como héroe nacional, cuando se enteró de su derrota en las urnas. El electorado griego había pues votado en favor del rey Constantino, quien había sido exiliado en 1917 por haber adoptado una actitud de complicidad con los alemanes. El regreso del rey Constantino dejaría a Venizelos temporalmente fuera del poder.

Las potencias occidentales comenzarían a interesarse cada vez más por el rumbo que los acontecimientos tomaban. Los franceses por ejemplo, estaban cada vez más inquietos por la situación de sus intereses en Siria. Si bien parecían no interesarse mayormente por la intervención británica en los asuntos internos turcos, lo cierto era que no les resultaba atractiva la idea de ver a Gran Bretaña absorber dentro de su esfera de influencia a la totalidad del Asia Menor y a la mayor parte del Medio Oriente. Tampoco les resultaba deseable una situación en la que Italia emergiera como nueva potencia mediana con intereses en la zona. De esta suerte, aprovechando el cambio

³² Daniel, Georges, Op. Cit. .p.143

político en Atenas, cansados de tanto belicismo, darían por terminados sus compromisos con Grecia. Los italianos por su parte harían lo propio. Gran Bretaña se quedaría sola en su política de apoyo a Atenas. El regreso del rey Constantino representaba una estupenda oportunidad para abandonar una política que había ya demostrado su fracaso. Sin embargo, la obstinación de Lloyd George en imponer a Grecia como potencia regional aliada en Asia Menor, haría que el gobierno de su majestad británica persistiera en la línea de acción política, diplomática y militar que hasta ese momento había seguido.

En Estambul, Damad Ferid había sido substituido por Fevzi, quien continuaría aunque más disimuladamente la política del sultán de descrédito y desgaste hacia la causa kemalista. Por otra parte, enviaría a algunos agentes a parlamentar con el gobierno nacionalista para llegar a un acuerdo a través del cual Estambul y Ankara hiciesen un frente común en las negociaciones con las potencias occidentales triunfantes en la guerra y especialmente con Gran Bretaña. La respuesta de Atatürk sería enérgicamente negativa. En un primer momento manifestaría a los enviados de Constantinopla que no podría recibirles oficialmente en calidad de agentes de un gobierno al que no reconocía y que la única manera de sostener una entrevista sería en calidad de simples individuos y, en un segundo momento, terminaría por secuestrarlos haciéndole saber a la población que estos "ex miembros" del gobierno de Estambul habían, por propia voluntad, viajado a Ankara para unirse a la causa nacionalista. A los enviados, víctimas de la astucia de Kemal, no les quedaría otra que actuar en lo futuro de acuerdo a la versión oficial de Atatürk. La posibilidad de negociación entre el gobierno del sultán y el gobierno nacionalista estaba descartada. Lo que no estaba descartado era la posibilidad de infiltrar con nacionalistas al gobierno de Estambul. Atatürk dirigiría, no sin éxito, esfuerzos en ese sentido.

Mientras tanto, en Grecia, el cambio de gobierno no significaría un cambio en la política exterior del país, especialmente en lo referente a sus aspiraciones territoriales en Asia Menor. El rey Constantino resultaría más venizelista que el propio Venizelos y continuaría impulsando la causa militar griega en territorio turco. Iniciaría una purga en el ejército que lo dejaría libre de venizelistas y al mismo tiempo proyectaría una acción militar ofensiva en el campo de batalla.

El 10 de enero de 1921 las tropas griegas iniciarían una ofensiva que partiría de la ciudad de Bursa y que se encontraría con las fuerzas nacionalistas dirigidas por Ismet en un valle cercano a la localidad de Inonu. En aquel enfrentamiento, los peor adiestrados y armados pero mejor organizados y dirigidos turcos derrotarían a las fuerzas griegas quienes se retirarían a Bursa esperando tener más éxito en una ofensiva posterior. La noticia de la victoria sería ampliamente festejada en Ankara. Ismet, el general turco victorioso, más tarde tomaría por apellido el nombre de Inonu, nombre de la localidad que, como ya mencionamos, se encontraba al borde del valle en donde la batalla tuvo lugar.

En febrero de 1921, tras la victoria nacionalista en Inonu, los aliados organizarían una conferencia de paz en la capital británica bajo la presidencia de Lloyd George. Esta reunión tendría por objeto oficialmente "estudiar una nueva solución para la cuestión oriental" lo que en términos más concretos se traducía en una revisión del Tratado de Sevres. A ella serían invitados delegados de todas las potencias triunfantes en la Primera Guerra Mundial y, naturalmente, de Turquía. Los aliados y especialmente

Gran Bretaña estaban muy interesados en que en la delegación turca participasen representantes del gobierno nacionalista de Ankara. Estambul, extendería la correspondiente invitación a Atatürk y los suyos a formar parte de la delegación. La respuesta de Kemal sería, una vez más, negativa. Ankara enviaría una representación independiente de la de Constantinopla. De esta suerte, en Londres, Turquía tendría una doble representación: la primera, del gobierno del sultán, dirigida por el Gran Visir Tevfik; y la segunda, de la dirigencia nacionalista, encabezada por Bekir Sami. Ya en Londres, Tevfik terminaría por reconocer a Bekir Sami como el verdadero representante de los intereses de su país. Los turcos, así, fortalecidos por la victoria en Inonu, ampliado su margen de maniobra, pedirían de entrada la restauración en Europa de las fronteras de 1913, la evacuación de Esmirna, el absoluto control de los Estrechos y la retirada de las tropas extranjeras estacionadas en Estambul. La reacción de sus interlocutores estaría marcada por la ironía y el sarcasmo. A su juicio, la posición estratégica nacionalista en el terreno militar y político, no era lo suficientemente sólida como para exigir tanto, o al menos no lo era en ese momento. Los turcos se mantendrían en sus exigencias tan firmes como los griegos inflexibles en su negativa a ceder. La conferencia de Londres terminaría en un rotundo fracaso. Las delegaciones partirían como llegaron: los kemalistas atrincherados en su intransigencia y los griegos convencidos de que seguían y seguirían contando con el favor del gobierno británico.

Al interior de la dirigencia política británica, no eran pocas las divergencias respecto de la política pro griega del primer ministro. Lord Curzon, ministro de asuntos exteriores, tenía serias reservas hacia la terca actitud de apoyo a Atenas. Winston Churchill, ministro de la guerra desaconsejaría igualmente esa línea de acción. Sin embargo, Lloyd George persistiría en su obstinación. Así, serían pocas las consecuencias diplomáticas que tendría la Conferencia de Londres. Sin embargo ésta sí tendría algunos efectos importantes en el teatro de operaciones. Los nacionalistas habían aprovechado el tiempo durante el cual las negociaciones se llevaron a cabo para reorganizar y reforzar su ejército. Esto influiría de manera importante en los resultados de la ofensiva que los griegos poco tiempo después emprenderían.

Las fuerzas helénicas, dirigidas personalmente por el rey Constantino atacarían simultáneamente dos importantes plazas, a saber: Eskisehir en el norte, y Afyonkarahisar en el sur. La primera resistiría ferozmente en los primeros momentos, la segunda caería con relativa rapidez. Así, desde Afyonkarahisar los griegos marcharían hacia Konya, ciudad que infructuosamente atacarían viéndose pronto obligados a retirarse por la eficaz acción defensiva de las fuerzas kemalistas, ahora mucho mejor organizadas, disciplinadas y armadas. Sería en este momento cuando tendría lugar la segunda batalla en Inonu en la que las fuerzas kemalistas de Ismet derrotarían nuevamente a los atacante helenos. *“Esta derrota de los griegos dentro de todo el oeste anatoliano, tranquilizó nuevamente a los nacionalistas. Mustafá Kemal dirigió desde Ankara un caluroso telegrama de felicitación a Ismet: “Allá usted venció no solamente al enemigo sino también, a la suerte funesta de la nación”. “Esta segunda victoria de Inonu, probó que los griegos no eran invencibles aun cuando la correlación de fuerzas les fuera totalmente favorable”.*³³

Las potencias occidentales por su parte, con excepción claro está, de Gran Bretaña, habían para entonces declarado su neutralidad respecto del conflicto que

³³ Ibidem. p.148.

oponía a griegos y turcos. El estudioso Georges Daniel lo expresa de la siguiente manera en su obra *Atatürk, una cierta idea de Turquía*. En dicha biografía Daniel escribe:

“Los Estados de la Entente a excepción de Inglaterra, sorprendidos y decepcionados por las dos sucesivas derrotas de los griegos en Inonu, se apresuraron a hacer saber a estos últimos que preferían en adelante permanecer neutrales dentro del conflicto. En otras palabras, los griegos no debían contar en adelante más que con ellos mismos. Este cambio de actitud entre sus protectores no los desvió de su objetivo. Creían saber que las tropas turcas, incluso habiendo salido victoriosas de las dos batallas de Inonu, estaban en ese momento demasiado agotadas como para poder resistir nuevas ofensivas”.³⁴

Lord Curzon por su parte, haría un último intento de zanjar el conflicto por la vía diplomática reviviendo la propuesta que ya en la Conferencia de Londres se había discutido, en el sentido de que los griegos renunciaran a ejercer soberanía sobre la zona de Esmirna, a cambio de que los turcos aceptasen otorgar a dicha zona un estatus de amplia autonomía, sobre todo considerando la importante cantidad de población griega que se encontraba en ella. De los turcos cabía esperar que aceptasen un arreglo de esta naturaleza pues ya antes se habían manifestado de acuerdo en que una comisión internacional hiciera un estudio demográfico que permitiese determinar la importancia proporcional real de la población griega en el área. Los turcos confiaban que el resultado de dicha investigación les sería contundentemente favorable. Así, si la propuesta de una Esmirna autónoma bajo soberanía turca estuviera condicionada al resultado que una investigación imparcial arrojara, los turcos podrían tal vez haberla aceptado. Sin embargo, el intento de Curzon no prosperaría puesto que serían los griegos quienes, antes siquiera que la propuesta fuese planteada a Ankara, la rechazarían tajantemente arguyendo que *“nada tenían que hablar, las armas tenían la palabra”*.³⁵ Mientras tanto, la batalla continuaba. Los griegos pocas semanas después y mediante una acción envolvente terminarían por sitiar Eskisehir. Mustafá Kemal, se trasladaría hacia allá y asumiría personalmente el mando de sus fuerzas. Evaluaría la situación, sopesaría las posibilidades y al final no dudaría en dar la orden de retirada. La caída de Eskisehir sería inevitable. “Mustafá Kemal que asumiendo a plenitud la responsabilidad de la decisión de replegar su ejército ubicándolo atrás de Sakarya diría: *“Al evaluar la situación y al tomar medidas, no hay que negarse a ver la realidad por desagradable que ésta sea”*. Con este repliegue que ciertamente produjo reacciones de oposición en el seno de la Asamblea Nacional, Kemal había asegurado la posibilidad de liberar al país con ataques ulteriores.”³⁶ Tras el repliegue turco, las tropas griegas tomarían la importante localidad. Kemal e Ismet regresarían a Ankara en donde el primero, pediría a la Asamblea Nacional plenos poderes militares y políticos para enfrentar la difícil situación en el teatro de operaciones. Kemal sería nombrado Jefe Supremo de los Ejércitos Turcos y le serían otorgados poderes casi ilimitados por un lapso de tres meses. Después de pasar tres semanas de trabajo frenético organizando a sus fuerzas y dando las directrices para la ofensiva, El 12 de agosto Atatürk se trasladaría al frente de batalla y establecería su cuartel general en Polatli.

³⁴ Ibidem. p.150.

³⁵ Kinross, Lord.Op. Cit. p.200.

³⁶ Giraud, René. Op. Cit. p.111

Los griegos por su parte, teniendo una dirigencia bicéfala formada por el rey Constantino por un lado, y por el General Papoulas por el otro, se prepararían también para el combate. Su objetivo sería el de avanzar hasta Ankara. El de los turcos, evitar que los griegos pudiesen lograrlo. La que sería recordada por la historia como la Batalla del Zakarya estaba por comenzar. *“La batalla que siguió duró 22 días con sus noches. Fue, según Kemal, la batalla más larga de la historia. La lucha fue encarnizada y sangrienta”*.³⁷ En ella, los griegos tendrían éxito en la toma de la estratégica colina Chal Dag que sería defendida valerosa pero infructuosamente por los turcos. Si bien los griegos lograrían la conquista de este importante emplazamiento, para cuando esto ocurriera, su capacidad de combate estaría ya seriamente mermada. No podrían pues defender su avance por mucho tiempo, ya no digamos proseguirlo. Ambos bandos estaban al límite de sus fuerzas. Los turcos sin embargo podrían aguantar sólo un poco más que los griegos y ello les valdría la obtención de la victoria. La dimensión de lo que los turcos se jugaron en aquella confrontación es directamente proporcional a la intensidad de lo que el propio Kemal en aquellos días expresaría: *“No hay línea de defensa, hay una superficie de defensa. Esta superficie es toda la patria. En tanto que la patria no sea inundada de sangre, no se renunciará a un solo palmo de terreno. Es por eso que aunque cada unidad, pequeña o grande, pueda ser rechazada de su posición, se establecerá en otra y continuará el combate contra el enemigo infatigablemente en cualquier punto en el que lo pueda librar”*.³⁸ La victoria en la Batalla de Zakarya les daría a los turcos la tranquilidad de que el camino a Ankara estaba a salvo, y por lo tanto, eliminado el riesgo de que ésta fuese tomada por los griegos. Constantino y sus efectivos terminarían por retirarse a sus posiciones originales en Anatolia central viendo fracasada su intención de apoderarse de la capital kemalista. Atatürk sin embargo estaba decidido a expulsarles de toda el Asia Menor. Ordenaría así una contraofensiva con objeto de perseguir en su retirada al agotado ejército heleno. *“Antes, la red griega se cerraba sobre los turcos; ahora la red turca ahogaba a los griegos”*.³⁹ Finalmente el 12 de septiembre Atenas autorizaría una nueva retirada que ubicaría a todas las fuerzas griegas en posiciones al oeste de Sakarya. Los turcos habían pues triunfado en este otro episodio de la guerra y Constantino había visto frustrado su sueño de someter a la capital nacionalista turca.

Apenas terminada la batalla, Atatürk regresaría a Ankara en donde sería recibido con los vítores y honores correspondientes a la victoria militar que acababa de obtener. La Asamblea Nacional le otorgaría el grado de Mariscal de Campo. Si bien era cierto que los griegos no habían sido aniquilados ni expulsados de territorio turco, también lo era que habiendo sido éstos los que iniciaron la ofensiva, el fracaso de la misma no podría leerse de otra forma que como una victoria turca. A este respecto el historiador Lord Kinross observa que:

“La batalla había sido, en cierto sentido, indecisa, ya que ambos ejércitos tenían aún reservas para continuar la lucha. Pero, como muy bien señaló Churchill, “los griegos se habían colocado a sí mismos en una situación político – estratégica en la que todo lo que no fuera una victoria decisiva debía

³⁷ Kinross, Lord. Op. Cit. p.206.

³⁸ Giraud, René. Op. Cit. p.115.

³⁹ Kinross, Lord. Op. Cit.p.211.

considerarse como una derrota. Los turcos, en cambio, estaban en una posición tal que todo lo que no fuera una derrota aplastante podía considerarse como una victoria.”⁴⁰

Tras la victoria obtenida en la Batalla de Sakarya, la posición internacional de Atatürk se veía fuertemente reforzada. Algunas de las principales potencias, en un esfuerzo por contrarrestar la inconmensurable fuerza intervencionista de Inglaterra, echarían leña a la hoguera de Kemal. De esta suerte, tras arduas negociaciones secretas celebradas durante el verano en Ankara, Francia, terminaría por firmar un tratado con la Turquía kemalista provocando con ello la indignación británica. Serían elementos económicos, políticos y culturales los que impulsarían a Francia a aproximarse abiertamente a Kemal. Los franceses querían mantener los privilegios de los que ciertamente gozaban en Turquía y, sobre todo, obstaculizar la pretensión británica de dominar la región a través de su títere griego. Francia finalmente, después de la victoria de Sakarya, se había dado cuenta de que los turcos no aceptarían jamás las humillantes condiciones de paz de Sevres y de que los griegos poco o nada podrían hacer militarmente para someterlos. Italia no se quedaría atrás. Conciente también de que continuar subida al caballo greco-británico era un error, buscaría negociar con los nacionalistas turcos para llegar con ellos a un nuevo entendimiento.

Ambos tratados, tanto el francés como el italiano, se firmarían en términos muy distintos a los que las potencias europeas en un principio deseaban. La intransigencia de Atatürk respecto de algunas exigencias de sus interlocutores tendría como consecuencia, términos muy favorables a Ankara en las versiones definitivas de los tratados. Si los franceses iniciaron las negociaciones partiendo de lo estipulado por el Tratado de Sevres, Atatürk lo haría partiendo del Pacto Nacional. La tozudez del segundo haría que los primeros, finalmente terminaran cediendo. Así, entre Francia y Turquía acabaría firmándose un acuerdo prácticamente equivalente a una paz por separado con Turquía. En él se estipulaba, el fin de las hostilidades franco-turcas en la región de Cilicia y la evacuación de las tropas francesas, un reajuste ventajoso a Turquía en la línea fronteriza entre Cilicia y Siria y la instauración en Alejandreta de un arreglo político especial que permitiese a los turcos salvaguardar los intereses de su población en la zona. A cambio de todo esto, Francia obtenía solamente algunas concesiones sobre ciertos tramos de la línea férrea de Bagdad. Ya en el marco de la nueva relación entre la Turquía Nacionalista y Francia, Kemal sería invitado a una recepción en la residencia del representante del gobierno francés ante el régimen de la Asamblea Nacional de Ankara. En aquella ocasión, Atatürk pronunciaría un discurso en el que evocaría los logros de la Revolución Francesa y la influencia que ésta tuvo para el desarrollo de la civilización moderna. Después rememoraría los acontecimientos que habían derivado en la creación en Ankara de una Gran Asamblea, auténtica representante de la voluntad nacional y continuaría diciendo que los dirigentes políticos de todos los países, no debían jamás perder de vista que era imposible matar las ideas mediante presiones morales o por las armas y que la Revolución Francesa constituía una formidable prueba de ello. *“A modo de conclusión Kemal expresaría su deseo de ver a los descendientes actuales de los patriotas y revolucionarios franceses que no dudaron en sacrificar su vida en nombre de la libertad y de su independencia y que propagaron con la Declaración de los*

⁴⁰ Ibidem p.211.

*Derechos del Hombre, los más nobles principios ligados a las virtudes humanas, apoyar de una manera activa la justa causa de Turquía”.*⁴¹

A partir de este momento, Francia enviaría mensajeros ofreciéndole ayuda a Atatürk. Los italianos le venderían material militar sobrante. Rusia, a la que nada le gustaba la idea de ver a Gran Bretaña como ama y señora de los Estrechos, le prestaría, como ya lo hemos mencionado, abiertamente su apoyo. La posición kemalista en el tablero internacional mejoraba exponencialmente. Al respecto Kinross observa que: *"Este acuerdo (con Francia) que representaba una especie de confirmación a su victoria en Sakarya, consolidó y aumentó grandemente el prestigio de Kemal a los ojos de las naciones extranjeras. Por vez primera, gracias a su obstinación y paciencia, la Turquía nacionalista había sido reconocida oficialmente por una gran potencia occidental y en condiciones completamente favorables a los intereses patrios."*⁴²

Siendo esta la situación prevaleciente, los británicos, sin por ello renunciar a su firme apoyo a Grecia, comenzaron a considerar la necesidad de establecer canales de comunicación con Ankara para eventualmente llevar a cabo negociaciones que aproximasen a ambas partes. A este efecto, Londres enviaría a la nueva capital turca al Mayor Henry en calidad de representante británico quien celebraría conversaciones con Refet, representante personal de Kemal. En dichas conversaciones, Henry mencionaría el peligro que la Unión Soviética representaba para los intereses ingleses. Refet se mostraría de acuerdo comentando que las aspiraciones imperialistas rusas eran ahora más fuertes que nunca e invitándolo a que, con objeto de neutralizar el hambre soviética de dominio, convenciera a su gobierno de la necesidad de retirar a los griegos del Asia Menor y Tracia y de permitir que Turquía conservase la responsabilidad de manejo y defensa de los estrechos. Refet en pocas palabras le dejaría claro a Henry las aspiraciones del gobierno de Ankara y al mismo tiempo lo invitaría a considerar a Turquía como un país renovado con el que Gran Bretaña podía y debía parlamentar.

Entretanto, Atatürk conciente de la necesidad de ampliar aun más las bases sobre las que sustentaba el posicionamiento de su gobierno en el escenario regional e internacional, buscaría con éxito granjearse el apoyo de sus vecinos orientales. Antes incluso de que Atatürk firmara con Moscú el tratado al que hacemos referencia al inicio de este subcapítulo, la Turquía kemalista había signado con Afganistán un tratado de amistad. El posterior acuerdo con la Unión Soviética permitiría a Ankara normalizar sus relaciones con Georgia, Armenia y Azerbaiján. *"El 13 de octubre de 1921 es firmado en Kars el Pacto de Amistad Turco - armenio - azerbaijano - georgiano. Este documento retoma y confirma la casi totalidad de las cláusulas del Pacto de Moscú del 16 de marzo"*.⁴³ Más tarde, Kemal firmaría con Ucrania un pacto económico y militar y durante todo este tiempo, Ankara fortalecería paulatinamente los lazos que la unían al Turquestán, región que hoy integran las repúblicas musulmanas ex soviéticas de Kazajstán, Uzbekistán, Kirguistán, Tadjikistán y Turkmenistán, muchas de ellas de habla turcomana y con fuertes vínculos culturales con Turquía. El Turquestán veía en la Turquía nacionalista una potencial barrera capaz de detener el expansionismo imperial

⁴¹ Daniel, Georges, Op. Cit. p.160.

⁴² Kinross, Lord. Op.Cit. p.214.

⁴³ Daniel, Georges, Op. Cit. p.155.

ruso. De ahí que estuviese muy interesado en consolidar y dinamizar sus relaciones con ella.

El hecho de que la Turquía kemalista fuese el primer país asiático en oponerse al imperialismo de las potencias europeas hacía de Atatürk un símbolo en el que no pocas naciones tercermundistas se inspiraban. Sin embargo, Kemal estaría muy lejos de desear convertirse en el líder de Asia o del mundo subdesarrollado. Por el contrario, tenía puesta su mirada en occidente y, como veremos más adelante, se empeñaría en los años posteriores en incorporar a su país a él. Por lo pronto, se limitaría a aprovechar y consolidar el nuevo posicionamiento en el tablero internacional que las victorias militares y los arreglos diplomáticos le habían permitido alcanzar. No tendría prisa por derrotar definitivamente a los griegos y destinaría el tiempo que, por lo demás, corría a su favor, a prepararse militarmente y fortalecerse políticamente para poder iniciar la ofensiva final en el momento más propicio.

Los aliados mientras tanto, intentarían una nueva conferencia de paz. Ankara condicionaría su asistencia a que, al margen de las negociaciones propiamente dichas, se le dieran seguridades en el sentido de que los griegos se retirarían totalmente de Anatolia occidental. Esta propuesta no sería aceptada y el intento pacificador fracasaría. Este fracaso marcaría el momento que Kemal había estado esperando para iniciar su ataque final sobre las cada vez más menguadas, cansadas y desmoralizadas tropas griegas, que sin embargo, a instancias del propio rey Constantino, intentarían una última jugada militar que pudiera darles el lustre en combate, el logro político y la posición estratégica que tan imperiosamente necesitaban. Antes del inicio de la ofensiva turca, los griegos pues, intentarían tomar Constantinopla. Para ello trasladarían contingentes militares de Anatolia a las inmediaciones de la antigua capital imperial y pedirían la anuencia de los aliados. Kemal aprovecharía la paridad de fuerzas en que quedarían ambos ejércitos en Anatolia a causa del traslado de fuerzas griegas a Tracia para iniciar el ataque. Trasladándose al frente de batalla que se extendía desde el Mar de Mármara hasta el valle del Menderes, instalaría su centro de operaciones en Akşehir. Las plazas estratégicas volvían a ser Eskisehir en el norte y Afyonkarahisar en el sur. Haciendo movimientos nocturnos de tropas, Kemal pudo, cuando el 26 de agosto inició la ofensiva, sorprender a los griegos atacándolos en donde menos lo esperaban y donde más débiles eran. Así, las fuerzas nacionalistas, después de la toma de Chigiltepe marcharían hacia Afyonkarahisar, plaza que, después de una encarnizada resistencia terminarían por conquistar. Más adelante, después de haber trasladado su puesto de mando a Dumlupınar el 30 de agosto las tropas kemalistas cercarían totalmente a las fuerzas griegas en retirada.

“Cuatro días después del inicio de la ofensiva, la mitad del ejército griego había sido aniquilado o hecho prisionero. Asimismo, fueron cuantiosas sus pérdidas en material de guerra. Una columna griega fue aniquilada en el valle de Kizilhidere. La otra mitad del ejército griego huía precipitadamente hacia la costa para ponerse fuera del alcance de sus perseguidores. Incendiaban pueblos y cosechas; asesinaban a hombres, mujeres y niños. A los soldados griegos les habían dicho que aquella era una guerra de exterminio”.⁴⁴

⁴⁴ Kinross, Lord. Op. Cit. p.235.

La ofensiva turca triunfaría contundentemente sobre los griegos quienes huirían de la caballería turca dirigiéndose a Esmirna. Diez días después del inicio de los combates, los aliados, a través de una nota, le ofrecerían a Atatürk nuevas negociaciones de paz. Kemal respondería que no tenía nada que negociar en relación a Anatolia y que lo único que podría tratarse en una eventual conferencia era la suerte de Tracia. En Ankara, al extenderse la noticia de la toma de Afyonkarahisar, el entusiasmo de la gente se desbordaría. En Constantinopla, sucedería entre la población algo similar. Al respecto de esta victoria, ya definitiva, lograda sobre el ejército griego, el propio Atatürk diría: *“Esta operación elaborada, preparada, dirigida en cada una de sus fases y coronada por la victoria, es un logro considerable que ha dejado testimonio en la historia una vez más de la fuerza y el heroísmo del ejército turco, de sus oficiales y de sus soldados”*.⁴⁵ La persecución del ejército griego hacia Esmirna duraría una semana. Durante ella, los helenos, deseosos de vengar pasadas afrentas y opresiones aplicarían en los poblados turcos por los que pasaban una política de “tierra calcinada”. No serían pocos los actos de barbarie y de destrucción que los griegos dejarían a su paso. En cualquier caso, las fuerzas nacionalistas acabarían por tomar la importante ciudad mediterránea dando por terminada la guerra en Anatolia. Atatürk entraría en Esmirna quince días después de iniciada la ofensiva y tres años después de proclamado el Pacto Nacional en el Congreso de Sivas. *“Kemal sabía positivamente que la lucha había terminado, que la victoria era suya. Sabía también que los aliados a partir de aquel momento deberían tratar con él en persona.”*⁴⁶ Con la cuestión de Anatolia resuelta, faltaba aún definir la suerte de Tracia y, con ella, la de la antigua capital imperial Estambul.

En los días posteriores a la entrada de las fuerzas turcas, Esmirna sufriría un devastador incendio. Las causas de éste nunca serían del todo aclaradas. Algunos culparían a los turcos, otros culparían a los armenios y otros más a algunos miembros de la población griega que ciertamente se encontraba en la ciudad. Aunque sin muchas pérdidas humanas que lamentar, el incendio de Esmirna dejaría más destrucción y desolación en una región que ya de por sí, tras el paso de los efectivos griegos, se había visto en extremo afectada.

Las potencias europeas esperaban con inquietud y preocupación la actitud que el victorioso Kemal asumiría. Su objetivo ahora era, como ya lo hemos dicho, Estambul, Tracia y los estrechos. Respecto a la manera en la que Atatürk había venido reposicionando a Turquía desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta la toma de Esmirna, Kinross observa que *“era como si un boxeador después de ser contado, se hubiera levantado de la lona, machacado a su oponente y aporreado al arbitro entre las cuerdas escapándosele con la bolsa”*.⁴⁷ Atatürk quería recuperar Tracia y así lo manifestaba. Se sabía poseedor de una posición negociadora enormemente fortalecida por las victorias militares. Prueba de ello es la respuesta que daría a la proposición de armisticio hecha por las naciones integrantes de la entente poco después de la liberación de Esmirna. En esa oportunidad Kemal manifestaría:

“El ejército griego en Anatolia ha sido vencido de una forma decisiva. Por lo tanto un posible armisticio en ningún caso podrá referirse a la situación de

⁴⁵ Giraud, René. Op. Cit.. p.134.

⁴⁶ Kinross, Lord. Op. Cit. p.240.

⁴⁷ Ibidem. p.248.

Anatolia. Un armisticio sólo es posible si se limita a buscar una solución en lo tocante a Tracia y siempre que los griegos nos entreguen dentro de los próximos quince días a los prisioneros de guerra turcos que tienen en su poder y se comprometan previamente y de manera oficial a reparar los enormes daños que causaron en Anatolia.”⁴⁸

A pesar del innegable interés que tendría de mantenerse intransigente respecto de Tracia, Kemal sería lo suficientemente cauteloso como para dejar en claro que la hostilidad turca era contra Grecia y no necesariamente contra Inglaterra. Atatürk estacionaría a buena parte de sus tropas en Chanakale, en la orilla asiática del estrecho de los Dardanelos. Ahí se ubicaba la frontera que limitaba la llamada “zona neutral” dentro de la cual se encontraba Estambul y que estaba controlada directamente por las potencias aliadas triunfantes en la Primera Guerra Mundial. Gran Bretaña estaba, al menos hasta ese momento, dispuesta detener por la fuerza de las armas un posible avance turco dentro de la “zona neutral”. Francia e Italia viendo su posición diplomática atrapada entre dos fuerzas, a saber: la que se originaba en el acercamiento que a través de acuerdos habían tenido con la Turquía kemalista que los impulsaba a no entrometerse y, por otro lado, la que se originaba en la presión británica y en el hecho de que eran signatarias del Tratado de Sevres, que los impulsaba a defender por la fuerza la “zona neutral” que con Gran Bretaña ocupaban, demostrarían en esos momentos una actitud dubitativa.

Gran Bretaña estaba siendo humillada, los planes que tenía para Turquía estaban siendo destrozados por el altivo general turco. Sus fuerzas nacionalistas había barrido al ejército del país que Inglaterra quería favorecer como nueva potencia regional. Ahora se encontraba a las puertas de Estambul y amenazaba con marchar hacia ella. Inglaterra pasaba problemas incluso para convencer a sus aliados de continuar defendiendo las zonas ocupadas de Turquía. Para Londres, aquello ya era más una cuestión de dignidad, de prestigio. Era necesario que se le pusiera un límite a Atatürk e Inglaterra estaba dispuesta a, de no poder apaciguarlo, ponérselo por la fuerza de las armas. La estrategia sería hacer todo lo posible para llegar un arreglo con los turcos antes de que estos intentaran, por la fuerza, poner sus pies en Europa.

En Esmirna, un representante del gobierno francés intentaría convencer a Kemal de que respetase la "zona neutral" a cambio de que Francia le asegurase su apoyo en una futura conferencia de paz. La respuesta de Atatürk sería sin embargo negativa. Argumentaría que su gobierno no reconocía dicha “zona neutral” y rechazaría el ofrecimiento. Diría que estaría siempre dispuesto a sentarse a la mesa de negociaciones pero, no así, a ordenar se suspendieran las operaciones militares en curso destinadas a arrinconar cada vez más a las fuerzas griegas estacionadas en Tracia.

La Francia de Poincaré decidiría entonces cambiar de política. Ya no estaría pues dispuesta a hacer frente común con los ingleses en la defensa de la "zona neutral". Seguidos de los italianos, los franceses se retirarían de Chanakale y de la península de Ismir y dejarían al gobierno inglés solo en su obstinada pero casi imposible pretensión de detener a los turcos y salvar a los griegos. Inglaterra, a pesar del abandono de sus aliados europeos, viendo su prestigio comprometido, se prepararía para una guerra

⁴⁸ Giraud, René. Op.Cit.. p.136.

abierta contra los kemalistas turcos. Haría una convocatoria a sus dominios (Australia, Nueva Zelanda, Canadá, etc.) para que aportaran tropas y se mantendría firme en su posición de defender las inmediaciones de Estambul de un eventual ataque del intratable general turco.

Lord Curzon, ministro inglés de asuntos exteriores, quien había mantenido siempre una postura crítica respecto de la política pro-griega del Primer Ministro Lloyd George, viajaría a París para intentar con Poincaré una última iniciativa diplomática capaz de evitar la guerra. Así, Francia y Gran Bretaña harían una invitación conjunta a los nacionalistas de Ankara para que asistieran a una conferencia de paz que pudiese poner fin a la explosiva situación.

Durante los días que la respuesta turca tardaría en llegar, en Inglaterra Lord Curzon recibiría felicitaciones por su gestión con los franceses. En Grecia mientras tanto, estallaría una revolución que derrocaría al rey Constantino, cuyo gobierno se había venido mostrando cada vez más renuente a continuar el conflicto con los turcos, e instalaría en el poder a un régimen militar que nombraría a Venízelos embajador en Londres. Este cambio haría renacer las esperanzas de varios ministros pro-griegos del gabinete inglés y naturalmente, del propio primer ministro británico en el sentido de convencer a Grecia de reanudar la batalla contra los turcos. Kemal, preocupado por lo que este cambio podría significar y aprovechando la ventaja que le significaba el abandono de Francia e Italia, decidiría aumentar la presión sobre los británicos. Instruiría a varios destacamentos que ya se encontraban al borde de la "zona neutral", a adelantar sus líneas un poco más al punto de ubicarse a una distancia de menos de veinte metros de los soldados británicos. Se cuidaría eso sí, de ordenar enérgicamente que bajo ninguna circunstancia debía abrirse fuego, a menos, claro está, que los ingleses lo hicieran primero. Los británicos recibirían órdenes similares. Nadie quería dejar nada al azar. En cualquier caso la situación era ya, extremadamente explosiva.

En una situación excepcional en la historia, en este caso mientras los políticos europeos parecían empeñarse cada vez más en crear las condiciones para que se desencadenara la guerra, los militares se mostrarían más preocupados y más dispuestos a trabajar en favor de la paz. Harington, el comandante militar británico en la zona, mantendría durante esos críticos días una relación epistolar firme pero cortés con Mustafá Kemal. En ella, este último le manifestaría que, si bien no reconocía la "zona neutral" su objetivo en absoluto era enfrentarse a Gran Bretaña, sino simplemente continuar con las operaciones militares contra los griegos. Si bien Kemal se mostraría intransigente respecto de la prohibición aliada de penetrar en el perímetro que rodeaba a Estambul, sería igualmente firme en señalar, en pocas palabras, que el pleito no era con Inglaterra sino con Grecia. Harington se convencería entonces de que la crisis podría resolverse sin llegar a emplear los cañones. El asunto en cualquier caso estaba en manos de los políticos y no de él.

El despliegue de fuerza del gobierno de Ankara no sería menor. Más de 120 000 hombres rodeaban las posiciones aliadas en las inmediaciones de la antigua capital imperial. La dimensión de la amenaza produciría preocupación y nerviosismo en Londres. El gabinete, teniendo presente que la respuesta turca a la invitación franco-inglesa a asistir a una conferencia de paz no había llegado aun, decidiría dirigirle a Kemal un ultimátum en el que amenazándolo con iniciar un ataque contra sus fuerzas le exigía retirar inmediatamente sus tropas y desistirse de sus exigencias. Harington sin

embargo, sería lo bastante prudente evitando que dicho ultimátum llegara a manos de Kemal. Retrasaría enormidades su transmisión logrando con ello, muy probablemente, evitar el desencadenamiento inmediato de las hostilidades.

La posición de Atatürk, como ya lo hemos dicho, no era la de buscar una confrontación con los británicos. A diferencia de sus generales y ministros que lo impulsaban a ignorar a Inglaterra, Kemal sabía que una guerra con la "pérfida Albión" significaría además una guerra con casi todos los estados balcánicos y, por lo tanto, seguramente, el fin de su proyecto nacionalista. Kemal quería apretar pero no ahorcar puesto que sabía que si lo primero podía favorecer sus intereses, lo segundo era sencillamente irrealizable. A pesar de su discurso, belicista y a veces incendiario, Atatürk no quería quitar a Inglaterra del camino, sino por el contrario, que Inglaterra, por propia voluntad se retirara de él. Para ello, su estrategia consistiría en demorar lo más posible una respuesta afirmativa a la invitación a la conferencia de paz, y mientras tanto hacer una demostración de fuerza lo suficientemente importante como para llegar a dicha conferencia con una capacidad de negociación ampliada y una posición fortalecida. Lo único que podría desviarlo de esta política sería un ultimátum como el que el gabinete británico le había enviado pero que, gracias a Harington, nunca llegaría a sus manos.

Así, Atatürk aceptaría la invitación aliada a la conferencia de paz y nombraría a İsmet como jefe de la delegación. Sería en la localidad de Mudanya, cerca de la costa del Mar de Mármara, donde tendría lugar esta fatídica reunión. Cuatro representaciones compondrían la lista de invitados: la inglesa, la francesa, la italiana, y, desde luego, la turca. Al cabo de numerosos días de difíciles negociaciones, los cuatro firmarían un acuerdo en el que se establecería: el carácter temporal de la ocupación aliada de la Tracia Oriental, la autorización a los turcos para que mantuvieran en ella una gendarmería sin restricción de número, el derecho turco a emplear determinadas rutas a través de la "zona neutral" para llevar sus fuerzas hasta Tracia y el compromiso turco, en compensación a las concesiones aliadas anteriormente citadas, a no violar la "zona neutral" y a no realizar ninguna acción violenta contra las tropas aliadas de ocupación.

La noticia de los resultados de la Conferencia de Mudanya y especialmente del derecho de los nacionalistas turcos de marchar hacia Tracia Oriental, ocasionaría un éxodo masivo de la población griega en la zona. No hacía falta recordarles a estos refugiados que si Mudanya había significado una distensión en las conflictivas relaciones anglo-turcas, las relaciones turco-griegas continuaban siendo tan tensas como hasta entonces, si no es que, incluso, aun más. En cualquier caso, la Conferencia de Mudanya y su conclusión, sepultarían para siempre el intento del primer ministro británico de crear una versión moderna del antiguo imperio griego. A pesar de que su política en la zona había terminado en un completo y espectacular fracaso, a pesar de la debacle griega y del reposicionamiento turco reflejado en los acuerdos de Mudanya, incluso después de todo eso Lloyd George hubiera podido continuar a la cabeza de la política británica si hubiese abandonado su obstinación y adaptado su discurso a la nueva realidad. Sin embargo no lo haría. En una alocución pública que tendría lugar en Manchester, el testarudo galés lanzaría una nueva andanada de acusaciones contra los turcos en la que los trataría de bárbaros y salvajes y los señalaría como responsables de "escenas de intolerable horror" en el Asia Menor. Esto sería demasiado. Apenas cinco días más tarde, contando con el apoyo de Lord Curzon, Bonnar Law, promovería una moción de censura y se convertiría en Primer Ministro después de que la fracción

conservadora del Parlamento británico le retirara el apoyo a la coalición gobernante encabezada por Lloyd George. “*Kemal había ganado la batalla después de tres años de lucha. El menospreciado rebelde turco contribuía a derribar a un gobierno británico y a un famoso primer ministro. El realista había vencido al romántico; el macedonio al celta*”.⁴⁹ El estudioso Georges Daniel refiere en su obra *Atatürk, un certaine idée de la Turquie* que el 19 de octubre de 1922 compareciendo ante la Cámara de los Comunes y ante su inminente dimisión, viéndose acusado por los conservadores de haber originado la desastrosa aventura que costó tan cara a Gran Bretaña para finalmente terminar en un terrible fracaso diría: “*Los genios no aparecen en la historia de la humanidad sino probablemente una sola vez por siglo. Para nuestra mala suerte, un nuevo genio hizo bruscamente su aparición en Turquía. Además nos vimos obligados a combatirle. ¡Cómo hubiéramos podido vencer a un genio!*”. Este mismo Lloyd George había calificado durante muchos años a Mustafá Kemal de jefe insignificante de una banda de rebeldes. *El descubrimiento de su genio fue tristemente tardío*”.⁵⁰

Capítulo IV.

La acción militar y política de Atatürk y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político y social de Turquía.

Subcapítulo 4.4. La Conferencia de Lausana y el reposicionamiento de Turquía en el escenario internacional.

⁴⁹ Kinross, Lord. Op. Cit. p.255.

⁵⁰ Daniel, Georges, Op. Cit. .p.173.

Después de que en la Conferencia de Mudanya los nacionalistas turcos recibieran de parte de las potencias aliadas el derecho de ocupar militarmente Tracia Oriental, los griegos darían por terminada su participación en el vergonzoso episodio que para ellos había sido la guerra greco-turca y se retirarían a su territorio original. No obstante, faltaría celebrar todavía una conferencia más. “*Turquía había ya aceptado la invitación para asistir a la Conferencia de la paz. Esta iba a tener lugar en Suiza, país neutral y no en los suburbios de París. En la ciudad de Lausana, Turquía derrotada y victoriosa, debía revisar el anterior “dictado de la paz.”*”⁵¹ La Conferencia de Lausana, como ya lo ha planteado Emil Lengyel, tendría por objetivo definir los términos en los que se firmaría finalmente la paz entre Turquía y los países triunfantes en la Primera Guerra Mundial. Sería pues una revisión del Tratado de Sevres, esta vez, de manera más acorde con la posición real de las partes implicadas. La Conferencia, como ya señalamos, se celebraría en la ciudad suiza de Lausana y a ella asistirían delegaciones de Inglaterra, Francia, Italia, Turquía, Rusia, Grecia y Estados Unidos, esta última en calidad de observadora. A Lausana, Kemal enviaría a Ismet como jefe de la representación turca quien, aunque inseguro al principio, pronto se adaptaría a su nueva y muy importante responsabilidad, obteniendo para Turquía importantes concesiones. Al respecto de la actuación de Ismet en esta importante reunión, Lengyel observa en su obra *Turquía y su pueblo* que:

“Quizá fuera intención de las potencias occidentales, ganar en la mesa de la Conferencia lo que habían perdido en el campo de batalla. Quizá pudieran asustar al turco para que se sometiese. Aunque Ismet tuviese un aspecto antipático, no era fácil asustarlo. Precisamente antes de empezar la conferencia notó que había preparado unos sillones para los otros delegados, pero solamente sillas sin respaldo para los turcos. Preguntó el motivo. La embarazosa respuesta fue que ya no había más butacas. “Muy bien – repuso afablemente –, volveré cuando las hayan encontrado”. Ismet lograría en Lausana las butacas y mucho más”.⁵²

Sin embargo, el inicio de las pláticas no carecería de una fuerte dosis de rispidez. Las negociaciones no serían fáciles y para obtener de ellas el mejor escenario posible se requeriría de sagacidad, ecuanimidad, elocuencia y especialmente, paciencia. No obstante las dificultades, Kemal confiaría plenamente en que la delegación turca obtendría los beneficios de que se creía merecedora. Tiempo después de la finalización de la Conferencia, el Presidente de la República Turca externaría en una visión retrospectiva, las siguientes opiniones al respecto:

“Aunque no éramos los autores de los excesos y las faltas del pasado y por lo tanto no estábamos dispuestos a aceptar la responsabilidad de acciones acumuladas durante siglos, estábamos en ese momento viéndonos confrontados con el mundo entero. Era a nosotros a quienes correspondía asumir toda la carga de dificultades y de sacrificios necesaria para dar a la nación y al país su soberanía y su independencia. En lo que a mi respecta, estaba seguro de que los resultados serían positivos, independientemente de lo que sucediera. Lo que demandábamos era el derecho evidente y natural. Además, poseíamos el poder

⁵¹ Lengyel, Emil. Op. Cit. p.313.

⁵² Ibidem. p.314.

necesario para asegurar y defender nuestro derecho y este poder era suficiente”.⁵³

En Lausana serían muchos los puntos abordados y no pocos los acuerdos alcanzados. En lo referente a los estrechos, Rusia pugnaría porque se dejara en manos turcas el manejo y custodia de los mismos, los aliados en cambio impulsarían la opción de que estos permanecieran bajo un estatus internacional. Al final, se concluiría que los estrechos quedarían bajo soberanía turca pero su funcionamiento sería vigilado por una comisión internacional que se encargaría de garantizar el libre tránsito de los buques a través de ellos. Turquía recibiría también una garantía de las potencias participantes en el sentido de que, de acuerdo a lo estipulado por la carta fundacional de la Sociedad de Naciones, harían, en su caso, todo lo necesario para protegerla de una posible agresión extranjera. La aceptación de Atatürk del encuadramiento de este tema dentro del paraguas de la recientemente fundada organización internacional ginebrina, sería una muestra de su deseo de incorporar a Turquía a la esfera de las naciones occidentales.

Otro punto abordado en la conferencia, uno en el que los aliados se mostrarían profundamente interesados, sería el destino de las minorías cristianas en Turquía. Como es lógico, Francia e Inglaterra pedirían que una comisión internacional se encargara de garantizar que éstas no solo no fuesen perseguidas sino que también fueran adecuadamente tratadas. Ismet, destacando el carácter mucho más liberal de la nueva legislación turca rechazaría de plano la internacionalización de este tema insistiendo en el hecho de que los miembros de dichas minorías debían quedar bajo la jurisdicción de los ya modernizados tribunales turcos. El punto medio en el que se ubicaría el acuerdo pasaría finalmente por la incorporación de Turquía a la Sociedad de Naciones con la consecuente aceptación de lo que dicha organización, en sus documentos fundamentales, establecía como obligaciones de los gobiernos respecto del trato a sus minorías. La flexibilidad aliada demostrada en el tratamiento que Inglaterra y Francia tuvieron respecto de los dos primeros temas debe verse a la luz de la necesidad de occidente de mantener un equilibrio de fuerzas en relación al pujante y cada vez más poderoso gigante soviético. Esta necesidad sería pues, ampliamente aprovechada por la delegación turca liderada por Ismet.

El tercer punto tratado sería el concerniente a las relaciones entre Grecia y Turquía. Aquí, contrariamente a lo que se pudiese pensar, las partes interesadas demostrarían tener una buena dosis de realismo y de voluntad conciliatoria. Los griegos habían perdido la guerra y visto su política fracasar. Los turcos por su parte, aunque habían triunfado en el campo de batalla, estaban más que conscientes de que vivir junto a los griegos era su inexorable destino y, por lo tanto, de que llegar a un acuerdo con ellos era una necesidad imperiosa para el futuro de su nación. Así, ante el asombro de los demás participantes de la conferencia, Turquía y Grecia lograrían llegar en ella a un acuerdo capaz de normalizar y armonizar sus relaciones. Las fronteras de Tracia Oriental y de Edirne se establecerían de común acuerdo según lo estipulado por el Pacto Nacional. El problema de los refugiados y de las poblaciones turca y griega asentadas en Grecia y Turquía respectivamente se resolvería con un acuerdo que más tarde permitiría que se llevase a cabo, bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones, el más

⁵³ Giraud, René. Op. Cit. p.154.

importante intercambio de población pactado en la historia. En cuestión de meses, prácticamente ningún griego quedaría en Turquía y ningún turco en Grecia.

Por un momento pareció que la Conferencia de Lausana, a pesar de los acuerdos a los que en ella habían llegado los participantes, sería un fracaso debido a las desavenencias que, en materia económica, tenían los implicados. Durante las negociaciones, Inglaterra se había preocupado principalmente por las cuestiones territoriales y en este sentido, había logrado que la situación de Mosul, ciudad ocupada por los británicos al final de la Primera Guerra Mundial en clara contravención a lo establecido por el armisticio y por lo tanto reclamada por los turcos, quedara para posteriores negociaciones. Francia e Italia por el contrario no estaban interesadas en las cuestiones puramente territoriales dado que en este ámbito no tenían intereses que defender y sí lo estaban en las cuestiones económicas y comerciales en donde mucho tenían que perder. Por esta razón, los acuerdos de Lausana no se firmarían hasta algún tiempo después, tiempo durante el cual vaticinar el fracaso total de la conferencia no resultó en absoluto descabellado. Sin embargo, con la intermediación de Estados Unidos e Inglaterra y la flexibilización de las posiciones de Francia, Italia y Turquía, el acuerdo terminaría por firmarse el 24 de julio de 1923.

Lausana sería la confirmación de la nueva posición que Turquía ocupaba en el escenario internacional, y el éxito diplomático que catapultaría a Ismet hacia una prolongada carrera en las altas esferas de la política turca que lo llevaría, llegado el momento, a ocupar la primera magistratura del país. *“Aun cuando los acuerdos definitivos sobre algunos aspectos fueron dejados pendientes, el texto significó la adquisición por Turquía de su independencia. Ismet el militar que se había distinguido como un excelente negociador en Mudanya, acababa de traer de Lausana, habiéndose enfrentado a difíciles adversarios, una nueva y brillante victoria diplomática dejando caduca la totalidad de las cláusulas del Tratado de Sevres, vergonzosamente firmado tres años antes por el poder monárquico”*.⁵⁴

A su regreso, Ismet recibiría sendas felicitaciones por parte de la población, de los diputados miembros de la Gran Asamblea Nacional y, muy especialmente, del propio Atatürk quien, a pesar de haber estado dirigiendo las negociaciones a la distancia, había, en los ríspidos días de Lausana, encontrado en Ismet a un excelente negociador cuya eficaz actuación había resultado fundamental para el éxito diplomático y político que para Turquía, Lausana significó. *“Turquía ya no era un imperio, era un Estado soberano, como cualquier otro en la escena internacional, consciente de su fortaleza y celoso de su independencia”*⁵⁵ Apenas seis semanas después de la firma del Tratado de Lausana, las tropas de ocupación aliadas, abandonarían definitivamente Estambul.

Capítulo IV.

La acción militar y política de Atatürk y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político y social de Turquía.

Subcapítulo 4.5. La reforma política y la reforma social. Instauración de la República, “creación” de una nación y “occidentalización” de Turquía.

⁵⁴ Daniel, Georges, Op. Cit. p.190.

⁵⁵ Kinross, Lord. Op. Cit. p.279.

El final de la Primera Guerra Mundial y los reajustes en el escenario internacional que le sucedieron significaron para Kemal la materialización del talento que lo caracterizó en aquello que tenía que ver con los asuntos políticos y diplomáticos internacionales y el resultado de los esfuerzos que por esos años desplegó con objeto de darle a su renacido país una posición digna en el nuevo esquema mundial. La importancia de la labor desempeñada por Atatürk en aquellos momentos es expresada por Lord Kinross de la siguiente manera:

Mustafá Kemal había conseguido su primer objetivo. Había salvado y resucitado a Turquía; transformado un imperio tambaleante en un Estado homogéneo y compacto, reconocido por otras naciones. Kemal era un realista inmerso en una época irreal; previó todo lo que podía realizarse y se dedicó a conseguirlo con todas sus fuerzas. La gran tarea precisaba de un hombre dotado de una sorprendente visión del futuro y de una paciencia casi infinita.⁵⁶

Tomando en cuenta el contexto tanto interno como externo en que se desarrolló, podemos coincidir con Emil Lengyel en el sentido de que: "*La guerra de Kemal contra el Mundo es un brillante capítulo de la historia de la moderna Turquía*".⁵⁷ Asimismo, en relación con el liderazgo que Kemal ejercía sobre sus súbditos el historiador británico observa que:

"Los niños turcos aprenden ahora en la escuela que el amor del pueblo era la fuerza motriz de Kemal. Pero él no amaba al pueblo y el pueblo tampoco lo amaba a él: lo temía. Él trataba a los individuos con menosprecio, pero al mismo tiempo trabajaba hasta la muerte por el bien de aquellos mismos individuos agrupados en masa. Desdeñaba al turco e idolatraba a Turquía. No ha habido hombre que se haya aproximado a realizar ni siquiera una parte de todo lo que él hizo por su país. Hubo quienes libertaron sus naciones de la opresión extranjera, introdujeron reformas, modificaron las instituciones existentes. Él hizo todo esto y aún mucho más. Él enterró el cuerpo decadente del Imperio Otomano, y creó la viril República de Turquía. Aquello era un milagro que sobrepasaba los hechos de un Napoleón o de un Bismarck. Cambió el rumbo de la historia turca mucho más radicalmente que los bolcheviques cambiaron a Rusia y los nazis a Alemania. Él fue en realidad el hombre del destino. Los historiadores han procurado apreciarlo en su justo valor"⁵⁸

Ahora, una vez afianzado en el poder de Turquía, Mustafá Kemal emprendería las reformas que consideraba ideales para su país. Dotarlo de un sistema político distinto al que había caracterizado al imperio otomano, un sistema político claramente identificado con la civilización occidental sería sin lugar a dudas su siguiente objetivo, para cuyo logro tendría que echar por tierra algunas instituciones que habían conformado el basamento sobre el cual se había construido la sociedad otomana.

⁵⁶ Kinross, Lord. Op. Cit. p.283.

⁵⁷ Lengyel, Emil. Op. Cit. p 113.

⁵⁸ Ibidem. p 113.

Ataturk pretendía pues transformar completamente a la sociedad turca. El sentido en el que lo haría, era sin embargo un misterio para los turcos, incluso para sus más cercanos colaboradores. Mustafá Kemal aprovecharía el enorme ascendente que había cosechado por sus acciones durante la guerra y en la etapa inmediatamente posterior para modelar la nueva sociedad que en su país surgiría. Al respecto de la ignorancia en lo referente al rumbo que los cambios tomarían en Turquía, Lord Kinross nos recuerda en su libro *Ataturk*, la reflexión que Fali Rivfki, uno de los más cercanos colaboradores del Gazi, desarrollaría en aquel momento: “... *el país era como un barco en el momento de salir del puerto para un largo viaje, pero un barco cuyo rumbo era conocido sólo por el capitán. Nadie sino él sabía por qué senda se encaminaría la nación. Lo sabía desde hacía mucho tiempo pero no había querido revelarlo, ni siquiera a sus más íntimos amigos. Turquía, se decía Kemal, se convertiría en República*”.⁵⁹

De esta suerte, el objetivo primario de Kemal sería el de instaurar en la Turquía que recién veía la luz un sistema republicano de gobierno. Ataturk sabía las dificultades que en este sentido le produciría la oposición monarquista, conservadora y reaccionaria, por lo que movería los hilos necesarios para que cuanto antes pudiese ser proclamada la República Turca. En tanto que en los círculos políticos de Ankara y Estambul se discutía si lo ideal sería una monarquía absoluta o una monarquía constitucional, una república al estilo francés o por el contrario una en la que el cargo de Presidente fuese ocupado por el califa a perpetuidad, Ataturk aprovecharía un momento de enorme incapacidad de formación de voluntad por parte de la Asamblea Nacional y le pediría a los ministros del gobierno que le eran afines que renunciaran y que no aceptaran ninguna posición en un nuevo gabinete. De esta suerte, Kemal crearía el escenario para que los partidos todos, demostraran cuan incapaces eran de ponerse de acuerdo. Al tercer día de ausencia de un gobierno que contara con un mínimo de apoyo entre los diputados, Kemal proclamaría la república al tiempo que sometería a la consideración de los representantes populares un proyecto de Constitución que dotaría al entramado institucional turco de características incuestionablemente occidentales. Respecto a la infuncionalidad que caracterizó al modelo previo a las reformas kemalistas y la manera en la que el Gazi operaría para llevarlas adelante René Giraud en su obra *Atatürk* comenta que:

“Por sus medios, Mustafá Kemal quería demostrar de manera efectiva a los grupos opositores que eran incapaces de formar un gobierno y de dirigir al país. De hecho, a pesar de que se trabajó mucho en ello, hasta la noche del 28 de octubre, ninguna lista de ministros se había podido establecer como un acuerdo de los diputados. Esa noche, Mustafá Kemal había invitado a algunos de sus camaradas a cenar. En algún momento de la cena declaro: “¡Mañana proclamaremos la República!””⁶⁰

De esta suerte el 29 de octubre de 1923, sería proclamada la República Turca y poco tiempo después, obligados por la falta de credibilidad y de legitimidad que les causaba el no resultar lo suficientemente representativos y el no lograr construir los acuerdos necesarios para la formación de un gobierno, los miembros del Congreso aprobarían la Constitución propuesta por el Gazi. Este documento, en términos generales plantearía que la forma de gobierno del estado turco sería la de República, que

⁵⁹ Kinross, Lord. Op. Cit. p.284.

⁶⁰ Giraud, René. Op. Cit. p.158

el Presidente de la misma sería el jefe de Estado y que su elección sería responsabilidad de la Asamblea Nacional. Consignaría también que el jefe del Estado tendría la facultad de nombrar al Primer Ministro y que éste, a su vez, podría hacer lo propio con los ministros del gabinete, quienes deberían recibir la aprobación de la Asamblea. Estas modificaciones constituirían sin lugar a dudas una base sólida, construida en este caso en el terreno político, que le permitiría a Atatürk llevar adelante las otras reformas, tanto políticas como sociales que deseaba para el Estado turco.

Cuando de acuerdo al nuevo esquema constitucional, Mustafá Kemal fue elegido Presidente de la República, quedaron muy claros los alcances que su poder tendría. En aquel momento Kemal sería Presidente de la República, Jefe del Partido y cabeza del Gabinete. Siendo esta su posición política, indudablemente mucho más sólida, Mustafá Kemal se sentiría, ahora sí, con la fuerza suficiente para dar el siguiente paso para la consecución de los objetivos de su plan maestro de reestructuración tanto política como social, a saber, la abolición del califato. A este respecto, el Islam era para Atatürk, un elemento nocivo para el adecuado desarrollo de la sociedad turca en todos los ámbitos. Un elemento que ligaba a Turquía necesariamente a un pasado retrógrado e inmune a los llamados de la modernidad. De esta suerte, durante la celebración del cuarto aniversario de la Gran Asamblea Nacional, Kemal haría la propuesta de abolición, misma que no hace falta decir, sería recibida con extremo desagrado por no pocos sectores de la sociedad turca y de su universo político, especialmente por los más conservadores. En cualquier caso, Atatürk se mantendría firme en sus convicciones y seguiría avanzando con decisión. El califa Abdul Mejid sería depuesto y el califato, abolido. La misma suerte correrían el ministerio de asuntos religiosos, el cargo de jeque del Islam, las escuelas coránicas y los tribunales religiosos, encargados estos últimos de la administración de las leyes en todo lo referente a matrimonios, herencias y demás. Para tapan el vacío que todo esto provocaría, Atatürk promovería la adecuación a la nueva realidad turca, de un código civil basado en el suizo, mismo que constituiría en adelante, el basamento legal sobre el que se apoyaría la regulación de los asuntos cotidianos en el Asia Menor.

De esta manera, como consecuencia inmediata de las medidas de Kemal, Abdul Mejid, hasta hacía algunos momentos califa del Islam con sede en Turquía, partía al exilio a Suiza, país al que le resultaría difícil entrar por estar en él prohibida la poligamia. El viernes inmediato posterior a la partida del califa al país helvético, las plegarias que tuvieron lugar en Aya Sofía y en el resto de las mezquitas de Turquía, se llevaron a cabo en turco y no en el árabe tradicional. Indudablemente la abolición del califato sería un duro golpe de Atatürk a la preeminencia del Islam en todos los aspectos de la vida turca, sin embargo, la religión mahometana se encontraba fuertemente arraigada entre el pueblo llano y ni alguien tan poderoso como el Gazi podría borrarla de un plumazo. En cualquier caso, la influencia del Islam seguiría disminuyendo con el transcurrir de los años en los que Mustafá Kemal estaría al frente de los destinos de Turquía. El gobierno promovería un programa para sustituir a las escuelas religiosas por centros de enseñanza de corte laico con un perfil mucho más moderno e indudablemente más cercano al racionalismo occidental. La pretensión de Kemal no estaría pues motivada por alguna animadversión personal de él hacia la religión en general, sino por el interés de imposibilitar que se siguiese empleando al Islam como instrumento político, fenómeno que había sido una constante en la historia turca. Respecto a los cambios que Mustafá introduciría en la vida política pero sobre todo social de la Turquía de su tiempo, habría en aquellos momentos opiniones encontradas y en algunos

casos incluso una abierta oposición. Hasta aquellos que se encontraban más cercanos a Atatürk en cuanto a su ideal de nación y sociedad, propugnaban por un cambio paulatino y no por la revolución abrupta que el Presidente estaba llevando a cabo.

En el terreno político existían dos principales partidos, el Partido del Pueblo y el Partido Progresista formaciones que demostrarían ambas su alineamiento con las ideas defendidas y promovidas por Atatürk al cambiar su nombre por los de Partido Republicano del Pueblo y Partido Republicano Progresista. La figura de Kemal sería por aquellos días indudablemente un elemento unificador de las diferentes fuerzas existentes en el espectro político turco. Sin embargo, en cuestiones que tenían que ver con la marcha de la economía, las estrategias a seguir para impulsar el crecimiento y para disminuir el desempleo y las medidas a tomar con objeto de darle mayor fluidez al funcionamiento de la república, ambas formaciones políticas no carecerían de divergencias. Eran pues los primeros momentos de la Turquía republicana.

Estando así las cosas surgiría una revuelta en la región más oriental del país. Los kurdos, liderados por el Jeque Saïd de Palu y enarbolando la bandera de la defensa del Islam se levantarían en contra del gobierno de Ankara y tomarían en un primer momento las principales ciudades de esa zona del país incluidas Elazig y Diyarbakir. La revuelta habría podido crecer mucho, sin embargo esto no se daría pues no contaría con un apoyo abierto de la población de la región. Las fuerzas gubernamentales rodearían a los insurrectos y terminarían finalmente por sofocar totalmente la rebelión. Para hacer frente a la emergencia el gobierno de Kemal a través del primer ministro Ismet, promovería la aprobación de una ley de emergencia que garantizase el mantenimiento del orden. Esta ley permitía al gobierno asumir poderes prácticamente ilimitados por un plazo de dos años, mismos que contemplarían la facultad de instalar tribunales especiales tanto en Estambul y Ankara como en la zona de conflicto con objeto de juzgar, sentenciar y ejecutar sentencias, mismas que podían ser capitales, contra aquellos que estuviesen implicados en actividades tendientes a la ruptura del orden o en abierto apoyo a la rebelión kurda. La promulgación de esta ley de excepción produciría la firme oposición de los progresistas quienes manifestarían que ésta era anticonstitucional, destructora de las libertades y contraria a los derechos del hombre. Los progresistas no se equivocaban en este punto de vista. Sin embargo el gobierno se mantendría firme asumiendo que la crisis que se estaba viviendo exigía medidas drásticas y en este sentido, Ismet continuaría, a pesar de la oposición progresista, con las gestiones para el establecimiento del nuevo ordenamiento legal. Como consecuencia de las acciones de las fuerzas gubernamentales que cerrarían los pasos fronterizos que unían a la región con Persia, con la zona de Mosul en el Iraq y con el resto de Anatolia, para finales de 1925 los rebeldes kurdos estarían cercados y antes de la terminación del año, el jeque Saïd de Palu se rendiría y los kurdos insurrectos darían por terminada su aventura opositora. Este hecho marcaría el fin de una crisis de importancia indudablemente no menor para la marcha de la todavía muy joven República Turca.

Al tiempo que la insurrección kurda tenía lugar, en la Sociedad de Naciones se analizaba un asunto que desde hacía ya largo tiempo había estado generando fuerte inquietud para Turquía en lo que tenía que ver con sus intereses en la zona. La región de Mosul resultaba sumamente importante para Ankara por no pocas razones, entre las que incuestionablemente se encontraban la socio-demográfica basada en el hecho de que Mosul contaba con una importante población de origen turco, y la económica definida por la circunstancia de que en dicha región había importantes yacimientos de petróleo.

Con objeto de buscar una solución satisfactoria para el problema de las reivindicaciones territoriales turcas sobre Mosul, se celebraría por aquellos días una Conferencia anglo – turca dado que en aquella época y en virtud de un mandato de la Sociedad de Naciones, Gran Bretaña era la potencia administradora del territorio en el que se encontraba Mosul, a saber, Iraq.

La Conferencia se celebraría tomando como base algunos puntos acordados en la Conferencia de Lausana que establecían que en lo relativo al asunto de Mosul, las conversaciones tendrían lugar de manera directa entre Turquía y Gran Bretaña y que de no llegarse a un acuerdo satisfactorio para las partes a través de estas negociaciones bilaterales, la Sociedad de Naciones intervendría para analizar la situación y emitir una resolución al respecto. En este sentido el punto a discutir sería la delimitación de la frontera entre Turquía e Iraq y de ello se hablaría en las negociaciones que Fethi, el representante turco sostendría con Sir Percy Cox, comisario británico en Iraq y representante del gobierno de su majestad para los efectos de la conferencia.

El principal argumento que Fethi emplearía sería el de que considerando que la región de Mosul estaba mayoritariamente poblada por turcos y kurdos y que al estar estas dos naciones hermanadas en un mismo destino al formar ambas, parte importante de la población de la Turquía moderna, la región de Mosul, con todo y su población turco-kurda debía pasar a formar parte del territorio del estado turco. Sir Percy Cox, por el contrario opinaría que los kurdos no se sentían tan identificados y hermanados con los turcos como el representante de Ankara quería hacer parecer, sino que, por el contrario, se mostraban muy satisfechos con la autonomía respecto a los turcos que el mandato británico en la región les había garantizado, razón por la cual no podía concluirse que fuese su deseo el pertenecer a Turquía. Sir Percy iría incluso más allá al adoptar una postura en la que no sólo se opondría a la integración de Mosul a la República Turca, sino que manifestaría su deseo de que la frontera entre Turquía y Mosul se recorriera más al norte para que la parte no turca incluyera a la minoría cristiana asiria que ciertamente vivía ahí. En este sentido Cox argumentaría que aquella región era una “tierra de nadie” sobre la que los turcos no tenían ningún derecho. El resultado de esta contraposición de puntos de vista sería, como se puede sospechar, el fracaso de las negociaciones.

La Sociedad de Naciones tal como se había acordado, entraría entonces a analizar el tema para emitir una resolución. Sería de esta manera como la organización internacional emitiría un diagnóstico sobre la situación imperante en el Mosul. Diagnóstico que en términos generales sostenía que un plebiscito no era una buena medida de solución para los intereses de Ankara dado que la mayor parte de quienes habitaban ahí, obedeciendo a razones fundamentalmente económicas, se inclinaban por la pertenencia a Iraq y no a Turquía. La Sociedad de Naciones propondría que Mosul se integrase en Iraq y la parte norte a la que había hecho referencia Sir Percy Cox como “tierra de nadie”, quedara bajo un régimen de mandato de la Sociedad de Naciones durante un lapso de tiempo que se extendiese como máximo a veinte años, al cabo de los cuales seguramente habría mejores condiciones para llegar a un arreglo satisfactorio. De esta suerte y mientras que los británicos aceptaron la resolución del organismo internacional y el mandato que éste se otorgaba sobre la región que separaba a la zona de Mosul del territorio Turco, la delegación turca abandonaría Ginebra ocasionando que el organismo internacional llevase adelante su resolución de forma unilateral.

Siendo este el panorama, Atatürk recurriría a un carta muy útil en aquellos momentos aún y cuando la Guerra Fría tal como la conocemos hoy estaría muy lejos de iniciar. El gobierno de Kemal promovería pues acercamientos con la joven Unión Soviética hasta el punto de firmar un Pacto de No Agresión que comprometía a ambos países a no atacarse y a no participar de forma alguna en ninguna coalición que en lo militar tuviese la intención de enfrentárseles. La medida en la que este pacto, este acercamiento pues a la Rusia socialista definiría la política exterior turca sería algo que preocuparía en no poca medida a Kemal. El Presidente turco deseaba emplear su potencial cercanía con el gigante europeo con objeto de construir una mejor posición negociadora para Turquía en el escenario internacional pero, en modo alguno deseaba casar los destinos turcos con la República de los soviets. En cualquier caso el movimiento diplomático de Atatürk surtiría buenos efectos logrando que la posición inglesa se suavizara. De esta suerte el 5 de junio de 1926 con condiciones mucho mejores que las que planteaba el modelo de solución construido por la Sociedad de Naciones, se firmaría en Ankara por las delegaciones turca, inglesa e iraquí el Tratado sobre Mosul. Seis años más tarde, Turquía sería aceptada como miembro de pleno derecho en el seno de la Sociedad de Naciones. En relación con esto último, Georges Daniel en su obra *Atatürk, una cierta idea de Turquía*, nos ilustra en torno a la posición que Kemal había venido teniendo en relación a este organismo internacional. Daniel escribe:

“Mustafá Kemal no había expresado desde la fundación de la República el deseo de hacer entrar al nuevo estado turco a la Sociedad de Naciones, que no le inspiraba confianza pues la consideraba un organismo totalmente ubicado bajo la influencia, bajo la autoridad exclusiva incluso de Gran Bretaña. Pero su postura se había modificado progresivamente desde 1930 dada la importancia cada vez mayor que él le daba a la cooperación internacional Tevfik Rüstü, Ministro de Asuntos Exteriores expresó en Ginebra en abril de 1932 el deseo de su país de cooperar en adelante con esta organización. Turquía entró oficialmente a la Sociedad de Naciones el 18 de julio de 1932”.⁶¹

Al final de todo esto, si bien, Turquía demostraría una vez más su capacidad de conducirse como importante potencia regional resulta innegable que Kemal, para garantizar este hecho, se había visto obligado a renunciar a los beneficios económicos que para su país hubiera significado la tenencia exclusiva de los recursos petroleros de Mosul.

Al margen de la cuestión de Mosul, la revuelta kurda que había girado en torno a la idea de la defensa del Islam de los ataques que la República le dirigía y su aplastamiento por parte del gobierno kemalista había dejado a Atatürk en una posición más sólida para seguir adelante con las reformas sociales que desde hacía largo tiempo había venido madurando. Debilitado el poder religioso, Atatürk aprovecharía el hecho de que en la revuelta algunas hermandades habían tenido una importante participación, para abolirlas. De esta suerte, estas organizaciones religiosas, que por lo demás incuestionablemente habían contribuido a que Turquía fuese uno de los países islámicos en el que el culto era menos ortodoxo, desaparecerían de un día para otro del panorama social de la Turquía moderna. Los Naksibendis, los Bektasis y otras hermandades

⁶¹ Daniel, Georges, Op. Cit. .p. 277.

serían disueltas pues en el interés de convertir a Turquía en una sociedad moderna y claramente marcada por un perfil occidental. Esta posición de Kemal, había sido expresada aunque veladamente desde los primeros momentos que sucedieron al final de la Primera Guerra Mundial. En este sentido Giraud comenta que: *“Ataturk no consideraba que el combate por la independencia consistiera solamente en liberar los territorios de la patria de las fuerzas de invasión. Según él este combate tenía un sentido mucho más amplio. Había que liberar al gobierno de la República de Turquía de las instituciones otomanas y hacer acceder a la sociedad turca a los valores sociales y culturales admitidos por el mundo entero”*.⁶²

De esta manera los jeques, los derviches, los adivinos, los magos los exorcistas y los preparadores de menjurjes mágicos serían a partir de aquel momento cosa del pasado, o al menos tendrían una existencia clandestina y marginal. *“A pesar de todo su agnosticismo, Kemal no pensaba eliminar la religión. Lo que intentaba era quitarle su condición de instrumento político que había sido durante siglos”*.⁶³

En la persecución de este objetivo Ataturk estaría dispuesto a llegar tan lejos como fuese necesario. De esta manera, llegado el momento prohibiría el uso del fez, el sombrero tradicional turco, empleado desde hacía cerca de cien años y que simbolizaba entre otras cosas la fe islámica. Kemal proscibiría su uso para los ciudadanos comunes y corrientes, lo circunscribiría a los ministros de culto e impondría en ocasiones incluso por la fuerza el uso de la indumentaria occidental, particularmente del sombrero. Lo que los historiadores llamarían “la revolución contra el fez” no encontraría por lo demás mayor oposición. Todo el mundo iría adaptándose a las nuevas maneras y especialmente los jóvenes encontrarían en el uso del sombrero y de la indumentaria occidental, un rasgo de modernidad que los impulsaba a darle a la sociedad turca el dinamismo que necesitaba. Sin embargo, las tradiciones ancestrales de los turcos, tradiciones muchas de ellas provenientes de épocas muy lejanas en el tiempo, no desaparecerían del todo, sino que permanecerían latentes en las raíces más profundas del pueblo turco, en espera de mejores tiempos para manifestarse. Era pues imposible, incluso para Ataturk borrar el pasado de un plumazo. Sin embargo él permanecería firme a su intención de modificar diametralmente los usos, costumbres, hábitos y prácticas del pueblo turco. Desde un primer momento Kemal habría medido con precisión los alcances de sus aspiraciones de reforma social. Incluso habría subordinado el trabajo que había que hacer en este rubro al que era necesario también en el terreno político. Kemal lo había expresado así en un discurso pronunciado en los últimos momentos de la guerra greco – turca: *“Después de la liberación tendremos un deber nacional y patriótico muy importante. Particularmente habrá que probar efectivamente por reformas realizadas hacia el interior de nuestra sociedad que podemos ser un órgano activo en el seno de las naciones civilizadas. Para triunfar en este empeño, nosotros necesitamos trabajar en lo social más incluso que en lo político”*.⁶⁴

Otra inquietud que en materia socio-cultural definía las políticas de Kemal era aquella que tenía que ver con la emancipación de la mujer. Las mujeres turcas habían vivido por siglos en un estado de marginación y discriminación extremo. No podían por

⁶² Giraud, René. Op. Cit. p.165.

⁶³ Kinross, Lord. Op. Cit. p. 311.

⁶⁴ Aksit, İlhan. *Mustafa Kemal Atatürk*. Sirketi Kültür. Estambul.1998. p167.

ejemplo ni siquiera acompañar a sus maridos en eventos sociales, no podían ir al teatro y cuando viajaban lo hacían en compartimentos especialmente destinados para ellas. Estaban excluidas de las principales profesiones y oficios y en el matrimonio no contaban con garantía alguna frente a su esposo quien podía deshacerse de ellas con el simple hecho de repudiarlas, de pronunciar frases como “¡Sal de esta casa!”, “¡Ya no te quiero!”, “¡Te repudio!”. Para Kemal era importante avanzar en el reposicionamiento de la mujer en el seno de la sociedad turca y en la revalorización de su papel y de su potencial en ella. El valor que Atatürk le daba a esta necesidad de reforma lo podemos encontrar con indiscutible elocuencia en el párrafo de uno de sus discursos que transcribe René Giraud en su obra *Atatürk*. De acuerdo con Giraud desde 1923 en sus participaciones públicas Kemal expondría que:

“Si una sociedad se contenta con satisfacer las necesidades modernas de sólo uno de sus dos sexos, esta sociedad está debilitada en una mitad. La razón de la falta de éxito de nuestra sociedad reside en la indolencia y la indiferencia que hemos mostrado respecto de nuestras mujeres. Los hombres vienen al mundo para vivir de acuerdo a su destino. Vivir significa estar activo. Por lo tanto, si en una sociedad un género está activo mientras que el otro esta inerte, esta sociedad está paralizada”⁶⁵

Atatürk deseaba pues dotar a las mujeres de los mismos derechos de que gozaban los hombres. Si bien buscaría que el proceso no se saliera de control, es incuestionable que Atatürk lo llevaría a efecto con notable celeridad. En actos públicos, en acciones de gobierno y en cada oportunidad que se le presentaba, Kemal manifestaba su deseo de redimensionar el papel de la mujer en la sociedad turca. De esta suerte poco a poco, a través de un proceso gradual pero firme, las mujeres irían penetrando en las diferentes esferas de acción de la vida cotidiana de la Turquía de la primera mitad del Siglo XX, al punto de que ya en 1925 las mujeres gozarían de derecho a voto a nivel municipal. En 1930 podrían sufragar a nivel parlamentario y cinco años más tarde y con el firme apoyo de Atatürk, cinco mujeres ocuparían escaños en la propia Gran Asamblea Nacional.

En lo que a los derechos de las mujeres de cara al matrimonio se refería, Kemal introduciría cambios importantes. Tal vez el más significativo sería, como lo hemos mencionado con anterioridad, la implementación de un Código Civil basado en el de Suiza en el que se consignaba la abolición de las figuras del repudio y la poligamia y la introducción de elementos como el matrimonio civil y el divorcio. En el nuevo código civil también quedarían asentados los derechos de trato igual a los ciudadanos turcos pertenecientes a minorías extranjeras. Todos estos cambios serían una realidad primero en el papel y después en las prácticas y costumbres del día a día. Sin embargo sería inaceptable dejar de reconocer los incuestionables avances que en materia social significaron estas reformas. Sin temor a pecar de exageración, en muchos aspectos, la introducción del nuevo código civil implicaría el favorecimiento de la existencia de un poder judicial independiente y de los mecanismos destinados a garantizar su pleno respeto.

⁶⁵ Giraud, René. Op. Cit.. p.165

Volviendo al escenario político interno, la realidad de la Turquía de Atatürk era la de un líder, el propio Kemal, que ejercía un poder prácticamente absoluto. Ostentando los cargos de Presidente de la República, Presidente del Partido en el poder y responsable último del gabinete y de las acciones del gobierno, Kemal hacía y deshacía libremente sin que apenas encontrase oposición. Muy apegado a los impulsos humanos naturales, si las circunstancias se le presentaban, Kemal se negaba a ceder el más mínimo poder. A través de las acciones de los llamados Tribunales de la Independencia perseguía y silenciaba a quienes resultaban opositoros a sus políticas y contrarios a su ideal de país, de sociedad pues. De esta suerte, al menos durante la vida de Atatürk, la democracia en Turquía sería algo cosmético y la organización política, se caracterizaría por la de ser un estado laico, republicano en las formas aunque en la esencia no, al menos por el momento, con un gobierno cuya centralización resultaba tanto o incluso más intensa que en las épocas del sultanato otomano, administrado por una burocracia intelectual y apoyado fundamentalmente en el ejército. La preeminencia de Atatürk llegaría a un punto tal que el propio Kemal llegaría a promover el surgimiento de un partido de oposición para disimular un poco el monopolio que ejercía del poder político en el país. Atatürk indudablemente quería un sistema democrático auténtico, sano y funcional para su país, pero importantes fuerzas lo llevarían a constituirse por momentos en la encarnación de su negación, de su inexistencia. Estas fuerzas serían a mi juicio, por un lado el hecho de que incuestionablemente la sociedad turca, gobernada por siglos bajo un esquema monárquico, no estaba aún preparada para una verdadera democracia liberal y, por otro lado, la natural tendencia humana a buscar siempre el poder sobre los demás y una vez conseguido, a hacer todo cuanto estuviese en su capacidad por conservarlo. Si bien Kemal pondría las bases para la Turquía democrática y republicana que soñaba, ésta tardaría mucho tiempo en materializarse a plenitud. A juicio de quien escribe y a pesar de haber contado con el respaldo de legitimidad que en su momento le dieron los Congresos de Erzerum y Sivas, la Turquía de Atatürk podría definirse como una dictadura caudillista de partido único, benévola disfrazada de democracia y sin pretensiones de expansión territorial.

Hacia 1927, ya con importantes avances en lo que tenía que ver con el renovado papel de la mujer en la sociedad, la casi eliminación del poder político del clero y la sustitución de los símbolos propios de una sociedad islámica por prácticas costumbres e indumentaria occidentales, Atatürk juzgaría oportuno dar el siguiente paso en sus esfuerzos por modernizar a su país, a saber, la reforma del alfabeto. Turquía había empleado por siglos el alfabeto árabe que ciertamente no se adaptaba del todo a la lengua turca. Esta adopción, como resulta evidente, obedeció fundamentalmente a motivos religiosos. Pues bien, a juicio de Kemal había llegado la hora de modificar para bien esa situación. De un momento a otro Kemal decretaría la substitución del alfabeto árabe por el alfabeto latino para todos los asuntos, mayores y menores, de la vida del Estado turco. Se implementarían programas especiales de capacitación para que la población se familiarizara con el nuevo alfabeto. Los documentos oficiales comenzarían a emitirse ignorando ya el viejo alfabeto árabe. Atatürk le daría varias vueltas al país visitando las ciudades más importantes y las localidades más apartadas para convencer a su pueblo de lo positivo del cambio de escritura. El símbolo de toda esta “cruzada” sería la figura del profesor. Los habría por todos lados en ferviente actividad para garantizar que hasta el más sencillo de los turcos recibiese la correspondiente instrucción para permitirle compatibilizar con la nueva manera de leer y escribir. En este sentido y como sucedió con la llamada “revolución contra el fez”, para los de mayor edad resultaría más difícil adecuarse a las innovaciones e incluso en su ámbito privado continuarían

empleando el viejo alfabeto, sin embargo, para los jóvenes, la adopción del alfabeto latino sería un símbolo de modernidad que muy pronto acogerían con entusiasmo. No querían pues quedarse al margen de la evolución de la historia. Al tiempo que este proceso se llevaba a cabo, en noviembre de 1928, dos cambios legales de indudablemente gran significación tendrían lugar. Por una parte, el latino sería establecido como el alfabeto oficial de Turquía y por la otra, de la Constitución turca sería borrada la frase que consignaba que “la religión del estado turco es la islámica”. Este hecho significaría pues, que ya de manera oficial, la República Turca sería una república laica. Todo lo anterior muestra con elocuente claridad el ritmo y los alcances que caracterizarían a las reformas occidentalizantes kemalistas.

A pesar de que las reformas políticas y sociales marchaban viento en popa, a finales de la década de los veinte, algunos problemas económicos perturbarían la marcha de la sociedad turca. Kemal no le había dado mucha importancia a los problemas económicos. El Gazi durante la primera parte de su vida política no había considerado que la economía tuviese un papel verdaderamente fundamental para el desarrollo del país y para la consolidación de sus reformas. Aunque el final de la Primera Guerra Mundial significó para Turquía la pérdida de vastísimas extensiones de territorio, continuaba siendo un país muy grande con importantes recursos pero sin la infraestructura y las capacidades tecnológicas para capitalizar su explotación. Dado que para Kemal la opción de la contratación de créditos representaba el enorme riesgo de nuevamente quedar a merced de la voluntad de las grandes potencias, se buscarían opciones distintas para redinamizar la economía del país. La concepción del Gazi sin embargo contemplaba a plenitud, ante la ausencia de capital nacional, la necesidad de atraer capital extranjero. Él mismo lo expresaría con gran elocuencia en un discurso cuya transcripción podemos encontrar en la obra *Atatürk* de Rene Giraud:

“Ante la insuficiencia de capitales nacionales para convertir a nuestro país rápidamente en una entidad próspera, utilizar los capitales y los medios del exterior es una necesidad para nuestros intereses. Que no se vaya a creer que somos adversarios del capital extranjero. ¡No! Nuestro país es vasto. Estamos necesitados de trabajo y de capital. Por lo tanto, estamos en todo momento dispuestos a dar las garantías necesarias a los capitales extranjeros con la condición de que respeten las leyes”.⁶⁶

De esta suerte y teniendo en cuenta por un lado la necesidad de atraer capital extranjero, y por otro, la de asegurarle al Estado un papel fuerte en la economía, se organizaría un congreso económico que resultaría una suerte de segunda parte de aquel que se había organizado a finales de 1923. De estas reuniones, los dirigentes de la República turca y los expertos economistas que se reunieron con ellos decidirían políticas que si bien no carecerían de problemas de instrumentación, sí llevarían a Turquía a un escenario mucho más favorable en lo que tenía que ver con sus problemas de infraestructura y captación de capital productivo. De las reuniones se concluiría un esquema bajo el cual el estado mantendría un bajo perfil en el manejo de la economía dejando a la iniciativa privada obrar con bastante libertad e interviniendo solamente cuando ésta demostrase claramente su incapacidad de enfrentar los problemas. En lo que a la microeconomía concernía, la eliminación de los diezmos de los que se

⁶⁶ Ibidem. p.214.

beneficiaban las organizaciones religiosas turcas terminaría por traducirse en un elemento impulsor del crecimiento económico al liberalizar la inversión y potenciar el consumo. De acuerdo con los puntos de vista del Gazi, la opción a seguir debía ubicarse en un punto intermedio entre el modelo de economía de planificación central encarnado por la Unión Soviética y el liberalismo económico representado por el mundo occidental. Sin intentar discernir los porqués de los aciertos y errores de ambos modelos, una cosa cierta es que el esquema semi estatizado que Atatürk instauraría en Turquía ayudaría en no poca medida a resolver importantes problemas de funcionalidad económica que tenía el estado turco. Por otra parte resulta igualmente innegable el hecho de que el modelo impulsado por Kemal generaría complicaciones y problemas que tendrían que ser resueltos por generaciones posteriores de líderes políticos y económicos turcos.

En medio de este panorama económico, político y social, Atatürk enfrentaría los retos que representaba el consolidar la posición de potencia regional respetable que Turquía había construido. Ya a mediados de los años treinta, Europa experimentaría regímenes políticos similares de alguna manera al que Atatürk había venido encabezando en la nación heredera del extinto imperio otomano. Alemania, Italia, de alguna forma la Unión Soviética y muy pronto España vivían y vivirían dictaduras caudillistas de partido único. Los rasgos fundamentales que distinguirían al régimen turco del hitleriano o mussoliniano serían principalmente, por un lado el hecho de que a pesar de que la democracia electoral y liberal no era sino una mera fachada, los turcos tendrían sus libertades personales por lo menos mínimamente garantizadas. En este sentido, la turca era pues una semi democracia o una dictadura benévola mientras que los regímenes europeos distarían mucho de ostentar esta característica. Por otro lado el régimen kemalista turco a diferencia de sus pares europeos no tendría intereses de expansión territorial. Para la Turquía kemalista el adquirir nuevos territorios era algo que estaría fuera de sus inquietudes sin que eso significase que estuviese dispuesta a ceder en lo concerniente a su propia integridad territorial. De esta suerte, para Kemal resultaría de enorme trascendencia el garantizar que la nueva Turquía, la Turquía Republicana enviase señales muy claras en el sentido de que no compartía en lo absoluto la vocación expansionista del extinto imperio otomano pero, por otra parte, estaría tan lista como lo estuvo cuando se dio la invasión griega a principios de la década de los veinte para defender lo que legítimamente le correspondía. Para Kemal la política exterior de su país debía responder a inquietudes muy concretas: mantener a Turquía como potencia regional de primer nivel, capaz de defender sus intereses desde posiciones sólidas y con márgenes de negociación más o menos amplios, y crear las condiciones de cercanía y amistad con sus vecinos inmediatos y con las principales potencias del escenario internacional con objeto de tener garantizada la estabilidad en lo que al universo diplomático se refería, buscando que esa estabilidad contribuyese a la consolidación de las reformas políticas y sociales que al interior de la sociedad turca a instancia suya se estaban llevando a cabo.

De esta suerte en aquel momento, para Kemal era prioritario cerrar acuerdos de amistad con todos los países posibles. Desde las potencias europeas hasta los países árabes pasando por los Balcanes, la Unión Soviética y Persia demostrando en todo momento total disposición de colaborar con organismos internacionales como la Sociedad de Naciones. En este sentido, como bien lo señala Georges Daniel, *“Mustafá Kemal, consagraba mucho tiempo a la política exterior y especialmente a la preparación de pactos de amistad con sus vecinos tanto del este como del oeste. El*

discurso que pronunció en francés el 26 de octubre en ocasión de la última sesión de la Segunda Conferencia Balcánica refleja su vivo deseo de consolidar las relaciones pacíficas de Turquía con los estados de la región".⁶⁷ Siendo esta la situación, la Turquía kemalista firmaría un acuerdo de amistad con Grecia, mismo que sería seguido en octubre de 1930 por una visita oficial a Turquía del Primer Ministro griego Eleuterios Venizelos. Más tarde Atatürk firmaría un tratado similar con Italia y un acuerdo de carácter eminentemente comercial con la Unión Soviética, mismo que se sumaría al Pacto de No Agresión que ambos países habían firmado en tiempos de la crisis con Gran Bretaña por el asunto de Mosul. El Pacto Balcánico por otra parte permitiría a Turquía estrechar sus relaciones con los países de su península vecina, estados independientes que hacía apenas unos años habían sido sus enemigos en virtud de que habían formado parte de las posesiones coloniales del Imperio Otomano. El Pacto Balcánico se sumaría al nuevo tratado con Afganistán, cuya primera versión se había firmado hacía casi diez años y, por otra parte, aunque con mayor dificultad, sobre todo debido a las reservas generadas en Teherán a raíz del diferendo fronterizo por el Kurdistán y la abolición del califato, Atatürk lograría llegar a un acuerdo amistoso con Persia e incluso a que el sha realizara una visita oficial a Ankara. Para demostrar su cercanía con la sociedad occidental y la simpatía turca con el modelo europeo de organización internacional, Atatürk autorizaría la conversión de Aya Sofía en un museo. Aya Sofía cuyo nombre original Santa Sofía había correspondido a su función original, a saber, la de iglesia cristiana ortodoxa, construida en Constantinopla por Justiniano el Grande en el siglo VI después de Cristo antes de que Mahomet II, sultán turco conquistara la capital del Imperio Bizantino y le cambiara el nombre por el de Estambul y convirtiera a la iglesia en mezquita en 1453 fecha en la que habría caído definitivamente el Imperio Romano de Oriente o Imperio Bizantino a manos de los otomanos.⁶⁸

De esta suerte, el único tramo no cubierto en el cinturón de seguridad diplomática y militar construido por Atatürk en torno a la República turca lo constituía el Iraq del Rey Faisal, país con el que seguían existiendo serias diferencias a raíz del conflicto fronterizo causado por los reclamos de ambas entidades sobre la pertenencia de la región de Mosul. En cualquier caso, esta situación se vería notablemente atenuada con la firma del Pacto de Sadabad en el este, el cual además serviría para equilibrar la situación ante la existencia del Pacto Balcánico en el oeste. Estando así las cosas, lo que constituiría la cereza en el pastel de los esfuerzos del Gazi por consolidar la posición turca en el escenario internacional sería la visita que el general Douglas MacArthur realizaría por aquellas épocas a Ankara y Estambul. Como vemos no eran tiempos sencillos en lo que a relaciones internacionales concernía y sin embargo, Kemal había sido capaz de construir un "cinturón sanitario" en torno al estado que dirigía, suficientemente fuerte para ponerlo a salvo de las amenazas que entrañaba la guerra que indudablemente se avecinaba.

Por aquellos meses y como ya lo hemos mencionado, la situación en Europa no era sencilla. En opinión del propio Kemal, las condiciones draconianas que los triunfadores de la Primera Guerra Mundial le habían impuesto a Alemania no harían sino provocar nuevamente la naturaleza bélica del país teutón. Para Atatürk lo que

⁶⁷ Daniel, Georges, Op. Cit. p.272.

⁶⁸ Gorlich, Ernst J, Op. Cit..p 295.

estaba experimentando el continente en ese momento era una suerte de tregua que indudablemente concluiría con el estallido de una nueva conflagración. Respecto a la posible posición que Turquía podría asumir ante la guerra que se aproximaba y ante las posibles consecuencias o incluso ventajas de la política por la que se guiara, Kingross nos da un elocuente punto de vista sobre lo que pasaba en aquel entonces por la mente de Atatürk *“Kemal era nacionalista. Pero el suyo no era un nacionalismo paranoico. Sabía que la hora de los imperios había pasado ya. El mundo vivía la hora de las naciones”*.⁶⁹

En otro orden de acontecimientos, al margen de lo que estuviera ocurriendo en el convulso panorama internacional, Atatürk estaba decidido a continuar con las reformas político – sociales a las que había dedicado gran cantidad de sus energías. En esta ocasión promovería dos importantes cambios: modificaría el calendario substituyendo el viejo calendario turco, basado en los meses cristianos y en el año islámico por el calendario gregoriano de la era cristiana. Por otra parte, introduciría en Turquía la práctica, muy práctica por cierto, de dar a las personas un apellido para facilitar su identificación. Hasta ese momento en Turquía, como ocurría en los países árabes, las personas se conocían simplemente por su nombre de pila o por una referencia que informaba de quién habían sido hijos. Hussein Ib Ali por ejemplo, significaba Hussein hijo de Ali. Partiendo de la iniciativa de Kemal, en adelante los turcos, al igual que los habitantes de los países occidentales tendrían un apellido. De esta manera, escogería para sí el nombre con el que pasaría a la historia: Atatürk, padre turco. Para sus más cercanos colaboradores elegiría apellidos que tuvieran que ver con el servicio que había dado a la patria. Ismet por ejemplo pasaría a llamarse Ismet Inonu por haber sido Inonu el lugar en el que había protagonizado una de las batallas decisivas en la lucha contra los griegos. Tefic Rostu recibiría el apellido de Aras por ser éste el nombre del río que marcaba la frontera que había negociado con los persas y así. Pronto todos los turcos tendrían un apellido y dejarían de ser conocidos simplemente por su nombre de pila. Al respecto de la significación del apellido elegido por Kemal, es decir Atatürk, padre turco o padre de los turcos, Kingross sostiene que: *“Realmente Atatürk era el padre de los turcos. La nación era creación personal suya, su sistema político, también. Su influencia se dejó sentir también, evidentemente en el elemento humano. La nueva generación turca estaba más cerca de Europa que de Asia y África gracias a los esfuerzos de Kemal.”*⁷⁰ Es una realidad inobjetable pues que Kemal habría reconstituido de raíz a la nación turca. Podríamos incluso decir sin temor a exageraciones que él la creó. Más allá de las modificaciones estructurales en lo político y lo económico, en lo institucional pues, Atatürk habría alcanzado con su influencia los rincones más recónditos de la esencia del pueblo que hoy conocemos como turco. A este respecto el historiador británico Emil Lengyel comenta que:

“Kemal empezó por construir una nación turca. Es una prueba de ignorancia el creer que “la nación turca” ha existido desde hace siglos. Los turcos formaban el poder dominante del Imperio Otomano, pero no el imperio en sí mismo, que era una conglomeración de pueblos: turcos, árabes, armenios, griegos, egipcios, kurdos, balcánicos, y otros muchos. El imperio era una mera

⁶⁹ Kinross, Lord. Op. Cit. p.346

⁷⁰ Ibidem. p.353.

idea y un instrumento. Era una idea creada por la fuerza dinámicamente expansiva del Islam”.⁷¹

Al hablar de otomano, no nos referimos pues a un pueblo, sino a una familia que dirigía un imperio en el seno del cual los turcos como tales eran simplemente una comunidad más. En relación con la diversidad cultural que ciertamente caracterizó durante siglos al Imperio de los Osmanlís, y que indudablemente permite sacar conclusiones sobre lo débil o fuerte que, a principios del Siglo XX, podía ser la identidad nacional turca, Colín Imber en su obra *El Imperio Otomano 1300-1650*, nos dibuja de una forma muy elocuente, un panorama bastante completo. La claridad de su disertación nos ha impulsado a referirla con la mayor extensión posible. En dicha obra, el académico de la Universidad de Manchester expone que:

“En el siglo XVII, los europeos, como siguen haciéndolo hoy, normalmente se referían a este imperio como el “Imperio Turco”, y a su pueblo – o por lo menos a la población musulmana – como “turcos”. No obstante, estas designaciones son correctas sólo en parte. La población del Imperio era heterogénea en su religión, su lengua y su estructura social. Siendo la fe de los sultanes y la elite gobernante, el Islam constituía la religión dominante, pero las iglesias ortodoxas, griegas y armenias, conservaban un lugar importante dentro de la estructura política del imperio y atendían a grandes poblaciones cristianas que, en muchas zonas excedían en número a los musulmanes. Había también una población considerable de judíos otomanos. A consecuencia del asentamiento ahí de los judíos expulsados de España en 1492, Tesalónica se había convertido en la ciudad con la mayor población judía del mundo. Aparte de estos grupos principales, había muchas otras comunidades cristianas y no cristianas, como los maronitas y los drusos del Líbano. Los grupos lingüísticos eran tan diversos y solapados como las comunidades religiosas. En la Península Balcánica, los que hablaban eslavo, griego y albanés, eran indudablemente mayoría, pero además de ellos había minorías importantes de turcos y valacos que hablaban romance. En Anatolia el turco era la lengua mayoritaria, pero era también una región de habla griega y armenia y, en el este y el sudeste, kurda. En Siria, Iraq, Arabia, Egipto y el norte de África, la mayor parte de la población hablaba dialectos del árabe y, por encima de ésta, la elite era turcoparlante. Sin embargo, en ninguna provincia del Imperio existía un único idioma (...) Por consiguiente, el Imperio Otomano no era exclusivamente islámico ni exclusivamente turco. Más bien era un imperio dinástico en el que la única lealtad que se exigía a sus variados habitantes era la fidelidad al sultán. La lealtad exigida a aquellos que no detentaban cargos consistía sólo en no revelarse y pagar impuestos en metálico, especie o servicios. Incluso estos solían ser negociables. Era al fin la persona del sultán y no la identidad religiosa, étnica o de otra índole, lo que mantenía el imperio unido.”⁷²

Como hemos visto, el conglomerado de comunidades que hacia la segunda década del Siglo XX vivía en la también llamada Asia Menor, carecía de los suficientes elementos vinculatorios de índole cultural como para poder afirmar que entre ellos

⁷¹ Lengyel, Emil. Op. Cit. p 124.

⁷² Imber, Colín. *El Imperio Otomano 1300-1650*. Javier Vergara Editor. Barcelona. 2002. p.20-21.

existía una noción de nacionalidad compartida. Sería Atatürk, que por lo demás era macedonio, quien de muy diversas formas, haría germinar en el alma de esa comunidad el sentido de identidad nacional. Sería él pues, quien dotaría a los hoy conocidos como turcos, de los elementos cohesivos suficientes para concebirse como un único pueblo con un destino que alcanzar y un pasado hacia el cual volver la mirada. Eso sin embargo se habría hecho en décadas ya pasadas. Ahora las capacidades de Atatürk para impulsar grandes obras y llevar a cabo reformas trascendentales parecía haberse mermado seriamente.

Para el año de 1936, Kemal no sería ya el mismo hombre. La edad habría comenzado a afectarle. No tendría la misma lucidez, manifestaría serios problemas en lo que tenía que ver con el control de sus nervios y de su temperamento, no podría controlar en manera alguna su forma de beber y en general comenzaría a vivir una decadencia, si no política, sí personal. En cualquier caso, continuaría profundamente interesado en los asuntos nacionales y, conciente de que el final de sus días no estaría muy lejos, dedicaría aún más energía que la habitual a crear las condiciones para fortalecer las posiciones turcas en el tablero internacional. En este sentido, poco tiempo después y a consecuencia de una Conferencia celebrada en Montreaux, Turquía recuperaría el derecho de militarizar los estrechos y con él, el de determinar si permitiría o no el paso de buques de guerra a través de ellos. Ni la Alemania hitleriana ni la Italia mussoliniana se sentirían particularmente cómodas con ese hecho. Sendas delegaciones de ambos países intentarían persuadir a los embajadores turcos para concretar la firma de un nuevo pacto de amistad entre Ankara y sus respectivas capitales. Sin embargo, para estas fechas las cosas habrían cambiado lo suficiente como para que Atatürk tuviera claro el imperativo de no casar su destino al de ninguna de las dos potencias europeas.

De esta suerte, el gobierno turco se negaría a tales acercamientos y se limitaría eso sí a enviar a una delegación a Moscú para tranquilizar a los rusos que se habían sentido preocupados también por el nuevo estatus de los estrechos. Eran pues los días del renacimiento del belicismo alemán, eran los días de las pretensiones colonialistas italianas, los momentos previos al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Para Atatürk siendo ésta la coyuntura internacional a la que Turquía tendría que enfrentarse, resultaba imperioso crear las condiciones para un nuevo acercamiento con Gran Bretaña. Esto sería posible muy poco tiempo después cuando a finales del año de 1936 con motivo de la visita oficial del Rey de Inglaterra Eduardo VIII a Turquía, se firmaría la Entente Cordiale Anglo-Turca, documento que representaría mucho para Ankara en lo concerniente a la seguridad de su posición internacional. Habiéndose firmado el acuerdo con Gran Bretaña, quedaría solamente pendiente el firmar uno similar con Francia. Sin embargo en este caso las cosas se presentarían aún más difíciles dado que con la potencia gala seguía existiendo un serio diferendo a propósito de la situación de Hatay o Alejandreta, región sobre la que Turquía alegaba derechos de soberanía y cuya resolución había quedado pendiente desde el ya lejano acuerdo franco-turco de Franklin-Bouillon.

El problema de Alejandreta o Hatay tenía que ver con el hecho de que, en virtud de que esta región contaba con una importante proporción de pobladores de origen turco, Turquía pretendía que fuese incorporada a su territorio. Mientras Francia, después de finalizada la Primera Guerra Mundial, había ejercido su papel de potencia mandataria del territorio de Siria, zona dentro de la cual se encontraba Hatay, no hubo mayor

problema dado que la resolución de la cuestión había quedado pendiente, como ya lo hemos mencionado, desde la firma del acuerdo Franco-Turco de Franklin-Bouillon. Sin embargo en el año de 1936 Francia manifestaría su intención de otorgar la independencia a Siria y este hecho pondría nuevamente en una posición de actualidad el asunto de Hatay puesto que los franceses pretendían incluir a Alejandreta dentro del territorio del nuevo país.

El diferendo sería pues sometido a la consideración de la Sociedad de Naciones, organismo que procedería enviando a la zona a observadores propios de carácter neutral que estuviesen en condiciones de emitir un juicio basado en información imparcial de primera mano. Aunque ya disminuido en sus capacidades físicas, que no políticas, Kemal dedicaría grandes esfuerzos a promover la causa turca en lo concerniente a este asunto. Para él era muy importante ganar la batalla diplomática por Hatay. De esta suerte y en la conciencia de que Francia no iría a la guerra por un asunto relacionado con un territorio en disputa en medio oriente y mucho menos considerando la situación que para esos momentos se vivía en Europa, haría creer a todo el mundo que el ejército turco concentraba grandes contingentes de tropas y tomaba posiciones en una amplia franja cercana a su frontera sur. Este hecho y el que en Alejandreta se hubiesen producido enfrentamientos entre árabes y turcos crearía las condiciones para que muy pronto se iniciaran negociaciones en torno al asunto bajo un esquema muy favorable a los intereses de Ankara.

Ya durante la celebración de las pláticas, el delegado francés reconocería dos puntos fundamentales. El primero sería que ciertamente Hatay no era demográficamente totalmente árabe y el segundo, que la ciudad - puerto de Senderun, por lo demás en extremo importante para Turquía, sería muy difícil de defender militarmente por el próximamente estado independiente de Siria. Sin embargo en París, la idea de otorgar la soberanía de Hatay a Ankara no causaba demasiado entusiasmo. En este sentido si bien para Kemal, como ya lo hemos mencionado, quedaba claro que Francia no estaría dispuesta a una confrontación militar por este diferendo, era igualmente indiscutible el hecho de que no sería conveniente herir al Quai D'Orsay en su amor propio enfrentándolo a una situación consumada.

[De esta manera la estrategia turca sería la de no precipitar las cosas y continuar pujando por sus intereses en la mesa de negociaciones, mismas que pronto derivarían en un escenario intermedio temporal, a saber: Hatay se convertiría en una zona separada del gobierno de Damasco y plenamente autónoma en lo que a sus asuntos internos concerniría aunque los sirios tendrían la facultad, eso sí, de controlar su política exterior y de establecer sus parámetros monetarios y aduaneros a cabalidad. De las conversaciones cuatripartitas de las que en este año de 1937 habían formado parte delegaciones de París, Ginebra, Ankara y Siria, surgiría también el acuerdo de que las lenguas oficiales de la región, a diferencia de lo que sucedería con el resto del estado sirio, serían no solamente el árabe, sino además el turco.

En mitad de la puja diplomática por la inclusión de Hatay en el territorio turco, Kemal haría cambios en su grupo de colaboradores que afectarían de manera no poco importante la marcha de la política interna turca. Ismet Inonu, su amigo y viejo compañero de armas, sería substituido en el cargo de Primer Ministro por Celal Bayar. Aunque sabemos que existían diferencias en las concepciones económicas y políticas de Inonu y Ataturk, no resulta del todo aventurado pensar que este cambio habría

obedecido a la preocupación de Kemal por reducir el desgaste que como Primer Ministro Ismet había venido sufriendo, tendiendo presente, como se corroboraría más adelante, que para Kemal él debía de ser su sucesor. En cualquier caso, este tipo de cambios permitirían a Atatürk continuar manteniendo un control casi total de los asuntos de estado evitando la construcción de figuras que en algún momento pudiesen rivalizar con la suya propia. Por otra parte, la salud del Gazi se deterioraría con el paso de los días al punto de que pocas semanas después del cambio de Primer Ministro le sería diagnosticada cirrosis hepática, enfermedad que de acuerdo al equipo médico que lo atendía, requeriría de él una férrea disciplina de descanso y de alejamiento de los asuntos público. Kemal por lo demás y no hace falta decirlo, estaría muy lejos de ser capaz de semejante sacrificio. Atatürk ya había decidido dedicar sus últimos meses o años a la consecución de su último servicio a la patria, a saber, la incorporación de la región de Alejandreta a la Turquía que a lo largo de su vida, con tantos esfuerzos había ayudado a construir.

Teniendo como base el acuerdo que planteaba la solución intermedia de la autonomía política de Hatay, el siguiente paso, las elecciones que la Sociedad de Naciones organizaría y en las que la población de la zona decidiría a qué país deseaba pertenecer, se mostraba peligrosa para los intereses de Ankara dado que, estudios más a detalle habían revelado que si bien la comunidad turca de Hatay era la más importante, no constituía una mayoría absoluta puesto que era superada en número por la unión de las comunidades árabe y armenia.

Por otra parte era evidente el hecho de que por consideraciones fundamentalmente económicas el sentir popular le daba su simpatía a Siria. Ante este estado de cosas, Atatürk decidiría promover una demostración de fuerza organizando actos multitudinarios en Antakya, la antigua Antioquia, que demostrasen cuan fuerte era el deseo del pueblo turco de incorporar a su territorio la región en disputa y permitiesen a todos los actores hacer sus propios conjeturas respecto de, llegado el momento, a qué tanto estaría dispuesta Ankara para defender lo que consideraba era su legítimo derecho. Estos despliegues de fuerza militar y movilización social serían dirigidos por el propio Kemal muy a pesar de su deteriorada salud y estarían destinados a presionar directamente a los franceses. La estrategia pronto rendiría frutos. La lista de empadronamiento de Hatay para las elecciones sería cancelada y el asunto tendría que resolverse bajo otros esquemas. Francia, preocupada por la situación en Europa, indudablemente descartaría el destinar fuerzas a Medio Oriente con objeto de que participasen en la defensa de los argumentos de París en el área.

Por otra parte, viéndose muy cerca el inicio de la Segunda Guerra Mundial, al gobierno galo le preocuparía en no poca medida el hecho de que muy pronto Turquía, ya en plena conflagración militar europea, estaría en condiciones de permitir o no el paso de buques militares a través de los estrechos. Estas inquietudes contribuirían pues a que los franceses suavizaran su posición y se avinieran a sentarse nuevamente a la mesa de negociaciones con los representantes turcos. Una delegación de Ankara se trasladaría entonces a París y en la capital francesa, después de arduas discusiones, se llegaría al acuerdo de que el ejército turco podría desplegar efectivos en Hatay para vigilar que las elecciones en las que se decidiría el destino de la región se desarrollaran con absoluta normalidad. Tan pronto se contó con el acuerdo firmado, los efectivos turcos penetraron, en la todavía zona bajo mandato francés y tomaron posiciones. Este hecho resultaba desde luego de trascendental importancia para Kemal y para sus

aspiraciones en la zona. Georges. Daniel describe del siguiente modo el traslado del contingente militar desde el territorio turco hasta la región de Hatay: *“El lunes 4 de julio las tropas turcas fueron aclamadas por la población a su paso por Antioquia. Ataturk estaba en una indescriptible euforia. Se decía que no había hecho en vano el esfuerzo de encabezar personalmente las movilizaciones. Esfuerzo que tanto había deteriorado su salud. El día 9 presidiría una reunión de gobierno. Sería su último Consejo de Ministros.”*⁷³

Poco después se celebraría la elección en Hatay y el resultado que arrojaría daría a los candidatos representantes de la comunidad turca veintidós escaños de cuarenta que conformaban la legislatura local y una sólida posición en lo que tenía que ver con la repartición de cargos administrativos en Alejandreta.

Mientras Turquía consolidaba sus logros diplomáticos en lo que tenía que ver con la búsqueda de imponer sus puntos de vista en la resolución del problema de Hatay, la salud de Kemal se vería cada día más deteriorada. La cirrosis hepática que padecía estaba ahora sí acabando con su vida. Un año más tarde de lo que referimos, Hatay pasaría a formar parte integrante del territorio de la República Turca constituyendo la materialización final del último esfuerzo de Kemal. Sin embargo él ya no podría verlo, la muerte lo alcanzaría mucho antes. En sus últimos días, Ataturk se dedicaría a amarrar los cabos que aun estaban sueltos en lo que tenía que ver con la sucesión presidencial tras su muerte, posibilitando la realización de su deseo de que Ismet Inonu fuese el próximo Presidente de la República Turca. Pocas semanas después así sucedería. Mientras tanto, viendo minarse su situación física minuto tras minuto, Kemal reposaría en el Palacio de Dolma Bache, su residencia en Estambul, hasta que la muerte terminaría con su existencia el 10 de noviembre de 1938. Esa noche, su cuerpo sería exhibido al pueblo turco durante tres días y tres noches en Estambul y luego partiría en tren en una lenta y solemne marcha hacia Ankara lugar en el que sus restos serían aquel día, depositados después de un imponente funeral, y en donde permanecerían hasta hoy en un majestuoso mausoleo que para ese efecto se construyó. *“En el inmenso cortejo, participaron todos los que ostentaban el poder político de la República, el cuerpo diplomático así como unidades militares enviadas por numerosos países extranjeros. El mundo entero rendía homenaje a aquel que en una década logró darle a su nación un rostro moderno después de haberle extirpado el arcaísmo que la caracterizaba”.*⁷⁴

⁷³ Daniel, Georges, Op. Cit. .p.358.

⁷⁴ Ibidem. p.373.

CAPÍTULO V.

LA ACCIÓN MILITAR Y POLÍTICA DE DE GAULLE Y SUS EFECTOS EN EL REPOSICIONAMIENTO EN LA CORRELACIÓN DE FUERZAS INTERNACIONAL Y EN EL CAMBIO POLÍTICO EN FRANCIA.

SUBCAPÍTULO 5.1. LA LLAMADA DEL 18 DE JUNIO. DE GAULLE ASUME EL LIDERAZGO DE LA RESISTENCIA.

SUBCAPÍTULO 5.2. LA RESISTENCIA FRANCESA, LAS FUERZAS DE LA FRANCIA LIBRE Y LAS FUERZAS FRANCESAS DEL INTERIOR. RISPIDEZ EN LA CUMBRE: LA RELACIÓN DE DE GAULLE Y LOS TRES GRANDES.

SUBCAPÍTULO 5.3. LA SEGUNDA DIVISIÓN BLINDADA Y LA LIBERACIÓN DE PARÍS.

SUBCAPÍTULO. 5.4. FIN DE LA GUERRA. FRANCIA EN LA ETAPA INMEDIATA POSTERIOR.

SUBCAPÍTULO 5.5. LA CUARTA REPÚBLICA FRANCESA, INDOCHINA, SUEZ Y LA CRISIS DE ARGELIA.

SUBCAPÍTULO 5.6. EL LLAMADO A DE GAULLE Y LA RESTRUCTURACIÓN POLÍTICA EN FRANCIA. NACIMIENTO DE LA QUINTA REPÚBLICA FRANCESA.

Capítulo V.

La acción militar y política de de Gaulle y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político en Francia.

Subcapítulo 5.1. La llamada del 18 de junio. De Gaulle asume el liderazgo de la resistencia.

El día 18 de junio de 1940, el Mariscal Pétain, transmitiría desde Burdeos las vergonzosas palabras de la capitulación: *"con dolor en el corazón les digo hoy que hay que cesar la lucha. Esta noche me he dirigido al adversario para preguntarle si él está dispuesto a buscar conmigo, como se hace entre soldados, después de la lucha y sin perder el honor, los medios para poner fin a las hostilidades"*.¹ Dos horas más tarde, de Gaulle aterrizaría en Londres, indignado, avergonzado, pero profundamente decidido a enarbolar enérgicamente la bandera de la recuperación del honor de la patria.

Ante estos acontecimientos el general reaccionaría echando por tierra buena parte de los principios que había guiado su carrera militar. Principios tales como la institucionalidad, la verticalidad, la disciplina ante las órdenes de los superiores, la obediencia que debe caracterizar a un buen soldado. De Gaulle en esta ocasión tendría motivos más que sobrados para pasar por alto todos estos principios aun cuando incuestionablemente habían servido en el pasado para el mantenimiento de la estabilidad y la solidez del Estado francés. En cualquier caso el general no tenía dudas. Una vez ocurrida la capitulación, estaría convencido de que su deber con Francia distaría mucho de ser el de obedecer a sus superiores. De esta suerte, de Gaulle desafiaba a su gobierno. Resulta importante destacar que sería el único. Ciertamente, de entre todos los miembros del gobierno y el ejército franceses, solo de Gaulle, se atrevería a condenar abierta y enérgicamente lo que consideraba una traición. El comportamiento de de Gaulle constituiría para buena parte de la población francesa, un acto de rehabilitación de la clase a la que pertenecía, a saber: la elite gubernamental y militar. En esos momentos, prácticamente la totalidad de quienes integraban esa clase se habría apegado a la opción ofrecida por el armisticio, a la opción consistente en respaldar el naciente gobierno colaboracionista de Pétain, por temor a que, de no hacerlo, sobreviniera el caos y la toma del poder por los radicales de izquierda.

La conducta que adoptó de Gaulle en esos momentos, como bien lo señala Molchanov, le proporcionaría de cara al pueblo francés:

“... la posibilidad de un ascenso inaudito, le confirió un prestigio y una influencia excepcionales. Pero todo esto no llego por si solo, tuvo que mostrar mucho valor personal, paciencia, resistencia, tensión, tenacidad, persistencia y voluntad. La seguridad con que tomó en sus manos, él solo, la bandera de Francia, al principio pareció a muchos que no era más que una absurda tragicomedia. Sin embargo, adquirió un significado muy diferente después de que él supo llevar esta bandera a través del huracán de la lucha, a través de dificultades, obstáculos, incomprensión y hostilidad”.²

¹ Prado, Juan Manuel. *Pétain*. Orbis. Barcelona. 1985. p.212.

² Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.127.

Una vez a salvo en Londres, lejos de la posibilidad de ser apresado por el recién instalado gobierno de Vichy, de Gaulle buscaría y lograría ser recibido por el Primer Ministro de Gran Bretaña. Winston Churchill, quien tenía una muy buena opinión del general francés, se entrevistaría con él en su despacho del número 10 de Downing Street. La alta opinión que Winston tenía de de Gaulle se había formado en ocasión de una de las visitas que hiciera a Francia poco antes de la capitulación. En aquella ocasión, encontrándose en Tours, Churchill, contraviniendo los consejos que en sentido contrario le habían dado los funcionarios del Foreign Office, se expresaría en términos muy elogiosos de de Gaulle. Winston diría de él que algún día sería el jefe militar supremo de Francia. El Primer Ministro británico había pues detectado los atributos que más tarde, incluso a pesar de los deseos del propio Churchill, terminarían por llevar muy lejos al general francés.

Ciertamente el gobierno de su majestad necesitaba una personalidad destacada que pudiese encabezar la representación de una Francia en el exilio opuesta a los nazis, una Francia exilada que pudiese contrapesar, al menos simbólicamente al gobierno colaboracionista francés de Vichy. Sin embargo es igualmente cierto que los británicos hubiesen preferido que la carga de tal misión fuera asumida por cualquier otra persona antes que por de Gaulle. La altivez, la necesidad, la intransigencia y la rebeldía del general hacían de él una persona difícil de tratar y ciertamente imposible de manipular. De esta suerte, los servicios gubernamentales británicos intentarían desde la capitulación de Pétain y hasta mucho tiempo después, incluso después de haberse reconocido a de Gaulle como jefe de la Francia Libre, encontrar una personalidad distinta a de Gaulle que asumiera ese papel.

Algunas cabezas visibles preferibles a de Gaulle con las cuales ciertamente "coquetearon" los británicos fueron entre otros Paul Reynaud, quien había encabezado el penúltimo gobierno francés antes de la capitulación, Daladier, quien había sido Primer Ministro de Francia y varias veces Ministro de Defensa, Nogués que ocupaba el cargo de residente general francés en Marruecos y el almirante Darlan jefe de la flota francesa. Los británicos se empeñarían en encontrar en alguno de ellos al personaje que buscaban. Sin embargo, ninguno aceptaría tal misión y de Gaulle permanecería en la jefatura de la Francia Libre. Si ello sería así se debería principalmente al hecho de que en esos momentos ninguno de los personajes mencionados creía en la posibilidad real de un triunfo aliado en la guerra. Resulta interesante recordar la respuesta que Mussolini le diera a su hijo Vittorio cuando este le preguntara si no se había equivocado de caballo al elegir el bando alemán en la guerra. El Duce le respondería: "*¿Quién se hubiera subido al caballo inglés después de Dunkerke?*"³

Volviendo a mediados de junio de 1940, en la entrevista que el día 17 Churchill y de Gaulle sostendrían en el número diez de Downing Street, el Primer Ministro autorizaría al general francés a utilizar las instalaciones radiales de la BBC para lanzar un llamado a la resistencia y a la defensa de la patria. La mañana siguiente, de Gaulle redactaría su mensaje y en la noche de ese mismo día, 18 de junio, entraría en la cabina para emitir su célebre proclama. Aquella memorable ocasión de Gaulle manifestaría:

³ Ridley, Jasper. Mussolini. Vergara. Buenos Aires. 1999. p. 403.

“A todos los franceses. ¡Francia ha perdido una batalla pero no ha perdido la guerra!. Gobernantes irresponsables han podido capitular cediendo al pánico, olvidando el honor, entregando al país a la servidumbre. Sin embargo. ¡Nada está perdido! Nada está perdido porque esta guerra es una guerra mundial. En el universo libre, fuerzas inmensas no se han manifestado aún. Un día esas fuerzas aplastarán al enemigo. Es necesario que ese día Francia esté presente en la victoria. Entonces recuperará su libertad y su grandeza. ¡Tal es mi objetivo! ¡Mi único objetivo! Es por ello que yo convoco a todos los franceses, dondequiera que se encuentren, a unirse a mi en la acción, el sacrificio y la esperanza. Nuestra patria está en peligro de muerte. ¡Luchemos por salvarla!”⁴

Este mensaje marcaría un importante punto en la vida del general. El célebre llamado, que terminaría por volverse legendario, marcaría sin duda la culminación de la carrera militar de de Gaulle y el inicio de su trayectoria de Estadista. El día 19 de junio, de Gaulle daría otro discurso a la BBC. En él ampliaría su llamado y precisaría qué es lo que deseaba que se hiciera. Entre otras cosas el general señalaría que:

“En vista de la confusión que se ha apoderado de las almas de los franceses, en vista de la liquidación de un gobierno convertido en servidor del enemigo, en vista de la imposibilidad de restablecer el funcionamiento de nuestras instituciones, yo, general de Gaulle, soldado y jefe militar francés, estoy conciente de hablar en nombre de Francia.”

“En nombre de Francia declaro formalmente lo siguiente: todos los franceses que todavía portan armas tienen el absoluto deber de proseguir la resistencia.”

“Deponer las armas, evacuar una posición militar, entregar al enemigo un solo palmo de la tierra francesa sería un crimen contra la patria.”

“Soldados de Francia, dondequiera que estén. ¡De pie!”⁵

El día 22 de junio de Gaulle se enteraría de las condiciones humillantes que implicaba el armisticio y consecuentemente lanzaría un nuevo mensaje en el que precisaba sus principios de la resistencia. El general señalaría en este mensaje que:

“La mayoría de los franceses no aceptan la capitulación ni la servidumbre, por las razones que se llaman: el honor, el sentido común, el interés supremo de la patria. Digo el honor, porque Francia se ha comprometido a no deponer las armas si no es de común acuerdo con los aliados...Digo el sentido común, porque es absurdo considerar que hemos perdido en la lucha...Digo el interés supremo de la patria, porque esta guerra no es una guerra franco-alemana que una batalla pueda decidir. Esta guerra es una guerra mundial”.⁶

⁴ Lacouture, Jean. *De Gaulle*. Salvat. Barcelona 1985. p.1.

⁵ De Gaulle, Charles. *Discours et messages*. Tome I. Pendant la Guerre 1940 – 1946. Plon. París. 1970. p.4.

⁶ *Ibidem*. p.4.

El 24 de junio, nuevamente a través de un mensaje radial de Gaulle prometería solemnemente que llegaría un día en que el ejército francés conjuntamente con los aliados devolvería a Francia su grandeza. En el conjunto de mensajes que en esos días de Gaulle lanzaría al aire a través de la BBC, dejaría ver rasgos importantes de su personalidad y del papel que creía le estaba destinado en la historia de Francia. Para el general su deber era encarnar a la propia Francia y a su dignidad. Emprender la defensa de sus intereses prácticamente identificando su persona con su patria. Esta actitud resultaba desde luego un tanto chocante si se considera que en ese momento de Gaulle no ocupaba la tan alta estatura política con la que la historia lo recordaría.

En ese entonces de Gaulle era apenas un general más dentro del mar de exiliados políticos que abarrotaban Londres. La capital británica estaba ciertamente llena de reyes en el exilio, presidentes y líderes resistentes de países ocupados por los nazis, procedentes de toda Europa. En este marco, la altivez y la alta dignidad del terco general no resultaban del todo compatibles por ejemplo con su necesidad de transportarse en los apretujados vagones del metro londinense.

Respecto a lo adecuado o no de la actitud que de Gaulle tomara en esos aciagos días, Thomas Carlyle en su célebre libro *Los héroes, el culto a los héroes y el héroe en la historia* concluye que:

“Existe en cada hombre una tendencia irresistible a desarrollar sus posibilidades en toda la medida de las fuerzas que le ha dado la naturaleza; a expresar, a realizar todo lo que la naturaleza ha introducido en él. Esta tendencia es legítima, natural, inevitable, mejor dicho, es un deber, incluso la suma de todos los deberes del hombre. Se puede decir que toda la esencia de la vida humana aquí en la tierra consiste en desarrollar su “yo”, en hacer aquello para lo cual el hombre se siente apto. Tal es la ley fundamental de nuestra existencia, la propia necesidad...Por eso diríamos: para decidir la cuestión sobre la ambición, para decidir si la ambición que impulsa al hombre es o no de carácter bajo, hay que tomar en consideración dos condiciones: no solo el deseo que empuja al hombre a luchar por lograr determinada posición, sino también su capacidad real para ocuparla. En esto reside el quid de la cuestión. Es posible que la posición que el hombre ambiciona le pertenezca realmente; es posible que no solo tenga derecho, sino esté obligado a procurarla”.⁷

Aunque en ese momento muchos lo dudaban, los años terminarían por confirmar que de Gaulle tendría las capacidades de las que nos habla Carlyle.

Así, como ya lo hemos mencionado, dado que en ese entonces no había ninguna personalidad francesa de estatura suficiente que creyera en la factibilidad del triunfo británico en la guerra, de Gaulle conservaría en exclusiva el liderazgo de la Francia Libre, de la Francia combatiente y opuesta al nazismo. Sin embargo, por las mismas razones, encontraría grandes dificultades en conseguir adeptos, en engrosar las filas de su todavía inexistente organización. Lo único con lo que contaba de Gaulle en esos primeros días, era con el apoyo de un sólo inglés. Si bien ese inglés era el Primer

⁷ Carlyle, Thomas. *Los héroes, el culto a los héroes y el héroe en la historia*. Orión. Madrid. 1979. p.12.

Ministro, es cierto también que su apoyo estaría acotado por lo que dictasen los intereses imperiales de Gran Bretaña. de Gaulle necesitaba pues crearse una base propia de apoyo y poder. Una base integrada por seres humanos y también por territorios.

Para realizar este arduo trabajo, acompañado de su fiel ayudante, el teniente Courcel, de Gaulle se instalaría en un pequeño departamento de tres habitaciones ubicado en Seymour Place cerca de Hyde Park. Su familia llegaría a Londres el 19 de julio. Madame de Gaulle, los niños y la institutriz, habrían podido zarpar milagrosamente del puerto de Brest en medio de un bombardeo de la Luftwaffe alemana, y alcanzar finalmente Inglaterra, donde se encontraba Charles. Dado que la vida en Londres era difícil para la familia de Gaulle, especialmente a consecuencia del retraso mental de Anne que a sus doce años tenía la capacidad mental y psicomotriz de un niño de tres, se tomó la decisión de trasladarse a un chalet ubicado en las afueras de la ciudad. Ahí Anne de Gaulle podría evitar los sufrimientos que ciertamente le causarían el contacto cotidiano con gente ajena a su familia.

Así, mientras que Charles pasaría los días hábiles en Londres viviendo en el hotel Connaught, y los fines de semana en el chalet, su familia llevaría una vida en las cercanías de la capital británica hasta que los niños, a excepción de Anne evidentemente, tuvieran edad para acceder a estudios superiores. Cuando esto ocurrió, Philippe ingresaría a la Academia Naval y Elisabeth a una escuela de enfermería. Xavier, el hermano de de Gaulle y su madre, permanecerían en Francia. El primero sería apresado en Bretaña por los alemanes y enviado al campo de concentración de Ravensbrück, la segunda fallecería el 16 de julio de 1940 cerca de Baimpol donde, días antes, habiéndose enterado del llamado que su hijo Charles hiciera al pueblo francés invitándolo a continuar la lucha, opinaría que eso era justamente lo que hubiera esperado de él, que una actitud semejante era absolutamente consecuente con su personalidad. Al general le sería enviada una fotografía de la tumba de su madre llena de flores.

En esos días, mientras un tribunal de Vichy condenaría a Charles de Gaulle a la pena de muerte y le confiscaría todos sus bienes, el general continuaría con sus esfuerzos por aumentar sus adeptos e incorporar a su proyecto al mayor número de personalidades francesas. Sin embargo, ello no sería fácil. La mayoría de los franceses destacados que se encontraban en ese momento en Inglaterra, se negaría a unirse a de Gaulle. Sería el caso del político y financiero René Mayer, del economista Jean Monnet, del intelectual André Maurois y de muchos otros. Gracias a esta inicial incapacidad de incorporar apoyos, el general se vería obligado a postergar la fundación de su “Comité Nacional Francés”

Poco a poco de Gaulle lograría atraer finalmente a algunos simpatizantes importantes. Entre ellos se encontraría al destacado dirigente del Partido Radical, antifascista y ex ministro del gobierno del Frente Popular, Pierre Coti. El general instalaría su, para ese momento, incipiente organización en un local pequeño de Saint Stephen's House ubicado en el malecón del Támesis. Para ese momento, Charles Maurrás, teórico del nacionalismo integral, cuyas obras habían ejercido cierta influencia en de Gaulle en sus años de juventud, se habría convertido ya en el ideólogo principal del régimen de Vichy.

La lucha entre izquierda y derecha que se había dado al interior de Francia antes de la guerra, desde luego continuaría en los nuevos escenarios en los que se desarrollaban los acontecimientos. Así, en la organización del propio de Gaulle pronto comenzaría a darse una pugna ideológica en cuanto a la tendencia que el movimiento debería tomar. Sin embargo el general, cuidaría de que esta pugna no desviara su movimiento del camino que él había elegido. Mientras el movimiento de resistencia en suelo de Francia se inclinaba inevitablemente a la izquierda, el perfil de la organización gaullista en Londres se veía influida por este fenómeno experimentando también un viraje en el mismo sentido. El general intervendría de manera enérgica para acotar a los socialistas y comunistas que tanto en Francia como en el exilio habían comenzado a sumarse al movimiento que él lideraba. No quería que la Resistencia Francesa contra la ocupación y el armisticio se ideologizara al punto de poderse ubicar en el escenario en el que capitalismo y comunismo se disputaban la simpatía de las naciones del mundo. Desde luego que las posibles consecuencias de una clara identificación de su movimiento con corrientes de izquierda, tanto en el mediano como en el largo plazo, serían factores que impulsarían al general a ser muy cuidadoso en mantener al movimiento dentro de ciertos límites en el espectro ideológico – político de la época. Así, los hombres que de Gaulle elegiría para estar en los cargos de más alta responsabilidad en su organización serían personas que, como él, procedían de la élite gobernante y militar de Francia. Un hecho destacado era en ese entonces que tanto el gobierno de Vichy como la dirigencia de la resistencia francesa en Londres se nutrían principalmente, al menos en sus cuadros dirigentes, de personas procedentes de los mismos orígenes sociales.

Para contrapesar el sesgo izquierdista que comenzaba a tener su movimiento, de Gaulle se atraería personajes identificados claramente con la derecha. Tal sería el caso de Gastón Palewsky, ex secretario particular del otrora primer ministro Paul Reynaud, que sería nombrado por el general, encargado de los asuntos políticos de la Francia Libre, y de Henry Dewavrin quien había sido fascista en la preguerra y a quien de Gaulle colocaría en la jefatura del Buró Central de Reconocimiento y Acciones que, en los hechos, era la jefatura de operaciones de la Francia Libre. Sería el caso también del capitán de corbeta y posteriormente almirante Dargenlieu quien era un profundo católico, había sido cura y de quien de Gaulle tomaría la idea de adoptar la Cruz de Lorena, símbolo cristiano y heráldico medieval, como divisa de la resistencia francesa. Otro adepto sería el general Catroux, perteneciente evidentemente a la élite militar de la sociedad francesa, quien en esa época servía en el gobierno militar francés en Indochina.

Este último personaje, se vería pronto involucrado en uno más de los hechos que se inscribirían en la pugna que enfrentaría a de Gaulle con sus poderosos aliados. Así, en septiembre de 1940, estando de Gaulle ausente de Inglaterra por haber hecho un viaje a África, los británicos ofrecerían a Catroux remplazar a de Gaulle como representante de Francia en el exilio. Además de ser un personaje con el cual indudablemente resultaba más fácil tratar que con de Gaulle, Catroux ofrecía el valor añadido de que mientras que de Gaulle era General de Brigada no confirmado, Catroux era General de Ejército. Catroux finalmente rechazaría la proposición e informaría puntualmente al general de Gaulle de la propuesta de la que había sido objeto. La Francia Libre gaullista, lenta pero firmemente, continuaría cosechando simpatías. El almirante Muselier, a causa de una seria diferencia con el almirante Darlan, jefe de la flota de Vichy, terminaría por

unirse a de Gaulle. El general Legentilhomme, entonces jefe de las tropas francesas en Somalia se uniría también a la Francia Libre.

Mientras tanto, de Gaulle demostraría su fina capacidad de análisis al manifestarle a Maurice Shuman, en una conversación que sostuvieron el 30 de junio de 1940 lo siguiente: *“Creo que Rusia entrará en la guerra antes que América, pero que, a fin de cuentas, entrarán ambas... Hitler piensa en Ucrania. No resistirá la tentación de intervenir en el destino de Rusia y este será el comienzo de su perdición...En resumidas cuentas, la guerra es un problema terrible, pero resuelto. Solo hace falta conducir a toda Francia junto a quienes van a vencer.”*⁸

De Gaulle, distinguiéndose del resto de los integrantes de gobiernos en el exilio refugiados en Londres, no se limitaría a esperar pasivamente la conclusión de la guerra. Por el contrario, el general pondría toda su energía en construir las condiciones necesarias para, llegado el momento, colocarse entre los vencedores que en el futuro decidirían el destino del Mundo. Con esa intención, el general se entregaría frenéticamente a actividades tales como: reunir en torno a su persona el mayor número posible de franceses, constituir y organizar las fuerzas armadas de la Francia Libre, hacerse de una base territorial en las colonias y conquistar el apoyo y el respeto de las grandes potencias.

Finalmente el día 22 de junio, de Gaulle anunciaría la creación del Comité de los Franceses Libres, y una semana más tarde, el general obtendría un gran logro en su labor político-diplomática. El 28 de junio pues, Churchill reconocería oficialmente al general como cabeza de Francia en el exilio publicando un comunicado que afirmaba que: *“El gobierno de su majestad, reconoce al general de Gaulle como jefe de todos los franceses libres quienes, dondequiera que estén se unan a él para la defensa de la causa de los aliados”.*⁹ Más adelante, el 7 de agosto, el general de Gaulle firmaría con Churchill un acuerdo a través del cual Gran Bretaña se comprometía a garantizar, una vez alcanzada la victoria, “la restauración de la independencia y la grandeza de Francia”. Éste sería sin duda un avance importante, a pesar de que al general le resultaría imposible introducir en el acuerdo un elemento que él consideraba importantísimo, a saber: la integridad territorial de Francia y sus dominios. Por lo demás de Gaulle conservaría el mando supremo de las fuerzas francesas comprometiéndose a seguir las directrices generales que estableciera el mando británico. Los gastos del mantenimiento del pequeño ejército de de Gaulle eran cubiertos por el gobierno inglés en calidad de préstamo, el cual debería pagarse, incluso antes de concluida la guerra.

Como resulta evidente por lo establecido en los acuerdos, en ese momento, en el interés del gobierno británico estaba impulsar y fortalecer el liderazgo del general. Para ello, además de todas las medidas políticas y diplomáticas, los británicos, a través de una agencia de relaciones públicas, “lanzarían” a de Gaulle en una campaña publicitaria destinada a que la población tanto inglesa como extranjera supiera de la existencia del general y reconociera en él el liderazgo moral francés a fin de que dicho liderazgo pudiese ser empleado en la persecución de los intereses británicos. *“Sin embargo a de Gaulle no le gustaba la publicidad. Al principio, inclusive, no dejaba que le tomaran*

⁸ Molchanov, Nicolai. Op. Cit.. p.136.

⁹ Kersaudy, Francois. *De Gaulle y Churchill*. El Ateneo. Buenos Aires. 2004. p.93.

*fotos y le comunicó al general Spears: “No quiero que la prensa me convierta en una estrella de cine”. También dijo, con la mayor seriedad: “Churchill me lanza como a un jabón” y tenía razón. El 18 de julio el gobierno inglés le encargó a un agente publicitario, Richmond Temple, que “hiciera que el mundo conociera el nombre del general de Gaulle, sobre todo Gran Bretaña y el Imperio Británico”.*¹⁰ De Gaulle aceptaría esta campaña publicitaria ya que resultaba indispensable para la consolidación de su gobierno “parcial” el cual hasta el momento carecía de lo principal, a saber: la población, el territorio y, desde luego, el ejército considerando que en esos momentos en Europa se libraba una guerra.

Partiendo de las pocas tropas francesas que habían evacuado Dunkerke junto con los británicos, el general inició la construcción de unas Fuerzas Armadas de la Francia Libre. Echando mano de unidades de la Legión Extranjera y de buques mercantes y de guerra atracados en puertos ingleses, de Gaulle fue constituyendo las exiguas tropas que tendrían por misión la salvación del honor de la patria. La flota del general estaba constituida apenas por un dragaminas y dos submarinos. Al finalizar el tercer mes de esfuerzo, las tropas gaullistas ascendían apenas a siete mil hombres.

En lo referente a la base territorial, con el norte de Francia ocupada por los alemanes y el sur en poder del gobierno de Vichy, las esperanzas de de Gaulle se dirigirían a las posesiones coloniales francesas. Así, lograría hacerse del África Ecuatorial Francesa (que integraba a Congo Brazzaville, Chad, Camerún y más tarde Gabón), las islas de la Polinesia, Pondichery que era una pequeña posesión francesa de 20 000 habitantes en la India, y Saint Pierre y Miquelon, dos islas cercanas a la península de Terranova. Vichy por su parte, conservaría el África Occidental Francesa (que integraba entre otros a Senegal, Costa de Marfil, Guinea, etc., el Magreb (Argelia, Marruecos, Túnez), las posesiones francesas en Medio Oriente (Siria y Líbano), Indochina, Somalia y Madagascar. Procedentes de las colonias, dos generales se unirían a las Fuerzas de la Francia Libre. El General Koenig de Indochina y el General Legentilhomme de Somalia. Sin embargo ambas posesiones continuarían bajo el gobierno de Vichy.

Las actividades que desplegaba el general para alcanzar los objetivos que ya hemos mencionado en ocasiones se veían obstaculizadas por las autoridades británicas. Ello aumentaba la tirantez de la relación, ya de por sí, tensa entre de Gaulle y Churchill. El propio Winston, años más tarde, referiría en sus memorias que *“De todas las cruces que había tenido que cargar durante la guerra, la más pesada había sido sin duda la Cruz de Lorena”*¹¹ en el cuarto tomo de sus memorias sobre la Segunda Guerra Mundial Churchill escribiría:

“Estas páginas contienen una severa crítica basada en los acontecimientos de aquellos tiempos, dirigida al General de Gaulle, y es indudable que entre él y yo hubo continuas divergencias y muchos agudos conflictos. Sin embargo, en nuestras relaciones hubo siempre un elemento predominante... yo sabía que él no era amigo de Inglaterra, pero siempre reconocí en él el espíritu y la idea que grabarían para siempre el nombre de

¹⁰ Ibidem. p.96.

¹¹ Bedarida, Francois. Churchill. Fayard. Paris. 1999. p379.

Francia en las páginas de la historia. Yo lo comprendía y, sin dejar de indignarme, admiraba su altanera conducta. Era un refugiado, exiliado, condenado a muerte en su país, se hallaba en plena dependencia de la benevolencia primero del gobierno británico y luego del de Estados Unidos. Los alemanes se habían apoderado de su patria. En ningún lado tenía un verdadero punto de apoyo. Y, sin embargo, se enfrentaba a todo. Siempre, incluso cuando obraba de la peor manera, parecía expresar la personalidad de Francia, esa gran nación con todo su orgullo, autoritarismo y ambición. De él se decía en broma que se consideraba la viva encarnación de Juana de Arco... y esto no me parecía tan absurdo como se podía creer”.¹²

Los ingleses pues, preferían que los franceses se integraran en las fuerzas británicas antes que en las fuerzas de la Francia Libre de de Gaulle. Obstaculizando la labor de reclutamiento de los agentes de la Francia Libre, los británicos buscaban integrar al mayor número de franceses posible en su propio ejército y destinar el menor número posible al ejército de de Gaulle.

Esta tensa relación entre Churchill y de Gaulle se vería seriamente sacudida por lo que después sería conocida por la historia como la “Operación Catapulta”. El 3 de julio de 1940, sin avisarle a de Gaulle, Churchill autoriza un ataque contra la flota francesa de Vichy anclada en Mers el-Kebir sobre la costa argelina. Si bien a Churchill, el almirante Darlan, jefe de la flota de Vichy y el propio Mariscal Pétain, le habían prometido que la flota francesa de África del Norte no sería entregada a los alemanes, el gabinete británico opinó que los dirigentes franceses no eran dignos de confianza y, considerando que, de caer la flota francesa en manos alemanas, el riesgo de invasión nazi a Inglaterra aumentaría dramáticamente, decidió destruirla. El investigador Francois Kersaudy refiere este episodio de la siguiente manera:

“Churchill tuvo que tomar una terrible decisión, si se considera el inmenso respeto que tenía por Francia y sus soldados. Más tarde escribió: “Una decisión odiosa, la más penosa y la más monstruosa que haya tenido que tomar”. Sin embargo era una cuestión de vida o muerte, y el tres de julio la flota británica comandada por el vicealmirante Somerville, atacó la flota francesa en el fondeadero de la ensenada de Mers-El-Kebir. Es verdad que se contaba con la promesa alemana de no utilizar la flota durante la guerra. Pero si, en ese estado de cosas, ya era muy difícil confiar en la palabra del gobierno francés, era imposible creer en la de Hitler. Muchos marinos franceses perdieron la vida ese día trágico. A Churchill no le preocupaba demasiado la reacción del Mariscal Pétain, pero sí la de de Gaulle. De hecho, el general había reaccionado violentamente cuando se enteró de la noticia de la matanza de Mers-El Kebir”.¹³

De Gaulle que se enteraría del ataque por radio, se encontró de pronto en una difícil posición puesto que en dicho ataque se habían perdido vidas francesas a manos de los agresores ingleses. El gobierno de Vichy había lanzado una campaña propagandística que sostenía que Inglaterra era la enemiga de Francia y de Gaulle, traidor al fin, era un servidor de ella. Este ataque ciertamente poco ayudaba a desmentir

¹² Churchill, Winston, *Memorias de Guerra*. citada en Molchanov, Nicolai. *General De Gaulle*. Editorial Progreso. Moscú, 1990. p.140.

¹³ Kersaudy, Francois. Op.Cit. p.94.

las acusaciones de Vichy. El general enfurecido ordenó al almirante Muselier, comandante de la flota francesa de la Francia Libre, que declarara a los ingleses que si no cesaban las hostilidades de inmediato, la totalidad de los voluntarios franceses del movimiento de de Gaulle se trasladarían a las posesiones coloniales bajo control de la Francia Libre como Pondichery y San Pierre et Miquelon. La furia del general haría que, en la privacidad de su primer círculo de colaboradores, tratara a los ingleses de imbéciles por dar, al derramar sangre francesa, elementos legitimadores a los simpatizantes con la capitulación.

Encontrándose entre la espada y la pared, obligado a manifestar enérgicamente su rechazo a ataques contra franceses pero también a preservar su alianza con los británicos de quienes dependía, de Gaulle pronunciaría por radio una condena y rechazo a la acción británica, pero matizaría diciendo que considerando la posibilidad de que la flota pasara a manos nazis era preferible que fuese destruida y que, a pesar de este lamentable e indignante incidente, partiendo de una visión de largo plazo, la alianza con Gran Bretaña no debía de ser puesta en tela de juicio.

Con su posición comprometida de cara a los franceses, de Gaulle llevaría a cabo en esos días difíciles una acción desafortunada. A idea de Churchill y con el objetivo de conquistar para la Francia Libre el África Occidental Francesa, encabezaría una operación naval en la que participaría una gran cantidad de buques británicos, que tendría por objetivo la conquista de Dakar. Dichos buques tenían por misión ubicarse a lo largo de la costa de Dakar. Se pretendía que la visión de los buques fuese lo suficientemente amenazante para que el gobernador militar de Dakar decidiera rendir la plaza y unirse a la Francia Libre de de Gaulle. Sin embargo esto no podría ocurrir ya que algunos barcos de la flota que le habían quedado a Vichy ya habían pasado por Gibraltar y se dirigían a esa zona y además porque el gobernador de Dakar se negaría furibundamente a unirse a de Gaulle.

La operación sería un rotundo fracaso ya que la flota británica sería atacada desde Dakar y tendría que irse, trasladando con ella al derrotado general francés. Este fracaso constituiría un grave revés para de Gaulle ya que enarbolando la bandera de la Francia Libre había atacado a los buques y los soldados franceses que defendían la capital del Senegal. *“Es fácil imaginar el estado de ánimo del general de Gaulle durante los días subsiguientes. La derrota deja un gusto muy amargo y el jefe de la Francia Libre estaba muy cerca de abandonar definitivamente la partida. De Gaulle estaba obnubilado por el temor de verse expuesto a reproches por haber atacado a franceses. Al general le preocupaba la impresión que produjo Dakar y temía por Winston”*.¹⁴ Más adelante de Gaulle quedándose en África para curar las heridas de este importante revés lograría la conquista de Gabón y de esta suerte controlaría la totalidad del África Ecuatorial Francesa quedando el África Occidental Francesa en manos de Vichy.

Mientras todo esto ocurría, Churchill habiendo constatado la dificultad inherente a la relación con el obstinado general francés, continuaría explorando la posibilidad de sustituir a de Gaulle por el general Catroux como jefe de la Francia Libre. Catroux, sin embargo, seguiría oponiéndose enérgicamente a esta opción.

¹⁴ Ibidem. p.114.

El 24 de octubre tendría lugar en Montoire, Francia, la reunión entre el Mariscal Philippe Pétain, jefe del gobierno francés de Vichy y Adolfo Hitler. Esta reunión marcaría el inicio de la franca y abierta colaboración de la Francia de Vichy con la Alemania nazi. Tres días más tarde, de Gaulle, en Brazzaville, capital del África Ecuatorial Francesa y sin haberle avisado, ya no digamos pedido autorización, a Churchill, publicaría un manifiesto en el que anunciaba la formación del Consejo de Defensa del Imperio y proclamaba en un tono autosuficiente las actividades y tareas que en le marco de esta organización se realizarían. Cuando Churchill se enteró de lo que de Gaulle había hecho sin siquiera haberle informado, se irritó profundamente. Sin embargo, esto no obstó para que en diciembre de 1940 el gabinete británico reconociera oficialmente al Consejo de Defensa del Imperio fundado por de Gaulle. Churchill tenía problemas mucho más graves que resolver y lo menos que quería era dificultades gratuitas.

En el invierno de 1940, la situación de Gran Bretaña no era ni mucho menos cómoda. A pesar de que se había ganado la Batalla de Inglaterra los submarinos alemanes hacían graves estragos en la flota mercante inglesa que llevaba los suministros de las posesiones de ultramar a la metrópoli. Estados Unidos que todavía estaba lejos de entrar en la conflagración, daba a Inglaterra suministros siempre que estos le fueran pagados previamente en oro. Churchill pues, tenía muy graves asuntos que reclamaban su inmediata atención y no podía por lo tanto, ocuparse de la Francia Libre y de su obstinado jefe.

En este contexto se daría un incidente más que se sumaría a la serie de acontecimientos que apuntalaban la tensión en la relación entre de Gaulle y los ingleses. El servicio de inteligencia británico arrestaría al almirante Muselier, jefe de la flota francesa de de Gaulle, sospechando que éste mantenía contactos con el gobierno de Vichy. De Gaulle, una vez más, montaría en cólera y reclamaría enérgicamente la inmediata liberación de su tan cercano colaborador. Las autoridades británicas, habiéndose dado cuenta de lo infundado de sus sospechas, liberarían al almirante. Winston Churchill y el ministro de exteriores Anthony Eden ofrecerían excusas a de Gaulle, mismas que serían aceptadas con desden y frialdad.

Entrado 1941, la amenaza alemana apuntaba hacia Medio Oriente, la conquista de Grecia colocaba la lanza del fascismo muy cerca de las posiciones estratégicas británicas en el área. Mientras esto ocurría, de Gaulle que se había trasladado a Jartum, Sudan, para inspeccionar las unidades de la Francia Libre que habían participado en los combates con los italianos, ya tenía la mente puesta en las posesiones francesas de Siria y Líbano que se encontraban en ese momento en posesión de Vichy. Los alemanes mientras tanto ya habían comenzado a tomar contacto con algunos líderes en Siria y en Iraq con objeto de predisponerlos en contra de los británicos y provocar una revuelta en contra del dominio inglés en Levante y consolidar su posición, a través de los franceses vichystas, en Siria y Líbano. Hitler pues, se aproximaba al Canal de Suez y esto preocupaba de manera muy importante al gobierno de su majestad.

De Gaulle planeaba, en su esfuerzo por hacerse de una base territorial propia, recuperar para la Francia Libre, las posesiones francesas de Siria y Líbano, en ese momento bajo control de Vichy. Winston Churchill estaba conciente del peligro alemán que amenazaba las posiciones británicas en el Medio Oriente, sin embargo, prefería

dejar a de Gaulle al margen de los asuntos de esa región y conducir los acontecimientos a modo de que Gran Bretaña no sólo impidiera la penetración alemana, sino consolidara su posición haciéndose de paso con las posesiones francesas.

Alemania mientras tanto, hacía su trabajo. Aviones alemanes, con la anuencia de Vichy aterrizarían en Siria, y en Iraq estallarían, a instancias de los nazis, una insurrección popular contra la dominación británica. La ruta que unía la India con Inglaterra a través de Suez estaba ahora seriamente amenazada. Este hecho impediría a Churchill rechazar cualquier ayuda útil por pequeña que esta fuera. Inglaterra no podría escatimar recursos y entre aquellos con que contaba se encontraban desde luego la influencia moral de la Francia Libre y sus pocos soldados. Así, el Primer Ministro británico cambiaría inesperadamente de opinión y le propondría a de Gaulle dirigirse a El Cairo y ocuparse de los asuntos de Levante. Esta decisión le resultaría tan grata a de Gaulle que lo impulsaría a enviarle a Churchill la única carta que le escribiría en inglés. Para el 20 de mayo, el general Catroux en El Cairo habría ya recibido un telegrama en el que el general de Gaulle le ordenaba avanzar sobre Damasco aunque fuera con un batallón sobre camiones. De Gaulle pensaba que el efecto psicológico compensaría la insuficiencia en armamento.

La experiencia de Dakar no parecía intimidarle pues el general creía firmemente que en esta ocasión los británicos irían hasta el final. Por otra parte, marchar sobre Damasco le significaba a de Gaulle un problema moral pues dicha acción implicaría necesariamente enfrentar a franceses contra franceses: los de las fuerzas de la Francia Libre bajo su mando contra los efectivos de las fuerzas francesas en Levante bajo el mando de Vichy. Sin embargo, decidir no atacar Siria, consideraba de Gaulle, equivalía a renunciar, en favor de Inglaterra, a las posesiones francesas en el área. Como eso le resultaba inaceptable, decidió lanzar la operación.

El 8 de junio los efectivos anglo-franceses comenzaron la ofensiva. Mientras tanto, sabiendo que Gran Bretaña buscaría suplantar a Francia en el área presentándose como la defensora de los intereses nacionales de los árabes, de Gaulle se aprestaría a anunciar el interés del gobierno de la Francia Libre de terminar con el régimen de fideicomiso y conceder la independencia a Siria y Líbano. Haciendo caso omiso de la solicitud de Churchill en el sentido de que la declaración se hiciera conjuntamente a nombre de Francia e Inglaterra, el general de Gaulle hizo el anuncio dejando al margen a Gran Bretaña. Para de Gaulle, los asuntos concernientes a las posesiones de Francia debían tratarse solo entre Francia y sus gobernados sin la intervención de ninguna potencia extranjera, por muy dependiente que de ésta se fuera. Esta intransigencia del general en lo concerniente a los intereses imperiales de Francia daría pie a no pocas dificultades en la relación entre la Francia Libre y las potencias aliadas.

Después de fuertes enfrentamientos contra las fuerzas francesas de Vichy en los que las tropas de la Francia Libre habían sufrido grandes bajas, el general Denz, comandante de los defensores solicitó el cese al fuego. Los británicos iniciaron negociaciones directamente con él y dejando a un lado a la Francia Libre firmaron en Saint-Jean D' Acre una convención en la que las fuerzas de Vichy aceptaban la transferencia total a Gran Bretaña del control sobre Siria a cambio de que los británicos permitieran la libre evacuación de las tropas francesas de Siria. Esto, naturalmente enfurecería al general de Gaulle, quien inmediatamente señalaría a los británicos que no reconocía tal acuerdo y ordenaría enérgicamente al General Catroux

tomar en sus manos el poder en Siria y Líbano pasando, si fuese necesario, por encima de la oposición de quien fuese pues, a partir de ese momento las fuerzas de la Francia Libre no obedecerían las órdenes del mando británico. Así, de Gaulle afrontaría abiertamente el riesgo de tener un choque militar con los ingleses con tal de no cederles las posesiones "legítimas" de su país.

Inglaterra entonces, enfrentada a la intransigencia de de Gaulle y deseando no complicarse más las cosas con un enfrentamiento con los franceses, decidiría ceder, al menos cosméticamente, y firmaría con los franceses de de Gaulle un acuerdo complementario a la convención sobre el armisticio. En dicho acuerdo, las exigencias de de Gaulle serían, al menos formalmente, satisfechas.

De Gaulle viajaría entonces a Damasco y Beirut donde sus partidarios lo recibirían con solemnes ceremonias. Sin embargo, mientras el general se presentaba en actos públicos, se reunía con líderes políticos locales y trabajaba para consolidar la posición de la Francia Libre en Siria, los ingleses hacían, en los hechos, caso omiso del acuerdo firmado con los franceses gaullistas impidiendo, por ejemplo, que los agentes de la Francia Libre tomaran contacto con los soldados bochistas para reclutarlos, predisponiendo a los árabes contra el dominio colonial francés, arriando la bandera francesa e izando en su lugar la británica y ocupando militarmente todo el país. Esta actitud volvió a irritar profundamente a de Gaulle quien, constatando que Gran Bretaña actuaba como si el acuerdo firmado con él no existiera, ordenó a sus tropas defender por la fuerza de las armas los intereses de Francia.

Este nuevo peligro de romper con Inglaterra y de incluso, llegar a un enfrentamiento militar con ella, asustaría a algunos de los más cercanos colaboradores del general. En aquellos días de Gaulle "*...puso en marcha todo el arsenal de la guerra psicológica para obligar a los ingleses a respetar los derechos soberanos de Francia en el Levante. Al hacerlo, aterrorizó a sus partidarios de Beirut, de El Cairo y de Londres que consideraban que era imprescindible una colaboración estrecha con los británicos para la supervivencia de la Francia Libre. Pero el general de Gaulle no se preocupaba y golpeaba una y otra vez, sin temor y no sin rabia*".¹⁵ Para aclararle a sus colaboradores su posición y procurarles con ello un poco de calma, de Gaulle les escribiría: "*Nuestra grandeza y nuestra fuerza consisten únicamente en la intransigencia en lo que se refiere a los intereses de Francia. Esta intransigencia nos hará falta hasta el fin*".¹⁶

En esta coyuntura, la intransigencia del general no debe confundirse con temeridad. De Gaulle simplemente actuaba apegándose a las directrices que resultaban de un riguroso análisis de la situación asumiendo siempre riesgos calculados. Sabía que Churchill, en la circunstancia en la que en ese momento se encontraba Inglaterra, haría todo cuanto estuviese en su poder por evitarle más dificultades. Sabía también que cuando Churchill, si bien a falta de otros, lo impulsó como líder de Francia en el exilio, se había hecho prisionero de su propia elección. Ahora, el general sabía, Churchill no podía tirar a la basura al aliado que se le "insubordinaba" puesto que este aliado había adquirido ya un peso específico propio. En el fondo, el carismático líder inglés

¹⁵ Ibidem. p.164.

¹⁶ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.141.

comprendía indudable y plenamente al obstinado general francés. Al final del día actuaban con apego a criterios muy similares. Churchill también solía ser intransigente como el que más cuando estaban de por medio los intereses del Imperio Británico. A este respecto, Francois Kersaudy, en su libro *De Gaulle y Churchill* señala con acierto que a estos dos grandes estadistas los unía una relación de amor y odio. Como un ejemplo de ello Kersaudy atribuye al Primer Ministro británico la siguiente reflexión: “*¿De Gaulle? ¿Un gran hombre? Es arrogante, egoísta, se considera el centro del universo. Es... tiene razón... ¡Es un gran hombre!*”.¹⁷

Si bien era cierto que Churchill había creado un monstruo, también era cierto que necesitaba a ese monstruo para impulsar exitosamente la causa de su país. Así, Gran Bretaña cedería y de Gaulle podría, durante un tiempo, establecer su poder en Siria y Líbano logrando incluso atraer hacia su causa a 6000 soldados que habían servido bajo el mando del general Denz al gobierno de Vichy. En esta coyuntura, el alto general francés se saldría con la suya. No sería la última vez. A este respecto Molchanov observa que: “*La firmeza de de Gaulle desempeñó el papel decisivo en este violento choque franco-británico, cuando parecía que el enemigo principal de Francia no era Alemania sino Inglaterra. El primero de septiembre de 1941, de Gaulle regresó victorioso a la capital de Inglaterra, vencida por él.*”¹⁸

¹⁷ Kersaudy, Francois. Op. Cit.. p.573.

¹⁸ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.148.

Capítulo V.

La acción militar y política de de Gaulle y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político en Francia.

Subcapítulo 5.2. La resistencia francesa, las fuerzas de la Francia libre y las Fuerzas Francesas del Interior. Rispidez en la cumbre: la relación de de Gaulle y los tres grandes.

Si bien en subcapítulos anteriores hemos mencionado diferentes situaciones en las que de Gaulle experimentó la enorme dificultad que implicaba negociar y contemporizar con los líderes de las principales potencias aliadas, creemos que la etapa histórica en la que la relación entre el general y los tres grandes – especialmente la relación con los líderes de Estados Unidos y Gran Bretaña - alcanzaría los niveles más altos de rispidez, de tensión, de aspereza, sería justamente la que se iniciaría en 1941 y continuaría prácticamente hasta el fin de la guerra, e incluso hasta algún tiempo después. Para 1941, de Gaulle había dejado de ser el necesarísimo representante en el exilio de la Francia opuesta al nazismo y se había convertido, para Roosevelt y Churchill, en un verdadero dolor de cabeza. La intransigencia del general tendría, como veremos, el objetivo de reposicionar a su país en el tablero internacional en medio de circunstancias de debilidad y de legitimidad cuestionada, dramáticamente adversas. En este subcapítulo abordaremos la primera parte de esta etapa, pues creemos que lo acontecido en ella es suficiente para darnos una idea más o menos precisa de la naturaleza dificultosa pero necesaria que, en diferentes ocasiones, esta relación tuvo. En los subcapítulos sucesivos abordaremos también coyunturas en las que las posiciones del general se verían, en alguna medida, enfrentadas a aquellas de sus poderosos aliados, así como la manera en la que de Gaulle se manejaría en ellas.

En el verano de 1941, Hitler atacaría a la Unión Soviética violando el pacto de no agresión que había firmado con Stalin. El Ejército Rojo, sorprendido en un primer momento, terminaría por repeler exitosamente la agresión. El gigante socialista había pues entrado en la guerra del lado de los aliados y ello abría un enorme abanico de posibilidades en el mundo de la diplomacia y de la estrategia militar. De Gaulle, quien se había enterado del inicio de la llamada “Operación Barbarroja” estando en Damasco, capital de la Siria recientemente arrebatada de las manos de Vichy y reincorporada a la Francia Libre, no desaprovecharía las oportunidades que este nuevo estado de cosas le brindaba. El general haría entonces declaraciones en el sentido de que al estar el pueblo francés contra los alemanes, y al compartir ahora esta condición con el pueblo ruso, relaciones de cooperación militar entre ambas naciones debían establecerse cuanto antes. Para de Gaulle resultaba prioritario establecer con la Unión Soviética relaciones militares y diplomáticas lo más pronto posible. Estaba especialmente interesado en que Rusia reconociese su organización dado que ello ayudaría de manera importante a la consolidación de su movimiento como el único representante legítimo de los intereses de Francia.

Por otro lado, el 7 de diciembre de 1941, la aviación japonesa llevaría a cabo un sorpresivo ataque a las bases navales estadounidenses estacionadas en Pearl Harbor en el archipiélago de las islas Hawai. Este acontecimiento determinaría la entrada de la potencia norteamericana en la conflagración mundial que estaba teniendo lugar. Al

respecto de lo que aquel episodio significó, el investigador Francois Kersaudy en su libro *De Gaulle y Churchill* expone que:

“Para Churchill finalizaba una larga lucha solitaria. En cuanto a de Gaulle, en seguida percibió el alcance del acontecimiento: “Y bien, esta guerra se terminó (...) Por supuesto que seguirá habiendo operaciones, batallas y combates, pero la guerra se terminó, ya que ahora sabemos cual va a ser la salida. En esta guerra industrial, nada puede resistir el poder de la industria norteamericana”. Y agregó estas palabras proféticas: “De ahora en adelante los ingleses no harán nada sin el acuerdo de Roosevelt”¹⁹.

Mientras tanto, para apuntalar su “gobierno en el exilio” y considerando el nuevo escenario que la entrada de Estados Unidos en la guerra planteaba, el general pensaba emplear algunas cartas con las que las circunstancias reinantes le permitían contar. La primera de ellas surgía de la entrada de la URSS en la guerra y era la alianza que entre él y ésta pretendía sellar. La segunda estaba constituida por la ampliación de su base territorial producto de la extensión del poder de la Francia Libre, ahora soberana sobre los territorios levantinos de Siria y Líbano. La tercera carta estaría determinada por el aumento e intensificación de la participación de las fuerzas francesas gaullistas en acciones militares importantes en el norte de África. Estos tres elementos terminarían por darle a de Gaulle la fuerza suficiente para por fin, decretar la fundación formal del Comité Nacional de la Francia Libre, misma que se había postergado casi un año. Así, a finales de diciembre de 1941, dicha organización vería su nacimiento.

En ese mismo momento, la URSS le daría a de Gaulle y a su organización el reconocimiento más amplio que potencia alguna le hubiese dado jamás. Los reconocimientos británico y norteamericano, en cuanto a su amplitud, distaban enormidades del soviético. Los ingleses por ejemplo se negaban a nombrar a un embajador ante de Gaulle ya que ello hubiese equivalido a darle un reconocimiento de facto a su gobierno. Los norteamericanos en los hechos, apenas consideraban la existencia misma de de Gaulle y su movimiento. Así las cosas, el obstinado general francés capitalizaría excelentemente la aparición de la URSS en la escena, utilizándola para contrapesar y atenuar la enorme dependencia que tenía respecto de los británicos y, por extensión, de los norteamericanos.

Un ejemplo de ello lo encontramos en lo ocurrido en octubre de 1941 en relación a las acciones militares que oponían a las fuerzas británicas a los blindados germano-italianos en Libia. En aquella ocasión, de Gaulle, deseoso de que su precario ejército de la Francia Libre participara en acciones militares de importancia con objeto de que dichas participaciones le dieran acceso al lustre y a la gloria que tanto necesitaba, solicitaría a Churchill permitiera a los destacamentos franceses incorporarse al frente de batalla. El Primer Ministro inglés, conciente de que de Gaulle sería más difícil de manejar mientras más gloria y lustre sus ejércitos obtuvieran, se negaría. Entonces el tozudo militar francés se comunicaría con el embajador soviético ante su organización y le transmitiría su deseo de que una de las dos divisiones con las que contaba, participara al lado de los rusos en el frente del Cáucaso. Le diría que estaba dispuesto a poner un

¹⁹ Kersaudy, Francois. Op. Cit. p.195.

destacamento importante de soldados franceses bajo el mando del Ejército Rojo y participar así, junto al valiente pueblo ruso en la heroica lucha contra el enemigo nazi. Para cuando la respuesta afirmativa soviética llegó, los británicos, habiéndose enterado de esta decisión, habían reconsiderado su posición y consecuentemente autorizado la movilización de la Segunda División francesa hacia el frente libio con objeto de que peleara al lado de los británicos contra los blindados alemanes e italianos. De Gaulle se había salido una vez más con la suya. Esta vez, utilizando la variable soviética. No sería pues la última vez que lo haría. Por lo pronto sus Fuerzas de la Francia Libre se encontraban ya en Libia, listas para cosechar las victorias en el campo de batalla que le ayudarían a aumentar la legitimidad militar sobre la cual sustentar el firme liderazgo político que le permitiría, en su momento, reposicionar a Francia en la correlación internacional de fuerzas.

De Gaulle seguiría apoyándose en el pilar soviético. Cuando, la “Operación Barbarroja”, tras la derrota alemana en la batalla por Moscú, se mostró como un enorme fracaso para los intereses del régimen hitleriano, el líder de la Francia Libre no dudaría en declarar *“en el plano político, el hecho de que Rusia, figure, indudablemente, en la primera fila de los vencedores de mañana, aporta a Europa y al mundo entero una garantía de equilibrio de lo cual, Francia, más que ninguna otra potencia, tiene buenas razones para alegrarse”*.²⁰ Este juego, tan hábilmente llevado por el general, no carecería, sin embargo, de costos. Uno de ellos sería que le permitiría a la propaganda de Vichy tildar con algún éxito a de Gaulle ya no sólo de “títere” de Londres sino también, si cabe, de Moscú. Mientras esto ocurría, el desdén norteamericano hacia el general y su movimiento no parecía atenuarse ni un ápice. El secretario de Estado Cordell Hull se referiría a él y a los suyos como “los llamados franceses libres” y el presidente Roosevelt no ocultaría la antipatía que, aun sin conocerlo, le despertaba el general. En cualquier caso, para esos momentos Estados Unidos seguía manteniendo a su embajador acreditado ante el gobierno vichysta de Pétain. Esta posición norteamericana había estado vigente desde 1940 y no variaría mayormente hasta mucho tiempo más tarde e incluso continuaría después de la ya mencionada entrada de Estados Unidos en la guerra como consecuencia del ataque japonés a Pearl Harbor.

La tensión existente entre la Francia Libre y Washington se haría patente en un incidente que tuvo lugar con ocasión del intento gaullista de hacerse del control de las islas de Saint Pierre y Miquelon, colonias francesas situadas cerca de las costas de Canadá. El 24 de diciembre de 1941, tropas de la Francia Libre encabezadas por el Almirante Muselier, arribarían a las islas y, con el apoyo popular, se apoderarían de ellas a nombre del gobierno de la Francia Libre liderado por de Gaulle. Washington reaccionaría con violencia disponiéndose incluso a expulsar a los gaullistas de las islas por la fuerza. *“El secretario de Estado americano, Cordell Hull interrumpió sus vacaciones para condenar “la acción tomada” por los navíos supuestamente franceses libres en Saint Pierre y Miquelón”. “Es una acción arbitraria”. Cordell Hull demandó al gobierno canadiense restaurar de inmediato el statu quo dentro de las islas”*.²¹ De Gaulle en medio de la crisis dejaría ver claramente que si una acción en ese sentido fuese iniciada por Estados Unidos, las islas serían defendidas recibiendo a las fuerzas estadounidenses a cañonazos. Se produciría así un conflicto diplomático muy agudo que

²⁰ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. . p.154.

²¹ Gallo, Max. *De Gaulle, La solitude du combattant*. Robert Laffont. Paris.1998.p.194.

culminaría, felizmente para el general, con la aceptación tácita del control francés sobre las islas por parte del Departamento de Estado norteamericano.

Este no sería desde luego un hecho aislado. Pronto, nuevas divergencias harían aún más tensas las relaciones entre de Gaulle y Estados Unidos. Una de ellas, desde luego no menor, se produciría poco después en relación a las posesiones coloniales francesas en el sureste asiático. Ahí, los norteamericanos estaban dando apoyo a los movimientos opositores a la dominación francesa. Es sabido que el entonces incipiente Vietmin vietnamita recibía en sus primeros momentos apoyo norteamericano. Después de grandes esfuerzos y de mucha tirantez en las negociaciones de Gaulle lograría que Washington, a cambio de la posibilidad de establecer ahí bases militares, reconociera el poder de la Francia Libre sobre los territorios ya arrebatados al control de Vichy. Los británicos, mientras tanto, no hacían gran cosa – por lo demás, poco podían hacer – por acercar a las posiciones de de Gaulle y Roosevelt.

Ninguno de los gobiernos que se contaban entre los integrantes de la coalición antinazi recibiría de Estados Unidos un trato más áspero que el recibido por la Francia Libre de de Gaulle. El general tenía su propia explicación de este hecho. En una conversación sostenida con el embajador soviético Bogomolov a principios de 1942 el general francés le manifestaría que, a su juicio, la frialdad norteamericana hacia él se debía a un acuerdo secreto entre Washington y Vichy que establecía que Pétain no entregaría la flota francesa a los alemanes a cambio de que los norteamericanos impidieran a toda costa la llegada de de Gaulle a África del Norte. En cualquier caso, en lo que concernía al general, la postura era muy clara: *“Si los angloamericanos quieren apoderarse de las colonias francesas. Si los Estados Unidos desean convertirse en los protectores de Europa imponiéndole su imperialismo, él romperá con ellos”*.²²

Respecto de la naturaleza de las relaciones entre de Gaulle y sus aliados en la época, el historiador Nikolai Molchanov observa que: *Los líderes de Inglaterra y de Estados Unidos, deseosos de dividir la herencia de Francia, esta “enferma de Europa”, solían señalar a de Gaulle con una frecuencia cada vez mayor, que la Francia Libre carecía totalmente de representatividad, que esta organización estaba separada de la Francia real y obedecía sólo a un general no muy conocido*.²³ A la luz de lo que esta tesis pretende demostrar, resulta interesante el hecho de que un reconocido historiador como Nikolai Molchanov, utilice, para referirse a la Francia de la Segunda Guerra Mundial, la Francia que vio nacer a de Gaulle, el mote de “enfermo de Europa”, mote que hacía tiempo, durante los últimos años del Siglo XIX y primeros del XX se había empleado en los círculos diplomáticos e intelectuales para referirse al decadente Imperio Otomano, al imperio que vería nacer a Mustafá Kemal Atatürk, el otro personaje de cuyo estudio este trabajo se ocupa. En cualquier caso, la utilización del término sirve para mostrar la precaria situación en la que la Francia Libre gaullista se encontraba en el escenario internacional. El general destinaría no pocos esfuerzos para colocar lo mejor posible a su organización dentro del tablero de ajedrez que era la arena internacional del momento. Como veremos, no fracasaría en su empeño.

²² Ibidem. p.213.

²³ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.154.

Por lo pronto su situación, como hemos visto, distaba mucho de ser la óptima. En lo concerniente a las acciones llevadas a cabo muy adentro de las líneas enemigas en pleno territorio francés, los servicios de inteligencia británicos estaban protagonizando una franca competencia con la propia resistencia francesa. La situación llegó a ser tal que el propio general consideraría la posibilidad de trasladar la sede de su organización de Londres a Brazzaville o a Beirut. Sin embargo, la enorme dependencia que, muy a su pesar, lo ataba a los británicos y la cercanía que la capital inglesa tenía con Francia lo harían desistir muy pronto de esta intención. La rispidez en la cumbre pronto se reflejaría en los acontecimientos al interior de su organización. Así, en marzo de 1942, a su regreso de la toma de la isla de Saint Pierre, el almirante Muselier, esgrimiendo el argumento de que la política del general ponía en riesgo la amistad con sus vitales aliados, organizaría y dirigiría una rebelión contra de Gaulle. Muselier dimitiría del cargo de Comisario de la Marina de Guerra y la Marina Mercante pero aspiraría, con el pleno apoyo del gobierno inglés, a seguir siendo Comandante en Jefe de las Fuerzas Navales de la Francia Libre. De Gaulle desde luego, enfurecería y muy pronto terminaría con los intentos del almirante de sublevar a sus subordinados contra él. La rebelión sería conjurada y Muselier descartado de todos los asuntos relacionados con la Francia Libre y sus destinos.

Así estaban las cosas cuando nuevas diferencias opondrían a de Gaulle y el gobierno inglés. Las divergencias irían desde la oposición inglesa a que el general consolidara su posición en Siria y Líbano hasta las reservas británicas respecto de la intención gaullista de recuperar para la Francia Libre la Somalia francesa. Poco después, la paciencia de de Gaulle se vería colmada cuando en la madrugada del 5 de mayo de 1942 el general se enteraría de que efectivos ingleses acababan de desembarcar en Madagascar.

“...había empezado la Operación Ironclad, que se encontró desde el comienzo con una resistencia pertinaz. El objetivo inmediato, Diego Suárez, estuvo en manos de los británicos en la mañana del siete de mayo, pero no se hizo ningún intento de ocupar Majunga, Tamatave y el resto de la isla. Finalmente, el almirante Sifret, comandante de la expedición, recibió la orden de encontrar un *modus vivendi* con las autoridades de Vichy de Antananarivo. El cinco de mayo a las tres de la madrugada, una agencia de prensa informó telefónicamente al general de Gaulle del desembarco. Su primera reacción fue terriblemente violenta. Al día siguiente envió al Foreign Office una protesta en términos más diplomáticos y durante varios días se negó a ver a Eden”.²⁴

Así pues, como bien nos lo ha descrito el investigador Francois Kersaudy, los ingleses no habían informado, ya no digamos consultado al general sobre esta acción. De Gaulle tiempo atrás les había manifestado su inquietud en el sentido de que el gobernador vichysta de la isla debía de ser expulsado por la fuerza y ahora resultaba que Madagascar era tomada sin su consentimiento y el gobernador leal a Vichy era mantenido en su cargo con objeto de mantener el orden. Cuando el general pediría explicaciones al Foreign Office, la única respuesta que obtendría sería una vaga promesa de Anthony Eden en el sentido de que Gran Bretaña se aseguraría de buscarle a la Francia Libre el espacio suficiente para que pudiera participar en la administración

²⁴ Kersaudy, Francois. Op. Cit. . p.213.

de la isla. Cuando de Gaulle envió a una delegación, ésta fue expulsada. Al respecto de este incidente, Alexander Werth sostiene que por esos días el general declararía que los británicos y los norteamericanos: “... *estaban haciendo todo lo que podían para reducir a los franceses libres a una organización meramente militar, sin conceder al movimiento ningún significado político (...) ellos se habían entregado a una total libertad de acción en las posesiones coloniales francesas, como podía ser visto en los casos de Madagascar y Martinica*”. *Este tipo de actitud, dijo de Gaulle, desacreditaba su movimiento a los ojos de la opinión francesa dentro de Francia*”.²⁵

Estando así las cosas, el 6 de mayo, el general advertiría al gobierno británico que dejaría de colaborar con Inglaterra y con Estados Unidos si ambas potencias pretendían apoderarse de alguna parte de las posesiones francesas. La amenaza surtiría efecto y cuatro días más tarde el Premier inglés invitaría a de Gaulle al número diez de Downing Street y sostendría con él una conversación en la que le hablaría de sus sentimientos de amistad hacia Francia, de su deseo de verla como una gran potencia y del enorme riesgo de que Madagascar cayera en poder de los japoneses, circunstancia que había exigido acciones impostergables. Churchill haría especial mención de la obstinada posición de Estados Unidos en el sentido de evitar a toda costa cualquier posible participación de de Gaulle en la operación de Madagascar. El general francés le respondería que no podía ceder, dado que lo que ahora se estaba realizando respecto del Imperio francés, mañana se realizaría respecto de la propia Francia. El líder de la resistencia francesa le manifestaría entonces al primer ministro británico su decisión de no ceder en nada ante Estados Unidos y ante Roosevelt. En ese momento entre ambos líderes se estableció un diálogo que arrojaría mucha luz sobre la verdadera naturaleza de la estrategia de de Gaulle: “*No fuerce nada – le dijo Churchill- Mire como yo me pliego a cada rato para volver a enderezarme*”. “*Usted lo puede hacer – respondió de Gaulle-, porque usted se apoya sobre un Estado sólido, una nación cohesionada, un Imperio unido y ¡fuertes ejércitos! Pero yo ¿Dónde están mis medios? Y sin embargo, como usted sabe, defendiendo los intereses y el destino de Francia. Es demasiado difícil y yo demasiado pobre para que pueda plegarme...*”²⁶ Al terminar la conversación, el Premier inglés le daría seguridades al general francés en el sentido de que no impediría el establecimiento del poder de la Francia Libre gaullista en Somalia y en Madagascar.

La situación de la Francia Combatiente mejoraría con la heroica victoria que en Libia, las fuerzas del general francés Pierre Koenig obtendrían en la batalla de Bir Hakeim. En aquella ocasión de Gaulle haría declaraciones en el sentido de que como consecuencia de Bir – Hakeim y de la notoriedad de la victoria, el esfuerzo francés y los sacrificios de la Francia Combatiente en favor de la causa aliada serían finalmente reconocidos por el mundo. Estados Unidos y Gran Bretaña en su oportunidad reconocerían el heroísmo demostrado por los franceses gaullistas. Por esos días como bien nos lo recuerda el historiador Max Gallo: “... *los periódicos estaban llenos de elogios para los soldados franceses, los “gaullistas” que combatieron en Bir Hakeim*.” El general manifestaría: “*Francia combate siempre. Es una revolución, la más grande de su historia, a cuya culminación, , traicionada por sus élites dirigentes y por sus privilegiados, Francia está completamente entregada.*”²⁷ Sin embargo, el

²⁵ Werth Alexander. *De Gaulle*. Ed Bruguera. Barcelona. 1972. p.190.

²⁶ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.167.

²⁷ Gallo, Max. *De Gaulle, La solitude du combattant*. Robert Laffont. Paris.1998.p.210.

reconocimiento de la valentía francesa no tendría mayores alcances y al correr de las semanas, quedaría demostrado que Bir-Hakeim no había sido capaz de modificar de raíz la naturaleza de las relaciones entre la Francia Combatiente y sus aliados. Éstas seguirían siendo tensas y distantes. La Unión Soviética seguiría siendo la única potencia importante en reconocer plenamente la autoridad de de Gaulle.

Hacia el verano de 1942, Gran Bretaña era depositaria de una numerosa concentración de tropas inglesas y norteamericanas. De Gaulle intuía que una importante acción se preparaba y se sentía profundamente incómodo con el hecho de que no fuese informado de los planes militares. En cualquier caso, el general ordenaría a sus tropas mantenerse en todo momento en estado de alerta. El Alto Mando Aliado preparaba el desembarco en África del Norte, una acción militar que tendría lugar en territorios pertenecientes al imperio francés. No obstante lo anterior, y por insistencia de los norteamericanos, el general francés sería dejado al margen de los preparativos y de la acción a llevarse a cabo en Argelia, Marruecos y Túnez. El desembarco tendría lugar el 7 de noviembre de 1942. En él participarían 120 000 soldados norteamericanos y británicos. De Gaulle se enteraría a las tres de la madrugada de ese mismo día. Desde luego sobra decir que el desprecio mostrado por los aliados hacia él despertó una vez más su cólera. *“La ‘Operación Antorcha’ – el desembarco en el norte de África – en noviembre de 1942, estuvo muy cerca de hacer fracasar la empresa de de Gaulle. Después de Dakar y Siria en donde los franceses de Vichy habían luchado apasionadamente contra los franceses libres, los americanos estaban determinados a toda costa a mantener alejado a de Gaulle del proyecto. El gobierno de Estados Unidos había hecho planes en los cuales por el momento de Gaulle estaba totalmente excluido.”*²⁸

Mientras tanto, las fuerzas francesas leales a Vichy defendían ferozmente las posesiones del Norte de África en donde los aliados acababan de desembarcar. El coqueteo que los norteamericanos habían tenido con los generales bochistas no había sido lo suficientemente eficaz como para ahorrarle a los Estados Unidos la molestia de pelear. De Gaulle sería invitado a Downing Street para explicarle que si se le había dejado al margen, ello se había debido a la insistencia norteamericana en ese sentido, y para pedirle que se dirigiera por radio a los franceses en África del Norte con objeto de invitarlos a darle la espalda a Vichy y a colaborar con las fuerzas británicas y norteamericanas invasoras. De Gaulle, pensando en el superior interés del triunfo aliado, aceptaría dejando de lado sus resentimientos y en un discurso radial difundido desde las instalaciones de la BBC de Londres, entre otras cosas manifestaría:

“Los aliados de Francia han incluido al África del Norte Francesa en la guerra de liberación. Comenzaron a desembarcar ahí fuerzas enormes. Esto tiene el objetivo de lograr que nuestra Argelia, nuestro Marruecos y nuestro Túnez, constituyan la plataforma de lanzamiento para la liberación de Francia. Nuestros aliados americanos están a la cabeza de esta empresa. (...) Este es el momento preciso. En efecto, después de una victoria aplastante, nuestros aliados británicos secundados por las tropas francesas, acaban de expulsar de Egipto a los alemanes y a los italianos penetrando en Cirenaica. Por otro lado,

²⁸ Werth, Alexander. Op. Cit. p.199.

nuestros aliados rusos han roto sobre el Volga y en el Cáucaso, la suprema ofensiva del enemigo. En fin, el pueblo francés, unido en la resistencia no espera sino la ocasión para levantarse entero (...) Jefes franceses, soldados, marinos, aviadores, funcionarios, colonos franceses del África del Norte. ¡Levántense! ¡Ayuden a nuestros aliados! ¡Únanse a ellos sin reservas! Francia que combate se los instruye. No se preocupen por nombres ni por fórmulas. Solo una cosa importa: el bien de la patria. (...) ¡Háganlo a pesar de los gritos de traidores que quieren persuadirlos de que nuestros aliados quieren tomar para ellos nuestro imperio.”²⁹

Por su parte los norteamericanos, que no perdían el tiempo, estaban ya preparando el relevo del general. Para Washington de Gaulle resultaba demasiado obstinado y difícil de tratar y, por lo tanto, siempre que fuese posible, debía de ser substituido como cabeza de Francia en el exilio. Con ese objeto, Estados Unidos había sacado subrepticamente de Francia al general Giraud, un mediocre militar que alguna vez había sido jefe de de Gaulle, y lo había trasladado a Gibraltar donde lo mantenía en espera de poder utilizarlo. No pasaría mucho tiempo antes de que los primeros roces entre de Gaulle y Giraud se dieran. La política norteamericana respecto al asunto francés era un tanto ambigua. Estados Unidos, se mostraba más que dispuesto a colaborar con las autoridades de Vichy, si ello les reportaba beneficios tangibles en el corto plazo. Así lo harían con el almirante Darlan, jefe militar vichysta en Argelia, a quien mantuvieron en el poder para preservar el orden. Los norteamericanos, no veían problema alguno en la contradicción moral que implicaba respaldar a los bochistas ahí en donde, como ocurrió en Argelia, mantenerlos en el poder les beneficiaría en lo inmediato. Estados Unidos no tenía claro en ese momento, o al menos sus acciones así lo hacían sospechar, que la guerra que se libraba era una guerra entre el fascismo y la democracia y que los beneficios tácticos de corto plazo que podían generarse del apoyo a los agentes de Vichy, representantes de un gobierno profundamente dictatorial respaldado por el nazismo, no compensaban los perjuicios en el plano moral que dicho apoyo acarrearía. La posición norteamericana en este sentido es elocuentemente ilustrada por la entrevista que en esos días sostendrían André Philip, miembro de la Francia Combatiente gaullista y el Presidente Roosevelt. Philip había sido enviado a Washington para intentar suavizar las relaciones con el gobierno norteamericano. Después de haber esperado un mes, finalmente obtendría una audiencia con el Presidente y en ella, Roosevelt le diría: *“Para mi, políticamente hablando, Francia no existe hasta que unas elecciones le den sus representantes (...) Yo, no soy un idealista como Wilson; me intereso ante todo por la eficacia, tengo problemas que resolver. Bienvenidos sean quienes me ayuden a resolverlos. Hoy Darlan me da Argelia, y grito: ¡Viva Darlan! si Quisling me da Oslo grito: ¡Viva Quisling!... si mañana Laval me da París, gritaré: ¡Viva Laval!”*³⁰

Así, el 11 de noviembre, el mando norteamericano sellaba un acuerdo con el almirante Darlan en el que lo reconocía como Comisario Supremo en el África del Norte. Poco después, Nogués, Chatel, Bergueret, Boisson gobernadores bochistas de distintas partes del imperio terminarían por adherirse a este arreglo. El General Giraud

²⁹ De Gaulle, Charles. Discours et messages. Tome I. Pendant la Guerre 1940 – 1946. Plon. París. 1970. p.231

³⁰ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.174.

sería trasladado de Gibraltar a Argelia para asumir su flamante cargo de comandante de las tropas francesas en la zona. Para estos momentos, De Gaulle, sobra decirlo, ya estaba verde de la furia. Su Comité Nacional Francés se apresuraría a publicar el 16 de noviembre un comunicado en el que se deslindaba de los acuerdos que los norteamericanos habían pactado con las autoridades bochistas francesas de Argelia y en el que desconocía cualquier restauración que las autoridades de Vichy pudieran tener como consecuencia de dichos acuerdos.

Mientras que Churchill daba un apoyo tácito a la política norteamericana en Argelia, por otra parte continuaba afirmando su respaldo a la Francia Combatiente gaullista. El general, se dedicaría esos días a dos importantes tareas. En primer lugar a destacar, en todas sus declaraciones públicas, el carácter antifascista de la guerra con la esperanza de que esto desacreditara el acuerdo existente entre Estados Unidos y los bochistas argelinos y, en segundo lugar, a fortalecer sus vínculos con las organizaciones resistentes en el interior de Francia con el objetivo de fortalecer su base de legitimidad.

El triunfo de Rusia en la estratégica batalla de Stalingrado, posicionó sólidamente a la Unión Soviética en el tablero mundial. Este triunfo indudablemente se traduciría en un aumento de la fuerza política y moral de las distintas fuerzas combatientes que enarbolaban la bandera ideológica de la URSS. Particularmente de aquellas que lo hacían al interior de Francia, que por lo demás no eran pocas. Ante esta situación de Gaulle buscaría ubicar nuevamente el punto de equilibrio dentro del espectro ideológico y político del momento. De esta suerte, contrariamente a lo que había hecho un año atrás cuando elogió enérgicamente el carácter heroico de la victoria rusa en la batalla de Moscú, en esta ocasión poco o nada manifestaría respecto del triunfo soviético en Stalingrado.

Las organizaciones comunistas de la Resistencia al interior de Francia habían venido cosechando cada vez más influencia y no convenía encumbrarlas más. Ante el temor del advenimiento futuro de un régimen comunista en el país, de Gaulle construiría una tesis según la cual él y su virtual gobierno eran la única opción segura para evitarlo. Sobra decir que el respaldo norteamericano a las autoridades bochistas en el Norte de África contribuyó en no poca medida al aumento de la legitimidad y la fuerza moral de las organizaciones comunistas resistentes francesas. En este contexto, de Gaulle le advertiría a Churchill que si los anglosajones continuaban con su política de considerar que la liberación era Darlan, probablemente los aliados ganarían la guerra pero sólo desde el punto de vista militar, porque desde el punto de vista moral la perderían totalmente y el gran vencedor de esa pérdida sería inevitablemente Stalin. De Gaulle pues, haría en esta coyuntura, un esfuerzo por capitalizar el miedo al comunismo que Churchill experimentaba.

El estira y afloja continuaría. Si por un lado de Gaulle perdía dos espacios, por el otro ganaba uno, y si por un lado perdía uno, por el otro ganaba dos. Así, en 1942 la Francia Combatiente ya no podía utilizar la radio inglesa libremente puesto que ésta había pasado a control norteamericano, pero, por otra parte, la Francia Libre gaullista lograría finalmente establecer su poder en Madagascar, Reunión y Somalia. Mientras tanto, las fuerzas militares gaullistas lograrían varios éxitos que contribuirían a apuntalar al movimiento. Uno de ellos sin duda sería la toma de la región libia de El Fezzán, zona estratégicamente toral ya que por ella pasaban las vías de comunicación que unían a Túnez con el África Ecuatorial. En lo que a las relaciones con las

autoridades francesas bochistas de Argelia concernía, de Gaulle enviaría una delegación que sería expulsada por Darlan, hecho que resultaría incluso beneficioso para el general ya que mientras más se pudiese deslindar de las autoridades de Argelia, más su legitimidad estaría protegida.

El 24 de diciembre, el Almirante Darlán sería asesinado por un joven de 20 años de nombre Fernand Monnier de la Chapelle. La vacante dejada por Darlán sería, a instancias de los norteamericanos, llenada por el general Giraud quien asumiría inmediatamente el ostentoso cargo de Comandante en Jefe Civil y Militar de Argelia. Poco más tarde, tendría lugar la famosa Conferencia de Casablanca en la que se reunirían Churchill y Roosevelt. El Primer Ministro inglés, en su afán mediador intentó convencer a de Gaulle de asistir a la cumbre con objeto de que sostuviera un encuentro con Giraud, el “gallo” de Estados Unidos. A lo aliados les atraía la idea de darle a Giraud la legitimidad que de Gaulle podía aportarle a su autoridad aviniéndose a colaborar con él en calidad de su subordinado. De Gaulle, en un principio se negaría y finalmente accedería a asistir solo después de que Churchill le advirtiera que si le obligaba a elegir entre su amistad y la de Roosevelt, el Premier británico elegiría sin duda la de Roosevelt. De Gaulle no obstante, estaba muy lejos de considerar seriamente la posibilidad de participar en un comité gubernamental francés en el que su autoridad fuera menor que la de Giraud. En cualquier caso, en Casablanca, de Gaulle se reuniría con Roosevelt, Churchill y muy a su pesar con Giraud. Max Gallo revive el momento del encuentro del siguiente modo: “*De Gaulle saluda a Giraud que no había cambiado desde Metz con su vanidad a flor de piel y su tono de condescendencia y esa seguridad casi ingenua. -Buenos días, Gaulle- , lanzó Giraud. – Buenos días mi general respondió de Gaulle. - ¡Veo que los americanos lo tratan bien!*”³¹

En Casablanca pues, de Gaulle se enteraría del plan que los norteamericanos traían entre manos para arreglar el “problema francés”. Según dicho plan, se instauraría un Comité encargado de administrar las posesiones francesas de ultramar, cuya presidencia estaría formada por los generales, Giraud, de Gaulle y George y estaría integrado por los gobernadores bochistas Nogués, Boisson, Bergeret y Peirouton, éste último, recién designado gobernador general de Argelia y antiguo ministro del interior del gobierno de Pétain. El planteamiento era pues, profundamente indignante, casi ofensivo, y su objetivo político tan claro, que de Gaulle sentiría de inmediato insultada su inteligencia. A través de este arreglo Estados Unidos pretendía disolver a la Francia Combatiente fundiéndola con este comité integrado casi totalmente por bochistas, al tiempo que despojaba a de Gaulle de toda posibilidad de representar a Francia al colocar al general en la misma posición jerárquica que los, a juicio de de Gaulle, traidores generales bochistas, quienes por añadidura, verían su legitimidad fortalecida al contar entre los miembros del comité al famoso general que enarboló el primero, la causa de la salvación del honor de la derrotada Francia.

En pocas palabras, Estados Unidos quería crear una suerte de sistema federal para gobernar y administrar los territorios integrantes del imperio colonial francés. De esta manera, enarbolando la bandera de la libertad e independencia de dichos territorios, los norteamericanos en los hechos substituirían sutilmente a Francia como metrópoli colonial, al menos en lo referente a los beneficios económicos y geoestratégicos que su

³¹ Gallo, Max. *De Gaulle, La solitude du combattant*. Robert Laffont. Paris.1998.p.297.

control conllevaba. Sobra decir que el general estaba firmemente dispuesto a hacer todo para evitar un tal arreglo. De la entrevista que en Casablanca sostendría con Roosevelt nada bueno saldría y la animadversión que separaba a estos dos personajes, lejos de atenuarse se acentuaría. Giraud por su parte, intentaría convencer a de Gaulle de participar en el plan norteamericano haciéndole una propuesta tan absurda que sólo su inconmensurable ignorancia podía explicar su esperanza de que fuera aceptada. Giraud le ofrecería un ascenso a General de Ejército ya que de Gaulle solo tenía el grado de General de Brigada no confirmado. No hace falta decir que habría hecho falta mucho más que eso para convencer al intransigente patriota francés de tomar parte en el proyecto. Lo único que en aquella ocasión de Gaulle aceptaría, sería aparecer ante la prensa junto con Roosevelt y Churchill y darle un apretón de manos a Giraud.

Una vez terminada la conferencia, el general volaría de vuelta a Londres y ahí, en una comparecencia ante la prensa, desenmascararía la inclinación provichysta del plan norteamericano. Como consecuencia de ello, una campaña antigauillista se generaría de inmediato en la prensa británica y norteamericana. No obstante los costos, el general no se arrepentiría de la actitud intransigente asumida ante los acontecimientos de Casablanca y las propuestas que ahí le fueron hechas. De Gaulle y su rebeldía se habían convertido ya en un verdadero dolor de cabeza para los dirigentes de las principales potencias aliadas. De hecho, en la correspondencia secreta que sostenían Churchill y Roosevelt, se referían a de Gaulle, en no pocas ocasiones, como “la novia” (the bride) por su tozudez, su necedad y sus caprichos. A este respecto la investigadora Susan Banfield resalta que:

“La hostilidad y la desconfianza existentes entre Roosevelt y de Gaulle ya llegaban al clímax. En un cable enviado a Churchill, el Presidente de Estados Unidos: “No se qué hacer con de Gaulle. ¡Posiblemente quieran ustedes nombrarlo gobernador de Madagascar!”. En cuanto a de Gaulle, sentía que estaba en guerra tanto con los aliados como con los nazis.”. “No debemos olvidar”, dijo a un general colega, “ que estamos solos entre extranjeros, ya que los aliados son extranjeros. Pueden convertirse en nuestros enemigos el día de mañana”. Sin embargo esta creciente batalla con los aliados llevó a una gran victoria en la guerra de de Gaulle por restablecer la grandeza de Francia. A medida que la gente del África del Norte seguía los informes de la invasión de los aliados y la Conferencia de Casablanca, creció el apoyo a de Gaulle. Grupos de sus partidarios comenzaban a reemplazar a los oficiales de Vichy en todo el África del Norte”.³²

En Argel, continuaría la pugna entre los gaullistas y los giraudistas o neovichystas por representar el gobierno francés. Por un lado de Gaulle se negaba a legitimar a Giraud y por el otro Giraud se negaba, animado por los norteamericanos, a dejarle el lugar preeminente a de Gaulle. El líder de la Francia Combatiente mientras tanto continuaría con sus esfuerzos por fortalecer sus vínculos con las múltiples organizaciones que integraban la Resistencia Francesa, con objeto de acrecentar su base de apoyo para así, disputar desde una mejor posición el poder a los giraudistas. En este esfuerzo, de Gaulle sin embargo se cuidaría de no permitir que su imagen se “fundiera” con las bastante numerosas organizaciones comunistas de la Resistencia pues temía ser

³² Banfield, Susan. Op. Cit. p.49.

percibido como un revolucionario de izquierda y, que esta percepción, fortaleciera a dichas organizaciones aumentándose con ello la probabilidad de un eventual advenimiento de un régimen comunista en la Francia post bélica.

A comienzos de 1943, la parte sur de Francia ya había sido ocupada militarmente por los alemanes. El régimen de Vichy por su parte, había eliminado cualquier disimulo en lo que a su colaboración con los nazis concernía. Laval emplearía los poderes ilimitados de que gozaba para competir con la Gestapo en la persecución escrupulosa de judíos y miembros de la Resistencia. A mediados del mes de enero, se había implantado en Francia el llamado trabajo obligatorio que forzaba a los obreros franceses a partir hacia Alemania para trabajar en ella en las fábricas que producían los pertrechos militares que el Reich requería para la continuación de la lucha. Esta medida provocaría que las filas de las organizaciones resistentes se vieran súbitamente engrosadas. No pocos franceses preferirían pasar a la clandestinidad luchando en contra del invasor a irse a trabajar en las plantas en las que el enemigo fabricaba sus tanques y aviones.

Con el paso de los meses, un número creciente de organizaciones de la Resistencia en Francia y de reconocidos políticos franceses entre los que se encontraban León Blum, Georges Mendel, Paul Poncourt y Edouard Herriot, se manifestaría en favor de que el gobierno en Argelia fuese puesto en manos de de Gaulle. *“El jefe solitario de la Francia Libre, estaba más decidido que nunca a reavivar la llama de la Resistencia Francesa. A comienzos de 1942, un emisario secreto, Jean Moulin, había sido lanzado en paracaídas en Francia. Su misión consistía en unificar los diversos movimientos de resistencia bajo una sola autoridad: la del general de Gaulle”.*³³

El 15 de mayo, Jean Moulin, en nombre del Consejo Nacional de la Resistencia enviaría al general de Gaulle una declaración a través de la cual, todas las organizaciones de la resistencia en Francia exigían que en Argel se instalara un gobierno provisional que tuviera como Presidente a de Gaulle. Así, Giraud y de Gaulle continuarían su disputa por el poder en Argel y, por ende, por el monopolio de la representación de Francia. El primero, apoyado en el enérgico respaldo de Estados Unidos; el segundo, en el vigoroso apoyo de la Resistencia Francesa y en su legitimidad personal. Giraud pronto se daría cuenta de que ser el candidato de Washington no le bastaría y se apresuraría a modificar su discurso político, deslindándose de toda relación con el régimen de Vichy e incorporando reivindicaciones democráticas. Sin embargo, como veremos, estos gestos no le resultarían suficientes. Con el paso del tiempo unos antes que otros, pero al final, todos, incluidos los norteamericanos, se darían cuenta de que la única solución posible estribaba en la inclusión de de Gaulle en los órganos dirigentes en África del Norte. Sin embargo, Washington aun aceptando se le otorgara a de Gaulle una importante porción de poder, persistiría en su intención de asegurarle a Giraud el lugar preeminente.

Las tensiones continuarían y el general pondría sus condiciones para aceptar participar en el gobierno en Argel. Estas condiciones básica y simplemente consistían en que la parte medular del poder le fuera reservada a él. El tiempo seguiría pasando y el líder de la Francia Libre se daría cuenta de que se habían rebasado los límites de la

³³ Kersaudy, Francois. Op. Cit. p.211.

negociación a la que estaban dispuestas las partes implicadas. La paciencia de los aliados no era ilimitada y de Gaulle sabía que al fin de cuentas podría quedar al margen. De esta manera, finalmente accedería a formar junto con Giraud, un gobierno central francés con sede en Argelia y bajo el nombre de Comité Francés de Liberación Nacional. Sabía que por el momento era lo más que podía obtener. Participaría entonces en un gobierno en el que, al menos nominalmente, Giraud y él compartirían el poder. Sin embargo esa situación no duraría mucho. De Gaulle poco a poco se iría apoderando de los principales espacios de poder ubicando en ellos a sus partidarios e iría eliminando a sus adversarios neovichystas. Si bien, la exigencia inicial gaullista en el sentido de que los gobernadores bochistas de las distintas partes del imperio fueran destituidos no se realizaría inmediatamente, unos más pronto que otros se darían cuenta de que la escena sería paulatina e inexorablemente dominada por el general.

Así, pocos días más tarde, Peirouton, gobernador de Argelia dimitiría y le enviaría su renuncia a de Gaulle aun cuando éste no había sido investido aún de poderes oficiales. Detrás de Peirouton dimitiría el resto de gobernadores bochistas. Giraud enfurecería y unilateralmente nombraría a Muselier Prefecto de policía. Una atmósfera de asonada militar invadiría la ciudad. La última batalla política entre de Gaulle y Giraud por el poder en Argel había comenzado y de ella saldrían, el primero, fortalecido, y el segundo pulverizado. A pesar de la obstinación estadounidense en que Giraud permaneciera en la copresidencia del gobierno, obstinación que se manifestó en la amenaza que Eisenhower le hiciera a de Gaulle en el sentido de que si Giraud no permanecía, Estados Unidos dejaría de destinar suministros militares a los franceses, los bochistas se derrumbarían muy pronto. Ante la amenaza de Eisenhower, De Gaulle haría como que cedía al principio para mostrar su verdadero juego después. Teniendo el control del Comité Francés de Liberación Nacional, en cuyo seno el número de gaullistas había, paulatina pero consistentemente aumentado, el general podía permitirse, como los toros andaluces, “dar un paso atrás para investir mejor”. Así lo haría y, trabajando fina y pausadamente, en apenas unas semanas, Giraud sería finalmente descartado de la escena desapareciendo como el militar anodino que en esencia siempre fue. El reconocido investigador Jean Lacouture nos describe este proceso del siguiente modo:

“ En tan sólo un mes (hasta que se traslada a los Estados Unidos, invitado por Roosevelt), el cándido general “copresidente”, es despojado, día tras día, de su mayoría en el Comité Francés de Liberación Nacional (El CFLN), de sus responsabilidades civiles y, por último, de sus atribuciones militares. Todo ello a pesar de las gestiones que el cinco de junio realiza Churchill dirigiéndose a de Gaulle: (“Me temía que hubiese devorado usted a Giraud de un solo bocado”), y luego Eisenhower el día 19. Es curioso advertir el tono unas veces sarcástico y otras veces apiadado, casi afligido, con que de Gaulle narra su conquista: el general hubiera preferido no tener que desplumar al pobre hombre. ¿Pero cómo podía evitarlo?”.³⁴

Conviene mencionar algunas de las razones que explican la conquista del poder que de Gaulle protagonizó aquellos días en Argelia. Para cuando el gobierno de Gaulle-Giraud se instaló en Argel, las fuerzas germano-italianas habían sido ya desde hacía

³⁴ Lacouture, Op Cit. p. 92.

algún tiempo, derrotadas por los blindados aliados en el Norte de África, lo cual debilitaba el argumento norteamericano de que no quería tener a generales irreverentes en la retaguardia. En esos momentos, al menos en el norte de África no había ya retaguardia alguna puesto que las hostilidades habían concluido. No sería desde luego sólo esta situación la que permitiría a de Gaulle hacerse con el monopolio del poder en Argel. Otros factores habrían jugado un papel más importante. Uno de ellos, desde luego no el menor, era el apoyo que el millón y medio de colonos franceses en Argelia le daba al general. Sabían de la política anticolonialista norteamericana e intuían – equivocadamente en el largo plazo como veremos más adelante – que para preservar el control francés sobre Argelia era mil veces preferible de Gaulle al general Giraud que era poco menos que un títere de Washington y cuya debilidad política era de todos conocida. Otro factor fue la declaración que de Gaulle haría en plena crisis en el sentido de que, una vez terminada la guerra, renunciaría a ejercer cualquier cargo político, lo cual, echaría por tierra las acusaciones de abrigar pretensiones dictatoriales que sobre él pesaban. En cualquier caso, la fase que se abría con la eliminación de Giraud:

“... es quizá la más importante de la vida de de Gaulle. Sólo entonces se concentra el personaje, adquiriendo su densidad, su “peso específico”. Ello no obedece, por supuesto, al hecho de que en diez meses haya conseguido engañar, ridiculizar y eliminar al pobre Giraud, alcachofa devorada hoja a hoja por un rival que se había afilado los dientes con adversarios de mayor talla, sino a la conversión de este maurrasiano y seguidor reputado de Maquiavelo en símbolo de la porción irreductible de moral y de fe que entra en toda gran política. Ciertamente es que sus procedimientos y sus declaraciones seguirán siendo cínicos y a menudo brutales, pero sabrá aparecer ante los demás como el hombre que encuentra en la política un absoluto, un imperativo categórico, unos valores”.³⁵

Una vez firmemente posicionado en el poder en Argel, de Gaulle presidiría el desfile militar que se celebraría con ocasión de la fiesta nacional del 14 de julio. Miles lo aclamarían y su arraigo popular quedaría claramente de manifiesto. El 31 de julio, la Presidencia del Comité Francés de Liberación Nacional sería puesta enteramente en sus manos. Las potencias aliadas le otorgarían al CFLN reconocimientos vagos o limitados. Estados Unidos lo reconocía únicamente como órgano encargado del gobierno de los territorios coloniales franceses que lo reconocieran como autoridad. Gran Bretaña le daba un reconocimiento un poco más amplio, definiéndolo como el “órgano capaz de garantizar la dirección de los esfuerzos franceses en la guerra”, La Unión Soviética por el contrario, le otorgaría al CFLN gaullista un amplísimo reconocimiento declarando que el comité era “el representante de los intereses estatales de la República Francesa y el único órgano rector de todos los patriotas de Francia.” Finalmente serían 26 el número de Estados independientes que reconocerían al Comité.

Como podemos ver, la pugna por el reconocimiento pleno por parte de las potencias participantes del tablero internacional no había concluido. El episodio de Argelia era apenas una batalla más y no serían pocas las que faltarían por librarse. En esa misma lucha, de Gaulle lograría que un cuerpo expedicionario francés fuese incluido en las fuerzas destinadas a Italia y, de igual manera, lograría, partiendo del apoyo soviético, que Francia fuese incluida en el consejo consultivo sobre los

³⁵ Ibidem. p. 92.

problemas de Italia y en las negociaciones de paz con ese país. Sin embargo, por otro lado, de Gaulle sería excluido de la conferencia de los tres grandes que se celebraría en la ciudad iraní de Teherán.

“... de Gaulle seguiría pues con la tan ardua como ingrata tarea de lograr que todas las colonias y las posesiones francesas en ultramar entraran en la guerra sin parecer un mercenario a sueldo de los ingleses; enviar a los soldados de la Francia Libre a todos los teatros de operaciones, para obligar a los aliados a reconocer que era un socio y un cobeligerante. Si bien había fracasado en Dakar y en Djibouti, había triunfado en África ecuatorial, en el Levante y en Saint-Pierre. Cada una de las veces, sin embargo, había chocado con la incomprensión, la reticencia, la mala voluntad, la oposición pasiva y activa de sus aliados anglosajones para quienes Francia había dejado de contar y la Francia Libre no era otra cosa que un simple peón en el amplio tablero del conflicto mundial”.³⁶

Por otra parte, en lo que podíamos ubicar dentro de la “política interna” de Gaulle intentaría impulsar las ideas que tenía de un sistema político funcional que pudiese establecerse en el periodo inmediato posterior a la guerra. Para el general era sin duda alguna deseable un sistema de Ejecutivo fuerte y de Legislativo secundario. Como veremos, en un primer momento no le resultaría posible llevar a la práctica estas intenciones aunque, mucho después, con el nacimiento de la Quinta República Francesa, coyuntura que en su momento se analizará en este trabajo, su herencia política quedaría asegurada. Mientras tanto, en los años de la guerra, de Gaulle tendría que contemporizar, no solo en el ámbito internacional sino también en el doméstico, con las más variadas opiniones respecto del futuro político ideal de Francia. En la Asamblea Consultiva Provisional, órgano que hacía las veces de Parlamento en el exilio, estaban representadas casi todas las fuerzas del espectro político. Algunos de sus miembros pretendían restaurar el sistema de la Tercera República, algunos otros deseaban democratizar radicalmente el régimen republicano; otros, los más izquierdistas, propugnaban por el advenimiento del poder del pueblo a través de la instalación de una Asamblea Nacional única y soberana y otros, quienes simpatizaban con las ideas de de Gaulle, pretendían construir un régimen renovado en el que la repartición del poder diera más funcionalidad gubernamental al Estado incluyéndose en este plan un Presidente fuerte y un Parlamento con capacidades de control pero relativamente superado en facultades por el ejecutivo. Las diferentes opiniones respecto de la organización política ideal de la Francia post-bélica, ya existentes en el seno de la Asamblea Consultiva Provisional, se irían polarizando con el avance de los acontecimientos y al acercarse el fin de la guerra, situación que el general tendría que contemplar en el diseño de la estrategia de acción de cara a su relación con los tres grandes.

En este contexto, de Gaulle iría mostrándose cada vez más indulgente con los miembros del régimen de Vichy. Si bien el general estaba conciente de que Vichy había representado y seguía haciéndolo, la traición y la cobardía, también lo estaba de que en la futura lucha por la definición de la naturaleza del sistema político y social de la posguerra había que fortalecer al componente centro-derechista de la sociedad francesa. La realidad de los hechos era que, al principio de la guerra, la mayor parte de los

³⁶ Kersaudy, Francois. *De Gaulle y Churchill*. El Ateneo. Buenos Aires. 2004. p.212.

integrantes de este último sector de la sociedad había apoyado al régimen de Vichy y que si un sector de la sociedad francesa nunca se había rendido al enemigo, ese era el sector obrero, dominado mayoritariamente por comunistas. La indulgencia creciente hacia los ex integrantes del Vichysmo obedecería pues a razones políticas de largo plazo. De Gaulle quería entonces fortalecer al polo social-cristiano del espectro ideológico francés para que pudiese, al concluir las hostilidades, enfrentarse con eficacia al amenazante comunismo. Como veremos más adelante, no fracasaría en esta empresa. A partir de 1943 miles de bochistas pasarían a engrosar las filas del gaullismo y el propio general, que había iniciado la guerra con una postura bastante cercana al lado izquierdo del panorama político, elogiando incluso con gran energía el papel de la Unión Soviética, iniciaría un paulatino pero sostenido viraje discursivo que lo iría acercando cada vez más a la derecha. Para 1944 sería evidente que a de Gaulle le preocupaba mucho el poder que las organizaciones comunistas de la Resistencia habían amasado, producto de su legitimidad moral y de su eficacia militar. El general consideraba con preocupación la posibilidad de una toma del poder por los comunistas una vez concluida la guerra.

De acuerdo con no pocos autores, estos temores de de Gaulle no eran sino una estrategia destinada a atraerse el apoyo de los reticentes aliados. El general quería, en pocas palabras, espantar a Roosevelt con la idea de una posible revolución comunista en Francia, para convencerle de que, a pesar de la animadversión personal que experimentaba hacia él, él era la mejor opción de gobierno para la Francia post-bélica. Los aliados mientras tanto, y particularmente Estados Unidos, estaban decididos a no reconocer al Comité Francés de Liberación Nacional como gobierno en el exilio e incluso, estaban decididos a, llegado el momento, instaurar en Francia en tanto se celebraran elecciones, la autoridad del AMGOT (Allied Military Government of Occupied Territory) es decir, del Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados. Washington pues, no tenía la menor intención de reconocerle a de Gaulle autoridad alguna una vez liberado el territorio francés. Sin embargo, el general, conocedor de esta posición norteamericana, haría todo lo posible por estar siempre un paso adelante de los estadounidenses. Nombraría desde ya a 17 comisarios regionales plenipotenciarios y a varios prefectos de policía, los cuales, se encargarían, inmediatamente después de la liberación y habiendo previamente penetrado subrepticamente en Francia, de asumir el poder en nombre de la autoridad del General de Gaulle y del CFLN en sus territorios asignados.

En Londres, el Alto Mando Aliado se prepararía para planear la tan solicitada por los soviéticos, apertura del segundo frente. Los preparativos para un desembarco a gran escala en Francia estarían siendo puestos a punto a espaldas de de Gaulle. Evidentemente esta situación le irritaría profundamente. Sin embargo, había aprendido a contemporar con estas incomodidades. El general había adquirido la habilidad de administrar sus movimientos de suerte tal que al final de la historia fuera él el más beneficiado. No serían pocas las veces que tendría éxito haciendo esto. Nikolai Molchanov se refiere en los siguientes términos a la manera en la que el general se conducía entre sus poderosos patrocinadores:

“El general se conducía con sus aliados con tanta arrogancia que hasta sus colaboradores más cercanos se sentían asustados. El 27 de marzo de 1944, declaró en la Asamblea Consultiva que Francia no necesitaba consejo alguno proveniente del extranjero, que no contaría con nada que no fuera la voluntad de

la nación francesa. Denominó por primera vez su comité, gobierno provisional, aunque no había habido ningún cambio oficial de nombre. Todo parecía indicar que Francia no sería liberada por las tropas norteamericanas e inglesas, sino por él, por de Gaulle, a la cabeza de sus ejércitos. Cuanto menos seguro se sentía con tanta mayor rudeza pugnaba por imponer sus derechos.”³⁷

El 21 de abril, las autoridades británicas prohibirían a los representantes de de Gaulle usar el cifrado diplomático inglés. Al general le parecería insultante el que los aliados pudiesen sospechar que él o sus simpatizantes pudieran aprovechar esta prerrogativa para pasar información estratégica al enemigo. El enojo del general llegaría a límites nunca antes alcanzados. De Gaulle se negaría en adelante a recibir a los embajadores británico y norteamericano. Poco tiempo después, el gobierno inglés intentaría convencer nuevamente a de Gaulle de restablecer las comunicaciones. El general terminaría aceptando, habiéndose preparado para la nueva sorpresa que sus difíciles aliados podían depararle. Sin embargo, esta aceptación sería precedida por la proclamación oficial que de Gaulle haría de su Comité Francés de Liberación Nacional como Gobierno Provisional Francés. No es necesario aclarar que esta proclamación sería hecha unilateralmente sin informar, ya no digamos consultar a Estados Unidos y Gran Bretaña.

Así, como hemos visto, la relación entre el general y sus todavía indispensables aliados estaría caracterizada por la tensión y la sorpresa, por la ingratitud y el desprecio, por la aspereza y en ocasiones incluso por la amenaza de ruptura. Sin embargo, de Gaulle lograría salir fortalecido una y otra vez. En el estudio de los acontecimientos que siguieron al desembarco en Normandía que haremos en los subcapítulos sucesivos, podremos detectar muchas otras coyunturas más en las que el general se enfrentaría a británicos y norteamericanos. Sin embargo, creemos que no puede extraerse ninguna conclusión de la manera en la que se condujo en esas ocasiones, a menos que partamos de un enfoque global en el que, con la necesaria perspectiva histórica, observemos sus consecuencias a largo plazo. Eso intentaremos hacer en los capítulos finales de esta investigación.

³⁷ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.197.

Capítulo V.

La acción militar y política de de Gaulle y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político en Francia.

Subcapítulo 5.3. La Segunda División Blindada y la liberación de París.

Cuando en la madrugada del cuatro de junio, recién llegado a Inglaterra, de Gaulle se enteraría de que los norteamericanos habían impreso ya el dinero que pretendían hacer válido en Francia durante su ocupación militar y que habían designado, después de haberles dado un cursillo, a quienes ejercerían la autoridad política en los territorios franceses liberados, experimentó, típico en él, una gran indignación.

Poco después de su llegada a Inglaterra, el general se reuniría con Churchill, quien intentaría convencerlo de viajar con él a Washington con objeto de plantearle a Roosevelt las ventajas que representaba el hecho de que De Gaulle se encargara de la administración durante la ocupación. De Gaulle, fiel a la actitud altiva y orgullosa que lo caracterizaba le respondió que él no tenía por qué exponer ante Roosevelt su candidatura para gobernar Francia, que el gobierno francés, por lo demás, existía desde hacía mucho tiempo y por lo tanto en lo que a eso concernía, nada tenía que pedirle ni a Estados Unidos ni a Gran Bretaña. Es desde luego inútil mencionar que en esta ocasión, la tozudez del general francés lograría sacar de sus casillas, una vez más al Primer Ministro británico. La tirantez que en aquellos días caracterizaría la relación del general francés con sus aliados es elocuentemente expuesta por el reconocido investigador Francois Kersaudy. En su libro *De Gaulle y Churchill*, el catedrático de la Universidad de Oxford escribe:

“El general de Gaulle llevaba una guerra pública contra Vichy y Alemania, pero también una guerra privada contra el Almirantazgo británico, el War Office, el Ministerio del Aire, el Colonial Office, el Intelligence Service, el Foreign Office, el Primer Ministro, el Presidente de Estados Unidos y el Departamento de Estado. Estos choques periódicos con las autoridades aliadas en casi todos los eslabones de la jerarquía, sacudieron muy bruscamente la cooperación franco-británica. Los ingleses sostenían que era necesario recordarle con regularidad al general que el enemigo número uno era el alemán, pues si se le dejara ceder a su primera inclinación está sería indudablemente hacia la opción inglesa”.³⁸

De Gaulle sin embargo, sabía lo que hacía y la capacidad negociadora con la que en cada momento contaba. En este momento por ejemplo sabía que de una forma o de otra, se apoyaba en un gobierno en el exilio presidido por él, en un ejército de trescientos mil hombres que le era fiel y aunque inestable, en el apoyo de las muchas organizaciones resistentes al interior de Francia. Más que persuadir al presidente Roosevelt de su idoneidad como líder en los momentos posteriores a la liberación, la prioridad del general en ese momento era llegar a suelo francés liberado.

³⁸ Kersaudy, Francois. Op. Cit. p.212.

En ocasión del desembarco en Normandía y de la consecuente penetración de los ejércitos aliados en la Europa ocupada por los nazis, los norteamericanos y británicos habían preparado una serie de discursos que los líderes de los diferentes países cuyos territorios estarían muy pronto en disputa deberían pronunciar en una transmisión especial de la BBC de Londres con el objeto de preparar a la población para los acontecimientos que vendrían. En estos discursos de Gaulle estaba incluido aunque no como jefe de estado o de gobierno. Cuando el general leyó el texto que tendría que pronunciar se negaría terminantemente arguyendo que no estaba de acuerdo ni con la negativa a reconocérsele como jefe del gobierno francés ni con el llamamiento que debería hacer al pueblo francés en el sentido de obedecer a plenitud y de manera exclusiva a las autoridades militares aliadas. Otro punto que desagradó profundamente al general fue el hecho de que en la programación de discursos, él estaba después de Eisenhower que a su vez estaba después de los jefes de Estado y de gobierno europeos exiliados en Gran Bretaña, lo cual daba una idea de subordinación del líder francés a los militares aliados. Para de Gaulle esto era demasiado, de modo que manifestó su negativa a participar en esa transmisión diciendo que hablaría sí, pero en otro momento. En cualquier caso, en la mañana del 6 de junio de 1944 tendría lugar la más grande operación militar de desembarco de la historia de la humanidad. Más de seis mil barcos ocultos tras la bruma se aproximarían a las playas de Normandía:

“En la memoria de los hombres, el sexto día del sexto mes del año de 1944 permanecería como el “día J”. A las tres de la mañana tres divisiones aerotransportadas serían lanzadas en paracaídas para preparar las zonas de desembarco previsto para el alba sobre cinco playas minuciosamente escogidas. Las dos playas americanas fueron bautizadas como Utah y Omaha, - nombres tomados de la denominación de un estado de la Unión y de una ciudad de Nebraska – y Gold, Juno y Sword fueron designados como los nombres clave de las playas anglocanadienses”.³⁹

A partir de estas acciones, en la costa normanda se sucederían los momentos decisivos de la guerra en Europa. No sería fácil, sin embargo, el inicio, el desembarco pues, había sido un incuestionable éxito. El investigador Anthony Kemp en su obra *Le Débarquement en Normandie* lo expresaría de la siguiente manera: *La operación Neptuno fue un éxito aunque no todos los objetivos pudieron ser alcanzados. Para los aliados, la siguiente fase de la Operación Overlord consistía en poner a fuerzas suficientes en tierra para aplastar en las semanas subsiguientes al ejército alemán en Normandía para poder desplegarse después hacia el Sena. En pocas palabras, la campaña se convirtió en una carrera de velocidad para los beligerantes.*⁴⁰

A las seis de la tarde del 6 de junio de 1944, día del desembarco de las fuerzas aliadas en las playas de Normandía, de Gaulle se dirigiría al pueblo francés a través de las ondas de la BBC de Londres cuyo uso le fue permitido nos sin algunas reticencias por un gobierno británico receloso y molesto por la negativa del general a participar en la emisión especial preparada con los demás líderes de la Europa ocupada. En aquella ocasión de Gaulle diría a los franceses:

³⁹ Kemp, Anthony. *Le débarquement en Normandie*. Gallimard. París. 1999. p.59.

⁴⁰ *Ibidem*. p.89.

“la batalla suprema ha comenzado (...) esta batalla, que se librará en Francia, será desde luego la batalla de Francia (...) el deber de todos los hijos de Francia, dondequiera que estén, quienesquiera que sean es combatir al enemigo por todos los medios disponibles (...) las órdenes que imparten el gobierno francés y los jefes franceses designados por él deben ser cumplidas estrictamente (...) ¡Detrás de las nubes de nuestra sangre y nuestras lágrimas, ya se está levantando otra vez el sol de nuestra grandeza!”⁴¹

Una prueba de la rispidez que ciertamente seguía existiendo, tal vez más intensa que nunca, entre de Gaulle y los líderes aliados la encontramos en el hecho que muy acertadamente señala Molchanov y que a continuación mencionamos:

“El pueblo francés escuchó dos llamamientos contradictorios. El comandante en jefe de las tropas aliadas lo llamaba a mantenerse tranquilo, el jefe del gobierno provisional, por el contrario, exigía que el enemigo fuese combatido por todos los medios disponibles. Eisenhower llamaba a obedecer solamente al mando de los aliados, mientras que de Gaulle ordenaba que no se obedeciese a nadie que no fuese el gobierno de Francia. Además, de Gaulle declaró en Londres que el dinero impreso por los aliados era moneda falsa y que el gobierno francés no lo reconocía. Además, decidió que los oficiales franceses de enlace no acompañarían a los estados mayores de los aliados para no ayudar a la usurpación”.⁴²

Mientras en el teatro de operaciones normando las acciones tenían lugar a un ritmo frenético, de Gaulle continuaría con la lucha por la obtención del reconocimiento internacional de su gobierno provisional, lo cual le implicaría enfrentar serias dificultades cuando se trataba de las grandes potencias beligerantes aliadas como Estados Unidos y Gran Bretaña. Sin embargo, las enérgicas gestiones que realizó para tal efecto rindieron frutos en lo que a gobiernos de otros países respecta. En este sentido Alexander Werth refiere que: “*Luego, entre el ocho y el 20 de junio, de Gaulle fue repentinamente ayudado por varios gobiernos en el exilio, polaco, belga, noruego, yugoslavo, checoslovaco, los cuales reconocieron el gobierno provisional francés a pesar de las objeciones de norteamericanos e ingleses*”.⁴³ Una vez establecidas las cabezas de playa en Normandía, la principal preocupación de de Gaulle era llegar a suelo francés liberado. De esta suerte y venciendo las reticencias de los gobiernos británico y norteamericano, a bordo del torpedero *Combatante*, el general junto con algunos colaboradores, tocó tierra francesa en algún punto cercano al puerto normando de Courseulles de donde, de inmediato se trasladó a la ciudad de Bayeux en la que nombró a Francois Coulet, comisario del territorio liberado y al coronel Chebigné comandante militar del sector, responsables ambos ante el gobierno francés que él encabezaba. En Bayeux el general presidió un acto multitudinario y profundamente emotivo enviando con ello un mensaje a los británicos y norteamericanos sobre su poder de convocatoria entre la gente, que esperaba contribuyera a fortalecer sus aspiraciones a ser reconocido por las potencias aliadas como legítimo gobernante de la Francia de la post guerra.

⁴¹ De Gaulle, Charles. *Discours*. Odile Jacob. París. 1965. pp. 117-119.

⁴² Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.203.

⁴³ Werth, Alexander. Op. Cit. p. 228.

La importancia que el general le dio al primer encuentro que tuvo con las masas francesas en la ciudad normanda de Bayeux lo dotó de confianza suficiente para enfrentar sus siguientes diferencias con los aliados con mayor certidumbre. A este respecto en su libro *De Gaulle* Alexander Werth refiere que:

“El 13 de junio casi a hurtadillas, de Gaulle y un pequeño grupo de sus asistentes, hicieron una breve visita a Bayeux, en la cabeza de playa de Normandía; entre las personas que le acompañaron estaba un tal Coulet, a quien él se apresuró a nombrar *Comissaire de la République* para Normandía, estableciendo así un gobernador gaullista. Aunque todavía se mostraban varios retratos del Mariscal Pétain en Bayeux, de Gaulle recibió una muy cálida bienvenida de la población, y el subprefecto se sometió a él – retiró la foto del mariscal – a lo cual los aliados aparentemente, no pusieron ninguna objeción. En sus subsiguientes tratos con los ingleses y americanos, de Gaulle iba a comentar repetidamente la gran popularidad que gozaba entre el pueblo francés mostrando como ejemplo lo ocurrido en Bayeux.”⁴⁴

Después de regresar a Londres y de limar una vez más asperezas con Churchill, de Gaulle viajaría a Roma en donde sería recibido por el Papa Pío XII quien hasta el momento no había hecho ningún tipo de reconocimiento ni tácito ni expreso de la autoridad del general. Pío XII, desde la ocupación hasta después del desembarco aliado en Normandía, había mantenido su interlocución con las autoridades petanistas de Vichy dándoles con ello un reconocimiento tácito, mismo que ahora, con esta visita al Vaticano, correspondía al líder de la Francia Libre. Por otra parte, es importante mencionar que en Argel, mientras todo esto ocurría, la Asamblea Consultiva a instancias del general había decidido conceder el derecho al voto a las mujeres, quienes constituían en Francia la parte mayoritaria del electorado.

El hecho de que el ejército de la Francia Libre, leal al gobierno encabezado por de Gaulle participara en las acciones militares de la guerra era, como ya lo hemos mencionado, fundamental para el general ya que esto, consideraba de Gaulle, constituía un requisito fundamental para que Francia pudiera aspirar a desempeñar un papel de alguna relevancia en el nuevo orden mundial que surgiría como resultado del fin de las hostilidades. El reposicionamiento de Francia en el escenario internacional iba a juicio del general, de la mano con la participación, aunque simbólica, que el pequeño ejército francés tuviera en los distintos y numerosos frentes en los que la guerra se seguía librando.

En la reunión que el 6 de julio de 1944 finalmente tendrían en Washington Roosevelt y de Gaulle, el presidente norteamericano le plantearía al general francés su idea de crear un sistema internacional encabezado por las cuatro grandes potencia de la época post bélica, a saber, Estados Unidos, Gran Bretaña, la URSS y China. En esta ocasión y como un eslabón más de la gran cadena que el general había venido construyendo en sus esfuerzos por apuntalar a Francia en la mejor posición posible en el tablero internacional, de Gaulle manifestaría su molestia por la exclusión que de su país se hacía en este plan agradeciéndole a Roosevelt su intención de apoyar

⁴⁴ Ibidem. p. 228.

económicamente al país galo pero señalándole que más que ayuda económica, lo que Francia necesitaba era recuperar el peso político que le correspondía como potencia histórica europea. Tal vez como consecuencia de esta reunión, días más tarde, el gobierno norteamericano le reconocía al Comité Francés de Liberación Nacional el derecho a la dirección administrativa de Francia. Aunque desde luego esto no implicaba un reconocimiento de gobierno en todo lo que vale, sin duda constituía un avance importante en los esfuerzos de de Gaulle por ser reconocido por el exterior y particularmente por Estados Unidos como el líder legítimo de Francia.

Otra visión de las características, tono y consecuencias de la visita del general a la capital norteamericana la encontramos en la biografía que de de Gaulle hizo Alexander Werth. En ella y al respecto de la reunión referida se dice que:

“La visita de de Gaulle a Washington no fue demasiado bien. Roosevelt fue mucho más cordial que nunca, pero de Gaulle quedó desconcertado por las ideas del Presidente de dirigir el mundo por medio de un directorio de cuatro potencias compuesto de Estados Unidos, Rusia, Inglaterra y China, y de convertir a la Europa occidental en una esfera de influencia Americana. No fue hasta después del retorno de de Gaulle a Argel que se recibió un comunicado del Departamento de Estado diciendo que el Comité Francés de Liberación Nacional estaba “calificado” para administrar Francia”. Sin embargo, esto no previno que ciertas autoridades americanas intentaran algunas soluciones completamente diferentes con la ayuda de Herriot y aún de Laval”.⁴⁵

Mientras tanto, una fuerza combinada francoamericana desembarcaba el 15 de agosto en la costa mediterránea francesa para apoyar desde el sur la liberación del país. Todo lo anterior le daba a de Gaulle una posición más estable a partir de la cual podía enfrentar los grandes peligros que en ese momento específico, consideraba se cernían sobre el futuro inmediato francés, a saber, el establecimiento de un régimen de transición que se apoyara sobre los restos del gobierno de Vichy, opción con la que eventualmente podrían estar de acuerdo, cosa curiosa, tanto alemanes como norteamericanos, o la toma del poder en París por parte de los comunistas, quienes habían integrado mayoritariamente las unidades de las organizaciones resistentes en Francia durante la guerra. Las organizaciones resistentes en la capital, dirigidas por el coronel comunista Rol Tanguy habían iniciado ya la insurrección, con la cual por cierto de Gaulle no estaba de acuerdo, mediante la que pretendían contribuir a la liberación de la capital. Es en este contexto en el que el General de Gaulle se dirigió al cuartel general de Eisenhower para solicitarle marchase sobre París cuanto antes para apresurar su liberación lográndose con ello, evitar la masacre que en la ciudad se produciría si la insurrección continuaba y una eventual toma del poder en ella por parte de los comunistas. El general Eisenhower le respondió que los imperativos militares dictaban dejar a la capital francesa sitiada y marchar de inmediato hacia el este, hacia el Rin, hacia el corazón de Alemania. El general francés advirtió entonces al comandante aliado que de no marchar el ejército norteamericano sobre París, se vería obligado a instruir a la Segunda División Blindada Francesa a hacerlo sola. A este respecto, Dominique Lapierre y Larry Collins en su libro *Paris, brulet-il?*, exponen que: “En el momento mismo en el que en su cuartel general en Normandía Dwight Eisenhower decidía

⁴⁵ Ibidem. p. 230.

*finalmente retrasar la liberación de París Charles de Gaulle dirigía un memorando secreto al general Pierre Koenig, jefe de las Fuerzas Francesas del interior: Independientemente de que los aliados lo quieran o no, decía de Gaulle, es esencial que París sea liberada lo más pronto posible”.*⁴⁶

El 23 de agosto de Gaulle llegaría a Rambouillet en donde se reuniría con el general Leclerc, comandante de su Segunda División Blindada que ya se encontraba en este pueblo cercano a la capital francesa, con objeto de afinar los últimos detalles del plan de entrada en la capital de la inevitablemente solitaria, al menos hasta ese momento, división francesa. Dos días más tardes y a marchas forzadas sabiendo que la insurrección continuaba en la capital con su inevitable saldo en bajas, la Segunda División Blindada hacia su entrada en la capital francesa. Este hecho causó gran emoción en los parisinos que esperaban la llegada de “les américains” en cualquier momento. Al divisar los primeros tanques, su sorpresa y orgullo no serían menores al constatar que era una división francesa la que entraba la primera en la ciudad luz. Este hecho, que pronto sería conocido por todos los franceses, constituiría sin duda un importante detonador de la recuperación de la confianza de los franceses en su propia nación. Un día más tarde, partiendo de Rambouillet, de Gaulle entraría en París y se dirigiría directamente a la Gare Montparnasse en donde, de acuerdo a las instrucciones que el propio de Gaulle le había dado, el general Leclerc junto con los líderes de la resistencia francesa en la ciudad encabezados por el coronel Rol Tanguy, recibió la capitulación del comandante alemán de la plaza, el general Dietrich Von Choltitz. Más tarde, de Gaulle y sus colaboradores llegarían al ayuntamiento de París para presidir un acto multitudinario para celebrar la recién consumada liberación de París. Estando en el balcón y ante miles de parisinos, los líderes de la resistencia lo conminaron a proclamar la república desde ahí, justo desde el lugar en el que otrora la habían proclamado Lamartine y Gambetta. Ante esta proposición, el general respondería enérgico: “*La República nunca ha dejado de existir. En cuanto a mí, soy el Presidente del gobierno de la República. ¿Por qué entonces debo proclamarla?*”.⁴⁷

La contención de los líderes comunistas de las organizaciones resistentes que a lo largo de toda la guerra habían operado en la capital francesa era una prioridad para el general. En este sentido, como bien lo señala Werth en su libro *De Gaulle*, “*Uno de los principales objetivos de de Gaulle en 1944-45 era amansar a los comunistas, la parte más dinámica de la resistencia, mientras hacía el más completo uso de ellos en ganar la guerra contra Alemania y manteniendo a la clase trabajadora bajo control. Lo logró completamente, aunque no sin una gran airada protesta de los comunistas de todos rangos y condiciones*”.⁴⁸ Por otra parte, en este mismo sentido el historiador Jean Lacouture observa en su libro *De Gaulle* que:

“La campaña del Presidente del Gobierno Provisional de la República Francesa para disolver a las milicias será una empresa de larga duración; tan larga y difícil que el regreso a Francia de Thorez, la promoción del Secretario General del Partido Comunista Francés a la vicepresidencia del Consejo e incluso del viaje a Moscú del general desempeñarán un papel nada desdeñable

⁴⁶ Lapiere, Dominique y Collins, Larry. Paris, brulet-il? Robert Laffont. París. P.27.

⁴⁷ Molchanov, Nicolai.Op. Cit. p.206.

⁴⁸ Werth, Alexander. Op. Cit.. p.243.

en esta obra de integración de la revolución en el Estado. Pero semejante operación no hubiera sido posible de no ser porque el propio Estado había tomado la iniciativa de una revolución por medio de la ley.”⁴⁹

Un día más tarde y ante la enérgica negativa del comando aliado encabezado por Eisenhower, de Gaulle mantendría bajo su absoluto control a la Segunda División Blindada comandada por el general Leclerc con objeto de realizar un desfile triunfal para celebrar la consumación de la liberación de la capital francesa. De esta suerte, el general y sus colaboradores, estos últimos un paso atrás, marcharían desde el Arco del Triunfo hasta la Plaza de la Concordia y de ahí hasta la catedral de Notre Dame rodeado y vitoreado por una multitud emocionada. Dado que no habían sido sofocados aún todos los puntos de resistencia alemanes, durante la marcha en varios momentos se producirían disparos que harían a la gente guarecerse. El general sin embargo, se mantendría de pie, marchando con paso firme, convencido de que encarnaba el honor de Francia y en tal condición, no podía permitirse bajo ningún motivo mostrarse temeroso o extremadamente prudente ante el riesgo de recibir un disparo. Seguida por los tanques de la Segunda División Blindada, la marcha solemne culminaría en Notre Dame en donde se celebraría un *Te Deum*, una misa de acción de gracias por la libertad recuperada. En relación a este acontecimiento, de Gaulle escribiría en sus memorias de Guerra:

“Puesto que cada uno de los que están aquí ha elegido, en su corazón, a Charles de Gaulle como refugio de sus penas y símbolo de su esperanza, es preciso que lo vea familiar y fraternal, y que esta visión haga resplandecer la unidad nacional (...) así pues, voy, emocionado y sereno, en medio de la increíble exaltación de la multitud, bajo una tormenta de voces que repiten mi nombre, tratando de encontrar mi mirada, a medida de las posibilidades en cada una de las olas de esta marejada para que mis ojos puedan abarcarlos a todos, levanto los brazos para responder a las aclamaciones. En ese momento sucede uno de los milagros de la conciencia nacional, uno de esos gestos de Francia, que a veces a lo largo de los siglos, llegan para iluminar nuestra historia (...) y yo, en medio de esta tormenta, me siento cumplir una función que es muy superior a mi persona, servir de instrumento al destino.”⁵⁰

Sobre el peso que para la historia personal del general y para la propia historia de Francia, este acontecimiento tuvo, Jean Lacouture, otro importante estudioso de la vida y obra de de Gaulle escribió:

“El triunfo se consolidará al día siguiente, a primera hora de la tarde. Hemos visto mil veces las imágenes de Charles de Gaulle bajando por los Campos Elíseos el 26 de agosto de 1944. No vamos a detenernos ahora a examinarlas. Lo importante del caso es que de Gaulle, el intratable, haya sabido amoldarse a los acontecimientos. Pese a su deseo de mostrarse familiar y fraterno, entregado a una multitud que hubiera podido perderse en el desorden o enloquecer en el pánico y sabiendo que no tenía ni el físico ni la afición por las actitudes que pueden halagar al público, supo pasar, con una nobleza sin

⁴⁹ Lacouture, Jean. Op. Cit.. p.109.

⁵⁰ De Gaulle, Charles. *Memoires de Guerre*. Robert Laffont. París. 1980. p.536.

condescendencia, en medio de ese pueblo herido que veía en él a su libertador. Conviene fijarse en este gesto de las manos abiertas, que ofrece a la multitud conmovida, un gesto digno de figurar en un tapiz, y que muy bien hubiera podido inventar Péguy...¿Pensó de Gaulle, al igual que lo hizo Clemenceau en la noche del once de noviembre de 1918: “Quisiera morir ahora”? Al ser menos sentimental, menos personal, menos pesimista, más orgulloso, piensa en la historia de Francia, en el puesto de Francia en el mundo, en su propio puesto en la historia del país.”⁵¹

Después de la celebración y ya reincorporada la Segunda División Blindada de Leclerc a las fuerzas aliadas que marchaban sobre el Rhin, de Gaulle se dedicaría a gobernar Francia desde su recién liberada capital. Lo primero que haría sería notificarles de la manera más clara y enérgica posible a los líderes de la resistencia en la capital, la mayoría de ellos comunistas, que no habría lugar para ellos en el Nuevo régimen. El 28 de agosto de 1944 les comunicaría en una reunión convocada por el, la disolución y el desarme de las Fuerzas Francesas del Interior y la incorporación de sus miembros al ejército regular francés. En pocas palabras de Gaulle les comunicó que habiéndose liberado París, el Consejo Nacional de la Resistencia dejaba de existir y pasaba a ocupar su lugar en la gloriosa historia de Francia.

*“He salvado la casa e incluso algunos muebles”*⁵² habría dicho de Gaulle en los momentos inmediatamente posteriores a la liberación. A partir de ese momento y una vez disueltas las Fuerzas Francesas del Interior y eliminado el riesgo de una toma del poder en París por parte de sus líderes, lo que le correspondía al general era poner su atención y energía en un objetivo que lo obsesionaba: el reposicionamiento de Francia en el escenario internacional. Para ello tendría que continuar con su empeño de garantizar la participación de fuerzas militares francesas en las acciones militares del resto de la guerra, y poner especial atención en las medidas de política exterior. El 26 de octubre de 1944 estos esfuerzos comenzarían a rendir frutos. En esa fecha, los gobiernos de la URSS, de Gran Bretaña y de Estados Unidos reconocían oficialmente el gobierno provisional del general. En lo que al caso norteamericano concierne, este reconocimiento implicaba sin duda alguna un cambio radical respecto de su política anterior. En este contexto y en aquel momento el general declararía: *“El gobierno francés está satisfecho de que se hayan dignado llamarlo por su nombre.”*⁵³

⁵¹ Lacouture, Jean. Op. Cit. p.105.

⁵² De Gaulle, Charles. *Memoires de Guerre. La Salvation*, Robert Laffont. París. 1980. p.570.

⁵³ Molchanov, Nicolai. *General De Gaulle*. Editorial Progreso. Moscú, 1990. p.225.

Capítulo V.

La acción militar y política de de Gaulle y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político en Francia.

Subcapítulo 5.4. Fin de la Guerra. Francia en la etapa inmediata posterior.

Una vez concluidas las hostilidades en Europa, y de Gaulle posicionado como eje en torno al cual girarían los demás actores políticos franceses en los momentos inmediatamente posteriores al final de la conflagración, el general, como ya lo hemos mencionado en el subcapítulo anterior, declararía “*He salvado la casa e incluso algunos muebles.*”⁵⁴ Sin falsa modestia de Gaulle se concedía para la historia el más importante papel en la defensa de los intereses franceses durante la Segunda Guerra Mundial. A lo largo de los difíciles años previos, de Gaulle había ciertamente encarnado y personificado a ojos del mundo la resistencia francesa toda y había pugnado episodio tras episodio por defender la posición de Francia como incuestionable potencia europea, muy a pesar de su situación militar que la ubicaba indiscutiblemente como un país derrotado y acaso, salvado de permanecer bajo el yugo alemán, por la intervención aliada anglo – norteamericana. Para el general, la historia, la tradición, la cultura y el legado, le daban a Francia derechos más que suficientes para buscar un papel central en la definición de los destinos del mundo.

En lo que a política exterior se refiere, de Gaulle había luchado tenazmente por el fortalecimiento del prestigio de Francia durante los años de la guerra y lo seguiría haciendo durante el tiempo en el que permaneciese al frente del gobierno francés en lo que un sistema político sólido terminase por constituirse con la concurrencia de todos los actores políticos del escenario galo. En este sentido, la lucha no sería sencilla, ejemplo de ello lo encontramos en el hecho de que Francia no participaría en la reunión que en el Otoño de 1944 los llamados tres grandes tendrían en Dumbarton Oaks con objeto de delinear las principales características que tendría la posteriormente llamada Organización de las Naciones Unidas. Esta ausencia obedecía fundamentalmente a la animadversión, ya comentada con anterioridad a lo largo de este trabajo, que el presidente Roosevelt ciertamente tenía respecto de de Gaulle. Al respecto de la relación entre el general y los aliados y de la situación imperante en la Francia de esos días Alexander Werth observa que:

“A excepción de la adinerada burguesía que continuaba viviendo confortablemente con la ayuda del mercado negro, Francia, y especialmente París, vivió miserablemente todo el invierno de 1944-45, y la primavera y verano de 1945 no fueron mejores. Las relaciones de de Gaulle con los aliados distaban mucho de ser satisfactorias. Roosevelt le había excluido de la Conferencia de Yalta, y cuando en su viaje de vuelta el Presidente, ya un hombre muy enfermo, pidió a de Gaulle que se reuniera con él en Argel, el general se negó rotundamente.”⁵⁵

⁵⁴ De Gaulle, Charles. *Memoires de Guerre. La Salvation*. Vol.2. Editions du Seuil. Paris. 1970. p.113.

⁵⁵ Werth, Alexander. Op. Cit.. p. 263.

Sin embargo Francia, por muy debilitada que estuviera no era ni mucho menos un actor menor en el escenario europeo. Con esto en mente y manteniéndose como siempre firme en los mínimos aceptables, el general se movería con habilidad jugando con las simpatías y antipatías que su persona generaba en los círculos políticos y diplomáticos del momento para ganar terreno aquí y allá siempre tendiendo al reposicionamiento de Francia como potencia de primer orden en el escenario internacional. De esta suerte, el 23 de octubre de 1944, el gobierno francés encabezado por el General de Gaulle recibiría ya plenamente el reconocimiento de las tres grandes potencias del momento, a saber, Gran Bretaña, la Unión Soviética y muy especialmente, Estados Unidos. En esta ocasión, refiriéndose al reconocimiento norteamericano en lo particular, el general, como ya lo hemos mencionado, fiel a su estilo y a la firmeza inquebrantable que lo había venido acompañando a lo largo de su historia política, comentaría simplemente que: “*El gobierno francés está satisfecho de que se hayan dignado a llamarlo por su nombre*”.⁵⁶

El 30 de octubre, ya contando con el reconocimiento pleno de las potencias, el gobierno francés hizo una invitación oficial tanto al Primer Ministro de Gran Bretaña como al Presidente de Estados Unidos a visitar Francia. Mientras que el primero aceptaría, el segundo se negaría a apuntalar aún más el prestigio del general visitando su capital. De esta suerte, el 10 de noviembre, Winston Churchill, acompañado por su ministro de Asuntos Exteriores Anthony Eden llegaría a París. A lo largo de la visita, ambos gobiernos sostendrían conversaciones respecto de temas tan diversos como el suministro de armas de Inglaterra al ejército francés, la situación del Ruhr, la Renania y el Sarre provincias estas últimas que de Gaulle tenía la intención de separar del Estado alemán, la situación en Siria y Líbano donde los conflictos entre ingleses y franceses eran moneda corriente, y especialmente la futura alianza anglo – francesa destinada a enfrentar mejor los desafíos que en lo político y en lo económico plantearía la realidad europea de la posguerra. En este sentido tanto Churchill como de Gaulle estaban conscientes de que sus países habían salido victoriosos pero debilitados de la guerra y por lo tanto era desde luego conveniente instaurar una alianza que les permitiese enfrentar con mayor certidumbre la difícil realidad que se avecinaba. En lo que a las relaciones de la Francia de de Gaulle con los Estados Unidos de Roosevelt se refería, Churchill se mantendría fiel a la postura que históricamente había adoptado: Gran Bretaña no iba a sacrificar su amistad con los norteamericanos a favor de una cercanía con los franceses. Era pues más fácil e indudablemente más conveniente a juicio del ya legendario Primer Ministro, intentar persuadir a los gigantes que enfrentárseles.

En ocasión de esta visita oficial que Churchill, en su calidad de Primer Ministro de Gran Bretaña realizara a la Francia de de Gaulle cabe destacar un episodio que habla mucho de la personalidad del general y de su muy particular manera de amar a Francia y a los franceses. Siendo vitoreado Churchill por la multitud que se había reunido en los Campos Elíseos para presenciar el desfile militar que tendría lugar para celebrar un aniversario más de la victoria aliada en la Primera Guerra Mundial, de Gaulle comentaría al oído de uno de sus ministros “*¿Los oye usted? ¡Idiotas! ¡Aclaman a este canalla!*”.⁵⁷ En el juego cotidiano que el general protagonizaba en el universo político y diplomático internacional de Gaulle no tenía pues amigos sino intereses o incluso más

⁵⁶ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.323.

⁵⁷ Ibidem. p.327.

específicamente un solo interés: la grandeza de Francia, misma que en su personal concepción de la realidad imperante, el general hacía coincidir con la posición que en el escenario internacional tuviera. A este respecto Molchanov observa que: “*En resumidas cuentas, todos los problemas internos de Francia se reducían, para él, a la cuestión de su grandeza, es decir, a su influencia y prestigio internacionales*”.⁵⁸

Visto que Gran Bretaña no pondría en riesgo su amistad con Estados Unidos para favorecer a Francia o para adoptar una postura más acorde con los puntos de vista de de Gaulle, el general jugaría las cartas que tenía y se acercaría a la Rusia Soviética de Stalin. De esta suerte, después de una visita oficial a la Unión Soviética, el 10 de diciembre de 1944 ambos países firmarían un Acuerdo de alianza en el que se comprometerían a defenderse mutuamente en lo militar en caso de que en el futuro, Alemania volviese mostrar la vocación belicosa que la había caracterizado a lo largo de lo que el Siglo Veinte para ese momento llevaba de vida. Para tener una idea más clara de los objetivos que de Gaulle buscaba alcanzar a través de la alianza que promovería con la Unión Soviética, conviene retomar la reflexión que al respecto expone Alfred Grosse, experto francés en política internacional en su obra *Historia de la Política Exterior Francesa*. En su ensayo Grosser sostiene que:

“Al parecer, tres causas diferentes lo condujeron (a de Gaulle) a buscar la alianza con Moscú. En primer lugar el miedo ante Alemania, cuyo nombre se menciona seis veces en el texto del tratado, concluido más bien con Rusia que con la Unión Soviética ya que para el general se trataba más bien de una alianza clásica y tradicional similar a la que existía entre la Tercera República y el Zar. En segundo lugar, el deseo de demostrar su independencia ante los anglo-norteamericanos. Y, por último, una consideración de política interior: independientemente de lo que dijera de Gaulle en La Salvación, es imposible que él no concibiera el tratado con Moscú como un medio de asegurar la unidad de Francia en la hora de su reconstrucción”.⁵⁹

En cualquier caso, el Tratado con la Unión Soviética desde luego ayudaría a Francia a reposicionarse en el escenario internacional. Pruebas de ellos las encontramos en el cambio de actitud que ciertamente adoptaron las principales potencias occidentales y que se dejó ver por ejemplo en el hecho de que en la Conferencia de los Tres Grandes celebrada en Yalta, se acordara concederle a Francia una zona de ocupación en Alemania e incluirla en el consejo de control junto con la Unión Soviética, Estados Unidos e Inglaterra. Francia además lograría hacerse con uno de los cinco puestos permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Al respecto de la utilidad que el acercamiento con la Unión Soviética significó para de Gaulle Alexander Werth menciona que: “...sin duda alguna de Gaulle tenía todas las razones para estar satisfecho de los rusos. Ellos habían mostrado mayor anhelo que los ingleses o americanos en reconocer el gobierno provisional francés; y también fueron ellos los que convencieron a los otros dos de que admitieran a Francia como cuarto miembro de la Comisión Consultiva Europea”.⁶⁰

⁵⁸ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.327.

⁵⁹ Grosser, Alfred. *Historia de la Política Exterior Francesa*. Ed. Amanecer, Buenos Aires. 1980. p.357.

⁶⁰ Werth, Alexander. Op. Cit. p.252.

Más tarde, en el verano de 1945 en la Conferencia de Postdam, el país galo sería incluido junto con los tres grandes países triunfadores en la guerra, en el consejo de ministros de exteriores que resolvería sobre los asuntos que implicaba la regulación de los problemas de la paz. Al respecto de los avances que incuestionablemente el gobierno gaullista francés estaba logrando en el escenario internacional en lo relativo a la posición de Francia, Molchanov observaría que “...*este restablecimiento sensacional de los derechos de un país derrotado y arruinado, cuya participación en la guerra había sido muy insignificante y tan sólo en su etapa final, provocó un gran asombro.*”⁶¹

A este respecto cabe recordar una conocida anécdota que desde luego ilustra e ilustra muy bien la reacción que la reincorporación de Francia al teatro diplomático de operaciones causó en los más diversos círculos. Durante la firma de la capitulación incondicional de las fuerzas armadas alemanas, cuando los representantes del otrora poderoso ejército germano entraron en el salón en el que tendría lugar el histórico acto, el Mariscal de Campo Keitel al percatarse de la presencia del general francés de Lattre exclamó: “*¿Cómo? ¿Los franceses también?*”.⁶² En cualquier caso Roosevelt seguiría manteniendo hasta su muerte la lejanía hacia de Gaulle y su gobierno que históricamente había adoptado. Sin embargo, con Harry Truman las cosas serían distintas. Siendo éste último más práctico que su antecesor en el cargo de Presidente de Estados Unidos, de Gaulle encontraría reticencias sí, pero al fin de cuentas caminos y maneras más claros y factibles de defender el interés de Francia y de su gobierno en el escenario político y diplomático mundial.

Sin embargo, sería en el campo de la política interna en el que de Gaulle encontraría las mayores dificultades para la construcción de la realidad política, económica y social que quería para Francia. Dada la relación de colaboración que los partidos de derecha ciertamente habían tenido con el gobierno colaboracionista de Vichy, la derecha francesa se encontraba en esos años inmediatamente posteriores al fin de la guerra en el más absoluto desprestigio. La izquierda por el contrario había salido más que fortalecida. Particularmente el Partido Comunista Francés, el más importante, de más presencia y arraigo en aquellos días había cosechado en prestigio lo que había sembrado en vidas humanas al participar como ninguna otra organización política del país en el movimiento de resistencia que paradójicamente había encabezado su adversario político presente: Charles de Gaulle. Son incuestionablemente parte de la historia los episodios en los que células del Partido Comunista boicotearon la presencia alemana en Francia y contribuyeron a favorecer el avance aliado en una Europa convulsionada por la guerra y la persecución. No es ahora ni era entonces secreta la filiación comunista del coronel Rol Tanguy quien encabezara la resistencia en París durante los años duros de las torturas y ejecuciones de la Gestapo. Sin embargo, tanto durante la guerra como en los momentos que sucedieron a su finalización de Gaulle tuvo siempre claro el papel que quería que jugaran los comunistas. Ciertamente habían sido capaces de demostrar un desmedido patriotismo en acciones de sabotaje contra el enemigo pero ciertamente también tenían una concepción política y económica que el general no deseaba para Francia.

⁶¹ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.331.

⁶² Ibidem. p.331.

De esta suerte podríamos decir sin temor a ser inexactos que de Gaulle utilizó a los comunistas mientras los necesitó durante los difíciles años de la resistencia, e hizo todo para minimizar su participación política y su capacidad de influencia en la realidad francesa en los días posteriores al final de la conflagración. Sin embargo y como ya lo hemos mencionado, las organizaciones políticas de derecha y de centro – derecha eran prácticamente inexistentes en aquellos días por lo que de Gaulle tuvo que contemporizar con las organizaciones políticas de izquierda en la labor de llevar los asuntos públicos en tanto se reconstruía un sistema político viable. De esta suerte, lo que protagonizaron tanto los partidos políticos de izquierda, el comunista y el socialista principalmente y el general y sus simpatizantes fue un estire y afloje constante en función de los modelos de nación y de estado que ambos grupos favorecían. Modelos que por lo demás resultaban por decir lo menos, mutuamente excluyentes. De Gaulle por ejemplo no deseaba el restablecimiento de un sistema parlamentario puesto que la experiencia de la Tercera República Francesa dejaba claro a su juicio que el país requería un sistema político que garantizase la gobernabilidad. Los comunistas por el contrario tendían hacia un asambleísmo paralizante de acuerdo al cual, se corría el riesgo de caer en la situación de imposibilidad de ejercicio efectivo de un gobierno que se dio durante los últimos días de la Tercera República, que indudablemente contribuyó a la derrota francesa de 1940. Prueba de ello es el más superficial análisis del comportamiento de la administración Reynaud, la última inmediata anterior a la caída de París en manos alemanas.

No era pues sencilla la situación que de Gaulle enfrentaba en aquellos días. Sin partidos políticos que lo apoyasen, el general se negaba rotundamente a secundar las propuestas de socialistas y comunistas que de acuerdo a su punto de vista sólo conduciría a la instauración de un sistema político que por su inestabilidad en nada contribuiría a la solución de los problemas que Francia enfrentaría tanto en el escenario interno como en el internacional. Esta situación sería finalmente la que lo llevaría a dimitir de su cargo de jefe de gobierno. Habiéndose visto obligado a incluir en su gabinete a cinco ministros de extracción comunista y después de ver su gobierno paralizado al tener que tratar con una Asamblea Nacional incapaz de construir los más elementales y necesarios acuerdos, de Gaulle daría las gracias a sus ministros por su apoyo y se retiraría de la escena política, inaugurando una etapa que duraría hasta 1958 y que los historiadores conocerían como “El Desierto”. En aquella ocasión el general expresaría:

“Ha vuelto el régimen exclusivo de los partidos. Yo no lo apruebo. Pero, a menos que establezca por la fuerza una dictadura que yo no deseo y que terminaría mal, no tengo medio alguno para impedir esta experiencia. Por eso debo retirarme. Hoy mismo dirigiré una carta al Presidente de la Asamblea Nacional por medio de la cual le haré saber la dimisión del gobierno. Agradezco sinceramente la ayuda de cada uno de ustedes...”⁶³

Sin embargo la historia no estaba concluida ni mucho menos. De Gaulle conservaría su intención de reformar el sistema político francés para convertirlo en algo que garantizase la posibilidad del ejercicio efectivo del gobierno, el mantenimiento de la democracia y la búsqueda por la defensa del interés de Francia y de su grandeza en el

⁶³ Lacouture, Jean. Op. Cit. p. 115.

escenario internacional. El general sabía pues que más temprano que tarde, la historia le daría la oportunidad que para la consecución de sus objetivos necesitaba. En cualquier caso en ese momento se abría para él un periodo de alejamiento de los principales escenarios de la actividad política francesa. En relación a este retiro, Alexander Werth comenta: “...*los platos vacíos tuvieron mucho que ver con la curiosa indiferencia que acompañó la salida del gran hombre. Él había terminado de ser la indispensable figura nacional que había sido en tiempos de la Liberación. O eso es lo que pensaba casi todo el Mundo en Francia aquellos días.*”⁶⁴

⁶⁴ Werth Alexander. Op. Cit. p.279.

Capítulo V.

La acción militar y política de de Gaulle y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político en Francia.

Subcapítulo 5.5. La Cuarta República Francesa, Indochina, Suez y la Crisis de Argelia.

Mientras la oportunidad tan deseada le llegaba a de Gaulle, el general se retiró a su casa en la localidad de Colombey les Deux Eglises. Ahí se dedicaría a la reflexión y a escribir sus memorias, estando siempre al tanto de la realidad política francesa y mundial. Las opiniones que en aquella época se le oyó expresar, dejaban ver el carácter ambivalente de su amor a Francia: mientras amaba a su país y a su nación como un todo, viéndola y entendiéndola como una unidad indivisible, mostraba en ocasiones desprecio de quienes componían esa unidad: los franceses. Molchanov lo ejemplifica de la siguiente manera: “... a la una de la tarde, se transmitía la información política que el general valoraba inmediatamente, mejor dicho, estigmatizaba sin compasión: “en este país no hay nada que hacer... los franceses retornarán a sus vómitos... Francia flotará a la deriva... se deslizará hacia el borde del abismo.”⁶⁵ En este sentido, partiendo de lo anteriormente mencionado el biógrafo ruso de de Gaulle reflexionó que: “Ahora ya se ve con toda claridad la tragedia del general: al alimentar, cultivar, adorar la idea más elevada de una Francia abstracta, eterna, ¡Despreciaba cada vez más a los franceses de carne y hueso!”⁶⁶

Mientras tanto, después de la dimisión y el retiro de de Gaulle, se formaría en París un gobierno encabezado por el socialista Felix Gouin en el que participarían los comunistas, los socialistas y los de MRP. En ausencia del general, los partidos irían adquiriendo cada vez más importancia hasta el punto de ocupar el lugar central en el renovado parlamentarismo francés que muy a pesar de los esfuerzos que el general hiciera en los días inmediatamente posteriores a la finalización de la guerra, parecía en ese momento firmemente encaminado a reconstituirse con renovada energía. Una idea clara del panorama político que imperaba en la Francia de aquella época la encontramos en la obra *De Gaulle* de Alexander Werth quien nos relata que:

“Las elecciones para la primera Asamblea Nacional de la IV República se celebraron el 10 de noviembre y fueron un triunfo para los comunistas (...) Aún cuando Thorez, el dirigente comunista, era el más probable y obvio candidato para el cargo de primer ministro, la Asamblea rechazó su investidura, temiendo las repercusiones internas e internacionales que se producirían en caso de establecerse en Francia un gobierno dirigido por comunistas (...) al final fue formado un gobierno administrador totalmente socialista bajo León Blum, de setenta y cinco años, como primer ministro, el cual tuvo la poca envidiable

⁶⁵ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.247.

⁶⁶ Ibidem. p.248

distinción de no saber cortar a tiempo la guerra que estalló en Indochina el 20 de diciembre.”⁶⁷

Sería la Cuarta República la que inauguraría los esfuerzos por preservar el imperio colonial francés primero en Indochina y más tarde en las posesiones galas en el norte de África. La era colonial había llegado a su fin y el no darse cuenta a tiempo implicaría graves costos para las potencias metropolitanas. El caso de Francia no sería la excepción y terminaría haciendo en Indochina un ridículo de una magnitud sólo comparable a la derrota que su ejército sufriría en Dien Bien Phu a manos de las fuerzas independentistas comandadas por Ho Chi Minn. El manejo que de los asuntos relacionados con las guerras en los territorios coloniales hicieron las administraciones de la Cuarta República, difícilmente hubiera podido ser peor. *“El gobierno en París era prácticamente un títere, un juguete en manos del alto comisario francés destacado en Indochina, el almirante Thierry D’Argenlieu, (...) quien uniéndose a la causa de los extremistas reaccionarios colonialistas y, después de haber ayudado a provocar la guerra, sabotó todas las posibilidades de un acuerdo con Ho Chi Minn, a pesar de que el dirigente vietnamita estaba evidentemente ansioso de negociar.”*⁶⁸ La guerra de Indochina concluiría dejando nada bueno para Francia quien terminaría cayendo deshonrosamente derrotada en una terrible batalla que le significaría cuantiosas víctimas. La presencia francesa en el sureste asiático habría llegado a su fin en lo que indudablemente constituiría una valiosa experiencia que afortunadamente más adelante Francia aprovecharía para resolver otra crisis colonial.

En este contexto se daría el primer proyecto de Constitución, elaborado en la más pura lógica ultraparlamentarista si se nos permite el empleo de esta expresión, impulsado en esta ocasión, principalmente por los comunistas. Además de incorporar derechos económicos y sociales, el carácter laico del estado y la soberanía de la Asamblea Nacional, el proyecto constitucional proponía instaurar un régimen apenas distinguible del más acabado asambleísmo. Cuando el 5 de mayo de 1946 la iniciativa se presentó a la aprobación popular, fue rechazada, situación que obligó a la apertura de una nueva ronda de negociaciones entre los partidos con objeto de crear un nuevo y más viable proyecto constitucional.

Así sucedió y, aunque el segundo sólo se distinguía del primero en cuestiones de matiz y mantenía en esencia el carácter parlamentarista del régimen, sería aprobado en referéndum el día 13 de octubre de 1946, fecha que marcaría el renacimiento oficial del parlamentarismo en el país galo con el inicio de la época conocida como la de la Cuarta República Francesa. Tanto en el primer caso como en el segundo, el general no dudó en manifestar su firme oposición a la naturaleza del sistema político que proponían ambas iniciativas constitucionales. Para de Gaulle, Francia necesitaba un mecanismo de toma de decisiones sólido que posibilitara el ejercicio efectivo del gobierno aunque con los debidos contrapesos a los poderes y especialmente al ejecutivo. Para de Gaulle, el Parlamentarismo francés había sido el origen de todas las desgracias de la patria por lo que él se inclinaba por un sistema con mecanismos que impidiesen la emergencia de escenarios de parálisis como el que protagonizó la Tercera República Francesa en los momentos difíciles de los inicios de la Segunda Guerra Mundial. Un sistema que

⁶⁷ Werth, Alexander, Op. Cit. p. 279.

⁶⁸ Ibidem. p. 279.

implicase la existencia de un poder ejecutivo fuerte aunque acotado con objeto de garantizar el ejercicio efectivo de la autoridad . Un sistema que en pocas palabras, al tiempo que mantuviese su carácter democrático, garantizara la gobernabilidad. Estas posiciones le granjearían a de Gaulle acusaciones de propugnar por la instauración de una “República Monárquica”. En cualquier caso el general continuaría manifestando sus puntos de vista con la firmeza y la energía que lo habían caracterizado a lo largo de toda la vida, muy a pesar de que en estas ocasiones el pueblo francés se mostrara radicalmente opuesto a sus opiniones. No había sido la primera vez y, desde luego, no sería la última.

Mientras tanto la Cuarta República emprendería su relativamente largo y convulso peregrinar por la historia política contemporánea de Francia. De esta suerte se sucederían en periodos cortos de tiempo un sinnúmero de gobiernos. León, Blum, Ramadier, Herriot, Laniel, Mendes-France ocuparían en una Primera Etapa el cargo de jefe del gobierno o Primer Ministro al tiempo que, como ya lo hemos mencionado, en las colonias surgían revueltas independentistas, particularmente en Indochina y Madagascar. El mundo vivía un momento que marcaba no sólo el principio del fin de la era colonial, sino también, la intensificación del antisovietismo galopante en occidente, la instauración de la Doctrina Truman de la contención y en una palabra, el inicio de la Guerra Fría. Sería pues en este contexto que de Gaulle haría una breve e infructuosa pausa en su retiro de Colombey.

El general formaría junto con sus colaboradores y simpatizantes más cercanos una organización política denominada Unión del Pueblo Francés. El eje ideológico que caracterizaba a esta organización, materializado en el discurso político de de Gaulle giraba en torno a la idea de la inminente amenaza soviética y de la necesidad de protegerse ante la devastación que de concretarse, ésta podría causar. De Gaulle en esta etapa pretendía encarnar al salvador que defendería a la occidental Francia del peligro de los soviets y dirigía todos sus ataques al Partido Comunista Francés, la más fuerte organización política de la Francia de la época argumentando que el internacionalismo comunista podría muy fácilmente convertir a los obreros franceses en traidores a la patria.

En cualquier caso la aventura de la Unión del Pueblo Francés no duró mucho y desde luego no resultó en lo absoluto fructífera. La pretensión de de Gaulle de emplear a esta organización como plataforma para su regreso a la arena principal de los asuntos públicos de Francia se vio casi ignominiosamente negada por la realidad. Después de comprobar su para entonces escasísima capacidad de convocatoria entre la nación francesa, el general volvería a su retiro a Colombey les Deux Eglises. Al respecto de este nuevo repliegue de la vida pública Jean Lacouture observa que: “... *esta vez regresó no como un héroe demasiado grande para los pequeños hombres del común, sino como un profeta afónico a quien no se ha oído*”.⁶⁹

Estando así las cosas, surgió en el corazón de Europa la iniciativa de crear un único ejército europeo encargado de la seguridad de los países integrantes de ese continente o, al menos, en una primera etapa de algunos de ellos. Esta iniciativa a la que se denominó Comunidad de Defensa Europea fue firmada por el gobierno Bidault y sólo

⁶⁹ Lacouture, Jean. *De Gaulle*. Salvat. Barcelona. 1985. p.110

hacía falta que la Asamblea Nacional la ratificara para terminar de un solo golpe con el Ejército Francés. Esta coyuntura permitió que el general de Gaulle saliera nuevamente a los medios de comunicación para manifestar su firme oposición a una iniciativa de esta naturaleza invitando a los parlamentarios franceses y a la población en general a que dijeran que no a la desaparición del ejército francés. Para de Gaulle era muy importante, especialmente en el contexto de la Guerra Fría y en el momento preciso en el que estallaba la Guerra de Corea, y se concretaba el rearme de Alemania, lograr que Francia mantuviese una posición independiente respecto de Estados Unidos y muy especialmente en el ámbito de sus intereses militares y su fuerza estratégica de defensa, factor fundamental para el mantenimiento de su capacidad negociadora en el escenario político y diplomático internacionales. No sería pues sencillo oponerse a las iniciativas europeístas tendientes, a juicio del general a despojar a Francia de parte de su soberanía en favor de Estados Unidos.

Sería en esa época en la que surgirían o se consolidarían figuras e instituciones tales como la Asamblea de Estrasburgo, primera versión del Parlamento Europeo y la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, ambas materializaciones tempranas de ideas de mediano y largo plazo como lo eran “el Gran Superestado Europeo”, o “La pequeña Europa” de la que, de la mano de ilustres franceses europeístas como Jean Monnet o Robert Schuman, llegaron a formar parte Francia, Italia, Luxemburgo, Bélgica, Holanda y la República Federal Alemana. Desde luego que sería enérgica la actividad que de Gaulle desplegaría por esas fechas para disuadir a quien se dejase de no aprobar el proyecto de la Comunidad Europea de Defensa tal y como estaba planteado. Su esfuerzo esta vez arrojaría frutos dado que la Asamblea Nacional no ratificaría el acuerdo relativo firmado por el gobierno Bidault y el ejército único europeo postergaría su nacimiento y cuando éste llegaría, sería de una naturaleza muy distinta a la que originalmente planteaba la CED.

De vuelta a Colombey, el general reanudaría la ardua tarea de escribir sus memorias de guerra, de dedicarse a la reflexión y a la lectura y finalmente de esperar una nueva oportunidad de influir de manera decisiva y sustancial en los destinos de su país. Sobre esta etapa de retiro en su pueblo conocida por el propio de Gaulle como “El Desierto” y concretamente sobre la poca capacidad de convocatoria que el general en ese momento tenía con relación a la opinión francesa, el general refirió en sus *Memoires de guerre* que:

“Después de La Liberación, tres veces traté de salvar a Francia. Las tres veces fracasé. Quise darle a Francia la Constitución que tanto necesita. Tomé mi báculo de peregrino. Pero no me escucharon. Forme el (UPF). Pensé que con el reagrupamiento se podría tomar en las manos nuevamente el destino de la nación... Pero el reagrupamiento se desintegró en 1952. Segundo revés. Me persuadieron de ir al Arco de Triunfo en el X aniversario del día de la victoria. Me anunciaron que el pueblo de París acudiría a aplaudirme. Llegué a la Plaza de la Estrella el 10 de mayo de 1955. Pero el pueblo no había llenado los Campos Elíseos. Tercera derrota”.⁷⁰

⁷⁰ De Gaulle, Charles. Discours et messages Tome II. Dans l'attente. 1946-1958. Berger-Levrault. París. 1970. p. 171.

Con relación a las “*Memorias de Guerra*” que el general escribió durante su retiro en Colombey les Deux-Eglises, sería importante mencionar lo que de Gaulle deja ver en relación al papel que el pueblo de Francia ocupaba en su imaginario. De alguna manera llama especialmente la atención la capacidad que el hombre del 18 de junio tenía, por un lado, de experimentar un profundo amor por su patria, y por el otro, sentir al mismo tiempo un enorme desprecio por sus partes componentes, a saber, los franceses de a pie, los franceses de carne y hueso. En este sentido Nicolai Molchanov señala que:

“Resulta extremadamente peculiar el lugar que ocupa el pueblo en las Memorias de de Gaulle. Se dice muy poco de sus necesidades y aspiraciones concretas. El sentido de su existencia se reduce a garantizar la grandeza de Francia. El pueblo aparece como una multitud, inspirada y dirigida por un jefe, el único en poseer el derecho de comprender y expresar los intereses de la nación. De Gaulle dedicó mucho espacio a la descripción de sus encuentros con el pueblo, que siempre experimentaba “emoción”, “alegría indescriptible”, “entusiasmo”, etc.”⁷¹

Mientras esto sucedía en Colombey, en París, el régimen se sumergiría cada vez más en una parálisis absolutamente infuncional. De las elecciones legislativas celebradas en 1956 emergería un gobierno encabezado por el socialista Guy Mollet que, como veremos, terminaría haciendo todo cuanto en sus manos estuvo por desacreditar a la Cuarta República Francesa y por socavar el posicionamiento internacional de Francia. Al tiempo que la Guerra de Argelia iniciada dos años antes adquiría mayor vigor, Mollet le dio la independencia a Túnez y a Marruecos. El caso de Argelia era sin embargo distinto y desde luego mucho más complicado dado que, a diferencia de lo que ocurría en Túnez o en Marruecos o en buena parte del resto de las colonias francesas, en Argelia vivían poco más de un millón de franceses continentales. Franceses continentales que sin embargo, en muchos casos nunca habían pisado el suelo de la metrópoli. Las resistencias existentes contra una posible solución que implicase la independencia de Argelia eran muchas y muy poderosas.

Con los insurgentes del Frente de Liberación Nacional Argelino pugnando por la independencia y haciendo pedazos el esquema de seguridad francés en este territorio magrebí por un lado, y con los colonos y sus simpatizantes conservadores de derecha y el ejército de la metrópoli presionando al gobierno para desplegar mayores fuerzas y emplear más energía en el sofocamiento de la rebelión argelina por el otro, el gobierno de Guy Mollet se veía cada vez más acorralado, maniatado pues, víctima de su exigua capacidad de decisión y de su muy corto margen de maniobra. Ya para este momento en la prensa francesa comenzaba a hablarse de de Gaulle como única alternativa viable para sacar a Francia de la crisis política y militar que estaba viviendo. Era sin embargo, muy temprano todavía para ello. La Cuarta República Francesa tenía todavía algunos errores que cometer hasta sellar ella misma su propia destrucción.

En abril de 1956, el Presidente de Egipto Gamal Abdel Nasser, nacionalizaría unilateralmente el Canal de Suez como represalia por la negativa de occidente a liberarle un crédito que le permitiera construir la Represa de Assuan, proyecto faraónico

⁷¹ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.179.

del régimen. Guy Mollet vio en este hecho la oportunidad de abrir un segundo frente de la Guerra de Argelia, atacando a uno de sus más importantes soportes, el régimen egipcio de Nasser. De esta suerte y siguiendo cada uno de los actores, los objetivos de sus propias agendas, fuerzas israelíes, británicas y francesas ocuparían el 5 de noviembre Port Said, sólo para desocuparlo un día después una vez que la Unión Soviética hubiese emitido un enérgico ultimátum y que Estados Unidos rechazara totalmente la iniciativa bélica anglo-francesa-israelí. Buscando congraciarse con la burguesía francesa que se había indignado por la nacionalización del canal, el gobierno de Guy Mollet llevó a Francia a una situación en la que junto a la Gran Bretaña dirigida por Anthony Eden, fue blanco de la condena de la Organización de las Naciones Unidas y de la opinión pública internacional. En aquella ocasión, tanto Francia como Gran Bretaña entendieron de manera dolorosa que la época de sus grandes imperios y de su hegemonía como potencias principales había terminado y que ahora los asuntos del mundo se resolvían en un teatro en el que sólo había dos personajes de peso: Estados Unidos y la Unión Soviética. En cualquier caso y para los efectos que a este trabajo interesan, la intervención francesa en la llamada Guerra de Suez, no contribuyó al debilitamiento de los rebeldes argelinos sino al contrario y desde luego, su fracaso fue un signo más de la inoperancia del sistema político imperante en la metrópoli.

Difícilmente podría haber sido más oscuro el escenario para Francia de lo que lo fue en las semanas inmediatamente posteriores al ridículo de Suez. El país había perdido dos terceras partes del petróleo que necesitaba para funcionar, las divisas escaseaban y la inestabilidad era la constante en lo relativo a la marcha política del país. Prueba de lo anterior fueron sin lugar a dudas las 18 crisis gubernamentales que la Cuarta República viviría en su efímera y ciertamente errática existencia. De forma patética e inútil se fueron sucediendo gobiernos o intentos de gobiernos, todos igualmente ineficaces, todos igualmente maniatados e imposibilitados de toda acción verdaderamente significativa en el avance de las estrategias de solución de los grandes problemas nacionales. De esta suerte, Guy Mollet, Bourges – Maunoury, Gaillard, y nuevamente Guy Mollet intentaron infructuosamente formar gobierno.

Por aquella época en la que el Sputnik acaparaba todos los titulares, corría la opinión de que “muy pronto será más fácil viajar a la Luna que formar un gobierno en Francia”. Así las cosas, con el gobierno acéfalo de facto, carente pues de rumbo y con la crisis de Argelia agravándose a cada instante, la situación no hacía sino enredarse más. Mientras tanto, de Gaulle recibía en su casa de Colombey un número cada vez mayor de adhesiones de una variedad cada vez mayor de sectores de la sociedad. El general no se había pronunciado ni lo haría por lo demás de manera clara respecto de sus puntos de vista al respecto de la mejor manera de solucionar las crisis que asolaban al país. Esto desde luego era una táctica que buscaba hacerse con las adhesiones del mayor número posible de franceses con objeto de alcanzar el verdadero poder, para una vez en él, proceder, ahora sí en sentidos muy concretos y de manera muy firme, de acuerdo a sus propias opiniones. A este respecto Molchanov señala que:

“Evidentemente, el general no estaba en contra de que diversas corrientes políticas, a veces francamente hostiles entre sí, vincularan a él sus esperanzas. La confusión, el secreto y el misterio que rodeaban a sus verdaderas intenciones

eran para él un importantísimo medio táctico para preparar su regreso al poder”.⁷²

En este sentido, visto a la distancia, llama poderosamente la atención la simpatía o adhesión que el general generaba entre las personalidades más opuestas y con proyectos más divergentes. A este respecto Werth menciona que: “*el presidente Bourguiba de Túnez se refería con frecuencia a de Gaulle como la “mejor esperanza” del norte de África. Paradójicamente sin embargo, la mayoría de los gaullistas que quedaban en el parlamento y, en especial, sus dirigentes (Soustelle en la Asamblea Nacional, Debré en el Senado) adoptaron la línea colonialista más extrema respecto a Argelia*”.⁷³

De esta suerte, Jacques Soustelle, Jacques Chaban Delmas, Edmond Michelet y otros gaullistas hacían gestiones a instancias del general para allanarle el camino al control de los destinos del país en este momento tan difícil mientras que en la jefatura del gobierno René Pleven sucedía a Guy Mollet para muy poco tiempo después ser sucedido por Antoine Pinay quien precedería al breve gobierno de Maurice Shuman al que poco después seguiría una vez más el del propio Guy Mollet quien permanecería en la jefatura del gobierno tan sólo el tiempo suficiente para ser sucedido por Felix Gaillard. Aquello era pues, como bien lo podemos ver, poco menos que una farsa. Mientras esto sucedía, Francia veía sus posiciones en Medio Oriente y en el mundo árabe seriamente lastimadas a raíz de la guerra de Argelia y del fiasco de Suez. Por su parte, Estados Unidos no desaprovecharía la oportunidad que esta situación le brindaba para favorecer sus propios intereses.

De esta suerte, la potencia americana en conjunción con Gran Bretaña, comenzaría a suministrar armas a Túnez, país desde el cual, de alguna manera llegaban a los soldados del Frente de Liberación Nacional argelino. Esto molestó profundamente a la clase política francesa quien sentía seriamente que su antigua colonia, la colonia a la que muy poco antes le había otorgado la independencia estaba apoyando subrepticamente a la insurgencia en Argelia. La indignación en Francia sin embargo no obstó para que el país galo, viéndose sumido en una fortísima crisis económica, autorizara a Estados Unidos a instalar bases de lanzamiento de cohetes en su territorio a cambio de un crédito de 650 millones de dólares que le permitiera sobrellevar la tempestad. La posición negociadora francesa era, como podemos ver con claridad, extremadamente débil. Estando así las cosas, después de un victorioso ataque insurgente a las fuerzas francesas en el oriente de territorio argelino, el 8 de febrero de 1958, la fuerza aérea francesa bombardearía despiadadamente la aldea fronteriza tunecina de Sekieth Sidi.

Los políticos en París estaban convencidos primeramente, como ya lo hemos mencionado, de que el gobierno tunecino apoyaba al Frente de liberación Nacional y en segundo lugar, de que en aldeas tunecinas cercanas a la frontera con Argelia, se ocultaban insurgentes independentistas argelinos al amparo de la seguridad territorial que les significaba el estar en suelo de Túnez. Por esta razón, la Cuarta República sumaría un desastre más a su nutrida colección. El saldo del ataque fue de 75 tunecinos

⁷² Ibidem. p.290.

⁷³ Werth, Alexander, Op. Cit. p. 316.

mueritos, muchos de ellos mujeres, ancianos y 21 niños que nada tenían que ver con la lucha independentista argelina. Cómo más tarde se pudo comprobar, entre las víctimas del ataque no se encontraba ni un solo argelino. Todo este lamentable incidente llevó a Francia a ubicarse nuevamente en el centro de la crítica y la condena de la opinión pública mundial hasta el punto de que en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU, Estados Unidos vio la oportunidad de mostrar una vez más su acostumbrada “magnanimidad” al ofrecer sus buenos oficios para distender la relación entre Francia y Túnez. En pocas palabras, Francia era derrotada una y otra vez en Argelia, se encontraba en una posición de desprestigio y condena en el escenario internacional y veía como el gigante americano se hacía con áreas de influencia que en otro tiempo le habían correspondido de manera incuestionable.

Por su parte de Gaulle no se pronunciaba públicamente ni a favor ni en contra de ninguna de las alternativas. Sin embargo desde momentos muy tempranos del conflicto, veía que el fin de la era colonial había llegado y que la independencia de Argelia como la de las demás colonias tendría que darse tarde o temprano. Era pues inevitable. En este sentido, frente al problema de Argelia se delineaban tres posibles escenarios de solución:

El primero era el conocido como “colonialista – extremista” a favor del cual se encontraba la élite de la minoría europea en Argelia, con el apoyo en la pequeña burguesía de la metrópoli y que en términos generales planteaba que Argelia y Francia eran una misma cosa y que por lo tanto era necesario sofocar la rebelión empleando los medios más drásticos para, en un segundo momento llevar a cabo la plena integración de Argelia con Francia, integración que por lo demás tal como se planteaba, presentaba serias contradicciones y problemas de factibilidad. El segundo escenario, el cual por cierto iba conquistando la simpatía de sectores cada vez más numerosos de la población francesa propugnaba por un compromiso en el que todas las partes implicadas, es decir, el pueblo argelino y los franceses colonialistas principalmente, quedasen al menos mínimamente satisfechas. El tercer escenario implicaba la clara visión y aceptación de la inevitabilidad de la materialización más tarde o más temprano de la independencia de Argelia. Está última opción, con la que en 1954, año en el que inició el conflicto armado, nadie o casi nadie se mostraba de acuerdo, había adquirido con los años y a la luz de los acontecimientos, la simpatía de un creciente número de franceses.

Las líneas a seguir para la consecución de una solución en alguno de los tres sentidos mencionados desde luego no eran tan claras como aparecen en este trabajo. Las resistencias no eran pocas y las contradicciones que se desprendían de la aplicación de alguna de estas estrategias no eran en lo absoluto menores. El general de Gaulle, como lo hemos mencionado en este subcapítulo tenía ya una idea más o menos clara de lo que era necesario hacer para resolver la disyuntiva a la que Francia debía enfrentarse. Sin embargo y como también lo hemos mencionado fue muy cauto en no comprometerse con ninguno de los bandos y en no manifestar abiertamente las ideas con las que, de dársele la oportunidad, pretendía contribuir a la solución de la grave crisis que vivía su país. En este sentido Lacouture observa que:

“Eran tres los grupos gaullistas que preparaban el regreso del general, en primer lugar los que creían – o simulaban creer que sólo de Gaulle podía salvar a la Argelia Francesa: tal era el caso de Soustelle, luego los que veían en Argelia la reserva de explosivos capaz de propulsar hacia el poder al equipo gaullista

que había estado esperando en el seno del RPF, el gran drama que habría de imponerles como último recurso; por ejemplo, Chaban-Delmas. Por último, aquellos que, mucho menos numerosos, contaban con el prestigio del general para obligar al país a aceptar la inevitable emancipación de Argelia. Tal era el caso de Michelet.”⁷⁴

En cualquier caso faltaba muy poco para que todas las piezas del rompecabezas que implicaba el regreso del general al poder encajasen como tenían que hacerlo.

⁷⁴ Lacoutoure, Jean. Op. Cit. p.124.

Capítulo V.

La acción militar y política de de Gaulle y sus efectos en el reposicionamiento en la correlación de fuerzas internacional y en el cambio político en Francia.

Subcapítulo 5.6. El llamado a De Gaulle y la reestructuración política en Francia. Nacimiento de la Quinta República Francesa.

La catastrófica situación en Argelia, terminaría por darle al general de Gaulle la oportunidad que tanto anhelaba de poder incidir de forma sustancial en los asuntos nacionales. El 13 de mayo en Argel tendría lugar un golpe militar a través del cual las fuerzas armadas francesas en Argelia tomaban el control de la sede del Residente General de Francia en el país y con ello, prácticamente el de toda la administración colonial del norte de África. Para ese momento, más de la mitad del ejército francés, estaba protagonizando en Argelia la campaña militar fuera de Europa más costosa de la historia de Francia. Los políticos por su parte, se sentían totalmente maniatados, imposibilitados de acción alguna dado que, por una parte estaba el exitoso Frente de Liberación Nacional Argelino y por la otra, la presión de todos los simpatizantes con el mantenimiento del imperio colonial y en lo particular, con la defensa de la presencia de Francia en Argelia como potencia colonial a toda costa.

Estando así las cosas, el general tendría que moverse demostrando una habilidad política sorprendente con objeto de sumar el mayor número posible de adhesiones, mismas que resultarían indispensables para acceder al poder. De esta suerte, de Gaulle efectivamente manifestaría tener un punto de vista sobre la manera de resolver la crisis, pero se limitaría a no externar más detalles. Poco a poco y en gran medida gracias al cabildeo que sus simpatizantes estaban haciendo en los más diversos círculos, la figura de de Gaulle comenzaría a ser vista como probablemente la única alternativa de solución a la crisis política y económica que planteaba el problema argelino. Sin embargo, para ese momento, nadie tenía una idea cierta de cómo actuaría el general en caso de llegar a la primera magistratura.

Los ultraderechistas, conservadores reaccionarios con inclinaciones fascistas y que desde luego estaban por el mantenimiento del imperio colonial francés, consideraban a de Gaulle demasiado izquierdista, demasiado poco comprometido con la causa de la Argelia Francesa. Le reprochaban entre otras cosas el haber colaborado muy estrechamente con los comunistas en la época de la resistencia y de haberse apoyado en los norteamericanos y británicos para afianzar su poder en el país. En cualquier caso, al menos en un primer momento los llamados “Pieds Noirs” (Pies Negros) no tenían al general como la opción ideal en la jefatura del Estado. Sin embargo, en ese momento de parálisis política las opciones no eran muchas y era muy riesgoso equivocarse. Para la burguesía francesa, la elección parecía reducirse a, por un lado mantener indefinidamente la parálisis gubernamental corriendo el riesgo del resurgimiento de un bloque sólido de izquierda, un renacimiento pues del Frente Popular, o, por otro lado, de Gaulle, un militar de incuestionable prestigio pero cuyo discurso era tan ambiguo que

resultaba más que difícil hacer una previsión sobre su posible actuar en el futuro inmediato.

Mientras las cosas se ubicaban en su sitio, el general continuaría con un muy fino trabajo político a través de sus más cercanos colaboradores, entre los que por cierto se encontraban, verdaderos partidarios de la permanencia francesa en Argelia como era el caso de Jacques Soustelle y de Jacques Chaban-Delmas. Las intenciones de de Gaulle irían en todo caso mucho más allá de encabezar el gobierno. De Gaulle sabía que tal y como estaban las cosas, ser primer ministro, ser jefe de gobierno equivaldría simplemente a ejercer un papel meramente decorativo en el que resultaba imposible el ejercicio efectivo de toda iniciativa. El general necesitaba volver al poder sí, pero al verdadero poder, a un poder que efectivamente sirviese para tomar decisiones y hacer que se ejecuten, a un poder que permitiese hacer una diferencia, a un poder que posibilitara cambiar las cosas. En este sentido el general tenía, además del de arreglar la crisis argelina, muchos otros pendientes más, a saber, ordenar el sistema financiero, controlar la inflación, fortalecer la capacidad competitiva de la industria, y muy especialmente, dotar al país de un andamiaje institucional y de un sistema político funcionales que, sin abandonar en lo absoluto su carácter democrático, rasgo que por lo demás era una constante en la historia de la Francia Moderna, garantizase la inexistencia de escenarios de parálisis gubernamental como los que la efímera Cuarta República había para esos momentos vivido ya en 18 ocasiones.

Después de la accidentada formación del gobierno Pfmilín, el gobierno en París volvió a caer en una situación de inmovilismo total debido a la enorme incapacidad que tenía la Asamblea Nacional de formar voluntad como órgano supremo del Estado. Fue entonces que el Presidente René Coty inició los acercamientos con los colaboradores de de Gaulle para explorar la posibilidad de un eventual regreso al poder del general. La respuesta que el presidente recibiría no sería en principio muy alentadora. De Gaulle había manifestado que sí, que efectivamente estaba dispuesto a regresar al poder pero, que no podría operar dadas las circunstancias institucionales prevalecientes en el sistema político francés.

De esta suerte, para que él estuviera dispuesto a retomar las riendas del Estado era necesario que se le cumplieran ciertas solicitudes. Mientras tanto, el endeble gobierno Pfmilín sólo podría mantenerse en el poder recurriendo a políticas en extremo contradictorias que no hacían sino confirmar la percepción generalizada de una ausencia total de capacidad de mando. Un claro ejemplo lo encontramos en el hecho de que el propio primer ministro Pfmilín, condenara abiertamente la acción de los generales Salán y Massu de tomar el poder en Argel y apresar al residente general, representante directo del gobierno de París, pero al mismo tiempo, le refrendara al general Salán los poderes que había tomado por la fuerza, reconociendo de facto su autoridad sobre la colonia. Aún en medio de esta tormenta, el gobierno Pfmilín recibiría el voto de confianza en la Asamblea Nacional, hecho que contribuiría al ascenso de de Gaulle dado que a consecuencia de la huelga general celebrada en Argelia en apoyo a la "Argelia Francesa" y de la rebelión de los generales franceses, éstos esperaban que el gobierno Pfmilín fuese de inmediato substituido por uno claramente comprometido con la victoria en la colonia magrebí. Al no ser así, los militares en Argelia comenzaron a temer seriamente ser arrestados e incluso fusilados cuando las circunstancias así lo permitieran.

De esta suerte por un lado estaba la izquierda que además de haberse manifestado en contra de la Guerra de Argelia que tan costosa en hombres y recursos estaba resultando, externaba un fuerte temor de que los militares en el Magreb francés estuviesen preparando una invasión al territorio de la metrópoli, y por el otro, estaban los ultraderechistas, dirigidos fundamentalmente por Salan y Massu, generales estos últimos, empecinados en el mantenimiento del dominio colonial francés en el norte de África pero también, atemorizados ante la posibilidad de que un nuevo gobierno de izquierda o de que ese mismo gobierno a causa de la presión de la izquierda, no sólo no continuase con la guerra, sino que además los apresara y los fusilara por el hecho de haber roto la legalidad al hacerse con el poder en Argel. Planteados así los dos polos del espectro de posibilidades, surgía justo a la mitad de la línea que se trazaba entre ambos, una tercera posibilidad: de Gaulle, quien por lo demás, además de haber estado operando a través de sus colaboradores atando los cabos necesarios para su regreso al poder, se había dedicado a decirle a los representantes de todos los sectores exactamente aquello que querían oír. El general rompería entonces su silencio dando a conocer a la prensa la siguiente declaración:

“La degradación del Estado conlleva indefectiblemente al alejamiento de los pueblos asociados, el desorden en el ejército activo, la escisión nacional, la pérdida de la independencia. Desde hace doce años, Francia, enfrentada a problemas demasiado duros para ser resueltos por el régimen de los partidos, sufre un proceso desastroso... en otros tiempos el país, en medio de un desastre, depositó en mí su confianza para que lo condujera hacia la salvación... Hoy, ante las nuevas pruebas que se levantan contra él, que el país sepa que estoy dispuesto a asumir el poder en la República”.⁷⁵

La ambigüedad fue pues su principal arma en aquellos días. En este sentido, Molchanov comenta refiriéndose a esta declaración que por lo demás es en extremo ilustrativa que: *“Como se puede observar, de Gaulle fue en este mensaje muy conciso, muy discreto y evitó decir absolutamente nada de lo principal: Argelia y la forma de resolver el problema. de Gaulle se disponía a tomar el poder. No planteaba ningún programa concreto, limitándose a la elevada abstracción de la “salvación del país”. No prometía a nadie nada concreto, pero al mismo tiempo, prometía todo a todos”*.⁷⁶ Mientras esto sucedía, en Argelia se formaba el Comité de Vigilancia Argelino que reunía a casi veinte organizaciones pro colonialistas y comenzaban también a tomar forma algunas organizaciones de choque que más adelante causarían no pocos problemas. Una de ellas, tal vez la más célebre se denominó Organización del Ejército Secreto, OAS por sus siglas en francés.

En París, el 19 de mayo en el Palacio de Orsay, de Gaulle haría su primera aparición pública desde mediados de los cincuentas. Con voz firme y demostrando la resolución que siempre lo caracterizó le dejó en claro a los medios y al pueblo de Francia, ahora de manera incuestionablemente más directa, que estaba a la espera de ser convocado para intervenir en la solución de la grave crisis que en ese momento el país vivía. Después de este encuentro con la prensa el general se retiraría nuevamente a Colombey mientras que los militares franco – argelinos tomaban con éxito la isla de

⁷⁵ De Gaulle, Charles. *Discours et messages. Tome II. Dans l'attente 1945 – 1958*. Berger-Levrault.1970. p.623.

⁷⁶ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.314.

Córcega, hecho que provocó un mayor nerviosismo e inestabilidad en la capital y un escenario más propicio no sólo para el regreso de de Gaulle al poder, sino para que éste se diese bajo las condiciones exigidas por el general aunque éstas desde luego no fueran bien vistas por buena parte de los actores políticos del país. Sin embargo, poco, muy poco tiempo después, habiendo renunciado el gobierno Pfmilin y tras arduas negociaciones entre los representantes del Estado y los colaboradores del general, de Gaulle recibiría el voto de confianza que había solicitado y después de una entrevista en la que el general aseguraría a los líderes socialistas Mollet, Auriol y Deixonne que no tenía pretensiones dictatoriales acudiría al Palacio Borbón, sede de la Asamblea Nacional a dirigirse al pleno y a esperar el resultado de la votación que lo erigiría en jefe del gobierno. Después de la lectura de un comunicado del Presidente Rene Coty en el que advertía de que de no ser elegido de Gaulle jefe de gobierno, él dimitiría de la Presidencia, los diputados votaron en número de 329 a favor del general y 224 en contra. En esa ocasión al gobierno de de Gaulle se opusieron los comunistas, la mitad de los socialistas y los radicales liderados por Mendes-France. En relación a la legitimidad con la que contaba Charles de Gaulle en el momento de regresar al poder después de la larga espera que había protagonizado desde el año de 1946 Jean Lacouture señala que:

“...en agosto de 1944 no había sido necesario organizar un referéndum: la República se daba por sentada y a de Gaulle con ella. Un paseo por Bayeux y un maremoto sobre los Campos Elíseos habían bastado. Pero en 1958... Tres días antes del regreso al poder de Charles de Gaulle, doscientos cincuenta mil parisienses, los mismos que le habían hecho rey catorce años atrás, desfilaban desde Nation hasta Republique, invitándole a ocupar de nuevo su puesto: esta oportuna manifestación de desahogo colectivo no tendría mayores consecuencias, pero servía para recalcar que, esta vez, la legitimidad que en 1960 declarará haber asumido veinte años atrás iba a tener un fundamento sólido.”⁷⁷

El gabinete de Charles de Gaulle se construyó buscando seguir un principio de pluralidad. Para las acciones que el general estaba preparándose para emprender, requerirían contar, al menos al principio, con el apoyo del mayor número posible de sectores de la sociedad francesa. De esta suerte, prácticamente la totalidad del espectro político nacional estaría representado en su gobierno con la excepción de los extremos, tanto a la izquierda como a la derecha. Prueba de lo anterior es el hecho de que Pierre Pfmilin y Guy Mollet, ambos ex jefes de gobierno, ocuparan en su gabinete las carteras de viceprimeros ministros. Una vez determinadas las identidades de los personajes que encabezarían los distintos ministerios, de Gaulle haría su primera visita oficial a Argelia. En esa ocasión, sería recibido con enorme algarabía de parte de los franceses colonialistas que creían que de Gaulle haría durante su gobierno lo necesario para garantizar la presencia de Francia en Argelia como potencia colonial.

En todas las ciudades y aldeas que visitó, el general fue vitoreado y aclamado por los llamados Pieds Noirs, franceses que en su mayoría no habían pisado nunca suelo auténticamente francés. Fiel a su estrategia de administrar los apoyos y las adhesiones que en los más diversos sectores despertaba, de Gaulle se permitió incluso durante un acto multitudinario en la localidad de Mostaganem, exclamar ¡Viva la Argelia Francesa!

⁷⁷ Lacouture, Jean. Op. Cit. p. 115.

Lo cual fue, evidentemente leído por parte de los franceses colonialistas, como una clara señal de la línea política que respecto del problema argelino seguiría el general en el futuro. Mucho tiempo después cuando alguien llamó la atención de de Gaulle sobre ese hecho, el general se limitó a esgrimir el argumento de que en aquella ocasión él había dicho Argelia Francesa, como era común decir Suiza Francesa o Canadá Francés. En cualquier caso, la visita de de Gaulle le permitió conocer más de cerca la problemática que la crisis planteaba y ganar tiempo en lo relativo al apoyo que requería por parte de los colonialistas para llevar adelante una estrategia política cuyos alcances, como ya lo hemos mencionado, iban mucho más allá que la ya de por sí difícil solución de la crisis magrebí. A este respecto en la obra de Gaulle de Alexander Werth encontramos la síntesis que Edgar Faure hizo de lo que llamó “el gran diseño gaullista”, es decir, los objetivos concretos de alta política, de mediano y largo plazo que el general pretendía alcanzar en su actividad como dirigente de los destinos de Francia. Estos objetivos eran:

- “1. Un fortalecimiento de las instituciones internas en Francia.
2. Una cierta independencia militar francesa motivada por la entrada de Francia en el Club Atómico.
3. Desasociación colonial.
4. Reconciliación entre Francia y Alemania, el pilar de la nueva Europa.
5. La construcción de una Confederación Europea, pero solamente con un mínimo de supranacionalidad, en la que Francia, con Alemania Occidental como un asociado aparentemente igual pero en realidad junior, dirigirían la marcha de aquella.
6. Un intento en las soluciones generales “globales”, junto con Estados Unidos y la URSS, tales soluciones comprendían el logro de un *modus vivendi* con el Este, y una organización mundial para tratar con los países subdesarrollados.”⁷⁸

Una vez concluida su primera gira a la convulsionada Argelia y establecido ya plenamente en la dirigencia del gobierno, el general y sus colaboradores se avocarían a un proyecto tal vez tanto o más ambicioso que el de resolver la cuestión colonial: la reforma política del Estado. En este sentido, de Gaulle elaboraría un proyecto que implicaría la desaparición del parlamentarismo tradicional francés. Esgrimiendo el argumento de la división de poderes, el proyecto de de Gaulle disminuía drásticamente las facultades del Parlamento y aumentaba las del ejecutivo, poder que estaría ahora depositado fundamentalmente en la figura de Presidente de la República. Estando las cosas como estaban y ante la imposibilidad de opciones viables, los políticos del momento se vieron obligados a dar cierto respaldo al proyecto constitucional, el cual, sería finalmente convertido en ley después de que a través de un referéndum celebrado el 28 de septiembre de 1958, el pueblo de Francia se manifestara a favor de él en un 80 por ciento.

De esta manera la llamada Constitución de 1958 quedaría promulgada como la ley fundamental de la que de forma gradual pero sostenida se irían generando poco a poco las instituciones y procedimientos que constituirían lo que hoy conocemos como la Quinta República Francesa. Respecto a este hecho, Jacques Soustelle en su obra *Veintiocho años de gaullismo* sostiene que: “El texto de la Constitución no sólo había sido difundido por todas partes, y naturalmente distribuido a todos los electores, sino

⁷⁸ Werth Alexander. Op.Cit. p.424.

que además había suscitado innumerables explicaciones, discusiones y refutaciones, todo ello sin ninguna restricción y con toda libertad.” ⁷⁹ Sobre el carácter del referéndum que le daría a la propuesta constitucional la legitimidad democrática al recibir el respaldo popular Soustelle considera que:

“...podemos preguntarnos si se trata de un referéndum o de un plebiscito. Pensándolo bien, se puede concluir que, incluso si la personalidad del general, sus llamamientos y su discurso del cuatro de septiembre, desempeñaron un papel importantísimo en la campaña del “sí”, la consulta electoral tuvo siempre el carácter de un referéndum, es decir, de una decisión no a favor o en contra de un hombre, sino a favor o en contra de una determinada solución”. ⁸⁰

En relación con este mismo asunto, la percepción de Nicolai Molchanov es a todas luces distinta. El biógrafo ruso le concede al general en lo relativo al voto de confianza que a través de un referéndum recibió su proyecto constitucional, un papel mucho más importante. En este sentido Molchanov sostiene que:

“... el texto de la Constitución desempeñó un papel muy insignificante. La mitad de los votantes ni siquiera lo había leído. Lo que tuvo la mayor importancia fue la esperanza que abrigaban la mayoría de los franceses de que de Gaulle, de una manera u otra, sacaría al país del callejón sin salida a donde lo había llevado el asunto de Argelia. No obstante nadie se imaginaba claramente cómo lo haría. Por eso, tanto los partidarios de la “Argelia Francesa” como los representantes de las tendencias completamente opuestas, todos votaron a favor de la Constitución”. ⁸¹

En tanto que su proyecto constitucional era sometido a la aprobación del electorado francés, de Gaulle hizo una gira por todas las colonias francesas. El general tenía desde hacía mucho tiempo muy claro que la era colonial había llegado a su fin y por lo tanto era necesario introducir en la política exterior ajustes que fueran consecuentes con este hecho. Para el general era pues importante construir el andamiaje diplomático que le permitiera en el futuro sustituir la dominación colonial directa, por relaciones de cooperación y cercanía con las que hasta entonces eran colonias francesas y que muy pronto, inevitablemente, se convertirían en estados independientes. Estas bases de la comunidad franco-africana que de Gaulle pretendía construir fueron sin duda el principio de la red que hoy conocemos como Organización de la Francofonía a través de la cual Francia mantiene relaciones muy cercanas con los países que alguna vez formaron parte de sus territorios coloniales.

En lo relativo al problema argelino, de Gaulle empezó por alejar de Argelia al general Salán a quien dio un puesto decorativo en el ministerio de defensa, y a los demás altos oficiales que participaron en las diferentes revueltas que tuvieron lugar a lo largo del tiempo transcurrido desde el inicio de la guerra de Argelia y particularmente en la del 13 de mayo. El general, después de haber sido elegido presidente por el 75% del electorado en diciembre de 1958 aceptaría en una declaración pública el derecho de

⁷⁹ Soustelle, Jacques, *Veintiocho años de gaullismo*. Europea de ediciones. Madrid.1969.p160

⁸⁰ Ibidem. P. 160.

⁸¹ Molchanov, Nicolai. Op. Cit. p.328.

los argelinos a la autodeterminación. Esto desde luego que provocaría una enérgica reacción de oposición entre los minoritarios, pero poderosos sectores colonialistas de la sociedad francesa. Al general no le sorprendería, era algo que, por lo demás tenía contemplado como también tenía contemplado el continuar llevando adelante su plan para la solución de la crisis argelina apoyado en principios muy concretos. Para de Gaulle el drama magrebí presentaba fundamentalmente tres alternativas de solución. La primera implicaba la independencia total, es decir la separación abrupta e inmediata de Argelia y Francia. Esta alternativa entrañaba graves riesgos tanto para los intereses franceses como para los de los argelinos nativos. A juicio de de Gaulle, Francia no podría conservar ningún privilegio como antigua potencia colonial y en Argelia pronto se instauraría una dictadura comunista. La segunda alternativa planteaba la integración o el afrancesamiento, es decir, la extensión de los derechos de ciudadanía francesa a todos los argelinos, opción que a juicio de de Gaulle no dejaría contento a ninguno puesto que por un lado resultaría insatisfactoria para los insurgentes argelinos que aspiraban a conquistar el derecho a tener su propia nación y por otro lado, plantearía un serio problema de identidad a la sociedad francesa toda. Tanto por los inconvenientes como por las oposiciones que esta alternativa generaría, podría decirse que lindaba en lo irreal. La tercera opción, con la que más simpatizaba el general, era la asociación, es decir, independencia para Argelia en un esquema de cooperación y colaboración con Francia que permitiese a la antigua potencia colonial mantener algunos privilegios y la capacidad de influir en asuntos estratégicos como aquellos relacionados con la defensa o la política exterior. En la perspectiva de de Gaulle, en el proceso de construcción de las condiciones para esta última alternativa, la más viable por lo demás, debería incluirse un particular esfuerzo francés por conservar el petróleo de la región del Sahara del que la economía francesa se nutría en no poca medida.

Al tiempo que los simpatizantes de la defensa del colonialismo formaban en Argelia la Unión por la Argelia Francesa, de Gaulle intentaba fortalecer lo más posible sus posiciones tanto políticas como militares antes de reconocer como interlocutor al Frente de Liberación Nacional Argelino. El general quería ganar tiempo y por lo pronto limitaba los contactos y las negociaciones subrepticias a asuntos relacionados con cuestiones militares y en ningún caso a inquietudes de índole política. Sin embargo, pronto se daría cuenta de que si esperaba demasiado, las cosas podrían salir de su control. En Argel se dio un nuevo levantamiento por parte de los partidarios de la permanencia de Francia en Argelia como potencia colonial. La situación era tan delicada que incluso los militares franceses en la colonia no descartaban la posibilidad de marchar con sus paracaidistas sobre territorio de la metrópoli para por fin poner orden en donde a su juicio no había habido durante ya varios años.

Las posiciones amenazantes del ejercito de Argelia no inquietarían mayormente a de Gaulle, sin embargo sí se daría cuenta de que la conversaciones de paz con el Frente de Liberación Nacional debían empezar lo más pronto posible con objeto de enfrentar a los ultraderechistas partidarios de la guerra a un hecho consumado. Por lo pronto el general se limitaría a prepararse para un eventual ataque por parte de los colonialistas al territorio metropolitano sin por ello aceptar la propuesta de los partidos de izquierda de armar a los obreros para defender a la República de la agresión de los colonialistas. De Gaulle no quería verse en el futuro próximo rehén de los sindicatos y de las organizaciones de izquierda a cuyos miembros y simpatizantes habría armado previniendo una posible invasión. El general se limitaría pues a poner a las fuerzas leales en estado de alerta, a combatir por todos los medios la rebelión en Argel, a

castigar la ruptura de la legalidad y llegado el momento, a remover de sus cargos a todos los oficiales que hubieran participado en acciones en pro de la “Argelia Francesa”.

La energía y la decisión con la que respondió a la última rebelión en Argel, le granjearía al general el apoyo del 74 por ciento de la opinión pública francesa. Sería en ese momento en el que, aprovechando el enorme respaldo popular de que gozaba, de Gaulle solicitaría y obtendría del Parlamento una ampliación de sus facultades como Presidente de la República, ampliación que utilizaría en un futuro cercano para impulsar las ambiciosas reformas que tenía reservadas para la estructura política interna de Francia y para su posicionamiento en el escenario internacional.

A lo largo de todo este trayecto, de Gaulle se conduciría con ambigüedades e incluso artimañas y contradicciones pero de otra manera no hubiese podido crear las condiciones para llevar las circunstancias hacia el escenario que él deseaba. A este respecto Molchanov observa que: “...*lo que él necesitaba no era el poder como tal sino la posibilidad de emplearlo para engrandecer a Francia, por supuesto bajo su dirección. Para lograrlo necesitaba extraer del cuerpo de Francia el tumor maligno de Argelia. Esto no se podía llevar a cabo sin anestesia para el ejército, para los intelectuales, para la burguesía, para los obreros, etc. Cada cual recibiría su dosis*”.⁸²

Presionado ya por la sucesión de acontecimientos en Argelia, de Gaulle se apresuraría a crear un Ministerio directamente responsable ante el Presidente de la República, encargado de atender los asuntos relacionados con Argelia, al frente del cual colocaría a Louis Joxe. El general comenzaría también a utilizar en discursos y comunicados la fórmula de “La Argelia Argelina”. El camino hacia la independencia estaba ya claramente trazado. La única cuestión a negociar era la asociación, es decir, lograr que los líderes de la muy pronto recién nacida Argelia independiente aceptaran un esquema de fuerte vinculación con Francia permitiéndole a ésta conservar algunos de los privilegios de que gozaba en su calidad de potencia colonial.

El gobierno de de Gaulle sometería las líneas generales de su política respecto a la cuestión argelina a la consideración y aprobación del pueblo a través de un referéndum a celebrarse el 8 de enero de 1961. Mientras esta fecha llegaba, las negociaciones con los representantes del FLN iniciarían por mediación de Georges Pompidou primero secretamente y después, una vez aprobada en referéndum la política del gobierno, de manera oficial en la ciudad francesa de Evian. Sería en estos días que de Gaulle realizaría su segunda visita a Argelia. En esta ocasión también sería recibido con vítores, sólo que no provendrían de los franceses colonialistas sino de los argelinos nativos. Los *pieds noirs* por lo demás estaban más que molestos con él, desesperados podríamos decir, inquietos a un punto tal que dedicarían sus energías a organizar otro golpe en Argel y a constituir grupos de choque que sirviesen para la defensa de su causa fundamental: la Argelia Francesa.

El 22 de abril por la mañana la radio de Argelia anunciaba que los generales Challe, Houjaud y Celler, llegados en secreto al país, conjuntamente con Salán, recién llegado de España, acababan de adueñarse del poder. Ayudados por los paracaidistas de la legión extranjera tomaron todos los edificios clave de la capital argelina y arrestaron a

⁸² Ibidem. p.316.

los representantes del gobierno. También tomaron el poder en Orán y en Constantina. El nerviosismo se expandía entre los círculos políticos de la capital francesa. La posibilidad de que los paracaidistas leales a los militares franco-argelinos marcharan sobre la metrópoli helaba el ambiente. Sin embargo de Gaulle se mantuvo firme aunque inquieto y deseoso de que las conversaciones en Evian llegaran pronto a conclusiones concretas. Para ello el gobierno francés renunciaría a todas sus pretensiones sobre las zonas petrolíferas del Sahara al tiempo que la Organización del Ejército Secreto efectuaba el primero de los quince atentados que en aquellos días se harían contra la vida de de Gaulle por parte de organizaciones ultraderechistas identificadas con los intereses de los colonialistas franceses que se oponían a la independencia de Argelia. Finalmente el 18 de marzo de 1962 tendría lugar la firma de los acuerdos franco-argelinos sobre el cese de las hostilidades, las condiciones de la transferencia de la soberanía y las relaciones ulteriores entre Francia y la Argelia independiente. Este acto marcaría el fin de la guerra y adquiriría validez y legitimidad plena a través de un referéndum en el que el 90 por ciento de la población francesa daría su respaldo a los Acuerdos de Evian. Era pues el final de la pesadilla argelina. El general había cumplido con las expectativas que había generado en la opinión pública. Había pues logrado hacer frente exitosamente a la crisis.

Una vez alcanzada la solución al problema de Argelia, de Gaulle tendría el tiempo y las condiciones necesarias para emprender otras empresas en pro de lo que para él era la Grandeza de Francia y que interesan directamente a este trabajo. Estas empresas pueden ubicarse en dos grandes categorías: las que tienen que ver con la estructuración de un sistema político funcional y las que tienen que ver con el reposicionamiento de Francia como potencia de primer orden en el escenario internacional. En los diez años que de Gaulle permanecería en el poder impulsaría grandes avances en ambos rubros. En lo que tiene que ver con la primera categoría, continuaría los cambios que iniciara con la promulgación de la Constitución de 1958 en el sentido de edificar un andamiaje institucional que le diera al estado francés funcionalidad política y gobernabilidad. Durante el mandato de de Gaulle se introduciría el cambio constitucional que haría la elección del Presidente de la República directa dotando al titular del ejecutivo de una legitimidad con la que no contaba al ser electo a través de un mecanismo indirecto.

Ya no serían pues los ochenta mil compromisarios quienes elegirían al Presidente de la República, sino el electorado francés por completo. Esto posicionaba a la figura del primer mandatario muy por encima de los diputados a la Asamblea Nacional en lo individual y al menos al mismo nivel que el Parlamento en lo institucional. Estas reformas no se materializarían sin antes enfrentarse a oposiciones feroces. Sin embargo, apelando nuevamente al referéndum, el general lograría oficializar los cambios que consideraba necesarios para dotar al sistema político francés de la agilidad de que tanto estaba necesitado. Los cambios introducidos por de Gaulle en esta ocasión y en posteriores momentos durante su presidencia constituirían, como ya lo hemos mencionado, la base sobre la que se erigirían las instituciones y procedimientos de lo que hoy conocemos como la Quinta República Francesa, mismas que girarían en torno a un principio básico: el fortalecimiento del ejecutivo en lo concerniente a la capacidad del ejercicio efectivo del gobierno, sin menoscabo del carácter democrático del mismo. Gobernabilidad democrática, diríamos hoy, fue lo que el gobierno de de Gaulle buscó construir a principios de los años sesenta.

En lo que a política exterior se refiere, y que constituye la segunda categoría de empresas mencionada con anterioridad en este trabajo, el general, después de ganarle a su oponente socialista Francois Mitterrand la segunda vuelta de las elecciones presidenciales con el 54 por ciento de los votos, desplegaría una enérgica actividad a lo largo y ancho del mundo que lo llevaría a dotar a Francia de un prestigio y una independencia en lo referente a política exterior indiscutibles. Los esfuerzos que en este sentido emprendería el general girarían en torno al mismo objetivo que había tenido durante los años de la guerra, a saber, introducir a Francia en el “Club de los Grandes”, posicionar a Francia pues, como una potencia de primer orden en el tablero internacional. Para ello, era necesario corregir lo que a su juicio había sido una política exterior errática y entreguista por parte de los políticos de la Cuarta República, concretamente en lo referente a la incorporación de Francia a la OTAN y la aceptación de la subordinación de las fuerzas armadas francesas a mandos extranjeros. De Gaulle empezaría ya desde 1958 a exigir a los norteamericanos y a los británicos que se organizara un comité en el que representantes de esas dos potencias y de Francia discutiesen los pasos a seguir por parte de la organización.

Como era de esperarse, la respuesta de ambos gobiernos sería evasiva y confusa y no pasaría mucho tiempo antes de que se emprendiera alguna actividad sin siquiera consultar a Francia. Este sería el caso de unas operaciones altamente riesgosas en el estrecho de Taiwán. De Gaulle encontraría pues en éstas el pretexto que esperaba para mostrar a sus aliados la nueva actitud que caracterizaría la política exterior francesa. Al respecto de la solicitud gaullista a Estados Unidos y Gran Bretaña de creación de un comité tripartito de consulta Jacques Soustelle en su libro *Veintiocho años de gaullismo* sostiene que: “*No podemos por menos de preguntarnos si el memorando de septiembre de 1958 (en el que se solicitaba la creación del comité tripartito de consultas) estaba concebido como el comienzo de una negociación con vistas a lograr resultados positivos, o si la intención del general de Gaulle no era más bien la de justificar de antemano su salida de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, ya decidida en su espíritu*”.⁸³ En cualquier caso, en marzo de 1959 el general ordenaría retirar la flota francesa del Mediterráneo del mando de la Alianza Atlántica, prohibiría al ejército norteamericano mantener bombas atómicas en Francia, pondría a las unidades de defensa antiaérea bajo mando francés y establecería un sistema de control de los vuelos militares sobre la metrópoli. Más adelante condenaría abiertamente lo que para él era una intromisión norteamericana en el Congo a través de la ONU para eliminar a Patricio Lumumba y se negaría a romper relaciones diplomáticas con Cuba después del triunfo de la revolución Castrista a pesar de haber sido invitado expresamente por el gobierno norteamericano a actuar en este sentido.

A principios de la década de los sesenta del siglo XX, las principales divergencias entre Estados Unidos y Francia girarían en torno a la política a seguir en Vietnam. Prueba de ello sería lo que el presidente John F. Kennedy escucharía de boca del propio de Gaulle en ocasión de la visita oficial que realizara a Francia en el año de 1961. De Gaulle al ser informado por el presidente Kennedy de las intenciones norteamericanas de desplegar una fuerza de intervención en Vietnam le dijo al joven presidente:

⁸³ Soustelle, Jacques, Op. Cit. p. 324.

"... su intervención en esa región será un engranaje sin fin. A partir del momento en el que las naciones despiertan, ninguna autoridad extranjera, cualesquiera que sean sus medios, tiene posibilidad de imponerle su voluntad. Ustedes se darán cuenta. .. Yo le predigo que ustedes se hundirán cada vez mas en un pantano militar y político sin fondo a pesar de todas las pérdidas y los gastos".⁸⁴

El altivo general no se andaba con medias tintas al momento de expresar opiniones divergentes incluso al Presidente de Estados Unidos, sin embargo, su oposición a la política marcada por Washington no era ni sistemática, ni acrítica ni irracional y prueba de ello lo encontramos en el hecho de que, durante la Crisis de Octubre, la crisis de los misiles en Cuba, cuando el mundo estuvo más cerca de una guerra nuclear que en ningún otro momento del siglo XX, de Gaulle le haría saber de inmediato al Presidente Kennedy que Francia estaba en este caso al lado de Estados Unidos.

Otro punto de divergencia con Washington tenía que ver con los proyectos que la primera potencia del mundo capitalista tenía para Europa. En este sentido, la política exterior francesa durante la era de Gaulle se caracterizaría por dificultar casi sistemáticamente los intentos de Estados Unidos de crear una unión de estados europeos bajo su tutela. De esta suerte, de Gaulle no sólo se opondría a la OTAN o en su momento a la Comunidad Europea de Defensa, sino también a la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, a la Euratom, al Mercado Común y a toda institución supranacional europea que se caracterizase por encontrarse a juicio del general bajo la tutela norteamericana. De Gaulle no estaba en lo absoluto en contra de una unión europea, de lo que estaba en contra era de la omnipresencia norteamericana en los asuntos del viejo continente y la consecuente influencia que para la persecución de sus intereses se desprendía de esa omnipresencia.

En algún momento de esos años, el general de Gaulle incluso sometería a la consideración de los principales países de Europa un proyecto alternativo de unión. Un proyecto que, a diferencia de la Comunidad Europea que ya se había venido construyendo y que implicaba en el futuro lejano el surgimiento de una Federación de naciones Europeas en un único estado, planteaba una confederación europea de estados independientes a través de la cual los miembros pudieran aprovechar los beneficios de la unión sin por ello tener que perder su soberanía en asuntos tan importantes como la seguridad nacional o la política de defensa. El proyecto de de Gaulle en cualquier caso no tendría mucho eco y el general terminaría por destinar sus energías a darle a las instituciones ya existentes y a los acuerdos ya alcanzados, un matiz tendiente a la preservación de la soberanía francesa y a la limitación de la influencia norteamericana, teniendo en mente un solo objetivo: la grandeza de Francia.

Otro aspecto importante de la política exterior francesa en los tiempos de la Presidencia de de Gaulle y que sirve como muestra de la vocación europeísta del general es el acercamiento que éste promovió con la República Federal Alemana dirigida por el canciller Conrad Adenauer. En este sentido Alexander Werth comenta que:

⁸⁴ Molchanov, Nicolai. Op. Cit., p. 379.

“Alemania estaba siempre en el centro de los proyectos de de Gaulle. En 1944, él todavía veía en ella la “permanente amenaza” de Francia. Entonces él quería ver el Ruhr internacionalizado y los territorios del Rin sometidos virtualmente al control francés, y el resto de Alemania dividido en un mosaico de pequeños Estados. Ya en 1947, Rusia se convirtió en la gran amenaza, y, poco después, él empezó a especular con la idea de un tipo de Unión Franco-alemana, y aún mencionó el imperio de Carlomagno como el ascendiente del plan que tenía pensado”.⁸⁵

A través del intercambio de sendas visitas oficiales, Charles de Gaulle y Conrad Adenauer, dos importantes líderes de la Europa de la segunda mitad del Siglo XX, constituirían un gran motor para la posterior consolidación de la unión de los estados europeos teniendo como eje fundamental la dupla Francia-Alemania. De Gaulle se acercaría a la Alemania Federal con objeto de aumentar la influencia francesa en los asuntos continentales y disminuir la de Estados Unidos. Para el general la independencia era fundamental para la preservación de la iniciativa y para contar con un amplio margen de maniobra y una buena capacidad de negociación en los escenarios diplomáticos internacionales.

En este sentido y por esta razón, durante la era de Gaulle Francia iniciaría un programa de desarrollo de armamento nuclear estratégico que sería impulsado y seguido paso a paso por el general hasta que Francia lograra explotar su primera bomba atómica y desarrollar sus vectores: los aviones Mirage IV. La posición de de Gaulle respecto de la independencia armamentista no era sin embargo compartida por todos los líderes europeos. De hecho, la adopción de una política más europeísta, de mayor independencia respecto de Estados Unidos y más comprometida con la problemática continental fueron las condiciones que el general le puso al Primer Ministro británico Harold McMillan para aceptar a Gran Bretaña en el Mercado Común Europeo. No obstante, Gran Bretaña sacrificaría su entrada al club económico de Europa a cambio de la instalación por parte de Estados Unidos de sendas plataformas de lanzamiento de misiles polaris. Entre Europa y América, los ingleses parecían optar por la segunda. De Gaulle en cualquier caso se mantendría firme en su posición: Gran Bretaña no sería aceptada en el Mercado Común Europeo en tanto no adoptara una política exterior más independiente, Francia rechazaría la iniciativa norteamericana de las fuerzas nucleares multilaterales y continuaría con su programa tendiente a la puesta a punto de un sistema nuclear estratégico de defensa.

En el año de 1963, de Gaulle retiraría la flota francesa del Atlántico del mando de la OTAN. Solo dos divisiones francesas en vez de las catorce acordadas, permanecerían bajo el mando norteamericano. El general, además no perdía ocasión de criticar la política norteamericana. En este sentido, a medida que la fuerza de intervención estadounidense aumentaba en el sureste asiático de Gaulle intensificaba las críticas a esta aventura norteamericana en Indochina. Por otra parte el general condenaría enérgicamente la agresión de Estados Unidos a la República Dominicana y llevaría a cabo importantes acciones de política exterior sin siquiera consultar a los estadounidenses. En este sentido en el año de 1963 Francia reconocería oficialmente a

⁸⁵ Werth, Alexander. Op. Cit. p.430.

la República Popular China y se opondría férreamente a la reducción de las tarifas arancelarias a los productos norteamericanos en la Europa Occidental, objetivo que había llevado a Kennedy a realizar una gira por el viejo continente.

En ocasión de la trágica muerte del presidente Kennedy, de Gaulle se trasladaría de inmediato a Estados Unidos para presentarle sus respetos al pueblo norteamericano y a los deudos del joven presidente al que de Gaulle respetaba como persona y como estadista. La relación con su sucesor, Lyndon Johnson, estaría muy lejos de ser cordial y fructífera. De hecho de Gaulle no encontraría tiempo en su apretada agenda para visitar Estados Unidos durante la administración Johnson aunque sí podría hacer una gira por México y otros países de América Latina. Sin embargo no sería el desaire de no visitar Estados Unidos lo que más molestaría a los norteamericanos de las acciones y actitudes de de Gaulle. Como lo hemos mencionado con anterioridad, para el general, el desarrollo de una fuerza estratégica nuclear de defensa era fundamental y hacia ese objetivo Francia había dirigido sus políticas. Sin embargo, este ambicioso proyecto representaba una pesada carga para la economía del país. Constatando este hecho y el de que el mantenimiento del dólar como divisa fundamental para el comercio internacional significaba el traslado de buena parte de los problemas internos de la economía norteamericana al mundo, de Gaulle propondría terminar con el patrón dólar y regresar al patrón oro.

Esta propuesta desde luego resultaría en extremo inquietante para los norteamericanos puesto que era evidente que en Fort Knox, sitio estadounidense en el que se encuentra resguardado el tesoro de la nación no había oro suficiente para respaldar la enorme cantidad de dólares que estaban circulando a través del comercio internacional. Este acontecimiento en el que Francia terminaría convirtiendo varios centenares de millones de dólares en oro sería descrito como *“el mayor golpe a Fort Knox que recuerda la memoria humana”*.⁸⁶ Independientemente de que la propuesta del general se materializara o no, la simple mención constituía sin lugar a dudas un balde de agua fría para los políticos de Washington, mismos que no habrían terminado de recuperarse del primer golpe cuando les llegaría el segundo: El 21 de febrero de 1966 en una conferencia de prensa de Gaulle declarararía que Francia, deseosa de restablecer su soberanía, había decidido salir de la OTAN y exigiría que las bases, los estados mayores, etc., que no estuviesen bajo el control francés, fuesen retirados del territorio de su país. De Gaulle les haría llegar a los norteamericanos junto con su comunicado un calendario de evacuación de sus fuerzas de territorio galo.

Otra carta que el general emplearía en sus esfuerzos por posicionar a Francia como potencia de primer orden en el escenario internacional sería, cómo ya lo había sido en otras coyunturas, la carta soviética. Ya en 1960 había sostenido negociaciones con una delegación gubernamental rusa encabezada por Nikita Jrushov. En el año de 1966, el general, haría una visita oficial a la Unión Soviética y de ella obtendría acuerdos de cooperación que materializarían una auténtica alianza con la Unión Soviética. Los motivos que movieron al general a este acercamiento con Moscú son hasta cierto punto transparentes: por un lado era de un interés estratégico fundamental para Francia tener una buena relación con Rusia para el caso de que el belicismo alemán viviese una resurrección, y en segundo lugar pero no por ello menos importante, la

⁸⁶ Ibidem. p.468.

cercanía con Moscú era una excelente herramienta para contrapesar la enorme influencia que Estados Unidos tenía en la Europa Occidental. La carta soviética indudablemente serviría al general para moverse con mayor tranquilidad en sus relaciones con otros actores del mundo diplomático del momento y especialmente con Estados Unidos.

Otro aspecto importante de la política exterior de la Francia de la época de de Gaulle es sin lugar a dudas su posición frente a Israel. El general tenía muy claro que por una parte el mundo árabe suministraba a Francia más de dos terceras partes del petróleo que necesitaba para su operación cotidiana, y por la otra, que Israel era un muy cercano aliado de Estados Unidos. Si bien en el pasado, Francia había marchado junto a Israel en empresas militares y de otra índole, la política desde luego no necesariamente tendría que seguir siendo la misma. De esta suerte, siendo fiel a los intereses estratégicos de Francia y a las consideraciones de valor que en cada caso se dieran, de Gaulle no continuaría con la alianza con Israel que por lo menos aparentemente se había dado durante los años de la Cuarta República. En este sentido, en 1967 Francia condenaría a Israel por la guerra que libró contra Siria, Jordania y Egipto esgrimiendo el argumento de que Francia consideraba agresor a quien hubiese disparado primero. Jean Lacouture en su obra *De Gaulle* nos da un poco de luz en torno a los posibles motivos que habrían llevado al general a adoptar la línea política que su régimen terminaría siguiendo respecto a Israel y al mundo árabe en general.

“Puesto que fue en Argelia donde se decidió al cabo de cuatro años la suerte de su régimen, de Gaulle se vio obligado a dar una importancia excepcional a sus relaciones con el mundo árabe. No es que creyera, como sus predecesores, que la revolución argelina no era más que un producto de la estrategia de Nasser sino que el general había sabido evaluar sumariamente la solidaridad árabe y comprender que, si la guerra se ganaba o se perdía en las montañas y en las calles de Argel, la paz podía madurar en otras partes”.⁸⁷

De esta suerte, de Gaulle vería en el mundo árabe no solamente la fuente de la que manaba la energía que la economía francesa requería para mantener su pujanza, sino un valor, una oportunidad estratégica que podría aportarle una mejor posición negociadora en el escenario internacional

Por otra parte, de Gaulle no desaprovechaba la oportunidad de demostrar la capacidad de influencia que Francia tenía en el mundo del momento. Así, durante una visita oficial a Canadá cuyo principal objetivo era estar presente en la Exposición Mundial de Montreal, el general exclamaría desde el balcón del ayuntamiento de la ciudad ante una nutrida multitud: “¡Viva Québec Libre!”. Este atrevimiento desde luego molestaría profundamente al gobierno canadiense quien así lo manifestaría. De Gaulle suspendería de inmediato la gira y se regresaría a Francia sin visitar Ottawa. En cualquier caso, a la llegada del año de 1968, el general de Gaulle se sentía satisfecho con el estado de las cosas: la economía francesa crecía a un buen ritmo, el prestigio internacional de Francia estaba en una posición inmejorable. Lo que él entendía por grandeza y que se había convertido en una obsesión estaba sin lugar a dudas en vías de

⁸⁷ Lacouture, Jean. Op. Cit. p.156.

consecución. Sin embargo esa era sólo su percepción. En el seno de la sociedad francesa habían estado gestándose inquietudes que pronto verían la luz.

Ciertamente la política de de Gaulle había fortalecido a Francia como un todo. Había dotado al país de una mejor posición negociadora y le había devuelto la dignidad en los escenarios políticos y diplomáticos internacionales. Ciertamente las reformas gubernamentales hacia el interior del país le habían dado al sistema político mayor agilidad en la toma y ejecución de las decisiones. Sin embargo todo tenía su costo y estos cambios no serían la excepción. Una realidad indiscutible era que el crecimiento económico francés se había logrado en gran medida a costa de castigar las condiciones laborales de los trabajadores favoreciendo de manera muy marcada a la que por lo demás era la única clase que podría impulsar al país a eso que a de Gaulle le fascinaba y que no acababa de definir: “la grandeza”, es decir, la clase empresarial.

Otra realidad indiscutible era que si bien la nueva manera de hacer política en Francia distaba mucho del caos que caracterizó a la Cuarta República, ésta adolecía de defectos tales como presentar en la forma y en el fondo tintes autoritarios y monolíticos en la conducción del Estado y una incapacidad de innovar tendiendo siempre al conservadurismo. Todo lo anterior resultaría desde luego especialmente molesto para importantes sectores de la sociedad francesa, a saber, los obreros y los estudiantes. De esta manera y en conjunción con otros elementos existentes en el panorama político internacional de la época se dieron las condiciones para el llamado mayo francés.

Todo se originó en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Nanterre en donde iría tomando forma poco a poco un movimiento estudiantil que básicamente se opondría a las injusticias y contradicciones del sistema en su conjunto. No del sistema francés en lo particular sino del sistema con el que los seres humanos habían estado entendiéndose en su vida sobre la tierra. El movimiento por lo demás no se circunscribiría a Francia sino a muchas otras partes del mundo en las que los jóvenes sentirían y dejarían salir esa energía que los impulsaba a manifestar las propias opiniones y a intentar cambiar las cosas. El movimiento estudiantil iría creciendo en importancia y generaría el surgimiento de otros movimientos con sus propias agendas como por cierto también sucedería en otras partes del mundo. De esta suerte, tras la adhesión de las principales centrales obreras, de buena parte de la pequeña burguesía que rechazaba la represión policial a las manifestaciones y mítines y de la intelectualidad, Francia se encontraría en muy pocas semanas completamente paralizada. De Gaulle parecía por primera vez rebasado por los acontecimientos. A este respecto Jean Raymond Tournoux en su obra *Le mois de mai du general (El mes de mayo del general)* señala que:

"La amargura del general llegó a su grado extremo. Todo su orgullo francés había querido impedir que la nación se volviera a convertir en el "enfermo de Europa". Y aquí que, con un solo gesto, el puñado de locos furiosos de Nanterre lograron lo que no habían podido hacer los especialistas de la guerra psicológica en 1958, los constructores de barricadas en 1960, los revoltosos en 1961 y los jefes de la OAS en 1962".⁸⁸

⁸⁸ Raymond Tournoux, Jean. *Le mois de mai du general*. Pilon. París. 1975. p. 119.

Después ya todo fue el final. El general intentó manejar la crisis de la mejor manera que pudo pero estaba visto que la magnitud del movimiento superaba con creces su ya muy desgastada figura. La gente quería un cambio. El gobierno gaullista disolvió la Asamblea Nacional y convocó a nuevas elecciones de las que no salió mal parado, en gran parte debido al temor que el movimiento había generado en los sectores de derecha en el sentido de una posible resurrección de alguna alianza de izquierda. De Gaulle, ya sintiéndose débil y requiriendo el respaldo de la ciudadanía para continuar con su mandato, hizo un referéndum que tuvo lugar el 25 de abril de 1969. En este referéndum aunque no humillado, sí fue derrotado porque una clara mayoría le dijo que no. Jean Lacouture en su biografía del general hace un diagnóstico muy preciso de lo que los sucesos de 1968 significaron para la trayectoria de de Gaulle. En este sentido menciona que:

“En medio de las peripecias que alteraron la historia de Francia, en el último cuarto de siglo, de Gaulle apareció a menudo como la representación de la firmeza en sus proyectos y, si no de la sabiduría, sí al menos de la lucidez, en sus concepciones. Sin embargo, en el huracán que asoló a Francia entre mayo y junio de 1968 el general presidente consiguió, por el contrario, aumentar la confusión, llevar al colmo el fanatismo de unos y el desconcierto de otros, hacer aún más pesadas las nubes de la tormenta. Su triunfo final no fue el de Próspero, sino el de Lear. No venció a la tempestad, sino que se dejó arrastrar por la tormenta, por la debilidad de sus adversarios y por el terror general”⁸⁹

Después de ser rechazado por el electorado francés, De Gaulle se retiró a Colombey a escribir sus memorias y a vivir sus últimos días. Sería sucedido por Georges Pompidou en la Presidencia de Francia y cuando poco tiempo después le llegaría el momento de morir, sería enterrado tal como él lo manifestó, en una ceremonia discreta en Colombey les deux-eglises. Sin embargo a la misa que se celebraría al día siguiente en Notre Dame de París asistirían representantes de 86 estados. A pesar de haberle dicho que no, a pesar de haberlo alejado del poder, el pueblo de Francia vivió un duelo sincero al acaecer la muerte del general. El Presidente Pompidou declararía en aquella ocasión: “Francia ha quedado viuda” y sería al decirlo, fiel al sentir de la gran mayoría de los franceses.

⁸⁹ Lacouture, Jean. Op. Cit. p.160.

CONCLUSIONES
Y
CONFIRMACIÓN O REFUTACIÓN
DE LAS HIPÓTESIS.

Conclusiones y confirmación o refutación de las hipótesis.

1.- El desconocimiento del gobierno y la persecución. La insubordinación militar como fuente de legitimidad política y la materialización en los hechos de previsiones lejanas en el pasado como fuente de credibilidad y de formación de prestigio.

Con base en lo desarrollado a lo largo de esta investigación, creemos poder concluir que ciertamente en ambos casos, tanto en el de Mustafá Kemal Atatürk al final de la Primera Guerra Mundial como en el del general Charles de Gaulle durante la Segunda, la insubordinación militar y política y la posterior persecución que los poderes constituidos de sus respectivos países emprendieron consecuentemente en su contra, constituyeron indudablemente un basamento sólido sobre el cual terminó construyéndose su legitimidad política.

Al margen de los logros de guerra que durante la historia militar reciente de sus países ciertamente ambos personajes alcanzaron – con mayor lucimiento en el caso del turco y menor en el del francés - , tanto Atatürk como de Gaulle salieron del “anonimato” cuando se opusieron a sus propios gobiernos nacionales por considerar que el rumbo que estaban tomando iba en contra de manera absoluta de los intereses de la nación. Con este acto, tanto el mundano militar turco como el austero general francés prácticamente “quemaron sus naves” cerrando toda posibilidad de volver atrás. Como vimos en el subcapítulo 4.2 de este trabajo, ya finalizada la Primera Guerra Mundial, con las potencias aliadas triunfantes ocupando Estambul y teniendo al sultán – califa Mohamed VI como rehén y por lo tanto como gobernante títere, Kemal partió hacia la región oriental de la Península de Anatolia y desde ahí organizó la rebelión nacionalista que terminó con el tiempo refundando al país.

En aquella ocasión, el gobierno del sultán naturalmente presionado por las fuerzas ocupantes de los hasta hacía poco enemigos en la guerra, declaró a Atatürk fuera de la ley y lo condenó a muerte. Desde ese momento en adelante para Kemal fue el todo por el todo. Había pues dos interlocutores turcos: uno oficial y reconocido, es decir, el gobierno del sultán en Estambul, y otro, marginal, rebelde, contestatario, débil en un primer momento y profundamente intransigente en la persecución de sus objetivos, es decir, Kemal en Anatolia del este.

El nivel de posicionamiento que ambos interlocutores tenían en la escena del momento se fue modificando en la medida en que el movimiento kemalista fue adquiriendo fuerza y haciéndose de un peso específico propio que obligó finalmente a las potencias triunfantes en la guerra a sentarse a negociar con él las condiciones finales en las que Turquía quedaría en el nuevo orden internacional y eventualmente a aceptar escenarios sustancialmente distintos a aquellos que planteaban los planes que originalmente tenían para el otrora poderoso Imperio Otomano. En este reposicionamiento de la interlocución kemalista siguiendo una evolución de progresivo fortalecimiento intervino de manera fundamental como vimos en el subcapítulo 4.3 de esta investigación la victoria que las fuerzas turcas de Mustafá obtuvieron en su enfrentamiento con los griegos en la guerra de 1920 a 1922. En cualquier caso, el reposicionamiento kemalista terminó identificándose con el tiempo con el reposicionamiento de la propia Turquía en el teatro político, diplomático y militar mundial.

En lo referente al caso francés, como analizamos en el subcapítulo 5.1 de este trabajo, Charles de Gaulle, después de insistir ferviente e infructuosamente en la conveniencia de trasladar el gobierno a África del Norte con objeto de no capitular y de continuar la dirección de la lucha contra los alemanes desde ahí y viendo que el rumbo de los acontecimientos marcaba una franca dirección hacia la capitulación y eventualmente la colaboración, decidió huir a Inglaterra, tomar contacto con las autoridades inglesas y hacer un llamado a los franceses a continuar la lucha. Este acto provocó que el recién constituido gobierno colaboracionista de Vichy encabezado por el Mariscal Philippe Pétain lo declarara fuera de la ley y lo condenara a muerte por traición a la patria, justo de la misma manera en la que sucedió en el caso de Atatürk. La empresa que al despegar el pequeño avión que lo llevó a Inglaterra de Gaulle inició, no pudo ser en ese momento más incierta. En aquel día, el flaco y larguirucho francés era apenas general de brigada no confirmado y nadie creía seriamente en la posibilidad real de un triunfo aliado. De hecho, como vimos en el subcapítulo 5.2 de esta tesis, el gobierno de Churchill buscó sustituir a de Gaulle por cualquier otro personaje más maleable, más dócil para representar a Francia en el exilio y darle a Inglaterra esa legitimidad.

En este sentido, la intransigencia fue una característica que encontramos en Atatürk y que indudablemente se reprodujo incluso con más fuerza en el caso de de Gaulle, lo cual significó no pocos dolores de cabeza para los aliados durante la Segunda Guerra Mundial y justificó los deseos del número 10 de Downing Street de colocar a otro francés en el liderazgo de la Francia en el exilio. Inicialmente trasladándose en los apretujados vagones del metro de Londres, el general fue adquiriendo con el tiempo y mucho esfuerzo y gracias también a su buen manejo diplomático y a su mencionada intransigencia, una existencia independiente de sus patrocinadores, a saber, los ingleses en un primer momento y los norteamericanos después. Poco a poco de Gaulle fue progresivamente encarnando a Francia misma y a sus intereses y de manera similar a como ocurrió en el caso de Atatürk, el reposicionamiento de su persona, el aumento de su capacidad de interlocución, de su margen de negociación y de su influencia fue identificándose con el reposicionamiento de la propia Francia, hecho que alcanzó su expresión más sólida, más visible, en el hecho de que Francia pudo ocupar en el nuevo orden internacional, el orden que sucedió a la derrota de las potencias del eje y el fin de la Segunda Guerra Mundial, un lugar muy superior al esperado, un lugar que no correspondía ni a su fuerza política, económica, demográfica y militar real ni a los planes que para ella tenían en un primer momento los alemanes y en una segunda etapa las potencias aliadas triunfantes en la guerra y “rescatadoras” de Francia de la débil posición en la que se encontraba.

Las naciones victoriosas, a causa en una muy buena medida a la intransigencia de de Gaulle y al talento político y diplomático que demostró en su actuar, tuvieron también en este caso que avenirse a negociar y eventualmente a aceptar escenarios distintos a los planteados originalmente. Por otro lado y en este mismo sentido, para continuar con este ejercicio de analogía, conviene mencionar que tanto Atatürk como de Gaulle en su oportunidad, respondieron a la persecución de la que fueron objeto, desconociendo ellos mismos a los gobiernos nacionales que los habían condenado a muerte e invitando a sus seguidores y simpatizantes a no colaborar con dichas autoridades ni a obedecer disposición alguna que de ellas emanara. Ambos personajes consideraron y con razón que los gobiernos que los ubicaron en la condición de

proscritos, representaban intereses distintos a los de sus respectivos países, a saber, los de las potencias triunfantes en la Primera Guerra Mundial en el caso turco y los de las potencias invasoras del eje en la Segunda Guerra Mundial en el caso francés. Este decir que no, esta acción de oponerse abierta y frontalmente tanto de Atatürk como de de Gaulle, a sus gobiernos en momentos en los que ciertamente la correlación de fuerza favorecía a estos últimos, constituyó indudablemente, una fuente de prestigio sobre la que paulatinamente se iría construyendo su liderazgo.

En este momento cabe hacer un alto para analizar los factores que intervienen en la construcción y ejercicio efectivo de un liderazgo, con objeto de vincular los elementos teóricos existentes con los dos casos analizados en esta investigación. Para ello, nos remitiremos a la teoría del liderazgo de Cecil A. Gibb citada en la obra *Poder y Sociedad, política y gobierno* de Miguel Escobar Valenzuela.

Para Gibb, "... (los) tres principios más importantes (del liderazgo) son, primero, que el liderazgo siempre es relativo a la situación, es decir, relativo en dos sentidos: a) el liderazgo aparece sólo en una situación con problemas, y b) la naturaleza del papel del liderazgo es determinada por el objetivo del grupo, lo cual es, de hecho, el segundo principio del liderazgo en el sentido de que éste siempre se dirige hacia cierta meta objetiva. El tercer principio consiste en que el liderazgo es un proceso de estimulación mutua, un fenómeno de interacción social en el cual las actitudes, ideales y aspiraciones de los seguidores, desempeñan un papel tan importante como la individualidad y personalidad del líder."¹

Por otra parte, en este mismo sentido y ahondando además en el papel del prestigio en la construcción del liderazgo, el propio Escobar refiere que: *La situación "lideral" se crea cada vez que surge y se identifica un nuevo problema vinculado a una meta, en cuya virtud se actualiza un prestigio diferente, el cual consiste en la presunción verdadera o falsa de que algún miembro del grupo se encuentra en posesión de ciertos conocimientos, habilidades, o destrezas, capaces de resolver el problema que enfrentan.*²

Como podemos ver, las reflexiones de Gibb y Escobar nos llevan a identificar algunos elementos mínimos necesarios y suficientes para permitir la construcción de un liderazgo. El primero de ellos es la existencia de un problema, el segundo es la identificación del mismo por parte de los individuos integrantes de una comunidad determinada afectada por ese problema, y el tercero es el prestigio que hace que dicha comunidad deposite en uno o varios de sus miembros la confianza para dirigir las acciones conjuntas destinadas a resolverlo. Algo interesante aquí es que tanto el problema como el prestigio del líder potencial pueden ser reales o ficticios, pueden existir plenamente en la realidad y corresponderse directa y sólidamente con elementos concretos y objetivos o no, sin que por ello deje de ser posible la formación del fenómeno del liderazgo. El prestigio por ejemplo puede estar basado en presunciones

¹ Gibb, Cecil, citado en Escobar Valenzuela, Miguel. *Poder y Sociedad, política y gobierno*. Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública. CIDEPROF, FES Acatlán. México. 2001. p.220.

² Escobar Valenzuela, Miguel. *Poder y Sociedad, política y gobierno*. Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública. CIDEPROF, FES Acatlán. México. 2001. p.220.

incorrectas o inspiradas por hechos falsos sin que por ello el liderazgo potencial se vea limitado o amenazado. En este orden de ideas y volviendo a los dos casos que nos ocupan en este trabajo, la “situación lideral” o el problema en el caso de Atatürk estuvo determinado en diferentes momentos y sucesivamente por: a) la posibilidad de que Turquía o lo que quedó del otrora glorioso Imperio Otomano, con los turcos dentro desde luego, quedase relegada a un papel de ínfima importancia en el escenario internacional y a una posición claramente desfavorable tanto en lo económico como en lo político y lo territorial como consecuencia de la derrota militar en la Primera Guerra Mundial, b) la imposibilidad de formación de voluntad nacional y por ende del planteamiento de una estrategia de largo plazo a causa de la ausencia de instituciones políticas funcionales o de la insuficiencia de las existentes. En el caso de de Gaulle la “situación lideral” quedó constituida de manera similar aunque desde luego con algunos importantes matices.

En este sentido en el caso francés el problema estaba planteado también por a) la posibilidad de que Francia y los franceses con ella, quedase igualmente relegada a un papel de ínfima importancia en el escenario internacional y a una posición claramente desfavorable tanto en lo económico como en lo político y lo territorial como consecuencia, en un primer momento, de la derrota frente a los alemanes al inicio de la Segunda Guerra Mundial, y en una segunda etapa, del hecho de haber sido “rescatada” por las potencias aliadas triunfantes de la misma, a saber, Rusia, Gran Bretaña y muy especialmente Estados Unidos, y b) como en el caso turco, por la imposibilidad de formación de voluntad nacional y por ende del planteamiento de una estrategia de largo plazo a causa de la ausencia de instituciones políticas funcionales o de la insuficiencia de las existentes, pero en este caso vinculado a una crisis coyuntural puntual, claramente identificada: la crisis que representó la Guerra de Argelia.

En ambos casos y en los diferentes momentos en los que ambos liderazgos vieron su realización, fue de manera paulatina como se fue identificando el problema por parte de los “liderados”: los turcos y los franceses, así como también paulatina fue la consolidación del “prestigio” sobre el que dichos liderazgos se apoyaron. En este sentido, cabe destacar los factores que a nuestro juicio más intervinieron en la construcción de ese prestigio. Para empezar y en ambos casos, el hecho de haber dicho que no, de haberse opuesto pues, con todos los riesgos personales, políticos, profesionales y de toda índole que la ruptura con el gobierno implicaba, constituyó sin duda y como ya lo hemos mencionado una importante fuente de legitimidad tanto para Kemal como para el general francés. En segundo lugar, la confirmación por los hechos de advertencias pasadas realizadas por ambos personajes también representó un elemento importante en la formación del prestigio base del liderazgo.

En este sentido y como vimos en los subcapítulos 1.1, 2.1, 4.1 y 4.2, tanto Atatürk como de Gaulle, de diferentes maneras y en diferentes momentos expresaron a través de publicaciones y entrevistas sus opiniones respecto a la inoperancia de la organización del ejército que sus respectivos países tenían en los años previos a las guerras en las que su situación se vería seriamente afectada, y su deseo de que las fuerzas armadas se modernizaran con objeto de evitar las nefastas consecuencias que sus análisis preveían. El hecho de que, tal como ambos personajes predijeron, los ejércitos turco y francés fuesen derrotados, dotó a ambos generales de un importante capital de credibilidad que indiscutiblemente contribuyó a la formación de su “prestigio”. Un ejemplo histórico de formación de prestigio a partir de previsiones que

terminan por confirmarse es referido por el propio Escobar Valenzuela en su libro Poder y sociedad, política y gobierno al hablar de Churchill. A este respecto Escobar escribe que:

“(…) El caso de Winston Churchill, muestra elementos interesantes de analizar. Contrariamente a lo que pensaba el refinado, culto y bien intencionado Chamberlain, que se aferraba a la idea de una negociación que evitara la guerra, Churchill enfatizaba que la guerra con la Alemania de Adolfo Hitler era inevitable e ineludible para Inglaterra, que la victoria dependía de la formación de una alianza con Estados Unidos, Francia y otras potencias de Europa occidental. El ex corresponsal de la Guerra de los Boers, ex diputado y ex ministro del tesoro, que llegó a ser lord del Almirantazgo, inicialmente carecía de antecedentes válidos como para ser creído de buenas a primeras, sobre todo porque habiendo propugnado en 1915 la expedición de los Dardanelos, ésta había significado un desastre para Inglaterra. Una situación semejante, no menos grave se produjo con la revalorización de la esterlina frente a otras monedas en que basó su política monetaria como ministro del tesoro, a la que John Maynard Keynes criticó dura y fuertemente. En consecuencia, por sus antecedentes ligados a tan importantes fracasos no podía ser un líder. Sin embargo, su sostenida prédica acerca de las reales intenciones de los nazis, y las confirmaciones que los hechos aportaban a sus teorías directamente enfocadas a la definición del problema y del conflicto bélico que apuntaban hacia una guerra mundial, fueron otorgándole un prestigio enorme (…) que lo llevaría al cargo de Primer Ministro.³

En efecto, cuando Churchill publicó su obra *Step by Step* en la que advertía de la amenaza que representaba el nazismo alemán y señalaba la necesidad de hacerle frente, la clase política europea estaba dominada por la llamada “política de apaciguamiento” por lo que sir Winston parecía estarle hablando literalmente a los árboles porque nadie o casi nadie le daba algún crédito a su opinión. Sin embargo, cuando los hechos le dieron la razón, su credibilidad y la de su análisis aumentó a un punto tal que los errores que había cometido en el pasado tanto en cargos administrativos como militares, no impidieron que la población británica identificara en él al líder capaz de conducir a la nación durante los años de la guerra. Como hemos visto, algo similar sucedió aunque de diferente manera con distinta intensidad y sentido, en los dos casos estudiados en esta tesis. Por otra parte, tanto Mustafá Kemal Atatürk como Charles de Gaulle fueron actualizando el componente “visionario” de su prestigio ya durante el ejercicio del liderazgo. Es decir, continuaron previendo y viendo como los hechos les daban la razón con lo que su credibilidad se veía renovada periódicamente.

Como lo señalamos en los capítulos 4.5 y 5.6, Atatürk, ya a principios de la década de los treinta, vio antes que muchos el potencial destructivo del militarismo alemán y de Gaulle previó la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, el inevitable fin de la era colonial y el trágico destino que esperaba a Estados Unidos si emprendía una aventura militar en el sureste asiático al punto de que prácticamente le dijo al presidente Kennedy que si los norteamericanos intervenían en Vietnam, se meterían literalmente en un “callejón sin salida”. Todos estos hechos implicaron

³ Escobar Valenzuela, Op. Cit. p.235.

incuestionablemente elementos importantes en la construcción y renovación del liderazgo de los personajes estudiados en esta investigación.

A reserva de que a lo largo de este trabajo se han desarrollado con relativa amplitud la primera y la tercera hipótesis descriptivas de esta tesis, a saber, a) la insubordinación militar de Atatürk como factor clave del reposicionamiento de Turquía en la correlación de fuerzas internacional en la etapa post bélica y b) la insubordinación militar de de Gaulle como factor clave del reposicionamiento de Francia en la correlación de fuerzas internacional en la etapa post bélica, consideramos importante volver un momento sobre ellas con objeto de exponer nuestras conclusiones al respecto. Tanto en lo tocante a Atatürk como en lo que corresponde a de Gaulle, la insubordinación militar constituyó como lo hemos señalado ya, un elemento importante en la formación del prestigio y por ende en la construcción del liderazgo. Si consideramos además que el papel desempeñado por ambos líderes en los escenarios militares y diplomáticos marcó claramente una diferencia entre lo que iba a ser, de acuerdo a los planes de las potencias dominantes del momento, y lo que finalmente terminó siendo, podemos afirmar que la insubordinación militar de Atatürk y de de Gaulle, sí constituyó un factor clave para el reposicionamiento de sus respectivos países en la correlación de fuerzas internacional de la etapa post bélica, siendo ésta última en el primer caso, las décadas que siguieron al fin de la Primera Guerra Mundial, y en el segundo, los años posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial.

2.- El ejercicio personal del poder de ambos personajes y su influencia en el reposicionamiento internacional de ambos países. El ejercicio personal del poder como artífice de la reestructuración política interna ante la insuficiencia o vacío institucional.

Uno de los objetivos, tal vez el principal, de este trabajo, es llevar a cabo un estudio sobre el uso personal del poder, concretamente en los ejemplos históricos representados por las personalidades de Charles de Gaulle y de Mustafá Kemal Atatürk. En este sentido es pertinente reflexionar sobre la dimensión personal y la dimensión institucional del poder con objeto de clarificar una vez más, qué queda dentro del ámbito de la primera y qué corresponde a la segunda. Para estos efectos nos permitiremos retomar un párrafo de la obra *Poder y sociedad. Política y gobierno* en el que nuevamente refiriéndose a la figura histórica de Sir Winston Churchill, Escobar Valenzuela nos permite tener una idea clara a al respecto de estas dos dimensiones del poder. En su obra Escobar escribe:

“Después del desastre de Dunkerque, Chamberlain cede su lugar a Churchill. Como primer ministro asumió la casi totalidad del poder, incluido el comando de la guerra. La existencia de tan graves problemas creados por el conflicto bélico, produjo la actualización de su prestigio, basado en los conocimientos demostrados por Churchill y de esta situación derivó el inmenso poder que finalmente ejerciera *a título de líder, más que el de jefe de gobierno, aunque en él, ambas legitimidades actuaban de conjunto. Por un lado el poder basado en el prestigio, por el otro, su posición o estatus de jefe de gobierno, en donde la base de poder es la autoridad*” - Las cursivas son nuestras - .⁴

⁴ Ibidem. p.236.

De esta manera encontramos que en el caso de Churchill las dos dimensiones del poder se encuentran en un estado de convergencia. Por un lado lo que llamamos, poder personal, es decir, el poder del líder, del que logra aglutinar en torno a sí las voluntades y la acción de los miembros de una comunidad determinada para la persecución de un fin específico, y el poder institucional, es decir, aquel que emana de la institución y no de la persona. Si Churchill pudo ejercer ambos fue porque por un lado era Primer Ministro del Reino Unido de la Gran Bretaña y en calidad de tal a él le correspondía gracias a un complejo entramado institucional, tomar las decisiones, pero por el otro, su “prestigio” basado en la visión de futuro en la energía personal, en el carisma y en la habilidad política y diplomática lo dotaba de un liderazgo parainstitucional, de un liderazgo personal.

En este orden de ideas, los casos estudiados en esta investigación difieren del de Churchill por el hecho de que tanto de Gaulle como Atatürk, no solamente no contaban con el respaldo de una figura institucional desde la cual ejercer un poder no sólo personal sino incluso legitimado nominalmente por una categoría surgida de la organización política sancionada por la ley, es decir, una categoría institucional, sino que el poder personal que ejercieron, basado en su liderazgo, surgido a su vez de su prestigio resultaba contrainstitucional y se vio enfrentado a quienes sí ostentaban en su momento la posición nominal que les dotaba de alguna legitimidad institucional, legal pues, para el ejercicio del poder, a saber, el sultán turco Mohamed VI en el caso de Kemal y el gobierno petanista de Vichy en el caso de de Gaulle.

Como hemos visto Escobar asocia lo que nosotros llamamos poder institucional a la autoridad sosteniendo que éste emerge de aquella. Pues bien, partiendo de este punto, resulta interesante observar que ni Atatürk ni de Gaulle contaron ni en los inicios de sus acciones ni mucho tiempo después con la dimensión del poder emanada de la autoridad. A este respecto creemos conveniente hacer referencia a la *tendencia a la formación de contrapoderes* explicada en la obra *Poder y sociedad, política y gobierno* del profesor Escobar Valenzuela. En dicha publicación el académico chileno sostiene que:

“Todo poder, aunque resulte eficaz en la solución de muchos problemas en el momento en que se constituye, y aun durante un largo tiempo, aparecerá inicialmente en sus inevitables errores e ineficiencias como un resultado de la condición humana. A la larga sin embargo, aciertos y errores serán analizados con prismas distintos. Los aciertos serán el mero resultado de las exigencias de la situación, por tanto un deber ineludible e insoslayable. Los errores, en cambio, una falta de respeto al sentido del deber. Una irresponsabilidad reiterada y persistente, no ajena al vicio de la corrupción del poder. Esto (...) La longevidad en el ejercicio del poder por parte de una misma persona, termina progresivamente deteriorando su imagen que pierde legitimidad, a la vez que genera las fuerzas sociales capaces de responder eficazmente al influjo de los agentes políticos opositores, y ambos tratarán de destruirla definitivamente.”⁵

⁵ Ibidem. p.473.

En el marco de lo anteriormente expuesto, podemos identificar con claridad los fenómenos de debilitamiento que tanto el gobierno colaboracionista de Vichy en el caso francés como el régimen monárquico del sultán en el caso turco, fueron experimentando al tiempo que, por otro lado, contrapoderes personificados en las figuras de de Gaulle y Atatürk iban fortaleciéndose como alternativas reales de solución a problemas dados. La pérdida de legitimidad de los poderes constituidos, causada por su incapacidad de resolver los problemas de la coyuntura, abrieron la puerta al fortalecimiento y eventualmente consolidación de los contrapoderes kemalista y gaullista hasta que estos terminaron por sustituir, primero *de facto* y luego *de jure*, a los poderes institucionales hasta ese momento reconocidos no solo al interior, sino al exterior de los dos países estudiados en esta investigación.

Fue probablemente por su carácter contra institucional, por su condición de contrapoderes pues, que tanto Atatürk como de Gaulle lograron proyectar sus respectivas personalidades con una intensidad y alcance tales que indudablemente su acción marcó una diferencia en los destinos de sus respectivos países. En el caso de Atatürk y como hemos visto en los subcapítulos 4.2, 4.3, 4.4 y 4.5 de esta tesis, ejerciendo el poder personal que de su liderazgo emanaba, Kemal ciertamente logró hacer fracasar los planes que las potencias aliadas triunfantes en la Primera Guerra Mundial tenían para los despojos del Imperio Otomano, y prácticamente refundar al país y a la nación en lo político y en lo social, presidiendo una renovada Turquía con una forma de gobierno republicana y al menos nominalmente, democrática, con una posición internacional digna y con un perfil sociocultural distinto, lejano ya del arcaísmo otomano y trepado en un constante proceso de modernización. Los alcances de la acción personal de Atatürk en lo referente a las reformas políticas y sociales que marcaron el nacimiento de la Turquía moderna, pueden de alguna forma medirse en función de la idea que aún se tiene de su persona y de su obra en algunos círculos occidentales. A este respecto la periodista Oriana Fallaci, en su libro *El Apocalipsis* sostiene que:

“...en 1924 un general turco que se llamaba Mustafá Kemal Atatürk hizo una revolución de primera. Realmente imprevisible en aquel lugar. Cerró los harenes, quitó el velo a las mujeres y el fez a los hombres, declaró abolida la poligamia. Optó por el calendario gregoriano, adoptó el alfabeto latino y liquidó todas las órdenes religiosas (...) En definitiva, echó fuera el yugo del Islam en todas sus formas y colores y en su lugar instaló un estado rigurosamente laico, regido por una constitución de tipo occidental y basado en un parlamento elegido”.⁶

De esta suerte, al margen de que a lo largo de todo este trabajo hemos venido analizando los aspectos que corresponden a la segunda hipótesis descriptiva de esta tesis, a saber, la acción de Atatürk como causa del cambio político y social de Turquía, y de que en calidad de tal, es decir, de descriptiva, no es necesario confirmarla o refutarla, nos tomaremos el atrevimiento de concluir que ciertamente y considerando las características políticas, económicas, sociales, socioculturales, geoestratégicas, religiosas y territoriales de la Turquía de finales de la segunda década del Siglo XX, la acción personal de Mustafá Kemal Atatürk fue en gran medida causante de las

⁶ Fallaci, Oriana. *El Apocalipsis*, Oriana Fallaci se entrevista a sí misma. Editorial El Ateneo. México. 2005. p.227.

modificaciones políticas y sociales que su país vivió en los años posteriores. En este sentido Atatürk fue más allá del líder que es considerado como tal por los liderados porque tiene el “prestigio” de poder resolver un problema específico en el sentido en el que los liderados o seguidores desean. Kemal “ocultó la solución” -su solución-, al problema para llegado el momento, poderla imponer. Para explicarnos mejor recurriremos nuevamente a la obra del profesor Escobar quien en *Poder y Sociedad, política y gobierno* plantea que

“Finalmente, a título aclaratorio, podríamos decir que el liderazgo, independientemente de que el prestigio sea falso o verdadero, en cualquiera de ambos casos es siempre liderazgo. La ley sociológica del liderazgo es: “los liderazgos fundados sobre prestigios o sobre problemas falsos o definidos erróneamente, tienden a durar menos que aquellos que existen sobre bases verdaderas”. El liderazgo, que es un tipo de poder cuya base es el prestigio actualizado con relación a uno o más problemas en una situación social, depende no sólo de la verdad de los prestigios, sino también de la forma en que estos son percibidos como “verdaderos”, lo que determina que muchos prestigios o problemas que son tales, si no son percibidos de esta forma no pueden generar liderazgo”.⁷

El “liderazgo” pues tiene que ver con las habilidades, capacidades o intenciones que los liderados creen que el líder posee, que constituyen su “prestigio” y por las que le delegan parte de su libertad de decisión y de su voluntad otorgándole la “obediencia” que requiere para resolver el problema. Sin embargo y como lo hemos mencionado con anterioridad, el hecho de que ese “prestigio” esté fundado en presunciones inexactas o falsas, no implica el fin del liderazgo ni mucho menos. Éste seguirá existiendo mientras pueda apoyarse en el “prestigio”, independientemente de que éste último se haya construido partiendo de falsedades. En diferentes momentos éste fue el caso tanto de Atatürk como de de Gaulle. En el caso turco, sabemos por ejemplo que parte de los argumentos que Kemal empleó para ganarse la simpatía de la gente fue el de que el sultán Mohamed VI, califa del Islam, se había aliado con las naciones occidentales triunfadoras de la Guerra del 14 para combatir a la rebelión de musulmanes que Atatürk dirigía y que por lo tanto, la bandera verde, la causa del profeta, la defensa del Islam era ejercida por el propio Kemal y no por el sultán por lo que debía combatírsele.

De esta manera Atatürk atrajo a no pocos seguidores, los cuales lo dotaron de un “prestigio” basado en presunciones a todas luces falsas. Muchos de los que lo siguieron y pelearon en un primer momento contra el sultán y después contra los griegos creían que Kemal sería el protector del Islam frente a los enemigos cristianos griegos, franceses, británicos, etc. Sin embargo la historia nos muestra que si el Islam alguna vez tuvo un enemigo en Turquía, éste fue el propio Atatürk. Como vimos en el capítulo 4.5, Kemal emprendió una reforma antiislámica en el seno de la sociedad turca. Abolió el califato, clausuró las madrasas o escuelas coránicas, eliminó el alfabeto árabe y lo substituyó por el alfabeto latino, limitó el uso de las prendas litúrgicas a los lugares de culto y en general hizo todo cuanto estuvo en sus manos por desislamizar, occidentalizar pues, a la sociedad turca. Como vemos, en éste como en otros casos, aunque Kemal “ocultó la solución” su liderazgo no declinó porque el prestigio permaneció incólume

⁷ Escobar Valenzuela, Miguel. Op. Cit. p.237.

hasta que ya fue demasiado tarde. En el caso de de Gaulle sucedió algo similar en no pocas oportunidades. Las más significativas sin lugar a dudas fueron: a) la exclusión del gobierno de los momentos posteriores a la liberación de elementos identificados con la izquierda, misma que por lo demás, era de entre todos los nichos del espectro político, el que más había aportado a la resistencia, b) la inclusión en su gobierno de antiguos vichistas, más identificados con la pequeña burguesía a la que el propio general pertenecía y, especialmente, c) la solución que le dio a la crisis de Argelia, coyuntura en la que para contar con su apoyo le hizo creer a los colonialistas que era un partidario ferviente de la Argelia Francesa y después puso todo a modo para darle una salida política al conflicto otorgándole al país magrebí finalmente su independencia. Como vemos, también de Gaulle “ocultó la solución” en el caso argelino y no por ello su liderazgo declinó. Así, vemos que en los dos casos estudiados en esta tesis el *Teorema de Thomas* se verificó a plenitud. Dicho teorema sostiene que “...si los hombres definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias”.⁸

En el caso turco, buena parte de los adherentes a la rebelión kemalista consideraban como cierto el compromiso de Ataturk para con la defensa del Islam y la consecuencia de esta situación falsa pero considerada por ellos real, fue su “obediencia” a las directrices kemalistas permitiéndole a Ataturk ejercer el papel de líder. En el caso francés, buena parte de la derecha francesa y los colonialistas argelinos consideraron como cierto el compromiso de de Gaulle con el mantenimiento de la presencia colonial francesa en Argelia y, la consecuencia de esta falsa creencia, de esta creencia apoyada en hechos falsos pues, fue la posibilidad que el general tuvo de ejercer un liderazgo efectivo para enfrentar la crisis, aunque este liderazgo no derivó en la solución de la misma que los liderados creían o querían que debía tener.

Todo esto nos lleva, aunque indirectamente, a hablar de la cuarta hipótesis descriptiva de esta tesis: la necesidad del papel lideral en el tránsito de la Cuarta a la Quinta República francesa y la acción de de Gaulle como causa del cambio del sistema político en Francia. En relación al papel lideral y a los rasgos que el fenómeno del liderazgo tiene, en su obra *Marketing para el liderazgo político y social*, Ricardo Homs sostiene que: “Los líderes nacen o se hacen, pero en cualquier caso se dan en coyunturas favorables. El fenómeno del liderazgo se relaciona en primer lugar con las capacidades del individuo y su potencial de desarrollo. Sin embargo, las circunstancias dan la oportunidad para que se consolide un líder con un perfil determinado, o con otro.”⁹

Como vemos, podríamos decir que es la circunstancia la que hace al líder. En este orden de ideas, a lo largo del subcapítulo 5.6, analizamos con algún detalle las características de la situación política, social y militar que Francia vivió durante la llamada crisis de Argelia. En dicho subcapítulo se observa la enorme inmovilidad política que padecía el régimen imperante, es decir, la Cuarta República Francesa. Un parlamentarismo llevado a extremos que impedían la formación de una voluntad nacional, una disgregación tal del poder que al final del día terminaba nulificando al poder mismo, la falta de opciones claras y de consensos sociales en algún sentido, pusieron al país galo en una de las más graves crisis políticas de la segunda mitad del

⁸ Escobar Valenzuela, Op. Cit. p.238.

⁹ Homs, Ricardo. *Marketing para el liderazgo político y social*. Random House Mondadori. México.2005.p.23.

siglo XX. Todo este panorama, todos estos factores constituyeron pues la “situación liberal”, es decir, el problema para cuya resolución se requería liderazgo. Como todos sabemos y como está también expuesto en el subcapítulo mencionado, a de Gaulle lo llamaron porque quienes dirigían al país en ese momento se consideraron incapaces o consideraron su propia fuerza insuficiente para resolver la crisis en algún sentido. De pronto la sociedad francesa se vio enfrentada al hecho de que sólo el general, por su prestigio, carisma, experiencia y por haber sido el “salvador del honor de la patria” en los años de la guerra del 40, podía aglutinar en torno a sí las voluntades de los franceses para hacer frente al problema.

Como ya lo hemos referido, de Gaulle asumió el liderazgo del estado francés y resolvió, a su modo, no podría haber sido de otra forma, no sólo el terrible problema que la crisis argelina representaba para Francia, sino también el de la parálisis política que caracterizó en todos sus años de vigencia, en algunos con más intensidad que en otros, al régimen de la cuarta república francesa. De Gaulle empleó su capital político, su popularidad y capacidad de convocatoria para construir consensos, primero entre la clase política y después en la sociedad toda, para mediante la promulgación de una nueva constitución aprobada en referéndum, fundar un nuevo orden político, una nueva repartición y equilibrio del poder con nuevas reglas para su ejercicio y renovados canales y mecanismos para la formación de la voluntad nacional y su realización efectiva a través de decisiones de gobierno. Así nació la Quinta República Francesa, sistema que, con algunas modificaciones, propias de la necesidad de adaptación a las circunstancias del presente que todo mecanismo requiere para ser mínimamente funcional, sigue siendo la base del ordenamiento político de Francia hasta nuestros días. El presidente Chirac es de hecho el quinto presidente de la Quinta República Francesa, sucesor de Francois Mitterrand, Valery Giscard D’Estaing, Georges Pompidou y el propio general de Gaulle.

Por otra parte, visto todo esto desde un enfoque teórico distinto, Robert Lussier y Christopher Achua, sostienen en su obra *Liderazgo. Teoría, aplicación y desarrollo de habilidades*, que “El liderazgo es el proceso de influencia de dirigentes y seguidores para alcanzar los objetivos de la organización mediante el cambio.”¹⁰ Como podemos ver, esta definición pone el acento en el factor constituido por el cambio, por la modificación pues de la realidad presente y la conversión de la misma en un escenario distinto que reúna características acordes con los “objetivos” del grupo o de la organización. En este sentido de Gaulle fue construyendo la realización de esos objetivos partiendo de la influencia que ejercía sobre sus liderados y sobre la perspectiva de cambio. Prueba de ello es la reestructuración completa del sistema político francés a la que nos hemos referido con anterioridad.

Por todo lo anterior y a reserva que al ser una hipótesis descriptiva, el trabajo referente a la misma quedó plenamente concluido con lo expuesto en el subcapítulo 5.2, podemos aventurarnos a decir que indudablemente en los años de la Guerra de Argelia, existió una necesidad de liderazgo misma que fue satisfecha por Charles de Gaulle al darle una salida al problema mismo y al establecer las bases sobre las cuales se terminaría construyendo el ordenamiento jurídico – político todavía vigente en la Francia de nuestros días.

¹⁰ Lussier, Robert y Achua, Christopher *Liderazgo. Teoría, aplicación y desarrollo de habilidades*. Thomson. México. 2005. 2da. Ed. p.5.

3.- Nivel de analogabilidad de las trayectorias de Ataturk y De Gaulle.

La motivación para la realización de este trabajo, está plasmada en la creencia de la corrección de la quinta hipótesis de esta tesis, a saber, las circunstancias con las que se encontraron Ataturk y De Gaulle, la manera en la que afrontaron dichas circunstancias y la magnitud de los efectos que sus acciones tuvieron en la realidad interna y externa de sus respectivas naciones permiten que entre ambos personajes pueda establecerse, de alguna manera y en alguna medida, una relación análoga. En este sentido creemos pertinente hacer una breve revisión de los argumentos que respaldan nuestra postura. Para empezar, ambos personajes realizaron en diferentes momentos advertencias en torno a la necesidad de mecanizar y modernizar la organización y el equipamiento militar de sus respectivas naciones. El hecho de que lo hayan hecho y la forma en la que lo hicieron, misma que por lo demás está referida en los subcapítulos 1.1, 3.1 y 2.1 les causó problemas entre la oficialidad al punto de dificultarles el camino en su carrera militar pero por otro lado, constituyó un factor más en la base de prestigio en la que su ulterior liderazgo se construyó.

Por otra parte, y como está mencionado en los capítulos III y V, llegado el momento, ambos personajes en una situación de derrota militar de sus naciones, lideraron movimientos reivindicatorios de la independencia nacional y de la recuperación del “honor” perdido, oponiéndose al gobierno constituido de sus respectivos países valiéndoles esta actitud el ser perseguidos y condenados a muerte *in absentia*. Un punto más de convergencia lo encontramos en el hecho de que la perspectiva que a sus estados esperaba en el momento en el que su liderazgo comenzó a construirse era relativamente similar: de haber sido países de una importancia central en el escenario internacional pasarían, producto de la derrota militar en el caso turco, y en el caso francés de la derrota militar en un primer momento y del “rescate” del que fue beneficiaria después, a ser estados relegados a un segundo o tercer plano en el panorama diplomático, afectados gravemente en lo territorial, en lo económico y en lo político – con mayor gravedad en el caso turco que en el francés – y despojados de buena parte de su margen de maniobra y capacidad de negociación.

Sin embargo, en ambos casos, la acción personal, tanto militar como política y diplomática de estos dos generales, terminó empujando a los actores del momento, por lo demás mucho más fuertes, a modificar sus planes y a sentarse a negociar con los representantes de Francia y Turquía para llegar a escenarios distintos a los planteados originalmente por los primeros y mucho más favorables para los segundos que los que hubieran resultado de la materialización de las intenciones originales de las potencias del momento y de la valoración real de su peso político, económico, demográfico, militar y estratégico. De esta suerte tanto de Gaulle como Ataturk triunfaron en su empeño por reposicionar a sus naciones en la correlación de fuerzas internacional de su momento y en dotarlas en las etapas post bélicas que a cada caso corresponde de viabilidad política y perspectiva de futuro. Además, ambos personajes jugaron papeles clave en la reestructuración del sistema político de sus respectivos estados.

De Gaulle fue el fundador de la Quinta República francesa que terminó con la larga historia de parlamentarismo puro en su país y le dio gobernabilidad al sistema político. Por su parte Ataturk fue el fundador de la República turca cuya instauración constituyó una verdadera revolución que dejó atrás la monarquía del muy longevo

imperio otomano. Así pues, en este sentido, podríamos aventurarnos a manifestar, con las reservas y los matices que a cada caso corresponde, que sin ellos, los alcances de los cambios no hubieran podido ser tan amplios.

Por todo lo anterior y basándonos, principalmente en lo plasmado en la parte biográfica de este trabajo podemos aventurarnos a decir que la quinta hipótesis de esta investigación, su única hipótesis verdadera basándonos en la nomenclatura tradicional para trabajos de investigación documental, puede ser confirmada, es decir, las circunstancias con las que se encontraron Ataturk y De Gaulle, la manera en la que afrontaron dichas circunstancias y la magnitud de los efectos que sus acciones tuvieron en la realidad interna y externa de sus respectivas naciones permiten que entre ambos personajes pueda establecerse, de alguna manera y en alguna medida, una relación análoga.

4.- Algunas diferencias importantes.

Del mismo modo que como parte de los objetivos de esta investigación hemos detectado y señalado los puntos de convergencia entre las trayectorias históricas de Mustafá Kemal Ataturk y Charles de Gaulle, es importante también, hacer una mención de los matices y diferencias correspondientes a las situaciones similares que enfrentaron. De esta manera, cierto es que mientras de Gaulle llevó adelante una reforma política de incuestionable importancia, Ataturk revolucionó la organización política de Turquía, país que por lo demás prácticamente nació con el fin de la Primera Guerra Mundial, a diferencia de Francia cuya existencia como estado independiente y la conciencia nacional de su pueblo nada o muy poco tuvieron que ver con lo acontecido en los hechos estudiados en esta tesis. La conciencia nacional francesa como tal surgió desde Clodoveo y para el siglo XVI ya estaba plenamente consolidada. La conciencia nacional turca por el contrario no existía al desintegrarse el Imperio Otomano tras su derrota en la Primera Guerra Mundial. Este hecho permitió por muchas razones que los alcances de las reformas kemalistas fueran mucho más profundos que aquellos de las reformas de de Gaulle. Ataturk por ejemplo, no sólo refundó el sistema político, sino que reconstruyó a la sociedad turca desde el punto de vista social, creando, de una forma hasta cierto punto artificial y en muchas ocasiones por la fuerza, una comunidad “occidentalizada” intensamente involucrada en un proceso de modernización. Mientras que los cambios que de Gaulle impulsó se quedaron en la dimensión política, los de Ataturk fueron tanto políticos como sociales y mucho más agresivos que aquellos llevados adelante por el general francés.

Ello fue posible porque mientras que de Gaulle gobernó un país altamente politizado y con una tradición democrática y republicana más o menos sólida, Kemal se enfrentó a un pueblo que siempre había vivido bajo una monarquía, que no sabía nada de conceptos tales como separación de poderes o de limitación del ejercicio del poder en el tiempo. Muestra de ello la encontramos en el hecho de que poco tiempo después de la liberación de París, de Gaulle tuvo que abandonar el poder por encontrar mucha oposición a sus intenciones y no volvió a él sino hasta que la crisis de Argelia creó la situación litoral que hizo propicio e incluso necesario su regreso, mismo que implicó su permanencia en la conducción de los asuntos de Francia sólo hasta que los franceses consideraron que era beneficiosa, viéndose en este sentido obligado a retirarse una vez más como consecuencia de los problemas que tuvieron lugar durante el mayo francés en 1968, mientras que Ataturk, una vez afianzado en el poder en Ankara, la nueva sede

de la capitalidad turca determinada por él mismo, gobernó hasta su muerte una república que en muchas ocasiones funcionaba más como una dictadura.

Estas innegables diferencias pueden analizarse a la luz de los planteamientos teóricos que Jordi López Camps e Isaura Leal Fernández exponen en su obra *Aprender Liderazgo político*, a la luz de lo que ellos mismos llaman la concepción normativa y la concepción dinámica del liderazgo. A este respecto los investigadores españoles sostienen que:

“En la actualidad se vive un momento de tránsito entre dos concepciones del liderazgo. Estos dos puntos de vista pueden resumirse del modo siguiente:

Visión normativa: el líder es una persona que influye sobre la comunidad para conseguir que le sigan en la dirección marcada por él. El valor del líder es su capacidad de influencia sobre los miembros de la comunidad. Según este punto de vista, el liderazgo político sería dirigir la comunidad política. Este modo de entender el liderazgo, ha sido útil en los momentos de gran confusión y desorientación, especialmente cuando hacía falta clarificar los caminos ante la existencia de opiniones encontradas. En el caso del liderazgo político, este modelo ha sido muy empleado en momentos de gran inseguridad e inestabilidad.

Visión dinámica: el líder influye sobre la comunidad para que ésta se enfrente a sus problemas y desarrolle un nuevo sistema de valores superior al actual. En este caso, la finalidad del liderazgo es resolver el conflicto de valores que aparece cuando las personas afrontan un proceso de cambio y han de adaptarse a una nueva situación. En tales circunstancias, los líderes actúan de dinamizadores de la sociedad. Esta concepción del liderazgo es útil cuando hay numerosos problemas, no existe ninguna alternativa clara y es necesario debatir el camino a seguir. Este tipo de liderazgo busca, en lugar de dirigir, facilitar el consenso y promover un cambio cultural y social”.¹¹

En este sentido, mientras que Kemal ejerció siempre un liderazgo correspondiente a la primera categoría, es decir, un liderazgo enmarcado en la visión normativa del mismo, de Gaulle pudo hacerlo sólo en momentos de muy grave inestabilidad, a saber: los álgidos años de la ocupación alemana de Francia durante la Segunda Guerra Mundial, los momentos inmediatamente posteriores a la liberación y, mucho después, durante la crisis de la guerra por la independencia de Argelia. No obstante, durante los periodos de menor gravedad, de Gaulle se enfrentó, como ya lo hemos mencionado, a una sociedad altamente politizada que planteaba una gran dificultad para la construcción de consensos. En estos casos, es decir, durante el periodo que va de dos años después de finalizada la Segunda Guerra Mundial hasta el colapso de la Cuarta República durante la crisis de Argelia y durante el periodo que sucedió a la solución del problema argelino hasta los movimientos sociales de 1968, el general francés pudo apenas ejercer un liderazgo enmarcado en la concepción dinámica del mismo. Ello se debió indudablemente más a la naturaleza de la sociedad francesa que a los propios deseos de de Gaulle. En este sentido observamos que las características de los individuos integrantes del grupo en el seno del cual se desarrolla el fenómeno del

¹¹ López Camps, Jordi y Leal Fernández, Isaura. *Aprender liderazgo político*. Paidós. Barcelona. 2005. p. 31.

liderazgo resultan fundamentales en la determinación de la naturaleza del mismo. Al hablar del paradigma del liderazgo por contingencia Robert Lussier y Christopher Achua sostienen en su ensayo *Liderazgo. Teoría, aplicación y desarrollo de habilidades* que

“Las teorías de liderazgo por contingencia tratan de explicar el estilo adecuado de liderazgo con base en el líder, los seguidores y la situación. En otras palabras, ¿Qué rasgos y/o conductas asegurarán el éxito del liderazgo a partir de las variables situacionales? El paradigma de la teoría del liderazgo por contingencia destaca la importancia de factores situacionales, como la índole del trabajo realizado, el ambiente externo y las características de los seguidores”.¹²

Es en este último elemento, es decir, en el relacionado con las “características de los seguidores” en el que encontramos la explicación de por qué la naturaleza de los liderazgos de Kemal y de de Gaulle fuese en algunos momentos diametralmente distinta. Como hemos mencionado, no era lo mismo la muy consolidada nación francesa, que la naciente nación turca. No era lo mismo pues, liderar a un pueblo con elementos de identificación nacional sólidos y una larga tradición democrática, que a un pueblo que recién acababa de enterarse que constituía o debía constituir una nación propiamente dicha y que había vivido bajo regímenes autoritarios a lo largo de toda su historia.

Si bien este trabajo se ha realizado partiendo de la premisa de que Kemal y de Gaulle tuvieron trayectorias análogas, al hacer una aproximación comparativa entre sus historia de vida, resultaría imposible negar las claras diferencias que entre la naturaleza de sus respectivos liderazgos, en algunos momentos incuestionablemente existieron.

Estos matices cobran desde luego una enorme importancia al momento de estudiar las acciones que ambos personajes emprendieron en aspectos tan diversos que van desde la definición de la sede de los poderes del estado hasta la determinación de los objetivos estratégicos de la política exterior. No obstante los puntos referidos, aceptando que el tenerlos presentes relativiza la posible similitud entre las vidas y obras de estos dos importantes personajes del siglo XX y considerando que en los terrenos del estudio de la historia o de las relaciones internacionales (al ser disciplinas cuyo objeto de estudio es el ser humano y sus acciones) es imposible encontrar reflejos absolutos, seguimos considerando que de Gaulle y Ataturk son personajes históricos analogables, en cuya aproximación conjunta tienen mayor peso las similitudes que sus trayectorias presentan, que las diferencias que tanto en lo personal, temporal, circunstancial, político y cultural innegablemente tienen.

5.- Ataturk y de Gaulle. Posiciones y legado en lo relativo a la organización del sistema político y a la política exterior.

En lo que a política exterior se refiere, las posiciones de los dos personajes estudiados en esta investigación son relativamente fáciles de definir y delimitar. Para de Gaulle, desde que aterrizó en Gran Bretaña para liderar a la Francia Libre, a la Francia en el exilio, la constante fue la lucha por el reposicionamiento de su país en la escena internacional, por el mantenimiento pues del estatus que tradicionalmente Francia había tenido en el panorama diplomático mundial. Para él “la grandeza de Francia” era el

¹² Lussier, Robert y Achua, Christopher Op. Cit. p.16.

objetivo a perseguir y en su caso a defender. El mantenimiento de una postura independiente respecto de las grandes potencias del momento era incuestionablemente parte fundamental de una política exterior con tales objetivos. Estos rasgos podemos encontrarlos, como por cierto está referido en los subcapítulos 5.2, 5.5 y 5.6, en la reticencia que siempre tuvieron los gobiernos encabezados por el general a acercarse a las posiciones adoptadas por Estados Unidos y en la animadversión que de Gaulle despertaba en los propios norteamericanos, factores ambos que enrarecieron la relación entre Francia y los estadounidenses hasta el punto de que el país galo terminó por prácticamente echar a la OTAN de su territorio. Otros ejemplos de esto mismo los encontramos en el acercamiento unilateral que de Gaulle tuvo con el canciller de Alemania Federal Konrad Adenauer, con objeto de impulsar una integración europea que dejara al margen a la OTAN y por ende a Estados Unidos, así como en el manejo de la carta soviética que de Gaulle, al igual que Ataturk por cierto, hizo hábilmente con objeto de contrapesar la influencia de las potencias occidentales y especialmente de Estados Unidos.

De esta suerte, el asegurar que Francia siempre tuviera su opinión y que ésta dejara muy en claro su independencia de criterio fue casi una obsesión para el tozudo general. En lo que a la vigencia de esta postura tiene que ver, en los últimos años hemos podido constatar que en la persona del Presidente Chirac o en su caso del actual Primer Ministro y ex Ministro de Asuntos Exteriores, Dominique de Villepin, los franceses siguen siendo la piedra en el zapato de los norteamericanos. En más de una ocasión y aprovechando su asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, Francia ha adoptado posiciones abiertamente contrarias a los deseos de Estados Unidos y al parecer se ha sentido orgullosa por ello. Desde la obstinación francesa por tener un reserva de armamento nuclear estratégico que pudiese fortalecer su capacidad de negociación, misma que tuvo su expresión más elocuente en el caso omiso que hizo de las manifestaciones de oposición de la opinión pública mundial ante los experimentos nucleares franceses en Mouroroa en el Pacífico sur, hasta su abierta oposición a la intervención norteamericana en Iraq, los franceses han sido a lo largo de lo que lleva de vida la Quinta República, un hueso duro de roer. Resulta indudable que en esta actitud hay algo de la herencia que de Gaulle dejó para la política exterior francesa.

La intransigencia, la altivez, la dignidad y la independencia siguen siendo hoy rasgos constitutivos y característicos de la política con la que Francia defiende sus intereses en el mundo. Respecto a la organización política interna, el legado de de Gaulle está materializado en la cabal salud de la que goza la Quinta República Francesa, misma que con algunas modificaciones que se le han ido haciendo a lo largo de los últimos años ha derivado en un sistema de gobierno híbrido que mezcla principios tanto de parlamentarismo como de presidencialismo, que ha dado en general buenos resultados, que ha sido bautizado como sistema semipresidencial o semiparlamentario y que para muchos países ha sido un ejemplo a seguir.

En lo que al caso turco se refiere y teniendo presente los enormes esfuerzos que el gobierno de Ataturk emprendió con objeto de “occidentalizar” Turquía, la política exterior turca se ha centrado en los últimos años e incluso en el presente siendo el primer ministro Recep Tayyip Erdogan un islamista moderado, en obtener de la Unión Europea la posibilidad de integrarse no sólo a su mercado común, sino incluso a la entidad política que resultaría de la integración paulatina que los estados europeos –

todos cristianos por cierto – están emprendiendo con muchos esfuerzos. Erdogan, islamista moderado producto de un resurgimiento de las corrientes defensoras de la importancia de la religión para la sociedad turca, ha manifestado en repetidas ocasiones que la prioridad de su gobierno es avanzar en el sentido de eventualmente lograr la aceptación de Turquía en la Europa Unida. Al margen de los beneficios económicos que indudablemente Turquía recibiría al poderse integrar, es imposible no ver en esta postura, parte de la herencia que Ataturk, fallecido en 1938 dejó en la política exterior de su país. Por otro lado, a nuestro juicio, en lo que tiene que ver con el mantenimiento, fortalecimiento o debilitamiento del perfil sociocultural relativamente “occidentalizado” en el que Kemal tanto esfuerzo y tanto tiempo invirtió y tantos dolores de cabeza a no pocos turcos causó, su evolución dependerá de los acontecimientos que se susciten en el mundo en el futuro próximo. Que Europa se abra o no a Turquía tendrá en este sentido una importancia toral dado que si occidente no acepta a los turcos como occidentales, éstos no tendrán otra alternativa que redefinir nuevamente su identidad cultural y el perfil social de su sociedad.

Por otra parte Turquía no se ha podido sustraer de la influencia del renovado dinamismo que el Islam ha venido experimentando en el mundo. La presencia de políticos islamistas moderados como Turgut Ozal o más recientemente Recep Tayyip Erdogan en los primeros círculos de la política turca lo demuestran, muy a pesar de que Turquía es uno de los pocos países musulmanes que tienen en su haber mujeres destacadas en el campo de la política – indiscutiblemente producto directo de la emancipación de la mujer turca emprendida en tiempos de Kemal – como Meral Aksener o la propia Tansu Ciller que llegó a ocupar el cargo de Primera Ministra. Para algunos autores o periodistas que han estado cerca desde hace muchos años de los vaivenes de la política internacional, el renacer del Islam turco es mucho más fuerte de lo que creemos e indudablemente irreversible. En su libro *El Apocalipsis*, Oriana Fallaci escribe que: *A pesar de la revolución laica de Ataturk, en Turquía sucedió lo que a pesar del occidentalismo del Sha Reza Pahlevi había sucedido en Irán. El Islam se despertó. Se despertaron los mulás. Se reabrieron las mezquitas que en realidad nunca habían cerrado y poco a poco las nietas de las mujeres que en 1924 se habían quitado el velo, se lo volvieron a poner y sus hermanos volvieron a ponerse el fez.*¹³

Por todo lo anterior, no es todavía posible hacer un pronóstico mínimamente fundado de hacia donde transitará la sociedad turca: hacia una consolidación de los valores occidentales instaurados con Ataturk o hacia una redefinición de su identidad hacia oriente, hacia el Islam y la sharia y el consecuente cambio en la estructura política y social que ésta tendría. Podríamos pues decir que el mantenimiento de la herencia de Ataturk en lo que tiene que ver con la reforma social que emprendió, hoy no depende ni siquiera de los turcos. Solo a través de tiempo – y creo que no de mucho – seremos capaces de disipar nuestras dudas.

¹³ Fallaci, Oriana. Op. Cit. p.230.

BIBLIOGRAFÍA.

Bibliografía.

- Aguirre, Pedro. *Sistemas políticos y electorales contemporáneos*. Instituto Federal Electoral. México. 1999.
- Aksit, Ilhan. *Mustafa Kemal Atatürk*. Sirketi Kültür. Estambul.1998.
- Banfield, Susan. *Charles de Gaulle*. 3era.Ed. Cinco. Bogotá. 1987.
- Bedarida, Francois. *Churchill*. Fayard. 5ta.Ed. Paris. 1999.
- Benoist-Mechin. *Lawrence d'Arabie ou le reve fracassé*. Albin Michel. Suiza. 1961.
- Benoist-Mechin. *Mustapha Kemal ou la mort d'un empire*. Albin Michel. Suiza 1965.
- Bobbio, Norberto, Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco. *Diccionario de política*. 25 va.Ed. Siglo XXI. México. 2005.
- Carlyle, Thomas. *Los héroes, el culto a los héroes y el héroe en la historia*. 8va. Ed. Orión. Madrid. 1979.
- Churchill, Winston, *Memorias de Guerra*. citada en Molchanov, Nicolai. *General De Gaulle*. Progreso. Moscú, 1990.
- Daniel, Georges, *Atatürk, un certaine idée de la Turquie*.3era. Ed.L'Harmattan. París. 2000.
- De Gaulle, Charles. *Discours*. 9na. Ed.Odile Jacob. París. 1965.
- De Gaulle, Charles. *Discours et messages. Tome I. Pendant la Guerre 1940 – 1946*. Plon. París. 1970.
- De Gaulle, Charles. *Discours et messages Tome II. Dans l'attente. 1946-1958*. 7ma. Ed. Berger-Levrault. París. 1970.
- De Gaulle, Charles. *El filo de la Espada*. citado en: Molchanov, Nicolai. *General De Gaulle*. 3ra.Ed. Progreso. Moscú, 1990.
- De Gaulle, Charles. *La discorde chez l'ennemi*. 2da. Ed. Plon. París. 1959.
- De Gaulle, Charles. *Memoires de guerre. L'appel*. 2da. Ed. Plon. París. 1959.
- De Gaulle, Charles. *Memoires de Guerre. La Salvation*.Vol.2. 2da. Ed.Editions du Seuil. Paris. 1970.

- Escobar Valenzuela, Miguel. *Poder y Sociedad, política y gobierno*. Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública. CIDEPROF, FES Acatlán. México. 2001.
- Evans, Laurence. *United States policy and the partition of Turkey 1914-1924*. The John Hopkins University Studies in Historical and Political Science. Baltimore. 1964.
- Fallaci, Oriana. *El Apocalipsis*, Oriana Fallaci se entrevista a sí misma. Editorial El Ateneo. México. 2005.
- Feyzioglu, Turhan. *Kemal Atatürk. Un libérateur et un modernisateur génial*. CRA. Ankara. 1987.
- Gallo, Max. *Histoire du Monde. Les clés de l'histoire contemporaine*. Fayard. París. 2001. p.18.
- Gallo, Max. *De Gaulle, L'appel du destin*. 3ra. Ed. Robert Laffont. Paris.1998.
- Gallo, Max. *De Gaulle, La solitude du combattant*. Robert Laffont. Paris.1998.
- Garibaldi, Luciano. *Un siglo de guerras*. Oceano. México. 2001.
- Gibb, Cecil, citado en Escobar Valenzuela, Miguel. *Poder y Sociedad, política y gobierno*. Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública. CIDEPROF, FES Acatlán. México. 2001.
- Giraud, René. *Atatürk*. Comisión Nacional Turca para la UNESCO. Ankara.1963.
- Görlich, J. Ernst. *Historia del Mundo*. Ediciones Martínez Roca. Barcelona. 1972.
- Grosser, Alfred . *Historia de la Política Exterior Francesa*. 2da. Ed. Amanecer, Buenos Aires. 1980.
- Homs, Ricardo. *Marketing para el liderazgo político y social*. Random House Mondadori. México.2005.
- Howard, Michael. *La Primera Guerra Mundial*. Crítica.Barcelona. 2003.
- Imber, Colín. *El Imperio Otomano 1300-1650*. Javier Vergara Editor. Barcelona. 2002.
- Johnson, Paul. *Tiempos Modernos*. Ediciones B. España. 1998.
- Kemp, Anthony. *Le débarquement en Normandie*. 4ta. Ed. Gallimard. París. 1999.

- Kennedy, Paul. *Auge y caída de las grandes potencias*. 3era. Ed. Plaza y Janés Editores. Barcelona 1994.
- Kersaudy, Francois. *De Gaulle y Churchill*. El Ateneo. Buenos Aire. 2004.
- Kinross, Lord. *Ataturk*. 5ta. Ed. Grijalbo. México – Barcelona. 1974.
- Kissinger, Henry. 3era. Ed. *La Diplomacia*. Fondo de Cultura Económica. México. 1994.
- Lacouture, Jean. *De Gaulle*. 3ra. Ed. Salvat. Barcelona.1985.
- Lamb, Harold. *Solimán, sultán del este*. 2da. Ed. Gandesa. México.1952.
- Lapierre, Dominique y Collins, Larry. *Paris, brulet-il?* 11va. Ed. Robert Laffont. París. 1970.
- Lengyel, Emil. *Turquía y su pueblo*. Claridad. Buenos Aires, 1947.
- Lewin, André. *Francia y la ONU desde 1945*. Panoramiques. México. 1995.
- López Camps, Jordi y Leal Fernández, Isaura. *Aprender liderazgo político*. Paidós. Barcelona. 2005.
- Lussier, Robert y Achua, Christopher *Liderazgo. Teoría, aplicación y desarrollo de habilidades*. Thomson. México. 2005. 2da. Ed.
- Maurois, André. *Histoire de la France*. 8va. Ed. Hachette. París. 1957.
- Méchin, Benoist. *Lawrence d'Arabie ou le rêve fracassé*. Editions Clairefontaine. Lausanne.1961.
- Molchanov, Nicolai. *General De Gaulle*. Editorial Progreso. Moscú, 1990.
- Mourad, Kenize. *De parte de la princesa muerta*. Tusquets editores. España. 1998..
- Plutarco, *Vidas paralelas*. 11va. Ed. Porrúa, México. 1999. 8va. Ed.
- Prado, Juan Manuel. *Pétain*. Orbis. Barcelona. 1985.
- Price, Roger. *Historia de Francia*. Cambridge University Press. Madrid. 1998. p.39.
- Raymond Tournoux, Jean. *Le mois de may du general*. Pilon. París. 1975.
- Ridley, Jasper. *Mussolini*. Vergara. Buenos Aires. 1999.
- R.M.McIver y C.H.Page. *Sociología*. Tecnos, 3era. Ed. Madrid. 1937.

- Rousso, Henry. *Les années noires. Vivre sous l'Occupation.* Gallimard. París. 1999.
- Snyder, Louis. *La guerra 1939 -1945.* Ediciones Martínez Roca. Barcelona. 1972.
- Soustelle, Jacques, *Veintiocho años de gaullismo.* 7ma. Ed. Europea de ediciones. Madrid.1969.
- Varios. *Le livre d'or de la victoire. Du jour "J" a Nuremberg.* Editions Edibys. París. 1994.
- Werth, Alexander. *De Gaulle.* 3era. Ed. Bruguera. Barcelona. 1972.

Documentos.

- Orden firmada por el General Pétain imponiéndole póstumamente la condecoración citada en Gallo,Max, *De Gaulle, L'appel du destin.* 3era. Ed. Robert Laffont. París 1998.
-